

NOVELA DEL CLAN

NOSFERATU

Gherbod Fleming



VAMPIRO
LA MASCARADA

Lectulandia

Los vampiros más humildes y despreciados, los Vastagos del clan Nosferatu, conocen mejor que nadie los horrores que descansan bajo las calles. Calebros, uno de los dirigentes del clan, nunca hubiera imaginado que la fiesta que sugirieron a Victoria Ash en Atlanta desencadenaría una compleja espiral de acontecimientos entrelazados que cambiaría por completo la cara del mundo de la Estirpe.

Calebros tendrá que descubrir todo esto mientras el clan sigue adelante con sus planes de venganza contra un enemigo terrible y letal. Mientras tanto, la gran guerra que están librando la Camarilla y el Sabbat en Nueva York parece estar a punto de llegar a una nueva tregua. En la ciudad también se encuentran el Ojo de Hazimel, un poderoso neonato llamado Leopold, un enemigo dotado de poderes mágicos al que el clan de Calebros lleva largo tiempo buscando y una criatura que acecha bajo sus calles.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Nosferatu

Mundo de tinieblas: Novelas de clan - 13

ePub r1.0

Titivillus 18.11.16

Título original: *Clan Novel: Nosferatu*
Gherbod Fleming, 2000
Traducción: Isabel Merino Bodes
Diseño de cubierta: John Van Fleet

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE ORÍGENES OCULTOS



CAPÍTULO 1

Viernes, 12 de noviembre de 1999, 3:21 AM

Debajo de Harlem

Ciudad de Nueva York

Los túneles, que habían sido su hogar durante años, surgían amenazadores y extraños. Mientras corría, las piedras cubiertas de moho que pisaban sus pies, normalmente seguros, eran resbaladizas y traicioneras. Aquellos pasajes que tendría que conocer parecían haber sido cambiados de sitio; los mojones eran una confusión en su mente desesperada.

—Ulstead —murmuró incrédulo, como si el hecho de pronunciar ese nombre en voz alta pudiera traer de vuelta a su compañero de clan.

Pug dobló una esquina a toda velocidad y apoyó la espalda contra la pared. Sur... ¿por dónde diablos estaba el sur? Sintió que la sangre palpitaba en sus venas muertas, que regresaban las viejas respuestas involuntarias. Al darse cuenta de que estaba jadeando y resoplando, se obligó a detenerse. Respirar no le iba a hacer ningún bien y el sonido conseguiría que lo detectaran con más facilidad.

Disparos. No podía ir hacia el sur. Estaba corriendo de nuevo entre la oscuridad. *Debe de ser Nigel*, se dijo para sus adentros unos cientos de metros más adelante. Sin embargo, no se detuvo. No era Nigel quien le daba miedo. Sabía que él nunca dispararía su preciosa ametralladora sólo para oír el sonido.

—Ulstead —murmuró de nuevo, moviendo la cabeza con incredulidad. Ulstead era (había sido) un fuerte Vástago, un sólido trozo de buey andante y lleno de verrugas. Tendría que haber sido capaz de romper a aquel hombrecito en dos o tres pedazos.

Pero el Ojo se había abierto y el túnel había quedado bañado en una pálida luz de color rojo sangre, y entonces...

Pug tropezó. Cayó sobre la pared y, cuando estaba a punto de recuperar el equilibrio, volvió a resbalar. Aterrizó en el suelo con fuerza, golpeándose los brazos y las piernas.

La pálida luz brilló en el túnel y, de pronto, Ulstead ya no estaba allí. Sólo quedaba una masa abrasadora y deforme. Su piel se oscureció y las manchas de sus verrugas empezaron a unirse; entonces, la masa se alejó por un charco humeante y disperso.

Después de levantarse, ayudándose con las manos y las rodillas, Pug se enjugó la cara con la manga, pero el tejido fue incapaz de absorber el agua salobre sobre la que había caído. Más disparos. A pesar de su precipitada huida, no parecían demasiado distantes. *No debería haberlo abandonado*, pensó por primera vez. Nigel no conocía

bien la ciudad; era uno de los hombres de Colchester que habían llegado desde Baltimore hacía escasas noches. *No debería haberlo abandonado*, pensó de nuevo antes de enderezarse y echar a correr. Estaba huyendo. Prefería que le llamaran cobarde. Si alguien podía llamarle cualquier cosa, fuera lo que fuera, significaría que había logrado sobrevivir. Nigel, Calebros, el silencioso y ese tal Nickolai al que supuestamente estaban buscando podían irse al diablo.

Pug deseaba detenerse y recuperar el control. De una forma bastante más teórica, quería regresar y ayudar a Nigel, pero sus piernas continuaban negándose. *Ese estúpido tendría que haber tenido más sentido común. Tendría que haber seguido corriendo en vez de detenerse para disparar.*

Pug dobló otra esquina y, de pronto, el mundo cobró aún menos sentido. Debido al tremendo choque, sufrió un fuerte golpe en la cabeza y los pies dejaron de sujetarle. Por segunda vez en escasos minutos, volvía a estar en el suelo formando un montón dolorido, aunque en esta ocasión, sus atrofiadas extremidades se entrelazaban con los brazos y las piernas de alguien más.

—He estado a punto de dispararte —dijo Nigel, sacudiendo la cabeza para quitarse las telarañas.

La neblina de miedo y conmoción invadió con rapidez a Pug.

—¿Dónde...? ¿Cómo...? —había dado media vuelta en algún punto del camino, había desandado sus pasos sin darse cuenta. Su sorpresa se disipó en segundos. Se separaron con toda la rapidez que pudieron y se pusieron en pie. Nigel estaba conmocionado, aunque Pug imaginaba que no se debía al choque. Entonces, el forastero le clavó su brillante Sterling negra contra un costado y Pug pudo sentir el calor que irradiaba el cañón del arma.

—He dado media vuelta para ayudarte —mintió Pug—. ¿Has...? ¿Eso es...?

—Ni siquiera has dejado de correr —dijo Nigel moviendo la cabeza. Tenía los ojos muy pequeños, muy oscuros y muy juntos. Y apenas tenía barbilla—. Sigue avanzando. Tenemos que seguir avanzando.

—Avanzando —dijo la escuálida criatura que llevaba el Ojo, apareciendo de entre las sombras que había detrás de Nigel—. Sí, avanzando...

Nigel se volvió y disparó. Las balas que se clavaban en el cuerpo de la criatura la obligaban a retroceder, mientras que las que acertaban en el Ojo parecían hundirse en un pantano sin fondo de plasma siseante. Quedaron envueltos en una macilenta luz rojiza que no procedía de los disparos de la Sterling. Pug se tapó lo oídos y corrió... intentó correr, pero la roca que había bajo sus pies se había convertido en lodo líquido. Desconcertado, saltó y cayó, cuan largo era, sobre suelo sólido. El lodo alcanzó una temperatura tan abrasadora que, en un instante, las piernas de Nigel dejaron de existir.

Nuevos disparos. Pug se levantó y echó a correr. Sobre los gritos y el siseo del humeante azufre le pareció oír el *click, click, click* de la cámara vacía de la Sterling. No hubo más disparos. Siguió corriendo. Sólo oía sus jadeos y unas palpitaciones en

los oídos. Y sus propios gritos.

CAPÍTULO 2

Martes, 1 de junio de 1999, 2:37 AM

Entresuelo, Teatro Fox

Atlanta, Georgia

Las escasas y etéreas nubes no ocultaban las estrellas, sino que proporcionaban cierta sensación de profundidad, de realidad. Victoria se recostó en su asiento para contemplar el despejado cielo de la noche. No le importaba que aquel «espectáculo» no fuera más que una «simple» proyección en el techo del enorme auditorio. No le importaba que las almenas árabes no fueran más que una estructura que decoraba los palcos y las galerías. En algunos casos (al parecer, en demasiados), la ilusión era preferible a la realidad.

En Atlanta resultaba imposible ver el cielo nocturno. Por supuesto que estaba allí, pero en él no había estrellas ni parecía ser infinito. No era más que un borroso fulgor rosado, una ensangrentada iluminación eléctrica que iba de un extremo a otro del horizonte, ocultando una de las pocas anclas temporales que tenían los Vástagos. Los seres queridos lo traspasaban con demasiada frecuencia. Las ciudades y las naciones se alzaban y caían, los bosques ardían y las montañas, que antaño habían sido impenetrables, mostraban ahora las cicatrices que había dejado el hombre. Al parecer, sólo los océanos y las estrellas permanecían inmutables... pero esta ciudad no permitía contemplar ninguna de las dos cosas.

Pero ofrecía oportunidades.

—Buenas tardes, señora Ash.

Victoria no se sobresaltó ni apartó la mirada de aquel falso cielo tan reconfortante. No le había oído acercarse, pero eso tampoco le sorprendía, pues sabía que su visitante podía pasar inadvertido siempre que quería.

—¿Tienes lo que te pedí? —preguntó sin ser descortés, pero sin mostrarse tampoco cordial.

—Sí —respondió Rolph.

Contrariamente a la creencia generalizada, no todos los miembros de su clan olían como si hubieran estado dando volteretas sobre la basura de toda la semana. Lo primero que advirtió Victoria tras su llegada fue que Rolph no apestaba, de modo que le resultaría tolerable negociar con él. Podía aguantar su fealdad durante un rato, pero era incapaz de soportar el desafío aromático que presentaban los Nosferatu. Victoria se enorgullecía de su magnanimidad y, aunque no envidiaba los terrenos de caza de estos seres grotescos ni las inmundas madrigueras que excavaban entre la suciedad, consideraba que no había ninguna razón por la que debiera permitir que estas

criaturas se acercaran a ella y ofendieran su sensibilidad.

Cuando se volvió hacia Rolph extendiendo la mano, se alegró de que éste llevara una larga capa con capucha que ocultaba casi por completo su rostro. Además, el teatro estaba tan oscuro que apenas se podía distinguir su barbilla, extrañamente afilada, ni su enorme y retorcida nariz. El hombre le tendió un gran sobre de cáñamo.

—Gracias —dijo Victoria.

Rolph inclinó levemente la cabeza.

En cuanto abrió el sobre, empezó a examinar su contenido... de forma despreocupada, como si no quisiera que Rolph se diera cuenta de que le había hecho un enorme favor. Los Nosferatu eran los elefantes del mundo de los vampiros: nunca olvidaban nada. Cualquier ayuda prestada, por mínima que fuera, quedaba archivada en su memoria y se convertía en una deuda que años después reclamarían, normalmente en el peor de los momentos e, incluso a veces, por un miembro diferente del clan, en una ciudad diferente o en un continente distinto, como si compartieran una memoria colectiva.

—¿Está todo tal y como deseaba? —preguntó Rolph.

Victoria continuó examinando el contenido del sobre: fotocopias de escrituras notariales, documentos empresariales, reintegros en efectivo y depósitos de diversas cuentas bancarias.

—Parece que sí —respondió con indiferencia.

Aquellos documentos eran útiles, pero en absoluto cruciales. Le ayudarían a consolidar su presencia en Atlanta, su hogar de adopción. La información financiera pertenecía a los antiguos intereses de Marlene, una Toreador de mala reputación que había tenido un desgraciado final. Todos los negocios que había controlado a través de intermediarios reflejaban su banal vulgaridad, que había sido la característica dominante de este ex Vástago: clubes de *strip-tease*, librerías para adultos, salas de exposiciones de «lencería», etc.

A Victoria no le entusiasmaba la perspectiva de vender vicio, pero podía ver el lado pragmático del asunto: si un propietario mortal ya se había acostumbrado a entregar sus beneficios a un socio misterioso, ¿por qué no iba a beneficiarse de ello? Además, se trataba de una medida preventiva muy práctica para garantizar que nadie más invadía el territorio que había pertenecido a Marlene. Había un viejo refrán que rezaba: «la naturaleza detesta los espacios vacíos», y Victoria se consideraba a sí misma una fuerza de la naturaleza.

—Sí, creo que esto servirá —respondió.

Puede que Rolph sonriera bajo el oscuro escondite de su capucha.

—Nos complace que haya elegido Atlanta como nueva residencia.

Victoria sonrió. Sabía que en aquellas palabras había adulación, pero no se sintió molesta.

—A pesar de las mejores intenciones del Príncipe Benison —continuó Rolph, casi de forma conspiradora—, existe cierta... sensibilidad cultural y artística de la que

carecen nuestros Vástagos. Según lo que he oído, sospecho que usted estará más informada sobre estos temas que Marlene.

—¡Ja! —Victoria se llevó dos dedos a sus labios encarnados con coquetería, como si quisiera impedir nuevos comentarios sobre su predecesor.

—Olvide esta comparación injustificada —dijo rápidamente Rolph, temeroso de haberla ofendido—. Algunos de nosotros nos mantenemos escondidos de la sociedad y no nos resulta sencillo mantener conversaciones educadas... Además, como los Toreador a los que estamos acostumbrados a ver por aquí han sido una especie de... elementos de base...

—Bien —le interrumpió Victoria—. Entonces tendremos que enseñar a todo el mundo algo diferente, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

Resultaba tan obvio para Victoria... ¿Acaso había algo que pudiera ser más natural? ¿Por qué había esperado tanto antes de embarcarse en esta aventura?

—Tendremos que mostrarnos en público... Hacer una gran fiesta... —su mente empezó a moverse a toda velocidad. A cada segundo que pasaba, formulaba infinitos planes, ideas, decorados...— Se podría celebrar la fiesta aquí, en el Teatro Fox, o quizá en el Museo de Arte.

—Por supuesto —dijo Rolph—. Sería muy apropiado. ¿Habría arte?

—¡Oh! ¡Así que eres un amante del arte!

—Me gusta la belleza... de la que me encuentro tan alejado.

Victoria sintió un nudo en la garganta y estuvo a punto de extender la mano para tocar el brazo de Rolph. ¡Qué curioso! Una bestia que anhelaba la belleza... su antítesis. ¡Cuánto iba a enriquecer la vida de las criaturas que vivían en esta ciudad sureña y tan alejada del mar!

—¿Has intentado hacer arte con tus propias manos, Rolph? —preguntó Victoria, adoptando el mismo tono con el que un padre hablaría con su hijo.

El Nosferatu asintió.

—Pero me temo que no he tenido demasiado éxito.

Victoria movió la cabeza, compasiva.

—¿Qué? ¿Dibujo, pintura?

Rolph asintió de nuevo.

—Y un poco de escultura, pero mis creaciones eran tan deformes como yo. O incluso más... si es que eso es posible —añadió, encogiéndose de hombros para mostrar la desaprobación que sentía hacia sí mismo.

Entonces, realmente debían de ser horribles, pensó Victoria. Sin embargo, estaba decidida a mostrar compasión por aquella criatura.

—Exhibiré mi propia colección de escultura —dijo magnánima.

—¿Tiene una colección privada?

—Por supuesto. Una de las mejores del mundo. Y estás invitado —las palabras salieron de su boca antes de que pudiera reconsiderarlas. Durante unos instantes, su

entusiasmo languideció, pero logró mantener la máscara de su sonrisa. No le gustaba la idea de socializarse con los Nosferatu, pero ya estaba hecho. No podía cancelar la invitación, así que la ciudad en su conjunto se beneficiaría de su generosidad. Tenía que ocuparse de los preparativos de lo que sería el acontecimiento de la temporada, o del año, de esta aburrida ciudad... quizá, incluso de la década. Al instante, empezó a preparar la lista de invitados. El querido e intrigante Benito tendría que asistir, por supuesto... y si todo lo que había oído sobre el Príncipe Benison era cierto, podría preparar una deliciosa travesura invitando a ciertos individuos, como por ejemplo a Benjamín, líder de la resistencia anarquista de la ciudad que, sin embargo, tenía garantizado un pasaje seguro al Elíseo. En ese momento apareció en su mente el nombre de Julius, arconte de los Brujah... sería el invitado perfecto para sus propósitos. Puede que le invitara.

—Me sentiré muy honrado de asistir.

—¿Hum? —Victoria se había olvidado de Rolph—. Oh, sí. Por supuesto.

Sí, tendría que asistir. El hecho de incluirlo en la lista de invitados equivalía a hacer ciertas reivindicaciones. Invitar a un Nosferatu era el tipo de proeza inesperada que a Victoria le gustaba realizar. Para ella, hacer algo imprevisible era sinónimo de libertad. Había seres en el mundo (seres tan arcanos y misteriosos para los Vástagos como lo eran éstos para los mortales) que se harían con el control de su destino si ella se lo permitiera. Cada vez que hacía algo imprevisible, Victoria garantizaba su independencia. Y cuanto más impredecible, mejor, incluso en un asunto tan trivial como éste.

—Por supuesto que serás bienvenido —le dijo a Rolph—. Y también tus amigos.

Mientras el Nosferatu se despedía de ella inclinando la cabeza y se retiraba para no robarle más tiempo, Victoria se felicitó a sí misma por ese nuevo ataque de espontaneidad que nadie (ni nada) podría haber previsto.

CAPÍTULO 3

Jueves, 3 de junio de 1999, 10:29 PM

Debajo de Manhattan

Ciudad de Nueva York

Calebros permitió que Umberto «guiara» a su antiguo por el oscuro pasillo. Al parecer, los habitantes más jóvenes de la madriguera pensaban que Calebros nunca había abandonado su despacho-gruta, que había consagrado su vida a examinar los interminables informes y a pulsar las teclas de su vieja máquina de escribir. Puede que no estuvieran demasiado equivocados. La extraña curvatura de su columna obstaculizaba sus movimientos y la despiadada artritis martirizaba a todas y cada una de sus articulaciones, así que prefería quedarse sentado en su oficina. Los jóvenes tampoco se equivocaban al pensar que preferiría la compañía de Smith Corona a la de ellos, pero confundían su renuencia a salir de su santuario con su incapacidad para hacerlo.

—Indisciplinados —murmuró Calebros.

—¿Disculpa? —Umberto se detuvo y se volvió hacia su antiguo.

—Sigue moviéndote o no llegaremos nunca.

Umberto, cabizbajo, se puso en marcha de nuevo.

Intelecto indisciplinado, pensó Calebros. *Las suposiciones son las señales de un intelecto indisciplinado*. Eso era lo que siempre le había dicho su sire, Augustin, y Calebros sabía que nunca se habían pronunciado palabras más ciertas.

Durante varios minutos, las dos figuras encorvadas siguieron caminando. Umberto reducía la velocidad de sus pasos para no dejar atrás a su antiguo, y éste caminaba más despacio para no pisar al estúpido que tenía delante. Por fin, llegaron a una escalera.

—Aquí hay una escalera —dijo Umberto.

—Sí, puedo verla. —Al ver que Umberto vacilaba, añadió—: Sé cómo usar una escalera. Apártate.

Aunque sus garras chirriaron contra el metal, los resbaladizos peldaños cubiertos de musgo no fueron ningún impedimento. Sintió dolor al subir (en los hombros, en los codos, en las rodillas y en el cuello), pero el malestar no era mayor que el que sentía cada mañana cuando se levantaba del lugar en donde descansaba.

La escalera conducía a otro pasillo que dejaba atrás una sala, pequeña y estrecha, en la que se habían reunido diversas personas para jugar a las cartas. Cuando Calebros pasó por delante, todos guardaron silencio: o temían que desaprobara su ociosidad o les sorprendía verlo caminando... o quizá, ambas cosas. Calebros los ignoró y se dirigió a una de las siguientes puertas, la de la sala del ordenador de

Umberto. Su acompañante entró después y se dejó caer sobre el asiento que había delante de la terminal. A continuación, empezó a teclear las instrucciones.

—Pensaba que habías dicho que estaba preparado —refunfuñó Calebros.

—Y lo está. Simplemente estoy comprobando de nuevo la seguridad del enlace.

Los ágiles dedos de Umberto tecleaban rítmicamente el teclado, imitando el sonido de las primeras gotas de una tormenta estival contra un tejado de estaño. Su vacilación anterior se fue desvaneciendo a medida que se sumergía en el abrazo de la tecnología.

—Podría prepararte una terminal —dijo Umberto sin pensárselo—, si te deshicieras de ese fósil de máquina de escribir y despejaras el escritorio... ¡Ay!

De un salto se alejó de Calebros, que acababa de pegarle un cachete en la oreja. Mientras se secaba el chorrillo de sangre que salía de su lóbulo derecho, Calebros se sentó en el asiento que su compañero había dejado vacante con tanta precipitación. Para el antiguo, un tímpano era un pequeño precio que pagar para mantener la primacía de la jerarquía.

—¿Está listo?

—Sí —respondió Umberto, frotándose la oreja—. Sólo tienes que teclear lo que quieras y pulsar «enter». Tú texto aparece detrás de «C».

Umberto siguió frotándose la oreja y estirando la mandíbula: abría la boca, la cerraba, volvía a abrirla...

Calebros, sentado ante la terminal, estiró las piernas para relajar su dolorida rodilla. Al hacerlo, tropezó con un obstáculo que había debajo del escritorio. Cuando lo empujó con más fuerza para apartarlo, se oyó un grito.

—¿Quién hay ahí? —preguntó malhumorado, sabiendo de antemano la respuesta.

—Yo, señor C.

—¿Yo? Ratón, vete de aquí, bola de pelo medio animada. Algunos tenemos que trabajar.

—Lo siento, señor C.

Mientras la criaturita sarnosa salía de debajo del escritorio y se alejaba, Umberto se preparó para darle una indiferente y negligente patada, pero el antiguo Nosferatu ya había vuelto a centrar su atención en el ordenador. Los dedos de Calebros, a pesar de sus largas y flacuchas garras, se movían con celeridad por el teclado:

C: ¿Hola? ¿Estás ahí?

R: Estoy aquí. ¿Estás bien?

C: Tirando. ¿Hay noticias?

R: Me reuní con V. Ash hace tres noches; he sabido que está preparando la fiesta para el Solsticio; probablemente se celebrará en el Museo de Arte, si el Príncipe Benison está de acuerdo.

C: ¿Crees que lo estará?

R: Tratándose de él, resulta difícil saberlo, pero no conozco ninguna razón

apremiante por la que tenga que objetar.

C: ¿Ash sospecha algo?

R: Nada de nada. Por supuesto, considera que la fiesta ha sido idea de ella. Ya ha hecho todos los preparativos para que la estatua concreta sea trasladada. Supongo que H. Ruhadze estará en la lista de invitados. ¿Podrás tenerlo todo preparado para el 21 de junio?

C: Si Benito está en la lista, no me quedará más remedio. ¿Sabes si lo está?

R: Fue uno de los primeros con los que se puso en contacto. Tiene intenciones de asistir.

C: Espléndido. Informaré a Emmett. ¿Más noticias?

R: Hilda te envía saludos.

C: No hay tiempo. Debo irme. Adiós.

Calebros se apartó de la terminal, olvidando que la silla en la que estaba sentado tenía ruedas (algo que no era normal) y estuvo a punto de caer sobre Umberto.

—¿Puedes hacer una copia de esto y dárme-la? —preguntó Calebros.

—Por supuesto.

—Bien —con grandes crujidos en sus articulaciones, Calebros se levantó de la silla y se dirigió al pasillo. Estaba de mejor humor. Rolph era un tipo servicial y los preparativos de Atlanta iban viento en popa. Emmett también estaría satisfecho. El conjunto de la operación prometía desarrollarse en silencio y en orden.

Calebros se detuvo en el umbral de la sala en la que estaban jugando a las cartas y asomó la cabeza.

—¿Quién va ganando?

Un breve y enmudecido silencio siguió a sus palabras antes de que alguien consiguiera responder:

—Hum... Cass.

—Bien —respondió Calebros mientras proseguía con su camino—. De hecho, perfecto.

CAPÍTULO 4

Viernes, 11 de junio de 1999, 9:40 PM
Muelle de carga, Museo de Arte
Atlanta, Georgia

—Y entonces ese tipo dice: «Si estás en el programa de esa noche, asegúrate de mantenerte alejado». Aunque él no dijo «programa», ¿sabes? Dijo «pograma», como si tuviera algún un impedimento de habla o algo así.

—¿Qué dices que dijo? —preguntó Odel, apagando el motor de la carretilla elevadora para oírle mejor.

—Dijo «pograma». «Aléjate del pograma» —respondió Tyrel levantando la voz, aunque la carretilla ya estaba parada.

—¿Y por qué dijo eso?

—Ya te lo he dicho, creo que tiene un impedimento de habla. Siempre habla raro. Creo que es de Boston o de Nueva York. Quizá de California.

—No, me refiero a por qué te dijo que te alejaras del programa.

—Pograma.

—Lo que sea. ¿Por qué?

—Dice que me está haciendo un favor. Al parecer, esa noche va a haber un poco de acción y no quiere que me salpique. Me dijo que me mantuviera alejado, que habría problemas. Y esa es la razón por la que te lo estoy contando —respondió Tyrel.

—¿Qué tipo de problemas?

—No lo sé. Sólo dijo que no me gustaría verme involucrado. Es un tipo muy extraño. Se tomó su tiempo para que le contara todo lo que sé sobre la gente. No sé si será un tema de drogas o qué, pero supongo que si hay problemas, él estará metido en el tema y debe saberlo, ¿no?

—Hum —se burló Odel—. O sólo intenta mantenerte alejado.

—Lo único que sé es que nunca me ha mentado. Haré lo que me dijo.

—Como quieras.

Cuando la carretilla cobró vida de nuevo, una figura se alejó de las sombras más profundas que había junto a la esquina posterior del muelle de carga y salió por la puerta. Ninguno de los trabajadores del puerto la vio.

CAPÍTULO 5

Viernes, 11 de junio de 1999, 11:54 PM

Sala de Calderas del Rebekah Scott Hall, Agnes Scott College

Decatur, Georgia

El golpecito en la puerta apenas se oyó debido a los ruidos y silbidos de la caldera; sin embargo, Rolph sabía quién era. Por una parte, porque no solía recibir demasiadas visitas; por otra, porque sólo una de ellas llamaba a la puerta. Cuando la abrió, se encontró con una joven rubia y ágil que iba vestida con una minifalda y una camisa blanca de Oxford.

—¡Sorpresa! —dijo la mujer, adoptando una postura afectada.

—No pareces una universitaria —dijo Rolph—. Más bien pareces una estrella porno que intenta parecer una estudiante de colegio de monjas. Por cierto, una estrella porno madurita.

—Dices unas cosas tan bonitas... —dijo Hilda mientras entraba en la sala y le daba un besito en la mejilla al pasar junto a él—. Pero por mucho que te esfuerces, no vas a conseguir quitarme las bragas.

—Lo soportaré.

—Eres un astuto diablillo.

Rolph puso los ojos en blanco.

—Hilda, soy un vampiro. A efectos prácticos, soy impotente. ¿Por qué diablos iba a querer quitarte las bragas? —preguntó. A continuación, añadió con un poco de crueldad—: A no ser que tuviera un camión enorme y necesitara aparcarlo.

—¿Un camión muy grande? —parecía escandalizada, pero entonces, en su rostro se dibujó una mueca malévola—. ¡Eres un astuto diablillo eufemístico!

Buscó a tientas su entrepierna, pero él se apartó de un salto.

—¿Es muy grande? Dame ahora mismo todos esos caballos de potencia.

—¡Dios mío! —refunfuñó Rolph exasperado.

—Resulta divertido. Eso es lo que dicen siempre. Dios mío. *Dios mío. ¡Dios mío!*

—¿Has acabado ya? ¡Y deja de tirarte al tubo de la caldera!

—Aguafiestas.

—¿Qué noticias hay?

Con un suspiro, Hilda se quitó el disfraz de estudiante de colegio de monjas. La falda que llevaba era larga y andrajosa y su camiseta blanca quedaba deslucida y abultada debido a la presión de los infinitos rollos de carne combada que rellenaban aquella prenda tan pequeña. Su demacrado rostro también fue víctima de la gravedad: aparecieron enormes bolsas debajo de sus ojos y la piel de las mejillas quedó flácida. Rolph también advirtió que su sonrisa mostraba una cantidad de dientes mucho

menor a la de los rígidos brotes de vello que salían de sus fosas nasales.

—Nuevos movimientos del Sabbat —dijo—. London Tommy está avisando a algunos de sus contactos para que se mantengan alejados del Museo de Arte la noche de la fiesta del Solsticio. —Al tener tan pocos dientes, Hilda chasqueaba sus encías al hablar. Aunque el efecto era bastante desagradable, por decirlo con suavidad, Rolph empezó a sentirse sediento.

—London Tommy —repitió—. Supongo que tendremos que acabar con él cuando todo esto termine. No podemos permitir que haya demasiados miembros del Sabbat escondidos entre nuestros anarquistas, y él es uno de los más activos.

—¿Y por qué no ahora? —preguntó Hilda—. Propongo que lo liquidemos ahora.

Rolph se sorprendió. Solía estar tan preocupado por las perversiones de Hilda que frecuentemente olvidaba sus tendencias sádicas, que eran, al igual que todo lo que estaba relacionado con ella, bastante fuertes.

—No —respondió Rolph—. Si nos ocupamos de él ahora, sus compañeros del Sabbat se pondrán furiosos. La pequeña ofensiva que han preparado en el Museo es perfecta. Habrá algunos disparos, confusión. Cogeremos a Benito. Nadie se dará cuenta. Todos asumirán que el Sabbat es el responsable de su desaparición. A Emmett le encantará.

—Pero también esta el tema de Hesha —señaló Hilda.

—Sí. Me ocuparé yo mismo de él. ¿Había llegado ya la estatua, con las demás?

—El *Abel Muerto* —dijo asintiendo—. La han descargado esta noche.

—Informaré a Calebros.

—Y cuando todo esto haya acabado —añadió Hilda, frotándose sus gordos dedos—, haremos pasar a London Tommy por la trituradora de carne.

—Ah... Sí —durante unos instantes, Rolph intentó decidir si era mejor caerle bien a Hilda o ganarse su enemistad, pero fue incapaz de llegar a ninguna conclusión.

COPIA DE ARCHIVO

20 de junio de 1999

Asunto: Investigación

Breve charla con Rolph vía enlace SchreckNET - explica que el ataque de la fiesta Toreador de Atlanta tendrá lugar la medianoche del 22/6.

Diversas fuentes verifican que hay cierta actividad del Sabbat en la ciudad.

~Algunos movimientos en Miami.

Durante el ataque, Rolph tendrá la oportunidad de interactuar con el hombre de Hesha (asunto: OdH); Emmett prepara los planes de forma acorde - preparativos de los informes finalizados; investigación asuntos por resolver, ejecución pendiente de la llegada de la cita del Solsticio; anfitriona V. Ash.

~Veget

Nota: Julius asistirá; resultado probable obvia interacción Julius-JBH; referencia cruzada también matriz de interacción

Asunto: Julius-Victoria Ash;

Julius-Eleanor Hodge;
V. Ash-E. Hodge;
V. Ash-Thelonius/Kantabi.

Actualización archivo acción: Hazimel
Actualización archivo acción: Petrodon
Notas: consulta Rolph asunto: General (Mal).

CAPÍTULO 6

*Lunes, 21 de junio de 1999, 4:12 AM
Hueco de escalera de servicio, Museo de Arte
Atlanta, Georgia*

Rolph pasó la esquina de la espátula por el borde del marco de la puerta. Aunque las bisagras y el candado estaban oxidados, eran recios. Ningún miembro del personal del museo utilizaba esta puerta... que no aparecía en los planos originales del edificio y a Rolph le había resultado muy útil en diversas ocasiones. La verdad es que no se podía abrir pero, cuando se ejercía la presión adecuada (un poco más de la que podría ejercer un miembro normal y corriente del ganado), el marco y el conjunto se movían hacia fuera, permitiendo el paso. Se trataba de una ruta de acceso muy conveniente que quedaba a la vista.

Y ese era el problema: Rolph no estaba seguro de que Vegel se diera cuenta de cómo funcionaba. Vegel era el hombre de Hesha que asistiría a la fiesta del solsticio de Victoria en nombre de Ruhadze. Rolph y el Setita negociarían ciertos asuntos antes de la medianoche; después, el Setita tendría que alejarse del museo... y la falsa puerta formaba parte de su ruta de escape.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Emmett, que se encontraba detrás de Rolph—. A mí me parece bastante obvio.

Tras hacer una breve pausa en su trabajo, Rolph continuó moviendo la espátula para agrandar un poco más las grietas, que hacía unos instantes habían sido prácticamente invisibles.

—Si no descubre cómo funciona —explicó Rolph a su compañero, intentando conservar la calma—, tirará la puerta abajo y me tocará repararla... a no ser que alguien se dé cuenta antes.

—Hum —Emmett resopló. Empezó a dar vueltas a la habitación como un metrónomo horrible y cascarrabias.

—Ya casi he terminado.

—También podrías colocar una señal de «stop» gigantesca encima.

En cuanto acabó con el borde inferior del marco, Rolph se guardó la espátula en el bolsillo. A continuación, se llevó la mano al otro y, con una sonrisa de satisfacción, sacó una cinta amarilla similar a las que utiliza la policía.

Emmett lo miró con incredulidad.

—No irás a...

—Una de las cosas que he aprendido sobre los demás clanes es que no debemos sobrestimarlos —explicó Rolph.

Dándole la espalda de nuevo, colocó la cinta delante de la puerta.

—El hecho de que el emplazamiento de un túnel, una ruta de escape o un escondite esté tan claro como la luz del día para nuestros ojos... y disculpa la expresión, no significa que los demás tengan que reconocerlo a la fuerza, ni siquiera aunque caigan de bruces sobre él.

—Hum.

—Ya he mantenido tratos con *Vegel* en otras ocasiones. Es un tipo bastante brillante... para ser *Setita*. Pero si hay demasiada confusión, y estoy seguro de que la habrá... —*Rolph* empezó a girar las muñecas, como indicando el caos que se produciría, y finalizó el gesto encogiéndose de hombros casi a modo de disculpa—. Bueno, necesitará una pequeña señal.

—¿Y qué tal una luz de neón? —sugirió *Emmett* con sarcasmo.

—Yo me ocuparé de *Herr Vegel* a mi modo —respondió con sequedad, tras decidir que no valía la pena seguir discutiendo con *Emmett*—. Tú puedes ocuparte de *Don Giovanni* como prefieras. ¿Quieres ir a echar otro vistazo a la galería, al ascensor principal o la rampa que conduce al vestíbulo?

—No, gracias. Has sido un anfitrión muy minucioso. Aquí tengo un plano de este lugar —se dio unos golpecitos en la cabeza con un dedo nudoso—. Sé qué quiero hacer. Informaré a los demás.

—Entonces deberíamos... —*Rolph* se levantó y, al advertir que su buscaperonas estaba vibrando, lo sacó del bolsillo.

—¿Quién es? —preguntó *Emmett* receloso.

—Noticias de Boston —*Rolph* leyó el extraño mensaje—. El ladrón de tumbas ha vendido sus palas.

—¡Jesús! —siseó *Emmett*—. *Benito* ha cambiado de planes. Parece que no va a haber ningún secuestro en Atlanta. Bueno, que se vaya a la mierda. No voy a seguir esperando. Regresemos. Ya. Tengo una discusión pendiente con *Calebros*... y con Boston. A no ser que tengas que poner más adornos por aquí...

Rolph ignoró su burla. Sus planes iban sobre ruedas, aunque no podía decirse lo mismo de los de *Emmett*.

—No, ya he acabado.

—Podrás disfrutar de tu tiempo libre.

Ambos se alejaron de la puerta y bajaron las escaleras para dirigirse a otra de las salidas alternativas. *Rolph* no deseaba que a *Emmett* le salieran mal las cosas, puesto que su misión era mucho más importante para el clan que la de él. Él sólo estaba zanjando una vieja deuda, mientras que *Emmett* necesitaba la información de *Benito* para saldar una cuenta pendiente. De todas formas, a *Rolph* le satisfaría el giro que habían dado los acontecimientos y el hecho de que sus planes estuvieran yendo viento en popa.

CAPÍTULO 7

Martes, 22 de junio de 1999, 12:40 AM

Museo de Arte

Atlanta, Georgia

Rolph mantenía la cabeza baja. O mejor dicho, alta. Estaba observando la sala a través de la rejilla del conducto de aire acondicionado en el que se había escondido, mirando a los Vástagos que tenía debajo. Todos estaban radiantes en sus vestidos de gala: había esmóquines, trajes del siglo XIX y elegantes vestidos de noche. Incluso las ocasionales chaquetas de cuero y los vaqueros rotos tenían cierto realce. Los Vástagos de Atlanta y otros invitados importantes que no residían en la ciudad habían venido esa noche al Museo para ver y ser vistos. Rolph sólo compartía con ellos el primero de esos motivos... y sólo él sospechaba que algo iba muy mal.

Y no por lo que estaba sucediendo (puesto que las confabulaciones, las traiciones y las puñaladas traperas eran endémicas entre los Vástagos que vivían en la superficie), sino por lo que no estaba sucediendo. Estaba seguro de que tendría que haber oído algo: disparos, gritos o, quizá, una pequeña explosión. Había corroborado los informes de Hilda con otras fuentes alternativas, tanto de Atlanta como de Miami. Se suponía que el Sabbat había planeado algo de diversión para esta noche; seguramente, un ataque de guerrilla o algo similar que hiciera sangrar por la nariz al Príncipe Benison, para herirle el orgullo y conseguir una victoria propagandística con la que incitar al elemento anarquista de Atlanta. El príncipe no sólo había conseguido suscitar la ira de aquellos que se encontraban al margen de la sociedad de los Vástagos, sino también la de muchos otros. La rebelión que estaban llevando a cabo las generaciones más jóvenes (y unos pocos antiguos selectos y bien situados) era obra de él, pero el Sabbat era incapaz de mantenerse al margen. Puede que fuera eso lo que pretendía Benison: fomentar la revolución contra su propia autoridad para después liberarse de los agentes del Sabbat de la ciudad cuando sus actividades se hacían más evidentes.

Rolph, en su escondite, se encogió de hombros. Cualquier cosa era posible con Benison. Parecía que al Malkavian le gustaba coquetear con el desastre, pero sus acciones, aparentemente imprudentes y temerarias, además de sus propósitos inescrutables, solían conseguir que sus desconcertados adversarios sólo pudieran hacer conjeturas.

De todas formas, el Sabbat no había atacado. Todavía no. Las fuentes de Rolph suponían que la hora mágica llegaría a medianoche... pero no había sucedido nada. Más extraño aún era que Rolph tuviera la certeza de que el Sabbat se encontraba cerca. En la ciudad. Una de sus fuentes de Miami le había informado de los

movimientos de ciertos individuos de esa ciudad y él mismo había advertido cierto influjo de Vástagos en Atlanta... que intentaban, con éxito limitado, mantenerse escondidos.

Rolph hurgó en su bolsillo y sacó un deslustrado reloj de cobre unido a una mugrienta cadena. Faltaba un cuarto de hora para la una. No había ningún ataque.

A pesar de su preocupación, Rolph se sentía cada vez más atraído por el drama que se estaba desarrollando a sus pies. Su naturaleza le impedía ignorar los juegucitos, los desaires, los complots. La verdad es que Victoria se había superado a sí misma. No sólo había invitado al Elíseo a Thelonious, uno de anarquistas activistas que se oponían al Príncipe Benison, sino que también había incluido en la lista de invitados a Julius, el arconte de los Brujah. Julius tenía un largo historial de enemistad con Benison (un sentimiento que era recíproco e igual de fuerte en el príncipe). Rolph ignoraba si el arconte estaba colaborando con Victoria (y si así era, si lo hacía muy estrechamente), pero Julius había llegado hacía casi una hora y aún no se había presentado ante el Príncipe. Estaba seguro de que esta falta de decoro (sin duda alguna, premeditada) enojaría a Benison y, probablemente, provocaría una pelea.

Rolph observó con interés los acontecimientos que se estaban desarrollando. Se preguntó si el ardid de Victoria provocaría una brecha entre ella y el príncipe. Fuera cual fuera el daño que se produjera esa noche, ella sólo estaría involucrada de forma indirecta, puesto que lo único que había hecho había sido mezclar a diversas personalidades volubles y, como recién llegada a la ciudad, siempre podía alegar que no sabía nada. De todas formas, la elección que había hecho de sus huéspedes despertaría el recelo de Benison, que quizá la recompensaría con una categórica enemistad. Victoria estaba jugando a un juego muy peligroso. Era igual de probable que Benison se lo tomara a broma o que ordenara que se deshicieran de ella.

Sí. Rolph había decidido que la obra alegórica de Victoria, Benison y Julius era lo más importante de la velada. Puede que el Sabbat hubiera decidido abortar el ataque. No sería sorprendente. Además, así habría más probabilidades de que Erich Vogel, a quien le había sido confiado el preciado Ojo de Hazimel para que se lo entregara a Hessa Ruhadze, pudiera abandonar la zona sano y salvo. Rolph le había entregado el Ojo poco antes de la medianoche, suponiendo que el ataque encubriría su huida precipitada, pero como el ataque no se había materializado, Vogel tendría que inventarse alguna excusa si, en el futuro, Victoria le preguntaba sobre el motivo de su marcha.

En cuando empezaron los gritos, Rolph se olvidó del Setita.

—¿Has visto a ese hijo de puta? —gritaba el Príncipe Benison a un sorprendido y acobardado Treader neonato.

Mareas contrarias de Vástagos se arremolinaron en la galería principal, unos aproximándose a toda prisa para ver qué había sucedido y otros retirándose apresuradamente, deseando mantenerse alejados del furioso príncipe. Las órdenes y

los insultos de Benison hacían que el alboroto aumentara cada pocos segundos. Entonces, como por arte de magia, la multitud se disipó y Rolph pudo ver que Benison y Julius se habían quedado solos entre las estatuas y los opacos paneles de cristal.

—Detrás de usted, Príncipe —dijo Julius con suma tranquilidad. Llevaba dos sables atados a la espalda. Benison se giró para mirar de frente al arconte.

Mientras ambos intercambiaban amenazas, Rolph se preguntó si Julius habría firmado algún tipo de pacto con los anarquistas. Si lograban deshacerse de Benison, se restablecería la ley y el orden y la Mascarada dejaría de estar amenazada. Estaba seguro de que Julius prefería como príncipe a Thelonius, un miembro de su clan, pero éste había participado en la revuelta de forma demasiado activa. Tenía que haber otro candidato... quizá Benjamín el Ventrue, o alguien que estuviera más a la altura, alguien como... *Victoria*.

Rolph estiró el cuello todo lo que pudo dentro de su escondite. Intentaba ver a Victoria y a Thelonius entre la multitud. Quería saber cómo reaccionaban ante aquel conflicto que iba en aumento.

—Que el Elíseo se vaya a la mierda. ¡Castigaré tu actitud insufrible! —gruñó Benison con determinación y malévolo placer. Julius sacó uno de sus sables...

Y la oscuridad envolvió la galería.

No era una oscuridad natural, puesto que no había penetrado en las sombras del escondite de Rolph. Aquella ennegrecida oscuridad se iniciaba unos centímetros por debajo del techo y parecía cubrir el conjunto de la galería hasta el suelo.

—¡*Lasombra!* —gritó alguien, alarmado.

Cualquiera que se hubiera enfrentado a la asfixiante sombra mágica de ese clan podría haberlo sabido, pero incluso a Rolph le sorprendió la magnitud de la oscuridad que se cernía sobre la galería. Podía imaginar el terror opresivo que apabullaba a los Vástagos que habían tenido la desgracia de quedar atrapados en su interior. De forma instintiva, retrocedió unos pasos por el conducto de ventilación.

Entonces, en su mente apareció una idea inquietante: tenía que ayudarlos.

Pero eso significaba bajar y quedar envuelto entre las sofocantes sombras. En aquel momento, pudo ver con creciente alarma que los ghouls de guerra del Sabbat estaban cruzando aquel mar de oscuridad. A su paso, no sólo hacían que las sombras se desmoronasen, sino que también seccionaban a los Vástagos, miembro a miembro. Parecía que los monstruosos ghouls de guerra estaban saqueando una granja de aves de corral.

¿*Ghouls de guerra?* ¿*Qué tipo de ataque es éste?* Por lo visto, uno mucho peor de lo que había previsto. Y uno en el que iba a quedar atrapado. ¿*Bajar?* Se pegó un bofetón en la cara para quitarse de la cabeza aquel pensamiento suicida. ¡*Ni pensarlo!* Bajar hasta allí para que le hicieran pedazos no iba a hacerle ningún bien a nadie, y mucho menos a sí mismo.

Como si necesitara más razones para convencerse, las ventanas de la galería

estallaron en mil pedazos mientras el mar de oscuridad continuaba dividiéndose en remolinos que destruían a los Vástagos. Círculos de carne de considerable tamaño caían sobre el suelo, donde explotaban. La sala estaba cubierta de sangre y vísceras. El efecto era similar al que ven los pescadores cuando tiran carnaza al agua. Diversos Vástagos que habían conseguido resistir enloquecieron en una furia asesina. Al quedar cubiertos de sangre y ser incapaces de controlarse, el terror dio paso a un hambre insaciable y todos empezaron a abalanzarse sobre aquellos a quienes tenían más cerca, ya fueran amigos o enemigos.

Los ghouls de guerra aprovecharon el caos adicional para reclamar nuevas víctimas. Muchos de los Vástagos de Atlanta ya habían sido derrotados, aunque aún había algunas peleas dispersas por la sala. Benison y Julius, que no habían llegado a las manos y ahora se daban la espalda, parecían mantenerse firmes contra aquellos retorcidos tentáculos de sombras en forma de látigo. Un estúpido se abalanzó contra una de las pocas ventanas que permanecían intactas: una caída de cuatro pisos a la calle... Eso tenía que doler.

Lentamente, como si pudiera llamar la atención de alguien a pesar de la carnicería que se estaba desarrollando bajo sus pies, Rolph empezó a retroceder por el conducto de ventilación. Ya había visto suficiente. Más que suficiente.

CAPÍTULO 8

Martes, 22 de junio de 1999, 7:21 PM

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York

Calebros se sentó en silencio en su escritorio. Empezó a dar golpecitos y a tantear con la lengua la llaga que tenía en la cara interna del labio, en el punto en el que lo rozaban sus afilados y desalineados dientes. Sin embargo, aquel molesto y constante dolor no conseguía distraerle del informe que había leído una y mil veces.

El Profeta de la Gehena. En Nueva York.

Calebros era incapaz de señalar con el dedo qué era lo que tanto le incomodaba de la presencia de Anatole. Quizá, lo que más le inquietaba del revelador de secretos era el peso de la historia. Y del futuro.

COPIA DE ARCHIVO

22 de junio de 1999
asunto: Anatole

Vi al supuesto Profeta de la Gehena en el exterior del Aeropuerto J.F.K., a las 4:25 AM. Sin equipaje, sin compañía, sin dinero evidente ni otros objetos de valor. Lo seguí hasta Nueva York, hasta la Catedral de S. JD. Fue directo a los jardines. Rezó a (o con) la estatua que había allí.

En este punto, me vi obligado a abandonar el lugar. No tengo explicación para este fenómeno: alguna fuerza me obligó a alejarme y ocultarme. Pedí ayuda, pero los demás tampoco pudieron entrar en los jardines, ni siquiera acercarse lo suficiente. Controlamos la catedral durante toda la noche, pero Anatole no volvió a salir.

¿Por qué ahora?

¿Estaban en el aire antes o después de que Rolph sacara el Ojo?

Consultar a Rolph momento exacto.

Comprobar programa de tareas.

CAPÍTULO 9

Sábado, 28 de junio de 1997, 1:40 AM

Harmony Highrise

Chicago, Illinois

Benito observó desde las sombras cómo «se creaba el arte». No quería distraer al artista, al talentoso Pennington, pero el intermediario Giovanni tampoco podía mantenerse alejado de él. Cada vez que pensaba en los favores que tendría que devolverle el justicar sentía vértigo. Lo que le debían por haber estafado a un vizconde o haber agilizado el envío de obras de arte robadas a unos viejos nazis refugiados no era nada comparado con la deuda de un justicar. En el aire, además del polvo de la arcilla negra y el mármol, había algo dulce... como el olor del dinero o de la sangre.

En el estudio en el que se encontraban apenas había muebles. El espacio estaba bien aprovechado y cada uno de los rincones rendía honor a la profesión del artista. *Qué bohemio*, pensó Benito.

El justicar, en todo su esplendor y maldad, se adaptaba perfectamente al contenido. Ahora que Benito le había dado la fotografía, Pennington estaba haciendo grandes adelantos en la obra. Los primeros intentos habían sido desesperantes. En todos ellos, el escultor había trabajado durante noches... hasta que Petrodon se había negado a que continuara porque había algún detalle que no era de su agrado: la nariz era demasiado grande, los ojos eran asimétricos... Esos detalles carecían de importancia, pero para complacer a Petrodon se habían visto obligados a empezar de nuevo la obra. Una vez tras otra y tras otra.

Entonces, había aparecido el misterioso socio de Benito, Nickolai. Su nombre era lo único que Benito sabía con certeza. Sospechaba que era un brujo, pero ese detalle carecía de importancia. Tras haberle sugerido un nuevo plan, le había cobrado una comisión desmesurada, pero había valido la pena. Varias noches atrás, el brujo había traído la fotografía: un retrato de Petrodon *antes* de que cambiara. En la imagen aparecía un hombre atractivo y vanidoso, que sólo había conservado una de estas dos características en su no vida.

Y de pronto, el Justicar Petrodon se había sentido totalmente satisfecho y había empezado a cubrir de alabanzas al artista. No importaba que el busto guardara un mayor parecido con la fotografía que había junto a la mesa del escultor que con la gigantesca monstruosidad que le observaba a cuatro metros de distancia. Petrodon se sentía complacido. *Y el cliente siempre tiene la razón*, pensó Benito. El justicar podía creer lo que quisiera, siempre y cuando pagara el importe de la factura.

—Parece que todo va bien... —dijo una voz calmada. Benito se sobresaltó, pero

se sintió aliviado al ver que era Nickolai, que había llegado por sorpresa. El brujo añadió en un susurro—: me alegro de que estés aquí esta noche, Benito.

Eran unas palabras bastante inocentes. Benito no advirtió su tono burlón y ligeramente amenazador.

Y entonces, el horror y el caos se adueñaron del estudio. En sólo unos minutos, el olor de la sangre inundó el aire.

CAPÍTULO 10

Miércoles, 30 de junio de 1999 10:15 PM

La Catedral Sumergida

Cranberry Bogs, Massachusetts

Benito Giovanni yacía inmóvil en el duro catre de madera, el único mueble de su celda. Le habían desabotonado el cuello de la camisa y aflojado la corbata. Sus zapatos estaban colocados pulcramente en el suelo de piedra. Tenía los ojos cerrados.

Emmett lo observó por la mirilla. Durante aquella semana de observación, había aprendido mucho sobre su cautivo y su afectación. Desearía haber llevado la cuenta de las veces que Benito había intentado echar un vistazo al reloj que le habían quitado de la muñeca, pues pensaba que ése era el tipo de detalle obsesivo que Calebros habría advertido. Su antiguo también habría dibujado la ruta exacta que recorría Benito en sus horas de vigilia, habría descubierto algún patrón, real o imaginario, y se habría pasado semanas (o meses) enteros consultando un mohoso volumen para buscar una forma de contrarrestar aquel hechizo infernal, pues estaría convencido de que los pasos del prisionero formaban parte de un ritual nigromántico complejo.

Pero Emmett no tenía intenciones de imitarle. A pesar de su poder, el antiguo de su prole carecía de sentido de la perspectiva, de la relevancia. Benito miraba el reloj por simple curiosidad; no era más que un acto reflejo. Sin embargo, había otros hechos más contundentes. El Giovanni había sido secuestrado de su despacho de Boston hacía nueve noches y, desde entonces, había permanecido aislado. Durante ese breve periodo, Emmett había descubierto que cada noche se levantaba más tarde. En estos momentos, la diferencia era tan sólo de unos minutos. No lo hacía de forma consciente, sino que se trataba de una respuesta fisiológica: el cuerpo de Benito intentaba conservar su energía... o su sangre. Aunque Benito no había resultado herido durante el ataque, tampoco había recibido alimento desde entonces, así que, con el tiempo, incluso la actividad más mínima acabaría agotando las reservas que quedaban en su cuerpo no muerto.

La reducción de actividad también podía ser una respuesta fisiológica, un mecanismo de defensa. Los cautivos, sobre todo aquellos que permanecían confinados y aislados durante largos periodos, solían desarrollar trastornos de sueño, perder la capacidad de descanso o, como en el caso de Benito, descansar durante cantidades de tiempo cada vez mayores. Sin embargo, el hecho de que su hora de despertarse aumentara de forma gradual sugería que aún no había sufrido ningún trastorno psicológico severo.

Pero, por supuesto, eso cambiaría con el tiempo.

Emmett tenía cierta experiencia observando e interrogando a los prisioneros.

Cuando llegara el momento idóneo para que Benito respondiera a sus preguntas, lo sabría. La abstinencia de sangre hacía que no fuera necesario torturar demasiado a un Vástago; además, Benito no parecía sentir una gran lealtad hacia sus cómplices. El Giovanni hablaría.

Emmett cerró la tapa de la mirilla con suavidad.

—¿Estás preparado? —preguntó Abbot Pierce casi en un susurro.

—¿Qué? —preguntó Emmett a su vez. Le había oído perfectamente, pero después de una semana, había empezado a molestarle el tono suave del abad, con el que apenas lograba ocultar su impaciencia.

—¿Estás preparado para interrogarle?

Pierce llevaba puesta una pesada túnica. De hecho, parecía tan pesada sobre su liviano cuerpo que Emmett esperaba constantemente que el peso del tejido acabara derribándolo. A juzgar por los escasos rasgos visibles del abad (sus muñecas esqueléticas, las manos que sobresalían por las holgadas mangas y el rostro demacrado que se ocultaba bajo la capucha), Emmett suponía que su compañero de clan no era más que una percha andante.

—Todavía no —respondió Emmett, pasando junto a su anfitrión para dirigirse al pasillo.

Pierce se colocó detrás de él de una sola zancada.

—Tienes que sacarlo de aquí. Está poniendo en peligro a la catedral.

Emmett hizo una mueca de desprecio.

—Moverlo cuando las cosas están tan caldeadas sería aún más peligroso.

—Estando tan cerca de Boston, sólo debemos pensar en el clan Giovanni... no en tu Camarilla.

—Supongo que te refieres a... nuestra Camarilla —respondió Emmett—. Y si lo hubiesen intentado, los Giovanni ya nos habrían encontrado.

—Pero cuando lo trajiste, no estabas seguro de que nadie te hubiera seguido —el susurro persistente de Pierce resultaba irritante en el oído de Emmett.

—Nadie nos pisaba los talones ni nos disparaba, si es eso a lo que te refieres. Sin embargo, los Giovanni tienen sus propias costumbres... no sé cuáles son, pero las tienen. ¿Que si me gustaría haberme llevado al viejo Benito más lejos de la ciudad para estar a salvo? Por supuesto que sí. Lamento que esto suponga alguna molestia para tu pequeño culto...

—No somos un culto —espetó Pierce—. Somos un colectivo espiritual, un grupo de personas que compartimos una forma de pensar similar y nos reunimos para...

—Sí, sí. Por supuesto. Ahórrate las explicaciones para el vídeo promocional.

Emmett aceleró sus pasos para alejarse del abad. Pierce y el resto de los «monjes» le ponían de los nervios. Por supuesto que existía la posibilidad de que, al traer a este lugar a Benito, alguien descubriera aquellos túneles y cámaras recubiertos de piedra que habían construido bajo los pantanos, que después habían bombeado para extraer el agua y que ahora denominaban la «catedral». Sin embargo, no siempre era posible

eludir los riesgos. En ocasiones, sobre todo en un tema tan importante como ése, tenían que estar dispuestos a arriesgarse por su clan. A Emmett le irritaba la postura religiosa que Pierce y sus seguidores habían adoptado. Tenía la impresión de que lo único que les importaba eran sus latigazos espirituales y que consideraban que todos los demás podían (o debían) irse al infierno.

—¿Sabes? —dijo Emmett por encima del hombro—, una verdadera catedral no tendría abad. Una catedral es la sede de un obispado, así que deberías ser obispo. Sólo te estoy ofreciendo un ascenso. Eso compensaría las molestias.

—Calebros sabrá de tu desobediencia —dijo Pierce, levantado la voz un par de decibelios.

—Seguro que sí. Tarde o temprano, porque siempre acaba enterándose de todo —respondió Emmett—. ¡Oh! Y te aseguro que también él se quedará muy sorprendido.

CAPÍTULO 11

Domingo, 4 de julio de 1999, 11:24 PM

Túnel de metro 147, Manhattan

Ciudad de Nueva York

Las obras no habían terminado, pero se habían interrumpido durante una temporada. Cuando sólo faltaba una semana para que todo estuviera a punto, el sindicato se había negado a permitir que ninguno de sus trabajadores continuara trabajando.

Seis trabajadores. Sólo se habían encontrado sus esqueletos, que estaban relativamente intactos, aunque las ratas habían dejado los huesos bien limpios.

Jeremiah avanzó por el difunto metal umbilical de aquel feto abortado. Por la tercera vía no pasaban trenes; era una vía muerta. Debido a la costumbre, estaba atento para oír si se aproximaba algún tren, aunque sabía que era imposible. Aunque esta noche ya se había alimentado, tenía frío. El cemento y los ladrillos de la obra parecían arrebatarse el calor. Imaginaba que eran sanguijuelas que bebían su sangre. Se preguntó si los trabajadores del túnel habrían sentido lo mismo. ¿Habrían sentido los primeros mordiscos de las ratas? ¿Los cien primeros? ¿Los mil primeros?

Los funcionarios del metro opinaban que los seis trabajadores del túnel habían quedado expuestos a una misteriosa emisión de algún gas tóxico. Jeremiah, advirtiéndole el creciente número de ojos hambrientos que seguían sus movimientos, se cuestionaba la veracidad de esa hipótesis. Las ratas nunca se atreverían a atacar a diversos hombres adultos, fuertes y vigorosos, ni siquiera aunque hubiera un gran número de ellas. ¿O sí que lo harían? Las víctimas no eran niños indefensos. Algo tenía que haber dejado incapacitados a los trabajadores. Jeremiah pegó una patada a una llave inglesa abandonada. ¿Alguno de los trabajadores habría intentado evitar a las sabandijas antes de ser derrotado? El Nosferatu vio, entre el polvo, una bengala nueva. La recogió y, tras observarla, la guardó en el saco de lona que siempre llevaba consigo.

Los seis trabajadores no eran más que un recuerdo, pero las ratas seguían allí. Los exterminadores municipales no habían realizado bien su trabajo: después de que fumigaran, los roedores habían regresado como un ejército vencedor y se habían comido a sus hermanos envenenados, cuyos diminutos huesos ensuciaban ahora el suelo del que habían sido retirados los restos mortales. Ahora, los animales carroñeros (¿o cazadores?) corrían entre las sombras y le observaban a través de sus ojos rojos.

Jeremiah siguió investigando, pero decidió mantenerse en movimiento. Tenía la impresión de que si se detenía durante más de unos segundos, le confundirían con la carroña... o se convertiría en eso, si no lo era ya. Al fin y al cabo, él no era más que

un cadáver andante. Lo único que le diferenciaba del alimento habitual de las ratas era el movimiento.

Aceleró un poco más sus pasos mientras se obligaba a continuar buscando pistas sobre lo que había sucedido. ¿Eran imaginaciones suyas o aquellos ojos rojos (que cada vez eran más numerosos) estaban más cerca de él? El espacio de maniobra del que ahora disponía era mucho más reducido. Cada vez podía ver más y más formas: espaldas curvadas con pelaje encrespado, estómagos hinchados repletos de carne. Si sólo había seis trabajadores y el ataque había ocurrido hacía casi dos semanas, ¿de qué podían estar alimentándose esas criaturas?

Deteniéndose en su camino, los ojos de Jeremiah se encontraron con los de uno de los integrantes de aquella horda que se alzaba como el agua en una inundación. Al acceder a la psique de la criatura, le sorprendió la hostilidad de su mirada. La criatura cerró sus ojos rojos y Jeremiah vio la imagen que se había formado tras éstos: una abrupta extensión de hormigón, cuya áspera superficie estaba agrietada. Empezaron a formarse nuevas grietas... provocadas por una vegetación fuerte y moteada que crecía a una velocidad que recordaba a la de una fotografía realizada con tomas a intervalos prefijados. El hormigón se combaba por diversos puntos, se agrietaba y se rompía. Miles de ratas lo invadían y devoraban los tallos de aquellas extrañas plantas... Entonces, Jeremiah se dio cuenta de que no eran plantas, sino pústulas de...

Carne.

Dio un paso hacia atrás, sobrecogido por la imagen. Observó de nuevo a la horda de ratas. Carne. ¿La palabra se había formado en su mente o en la de las ratas?

Carne.

Volvió a oírla. A sentirla. Era como un susurro reverberante que se extendía por el túnel. Infinitos ojos rojos lo miraban airados, hambrientos. Sentía que aquellas miradas intentaban perforarle la mente, que intentaban establecer contacto con él, del mismo modo que Jeremiah acababa de hacer con una de ellas... Aquellas miradas intentaban hacerse con el control.

Cuando Jeremiah dio media vuelta para seguir avanzando por el túnel, descubrió que el camino estaba bloqueado. El círculo se había cerrado a su alrededor. Algunas de las ratas gruñían, impidiéndole seguir avanzando. Se acercaron un poco más. Cada vez estaban más cerca, el túnel estaba repleto de ellas.

—¡Fuera! —gritó Jeremiah con un gesto amenazador. La horda vaciló pero no se detuvo. Volvió a mover los brazos y a gritarles que se alejaran, pero no consiguió nada. Sintió que un temblor de miedo se apoderaba de sus manos. Entonces, un temblor diferente, totalmente distinto, sacudió el túnel y las ratas.

Movido por el creciente temor que sentía, Jeremiah sacó la bengala de su saco de lona. De un sólo movimiento, prendió fuego al artefacto y lo osciló sobre las ratas que tenía más cerca. Aunque éstas retrocedieron ante la luz, su pelaje cubierto de mugre empezó a arder en llamas. Estaban tan juntos que, al girarse, los aterrados roedores prendieron fuego a los que había a su alrededor. Un chillido estridente

estuvo a punto de derribar a Jeremiah. Aquel sonido era un aullido, un grito colectivo de rabia y dolor.

Su primer impulso también fue el de acobardarse ante las llamas, pero se obligó a beneficiarse de la ventaja que le concedían aquellos segundos. Con toda la fuerza y la velocidad que pudo amasar, saltó sobre las crepitantes llamas y el destructivo fuego de las ratas.

No miró atrás para ver la magnitud del incendio ni para saber cuántas criaturas malignas le perseguían. Corrió como si le fuera la vida en ello. El saco de lona ondulaba junto a su costado y le golpeaba en el muslo con cada uno de sus frenéticos pasos. Los chillidos de las ratas en llamas inundaban el túnel. Por mucha distancia que hubiera entre él y la horda, era incapaz de escapar del sonido. Los gritos se demoraban en sus oídos... los gritos y aquella palabra tan misteriosamente lujuriosa: *Carnnee...*

SEGUNDA PARTE

EMPEZANDO A DESENTRAÑAR



CAPÍTULO 12

Viernes, 12 de noviembre de 1999, 3:45 AM

West 132th Street, Harlem

Ciudad de Nueva York

Pug subió las escaleras y golpeó con tanta fuerza la boca de alcantarilla que ésta salió disparada. Subió a gatas hasta la fría noche. La calle estaba desierta. Aunque esa zona de la ciudad fuera un hervidero de actividad durante el día, la gente sabía que debía mantenerse alejada por las noches. De todas formas, había otros lugares que eran bastante más inhóspitos después del anochecer... sobre todo en aquellas noches, puesto que la Camarilla y el Sabbat habían llevado su lucha a las calles. El ganado no era estúpido, sólo torpe, y percibía que sucedía algo, aunque no supiera qué. Ante toda aquella violencia, los incendios y los accidentes, el ganado prefería quedarse en casa con su rebaño. Y también Pug desearía estar allí. La verdad es que, en esos momentos, preferiría estar en cualquier otra parte. Se levantó sin perder ni un segundo pero, antes de que pudiera proseguir con su precipitada huida, una voz profunda y amenazadora le obligó a detenerse.

—¡Quieto, hijo de puta!

Pug se quedó inmóvil, pero después de aquel primer instante de confusión fue consciente de que, fuera quien fuera aquella persona, no podía ser peor que lo que lo estaba persiguiendo. Levantó un pie para salir corriendo...

... Y todo se volvió negro. Poco después (aunque no sabía con exactitud cuánto tiempo había pasado) volvió en sí, sintiéndose aturdido. Estaba en el suelo, contemplando el claro y estrellado cielo. Apoyado sobre su espalda. En la calle. Lentamente, los fragmentos empezaron a unirse. Un objeto bloqueaba parte del cielo... y había un rostro detrás de aquel objeto. El objeto era una pistola, una pistola enorme, que le estaba apuntando a la cabeza. El rostro pertenecía a una mujer joven que parecía muy enfadada. Ni su enfado ni el hecho de que estuviera apuntándole con un arma significaban nada bueno para Pug.

Entonces recordó el Ojo, y su ligera incomodidad dio paso a un profundo terror. Intentó levantarse y huir, pero la mujer le clavó el cañón de la pistola en su enorme y aplastada nariz.

—Ni lo sueñes —rugió.

En aquel instante, oyó un sonido que procedía de algún punto situado detrás de la mujer... como si alguien hubiera cargado el gatillo de una escopeta. Acto seguido, un nuevo rostro observó a Pug. Era un hombre, un hombre grande, un hombre muy grande y muy negro. Pug no podía verlo bien, puesto que le costaba concentrarse en cualquier cosa que no fuera la pistola que tenía pegada a la nariz, así que permaneció

con los ojos bizcos. Sin mover la cabeza, intentó mirar hacia atrás, hacia la boca de alcantarilla.

—Tengo que irme —consiguió decir—. Tengo que irme. Ahora.

—Y te irás —dijo el hombre, con una voz profunda y retumbante—, pero no como pretendes, hijo de puta.

—No lo entiendes. Es...

—¡Cierra el pico, capullo! —gritó la mujer. Lo empujó con la pistola hasta que su cabeza volvió a quedar apoyada contra el suelo. La mujer, que parecía deseosa de reventarle el cerebro, era muy fuerte. Tan fuerte como un Vástago.

Debido al miedo y a las fieras palpitaciones que sentía en la cabeza, en la zona en la que había recibido el golpe, Pug empezó a sentirse mareado. Le aterraba pensar que aquellas personas no le darían la oportunidad de explicarse. Intentaba averiguar si pertenecían a la Camarilla o al Sabbat. A la vez, seguía intentando echar un vistazo a la boca de la alcantarilla, pero de una forma que no incitara que le cortaran la cabeza. Tenía que arriesgarse... eso significaría su destrucción si ambos eran del Sabbat, pero no había tiempo...

—¡Soy de la madriguera de Calebros! —tartamudeó.

La mujer presionó con más fuerza la pistola contra su nariz.

—Y yo de Philly. ¡Me importa una mierda!

Sin embargo, el hombretón no tenía tanta sed de sangre.

—Lydia, deja que se levante.

—¿Qué?

Con amabilidad, el hombre le obligó a apartar el arma. Pudo ver que era una Desert Eagle. No era tan grande como cuando la tenía entre los ojos, pero seguía abultando lo suyo en las manos de aquella mujer airada y diminuta. Aunque no era mucho más alta que Pug, como mínimo pesaba treinta y cinco kilos menos.

—Si realmente está diciendo la verdad —dijo el hombre—, es uno de los nuestros.

Le tendió una mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—Sí —barbulló Pug—. Soy uno de los vuestros... Es decir, que os he dicho la verdad... ambas cosas, ambas cosas.

—Soy Theo Bell —dijo el hombre grande.

Pug intentaba estrecharle la mano y huir al mismo tiempo.

—No hay tiempo. Me persigue... el Ojo. Ya tiene a los demás. Tenemos que irnos. Tenemos que irnos... —levantó la cabeza y miró de nuevo al hombre—. ¿Has dicho Theo Bell?

—Exacto. Somos la jodida caballería —dijo Lidia. Entonces preguntó, con una actitud más recelosa que servicial—: ¿Quién te persigue?

Dos nuevas figuras empezaron a materializarse entre las sombras. Una sostenía su cabeza en un ángulo extraño; la otra tenía una larga melena pelirroja e intentaba, con escaso éxito, esconder bajo su largo abrigo lo que parecía un sable. Pug seguía

intentando liberarse, escapar, pero Theo Bell no le soltaba la mano y, a pesar de su considerable fuerza, Pug era incapaz de soltarse.

—¿Has dicho algo sobre un ojo? —preguntó Theo.

Fueron interrumpidos por una voz cavernosa (que a Pug le resultaba demasiado familiar), procedente de la boca de alcantarilla.

—Sí —decía la voz—. El Ojo puede ver... No deben encontrarla... no deben hacerle daño.

El erizado vello de la nuca de Pug se puso completamente de punta.

—Frankie, Christoph, dispersaos —dijo Theo, observando el agujero con cautela. En aquel instante soltó la mano de Pug y, éste, que seguía forcejeando, cayó al suelo. El Nosferatu advirtió que estaba jadeando y resoplando de nuevo, pero era incapaz de contenerse. Entonces, la cabeza de la criatura asomó por la boca de alcantarilla. En cuanto el Ojo les observó, Pug se dio cuenta de que era incapaz de moverse; deseaba con todas sus fuerzas escapar, pero no conseguía reunir las fuerzas necesarias para hacerlo. El hombre que llevaba el Ojo no parecía tan temible fuera del enclaustrado espacio de los túneles. Es más, parecía muy débil bajo la palpitante energía de la esfera.

Lydia se volvió hacia Theo.

—No irás a decirme que es uno de los nuestros, ¿verdad? —Theo negó con la cabeza—. Bien.

Dicho esto, se giró y disparó siete veces con rapidez.

Pug levantó un dedo con humildad.

—Eso no va a...

Pero las balas ya se estaban hundiendo en el Ojo. Éste absorbió el plomo del mismo modo que un pantano medio seco recibe con alegría las gotas de lluvia. Mientras Lydia observaba lo sucedido con incredulidad, Theo levantó el arma y apuntó hacia el hombre...

La criatura movió la cabeza hacia un lado y roció a sus agresores con una lluvia de icor. El hedor a carne quemada y el sonido de los gritos inundaron el aire de la noche. Gritando y llevándose las manos a la cara, Lydia cayó al suelo y empezó a retorcerse. Se arañó el rostro y pecho, intentando liberarse de la quemazón, pero el ácido icor se extendió por sus manos. Al instante, las yemas de sus dedos se abrasaron y los huesos quedaron al descubierto. Theo también empezó a retorcerse dando gritos de dolor. Salía humo de su cara. Mientras luchaba por desembarazarse de su abrasadora chaqueta de cuero, su escopeta cayó al suelo con gran estrépito.

Frankie y Christoph estaban al otro lado del Ojo, el primero disparándole y el segundo atacándole desde un ángulo diferente con su espada. De pronto, el suelo que rodeaba la boca de la alcantarilla se agrietó y empezó a dilatarse y alzarse si fuera una serpiente gigante. A continuación, se precipitó hacia el suelo para asestar un tremendo latigazo a Christoph. Aparte de romperle varios huesos, lo envió volando hasta el otro lado de la calle, donde aterrizó sobre un coche.

La inmensa serpiente negra se retorció de nuevo para embestir a Frankie. Su boca (que hacía unos segundos había sido el agujero de la alcantarilla) se cerró con fuerza sobre él. La cabeza y el hombro derecho cayeron hacia un lado y las piernas hacia el otro, pero no quedaba nada más de él. Con la misma rapidez con la que había iniciado su ataque, la serpiente negra desapareció.

Pug estaba tendido en el suelo. Desde que había caído sólo habían pasado unos segundos... unos segundos que le parecieron años, pues estaba seguro de que iban a ser los últimos que viviría. Intentó arrastrarse, pero sólo era capaz de mirar fijamente al palpitante Ojo inyectado en sangre.

Theo, que tenía el rostro en carne viva y su abrasadora chaqueta a los pies, era el único que se alzaba contra la criatura. El arconte de los Brujah extendió el brazo para recuperar el arma.

Y, entonces, Pug vio que la farola se doblaba y se balanceaba hacia Theo. Aunque el Nosferatu consiguió dar un grito para avisarle del peligro, el poste de metal cayó como un rayo sobre su espalda, acompañado de una lluvia de cristales y el enfermizo crujido del acero y los huesos. La farola derribó a Theo y empezó a golpearlo sin parar. Pug se obligó a reaccionar. Corrió hacia el Brujah con la esperanza de empujarlo y apartarlo del alcance del poste, pero éste decidió abandonar a Theo y arremeter contra Pug. El Nosferatu vio cómo se abalanzaba hacia su cara, sintió el impacto y después... nada.

Pero no podía haberse desmayado, porque el Ojo seguía allí y la criatura avanzaba con pasos majestuosos hacia el cuerpo tendido de Theo. Veía borroso... ¿Era sangre lo que empañaba su vista? Se pasó una mano por la cara, la olfateó y la lamió. Era su sangre. Le pareció ver la farola, rota, tendida a su lado.

Theo gimió. La criatura que llevaba el Ojo estaba a punto de alcanzarlo. Pug intentó levantarse de nuevo, pero el mundo daba vueltas sin parar y la calle se movía bajo sus pies. Vio que Theo rodaba por el suelo y levantaba débilmente su arma. La criatura extendió una mano. Entonces, hubo un destello y una explosión, una lluvia de fósforo blanco y sangre.

La criatura se alzaba sobre Theo, observando el muñón en el que se acababa de convertir su mano. Todos los dedos y la mayor parte de la palma habían desaparecido. Giró la muñeca y observó con curiosidad aquella ensangrentada confusión. Theo, Pug y los demás dejaron de existir. La criatura dio media vuelta y se alejó por la calle, sin dejar de mirar ni un segundo lo que quedaba de su mano.

CAPÍTULO 13

Jueves, 22 de julio de 1999, 1:03 AM

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York

La luz parpadeaba sin cesar. La nudosa mano de Calebros salió disparada y golpeó la lámpara con la misma rapidez con la que ataca una cobra. La iluminación se hizo más brillante y regular. Durante diversos minutos, su deslucida cadena de cuentas se convirtió en un péndulo que oscilaba hacia delante y hacia atrás, golpeando con suavidad la curvada forma metálica de su base. Calebros no apartó en ningún momento los ojos de sus informes. Releía una y otra vez las últimas noticias de Las Vegas, Atlanta, Boston, Londres, Lisboa, Calcuta...

COPIA DE ARCHIVO

6 de julio de 1999

Asunto: Giovanni Benito: Las Vegas

Informes de Montrose: dos Miembros poco relevantes de los Giovanni de la Costa Este (Victor Sforza, Chas Giovanni Tello) hacen preguntas sobre Benito; encuentro con Milo Rothstein 29/6; regreso 30/6 AM, se deshacen informalmente de Rothstein. Tello escapa la noche siguiente; Sforza asesinado por agresor(es) desconocido(s).

Repercusiones de la muerte de M.R: pocas o ninguna; relaciones cultivadas con otros elementos emparentados con los Giovanni de L.V.

Felicitar a Emmett: éxito de las falsas indicaciones de L.V.

Ahora que el altercado del oeste se ha calmado, Las Vegas podría ser el lugar más seguro al que llevar a Benito. Ya lo han buscado allí.

COPIA DE ARCHIVO

15 de Julio de 1999

Asunto: Ojo de Hazimel

Atlanta: se confirma que el mensajero de Hessa es uno de los muertos del ataque; informe de Rolph: ni rastro del Ojo en la ciudad. ¿Ha caído en manos del Sabbat? No según la información vía la mascota asesina/ghoul de Vykos.

¿Dónde está el condenado Ojo?

«Ataque». DEL DEMONIO: Atlanta, Savannah, Columbia, Charleston, Raleigh, Wilmington, Norfolk, Richmond, Washington..

Notas: actualización del archivo de acción:

Pieterzoon, Jan, llegará esta noche a Baltimore

De vez en cuando, cogía el bolígrafo rojo y añadía alguna nota más en el margen de alguno de aquellos informes mecanografiados. Analizaba una y otra vez los infinitos detalles, la lógica que había tras ellos. Se hacía un sinfín de preguntas. Diseccionaba los análisis, tanto los suyos como los de otros. Diferenciaba los hechos de las conjeturas. Los diminutos fragmentos de información solían encajar de formas inesperadas, pero funcionaban igual que un rompecabezas: si intentas forzar las piezas para que encajen, logras satisfacer de forma temporal un deseo impaciente; sin embargo, a largo plazo, lo único que consigues es distorsionar el conjunto de la imagen. Y obviamente, eso era lo que había sucedido.

Calebros observó las pilas de carpetas y folios sueltos que se amontonaban y extendían por la mesa; estaban dispuestos de tal forma que parecían ser el resultado de una gran explosión o de un desastre natural catastrófico. Formaban montones tan altos que su fiel Smith Corona parecía estar dentro de un agujero y no encima de su escritorio. Por fin encontró lo que buscaba: un informe que había sobrevivido a su utilidad. Se encontraba en el fondo del montón, por supuesto, pero Calebros lo sacó con gran habilidad, sin poner en peligro la integridad estructural de su sistema de archivado.

Observó el dorso del papel y, tras comprobar que no había nada apuntado en él, volvió a darle la vuelta. El informe, que se había realizado aproximadamente en el año 1950, era una lista de presuntos simpatizantes comunistas del área metropolitana de Nueva York. Era la página uno de siete. Examinó los nombres, tachó varios de ellos y rodeó con un círculo muchos otros, los que podía valer la pena investigar. Estaba seguro de que la mayor parte de esas personas, si no todas, ya habían muerto. Rastrear a una población de ganado que había vivido hacía tanto tiempo era una tarea ingrata, pero estaba seguro de que podría encontrar algo turbio. Quizá, un descendiente o un testamentario se mostrara deseoso (más de lo que lo hubiera estado en vida la persona potencialmente avergonzada) de llegar a un acuerdo para que los secretos perjudiciales continuaran siendo eso: secretos. Calebros consideraba que los favores y los conocimientos eran mucho más útiles que, por ejemplo, el dinero, pero uno tenía que contentarse con lo que podía conseguir. Además, el dinero también servía para algunas cosas y, en ocasiones, un buen soborno a la antigua usanza era la grasa que necesitaba una rueda.

Sin distraerse demasiado de su tarea, Calebros dio la vuelta al papel y empezó a anotar las conclusiones a las que Rolph había llegado, de forma precipitada, sobre el asunto del «ataque» del Sabbat en Atlanta. Era obvio que muchas de esas suposiciones eran erróneas. De todas formas, tampoco él podía librarse de las críticas: tendría que haberse dado cuenta de que las conclusiones de Rolph no habían sido analizadas de forma rigurosa, así que también él tenía su parte de culpa. Al haber aceptado la palabra de Rolph y no haberle pedido que cotejara los datos, el propio Calebros había sido perezoso e indisciplinado. Presionó con fuerza su bolígrafo rojo, punto tras punto, a medida que su nueva lista iba creciendo.

Y entonces se fue la luz. Su despacho-gruta quedó sumido en la más completa oscuridad.

Suspiró. Una lámpara, una bombilla. Detalles. Simples detalles. Pero todos los detalles estaban relacionados... de una forma u otra. Cuando alguien ignora un detalle, por pequeño que sea, tiene que asumir las consecuencias. Cada pieza del *puzzle* forma parte de la imagen grande. De todos modos, a Calebros apenas le importaba aquel pequeño detalle de la existencia. Prefería centrarse en otros hechos más relevantes, pero como leer en la oscuridad resultaba agotador, se puso en pie dolorosamente y, tras intentar estirar un poco la espalda, avanzó arrastrando los pies hasta un armario de metal oxidado. Apartó tres abultadas cajas llenas de recortes de periódico para poder abrirlo y abrió el paquete de bombillas que había en la segunda estantería empezando por abajo. Sólo quedaban dos. Calebros cogió una y la giró lentamente entre sus garras, como si pretendiera colgarla en el aire. Por un instante, sintió un gran pesar.

Por alguna razón, sentía que su tiempo se estaba agotando, al igual que su reserva de bombillas. Se preguntó cuál de sus compañeros ocuparía alguna noche su lugar. ¿Quién heredaría las cuestiones que habría dejado sin resolver? Emmett carecía de la paciencia necesaria. Quizá el portador de la antorcha sería Umberto, que estaba tan interesado por ciertos temas como la electrónica y la modernidad. Calebros tenía sus dudas. Entonces decidió que debía ocuparse de ese asunto. Pronto. Tenía que empezar a preparar a su sucesor, del mismo modo que Augustin le había preparado a él.

En aquel momento, la sensación de pesar se desvaneció. Calebros continuó dando vueltas a la bombilla. Al girarla entre sus manos, podía ver todos sus detalles.

—Hum —resopló—. Mira que ponerme tan filosófico por culpa de una condenada bombilla... y teniendo tanto trabajo por hacer.

Cambió la bombilla de la lámpara. Del pedazo de chatarra, tal y como la había descrito Umberto en una ocasión. Había intentado que Calebros se deshiciera de ella y de la Smith Corona, pero el Nosferatu se había reído de aquella sugerencia. No entendía la mentalidad de esta época nueva y desechable. Era incapaz de deshacerse de una herramienta útil.

La lámpara proyectó sobre el escritorio una luz semi-adeuada para leer pero, segundos después, volvió a parpadear y a centellear.

—¡Maldita sea! —refunfuñó golpeando la lámpara. El parpadeo cesó. Parecía prácticamente nueva. Si su sire Augustin aún estuviera aquí, la habría desmontado, habría cambiado el cable, habría comprobado el enchufe... Le habría dedicado todo el tiempo que fuera necesario para asegurarse de que el aparato funcionaba a la perfección. Pero de nuevo, Augustin siempre había sido un tipo muy dispuesto, y esa era una de las razones por las que ya no estaba por aquí.

Antes de volver a sentarse, un sonido distante llamó su atención Aullidos. No eran lobos ni lupinos, pero tampoco eran completamente humanos. Las perreras. Emmett debía de haber regresado. Bien.

Calebros se alejó de su escritorio arrastrando los pies, dejando atrás estanterías e improvisados estantes que se encontraban en diferentes fases de degradación. Todos ellos estaban llenos a rebosar de cajas y tajos de informes, recortes de periódico, cartas y fotografías, que se mantenían unidos mediante cuerdas que, con el paso de los años, se habían vuelto negras y quebradizas. No había ni un sólo centímetro desaprovechado. Todos los espacios disponibles estaban repletos de información de todo tipo. Calebros se acercó a uno de los estantes de metal y lo movió para separarlo de la pared. Acto seguido, se agachó y metió la cabeza en el túnel que se abría a la altura de sus rodillas y que se ocultaba tras aquel estante y las diversas cajas que había en él.

Cuando intentó hacer pasar su deforme columna por el estrecho túnel, sus movimientos se convirtieron en una síncope de articulaciones restallantes y vértebras crujientes. Como después de tantos años de práctica no tenía la necesidad de darse la vuelta para usar las manos (y la verdad es que ahora sería incapaz de hacerlo en un espacio tan estrecho), enganchó con gran maestría un pie en la abrazadera de metal que había en el lado de la pared que daba a las estanterías para volver a colocar el estante en su sitio. A continuación, empezó a avanzar por el túnel clavando sus garras en los surcos que habían quedado en el suelo de piedra después de tantos años de uso. Aunque la sinfonía ortopédica perdió intensidad después de los movimientos iniciales, la tortura seguía siendo igual de intensa. Con frecuencia, sentía agudas punzadas de dolor en las muñecas y los hombros, el cuello, la espalda, las caderas, las rodillas y los tobillos. De todas formas, a pesar de aquel martirio, Calebros sentía un fuerte apego por ese túnel. Mientras que su mundo exterior de informes y mensajes estaba en constante evolución, aquel estrecho espacio de piedra por el que tenía que avanzar a rastras era inmutable, familiar, una conexión entre el presente y el pasado.

El túnel descendía con suavidad. Sólo había una curva abrupta, un poco más allá de la mitad del camino de descenso. Calebros había contado las muescas talladas en la piedra, había calculado la distancia y había comprobado sus cálculos uniendo los diversos trozos de cinta con los que hacía las mediciones. En ocasiones, en la monotonía de las noches eternas, las curiosidades menores se convertían en una especie de interés obsesivo.

La cámara que abría al final del túnel era oscura, pero Calebros podía sentir cómo crecía a su alrededor. El aire que soplaba en su rostro era más fresco, más húmedo, más salado. Sus pupilas se dilataron y se hicieron tan grandes como el ojo de un miembro del ganado. Ante él descansaba el agua, su lago. La superficie estaba completamente inmóvil, excepto por las perezosas ondas que marcaban las corrientes de aire. La verdad es que más que un lago, era una balsa... o un glorioso lodazal, como dirían algunos (por ejemplo Emmett). Calebros era consciente de ello, pero ante los ojos de Augustin siempre había sido un lago... y él había heredado su exagerado apego, además de muchas otras cosas.

Lentamente, casi de forma ritual, se quitó su larga chaqueta y la dejó sobre un

montón de piedras. A continuación, se quitó la camisa y los pantalones y, tras dejarlos a un lado, avanzó desnudo hacia el lago. Aquella agua que nunca había conocido el calor del sol refrescó sus tobillos, sus espinillas, sus muslos. Pronto llegó a la parte honda y se detuvo, pero no porque fuera necesario. Quizá, su vacilación era el último vestigio de una especie de conciencia, un descuido evolutivo. Su cuerpo no se sobrecogió cuando se sumergió en el gélido lago y se alejó del anaquel de piedra que envolvía la línea de la orilla; no sintió que se le contraía el escroto al entrar en contacto con aquella agua helada, puesto que no estaba mucho más fría que su propio cuerpo, que la corrupta sangre que había en su interior. Aprovechó su impulso inicial para adentrarse en el lago y, acto seguido, se quedó inmóvil bajo la superficie. Poco a poco, encontró un equilibrio térmico, porque la temperatura de su cuerpo descendió hasta igualarse con la del agua que le rodeaba, y un equilibrio de masa, pues su forma inerte mantenía una posición constante unos metros por debajo de la superficie del agua.

Poco a poco encontró la paz. El agua salobre apaciguaba y sostenía su deformado y dolorido cuerpo; la sólida oscuridad le alejaba del continuo influjo de información, del sobrecogedor estímulo de la existencia nocturna. El dulce sonido del lago inundaba su mente.

Abrió la boca, exhaló y dejó que el agua entrara en él mientras el ejército de burbujas se iba dispersando. Mediante la fuerza de voluntad, alejó su repugnante reflejo y, lentamente, se fue sumergiendo en las profundidades.

Resultaba tan tentador seguir bajando, abandonar su descanso y bucear hacía lo más profundo... ¿Y qué encontraría allí? ¿El centro de la tierra? ¿A los *Nictuku*, los grandes cazadores? ¿Sería eso lo que había hecho Augustin? ¿Habría encontrado lo que buscaba?

Calebros se sumergió más. Abrió los ojos, pero la única diferencia que había con mantenerlos cerrados era aquella breve sensación de humedad en sus córneas. Se sentía como si estuviera flotando en el espacio, en el vacío, más allá del alcance de las promesas o las amenazas terrenales.

Silencio... casi. Sólo oía el sonido distante del agua contra la orilla, el del ausente latido de su corazón. Más lejos, los aullidos, el dolor, la alegría, el éxtasis. Había otros sonidos más profundos, más difíciles de diferenciar. Rugidos del ganado... puede que fuera un metro o un tren, o los rítmicos movimientos de una prensa gigantesca.

Calebros asimiló todas esas cosas del mismo modo que había asimilado el agua salobre: justificándolas, dividiéndolas en submúltiplos.

Más hondo...

Intentó oír lo que estaba buscando...

Allí. Lo oía, lo sentía... era muy débil. Pero entonces lo distinguió con claridad, como un dedo que busca el pulso en una vena y por fin lo encuentra. Un sonido más profundo, un zumbido, lejano pero fuerte. El sonido del lecho de roca, de la propia

tierra, del mundo que estaba a su disposición, del mundo que se imponía sobre él. El zumbido constante de la tierra, del mundo subterráneo que era su legado. Era un regalo tan cruel...

Pensó en lo estúpido que había sido Augustin por buscar la destrucción. Ellos tenían toda la eternidad. ¿Podía estar equivocada la tierra que susurraba en sus oídos? Los grandes cazadores no eran más que leyendas absurdas. Pero quizá, lo llevaban en la sangre; quizá, Augustin no había tenido más opciones. Tampoco Calebros tenía más opciones que la de ser sincero con su sangre y buscar respuestas.

Calebros dejó que sus pensamientos flotaran junto a él, en las profundidades del lago. Dejó que se alejaran hasta que no fueron más que un confuso recuerdo. Ahora, sólo existía el suave zumbido de la tierra. No había nada más.

* * *

Antes de aparecer en la superficie, oyó que caía una lluvia de arena sobre el agua y supo quién estaba esperándolo junto al lago. Calebros empezó a acercarse a la orilla, sintiendo que la gravedad volvía a apoderarse de él, que tiraba de su piel correosa y de su deforme cuerpo. Avanzó a rastras. Sentía el calor de las piedras de la orilla en sus callosas rodillas. Sus zarpas traqueteaban como las patas de un escarabajo. Sintió las arcadas que liberarían alas aguas eternas de la frágil prisión de su cuerpo. El agua, la bilis y la sangre se mezclaban en charcos poco profundos. Por fin, llegó tambaleándose al lugar en el que le esperaban y se sentó sobre sus huesudas caderas. No se vistió ni tampoco miró a su hermano.

Emmett estaba sentado sobre unos sacos de lona rellenos de sal jugando con los cristales, dejándolos caer entre sus dedos como si fueran los granos de un reloj de arena. De vez en cuando, lanzaba un puñado de sal al agua.

—Supongo que eres un maldito pilar de la comunidad —dijo Emmett con seriedad, mientras tocaba con la otra mano la tira de huesos de caña que colgaba de su cuello y que era su legado—. Tú y tu lodazal.

Calebros no contestó.

—Toma —dijo Emmett. Sacó de las sombras que había a sus espaldas una gran copa tallada en hueso y se la tendió a Calebros. La copa estaba llena de sangre—. Tienes que aprender a cuidar de ti mismo. El buceo no es un buen sustituto de la cena, estúpido.

Calebros tomó la copa que le ofrecía. La sangre estaba tibia, pero aún no se había enfriado. Los aullidos, la perrera. Bebió.

—¡Jesús! ¿Acaso soy tu madre? —preguntó Emmett.

—No —respondió Calebros—. Eres mi hermano, mi compañero de prole.

—Prole, camada, lo que sea. Ambos fuimos elegidos para chupar sangre, así que supongo que no soy nadie para hacer preguntas.

Calebros suspiró. Chupar sangre.

—Estoy seguro de que no es así como lo recuerdas.

Ahora, fue a Emmett a quién le tocó el turno de suspirar.

—No hagas eso. No empieces con... Siempre haces lo mismo, siempre que te mojas la cabeza empiezas con esa sensiblería de que «todos somos hermanos en la sangre»...

—Podría iluminarte si tú...

—Lo haré. Muchas gracias. ¿Hay suficiente sal aquí? —Emmett le lanzó un puñado a Calebros.

En los sacos que había debajo de Emmett debía de quedar una tonelada. Al principio había una cantidad cinco veces mayor... o, utilizando con propiedad el término «al principio», la había habido después de que Calebros pasara casi dos años trayendo sacos de sal a aquel lugar.

—¿Sabes? —dijo Emmett—. Si te cansas de bucear por el Mar Muerto, siempre puedes abrazar a una masajista. Ahora que lo pienso, estoy seguro de que Hilda estaría encantada de...

—¿Lo has trasladado ya? —le interrumpió Calebros.

En los rasgos de Emmett, el efecto de una sonrisa era sumamente desagradable.

—Todavía no. En cuanto regrese. Antes quería comprobar ciertas cosas contigo, pero no deseaba hacerlo por teléfono ni por la SchreckNET. Supongo que ya sabes a qué me refiero.

—Por supuesto.

—Así que no quieres que investigue a Montrose. ¿Estás seguro? —preguntó Emmett.

—Completamente seguro.

—Podríamos tener problemas después... si lo descubre.

—Pues asegúrate de que no lo descubre. ¿O acaso no puedes manejarlo?

Aquello provocó una risa irónica en Emmett.

—Por supuesto que sí, pero no recurriré a nuestros lugares de Las Vegas. Puede que vaya a Cactus Springs o Shoshone.

—Eso es lo que estaba a punto de sugerirte. ¿Cuánto tiempo crees que...?

Emmett se encogió de hombros.

—No mucho. Quizá unas semanas. —Al ver que Calebros asentía, añadió—: ¿Sabes? El *Abad* Pierce es como un grano en el culo.

Calebros asintió de nuevo.

—Esa es una de las razones por las que creo que es mejor trasladar a Benito.

—De Pierce a Montrose —Emmett sacudió la cabeza con desprecio—. Cuando todo esto acabe, propongo que traicionemos a esos dos imbéciles.

—Sabes que no podemos hacerlo.

—Puede que tú lo sepas —dijo Emmett—, pero lo único que yo sé es que Pierce es un Vástago arrogante y desdentado que prefiere mearse en los pantalones que contrariar a los Giovanni; y en lo que respecta a Montrose... es un hijo de puta

baboso que está tan metido en el bolsillo de los Giovanni que les está chupando la polla colectiva.

—Has sido muy elocuente, como siempre.

—Pierce es una polla y Montrose, un chupapollas. Así es como lo veo.

—¿Acaso Pierce no te ha resultado útil en esta ocasión? —preguntó Calebros—. ¿Hubieras preferido atrapar a Benito y tener que quedarte en Boston, en la ciudad, esperando a que los sabuesos de los Giovanni te encontraran?

—No creo que hubieran podido.

—Claro —coincidió Calebros—. Pero no nos gusta dejar las cosas al azar. Y aunque no siempre podamos confiar en Montrose, es una buena fuente de información sobre lo que sucede en Las Vegas, una fuente bastante cercana al Príncipe, añadiría.

—Sí, sí. Lo que tú digas —las protestas de Emmett continuaron hasta convertirse en un refunfuño incomprensible. Acto seguido se calló. Ambos Vástagos se quedaron sentados en silencio; el único sonido que reverberaba sobre el lago subterráneo era el lejano *plin, plin* del goteo del agua.

—¿Has recorrido todos esos kilómetros sólo para esto? —preguntó Calebros.

—Sí, todos esos kilómetros. Para escucharte. Boston no está tan lejos. Deberías salir más. No he venido caminando desde Las Vegas.

Calebros lo sabía. Para los Nosferatu no era demasiado difícil desplazarse por encima y por debajo de una parte significativa de la Costa Este. Diversas generaciones del clan habían pasado décadas creando, mediante la construcción y la apropiación, una red de túneles subterráneos que se extendía, más o menos, desde Boston hasta Washington. Recorriendo tan sólo unos breves tramos por la superficie, un Nosferatu podía viajar hasta Richmond e incluso hasta Atlanta con total seguridad. Ahora que el Sabbat se movía por esas ciudades, resultaba menos seguro, pero no era demasiado difícil mantenerse escondido. La mayor parte de los Nosferatu que se habían unido al Sabbat conocían partes del sistema de túneles, pero nunca revelarían esta información. Aunque los *antitribu* se había aliado a esa secta por cuestiones filosóficas, no sentían demasiado aprecio por sus «amos», los Lasombra y los Tzimisce.

Emmett había venido desde Boston. La verdad es que no había resultado tan duro, pero estaba a punto de dirigirse hacia el oeste para una misión increíblemente delicada. Calebros no podía evitar preguntarse si lo que había llevado a Emmett hasta allí, a parte de los temas prácticos, era algo más... personal.

—¿Qué recuerdas? —le preguntó por fin—. No era una camada. No recuerdo haberte conocido hasta después... después...

—No recuerdo nada —dijo Emmett—, porque no necesito recordar nada. Eso fue hace mucho tiempo, y ahora es ahora. ¿De acuerdo?

Calebros sabía que tenía razón. Había ciertas cosas que él y su clan nunca olvidarían: deudas y deudores, favores y traiciones. Sin embargo, aparte de eso, no

había nada más que valiera la pena recordar. Ese camino no conducía a ninguna parte, excepto a la confusión y a los remordimientos.

—¿De acuerdo? —preguntó Emmett, con más insistencia.

Calebros asintió.

—De acuerdo —se levantó y buscó su ropa. Su cuerpo empezaba a agarrotarse de nuevo. Recogió la copa de hueso que había dejado junto a la orilla y se la devolvió a Emmett.

—Llévate esto, por favor.

A las perreras.

Emmett cogió la copa.

—Bueno —dijo, asintiendo con brusquedad. Acto seguido, empezó a alejarse hacia el túnel que le había conducido hasta ese lugar.

—Emmett —dijo Calebros. Su compañero se detuvo y se giró—. Buena suerte.

—Sí —respondió—. Lo mismo digo.

Dicho esto, desapareció.

CAPÍTULO 14

Jueves, 22 de julio de 1999, 3:49 AM

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York

Calebros se encorvó sobre su escritorio y empezó a teclear a ritmo frenético, recopilando, redactando. Emmett se encontraba de camino a Boston, desde donde viajaría hasta Las Vegas. Se ocuparía de Benito, haría todo lo que fuera necesario. Eso era un alivio. Calebros dejó de pulsar las teclas de la Smith Corona cuando apareció en su mente la idea de que, quizá, esa era la razón por la que había venido en persona. Por supuesto que la seguridad era importante, pero había mensajeros dignos de confianza... ¿Emmett habría venido sólo para tranquilizarle? ¿Era posible que fuera tan considerado?

Calebros sonrió. Si lo fuera, seguro que nunca lo admitiría. De todas formas, le alegraba tener que preocuparse de una cosa menos... además, de una tan importante. Aún quedaban muchas más. Muchas eran terribles y, tenía que reconocer que, en parte, estaban allí por su culpa.

El problema más importante era el que presentaba el Sabbat, a pesar de que había concedido una tregua a los ataques de la Costa Este. En menos de dos semanas había asaltado diversas ciudades situadas entre Atlanta y Washington y, en la mayoría de los casos, había destruido la estructura de poder existente de la Camarilla y asumido el control. De todas formas, tardaría mucho más tiempo en conseguir arrancar de raíz la considerable influencia que tenía la Camarilla en esas ciudades. Puede que el brutal Sabbat fuera incapaz de acceder a los focos de poder pero, en la era de la informática, para ejercer influencia no era necesaria la proximidad física. De todas formas, el control del territorio era una ventaja indiscutible y, con el tiempo, encontraría a los ghouls de la Camarilla y los eliminaría, los destruiría.

Los cambios territoriales no eran tan importantes para el clan de Calebros como para los demás. Un Nosferatu podía cruzar, con la misma facilidad y sin ser visto, una ciudad del Sabbat que una de la Camarilla. Aunque se produjera un cambio de poder, los Nosferatu seguirían conociendo grandes secretos y, en cierto sentido, sus servicios se harían muy valiosos para sus aliados, que tendrían prohibido acceder a ciertas áreas o, como mínimo, acceder a ellas sería muy peligroso. Desde este punto de vista, los progresos del Sabbat representarían una ventaja para el clan de Calebros.

Pero no sería así para los Ventrue, que se habían acostumbrado a tener al príncipe y a obligar a sus súbditos a inclinarse ante él. Ni tampoco para los Brujah, a quienes les gustaba hacer alarde de su rebeldía en las calles.

Ahora, esas mismas calles estaban repletas de demonios carentes de razón, que

sólo eran capaces de pensar en destruir a sus enemigos y alardear de cada cadáver que dejaban atrás. Los brujos tendrían que esconderse en sus ciudadelas. Los Toreador, considerados parásitos tanto por la sociedad del ganado como por la de los Vástagos, estarían perdidos. Y a los Gangrel no les importaba en absoluto ni una cosa ni la otra. Probablemente, el clan Nosferatu sería el único que se beneficiaría de la victoria del Sabbat... y ahí radicaba el peligro.

Si los Nosferatu tenían más fuerza, serían envidiados y temidos. Y al ser envidiados y temidos, empezarían a ser perseguidos. ¿Y cuál sería la excusa? Los Vástagos eran demasiado sofisticados como para considerar que el genocidio era un dogma tan subjetivo como la envidia y el odio (ya que temer significa odiar, ¿verdad?), así que la excusa sería la conspiración, la traición. Si los demás clanes, viendo fortalecidos a los Nosferatu, tuvieran alguna razón que les hiciera sospechar que los habitantes del subsuelo habían ayudado al Sabbat en su conquista, la venganza afloraría en los labios de todos ellos y reverberaría por los centros de poder.

¿Y qué razones tendrían para sospechar de los Nosferatu? Calebros sabía que, sin darse cuenta, les había proporcionado diversos motivos.

Le empezaba a doler la cabeza. Se recostó sobre su asiento, alejándose de su máquina de escribir, y estiró los dedos, los brazos, los hombros y la espalda. Sus vértebras estallaban como las palomitas de maíz.

Aunque no se habían equivocado al sospechar que el Sabbat realizaría un pequeño altercado en Atlanta, Calebros sabía que él y Rolph habían corrido un riesgo calculado: se habían expuesto a ganarse la más profunda desaprobación del Príncipe Benison al no haberle advertido del peligro. Como Rolph era súbdito de Benison y vivía dentro del territorio del príncipe, él era quién había asumido la carga principal de las posibles consecuencias. De todas formas, los dos Nosferatu habían estado de acuerdo en que merecía la pena correr ese riesgo, pues los beneficios que podrían obtener eran demasiado grandes como para pasarlos por alto: podrían zanjar el tema de Benito y pagar una vieja deuda que tenían con el Setita Ruhadze.

Pero el altercado había resultado ser un ataque a gran escala. Nadie imaginaba que el Sabbat sería capaz de preparar un ataque de esa magnitud. Borges, el arzobispo de Miami (que hacía tiempo que ambicionaba hacerse con el poder de Atlanta), nunca hubiera sido capaz de reunir, y mucho menos controlar, a un ejército tan grande. Ni siquiera Polonia, el arzobispo de Nueva York, podría haber conseguido el apoyo necesario entre los comandantes en jefe del Sabbat. Calebros había sido informado de que Sascha Vykos se había refugiado en Washington, donde ocupaba el cargo de arzobispo. Y eso hacía que se formulara nuevas preguntas.

Jon Courier, uno de los Vástagos más responsables y dignos de confianza que había conocido Calebros, había establecido contacto con un ghoul Assamita del campamento de Vykos. Se trataba de una situación extraña. Tal y como Calebros deseaba, Courier se había puesto en contacto con los asesinos sin hablar antes con él, puesto que el Nosferatu consideraba que cuantos menos tratos tuviera con los

Assamitas y menos razones tuvieran éstos de saber de su existencia, mejor. De todas formas, ese contacto se había convertido en una fuente de información, porque Courier le había comunicado todo lo que había descubierto: que no había señales de que el Sabbat estuviera preparado para continuar su marcha hacia el norte. La victoria de la guerra relámpago les había dejado tan desorganizados como a la Camarilla la derrota.

Tal y como estaban las cosas, si algún Vástago descubría la participación de Calebros en todo este asunto y deseaba señalarle con el dedo y acusarle, conseguiría que se tambalease el frágil equilibrio de poder que había entre los clanes. ¿Quién más lo sabía? Por una parte Rolph, pero navegaba en el mismo barco que Calebros. Sin embargo, también él contaba con la ayuda de algunos informadores. ¿Cuántos eran en total? Necesitaba saberlo con precisión; necesitaba asegurarse, fuera como fuera, de que nadie iba a hablar. Por el bien del clan.

Durante varios minutos, por su mente divagaron pensamientos que no se atrevió a dejar escritos. ¿Hasta dónde tendría que llegar, no sólo para salvarse de la vergüenza, sino también para salvaguardar el bienestar de su clan? ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar? Calebros sabía perfectamente qué respondería Emmett a esa pregunta, pero ignoraba qué respondería él.

Rompió la hoja que había en la máquina de escribir. Ya tenía demasiadas cosas de las que preocuparse como para añadir los temas morales (temas morales hipotéticos, por supuesto). Normalmente, el tiempo se encargaba de responder a diversas preguntas y dejaba otras abiertas al debate. Para Calebros, esto último era tan bueno como una respuesta. Puede que incluso mejor.

Pronto se centró en el siguiente informe, que trataba de otro asunto que le causaba gran consternación: Heshá Ruhadze. El Setita no debería haberse convertido en un motivo de preocupación, pues tenía un largo historial de negocios honestos con el clan Nosferatu. Incluso en alguna ocasión (Calebros recordó el incidente de Bombay, aunque había otros), había hecho todo lo que había podido para ayudar a sus hermanos. Ése era el motivo por el que la idea de entregarle el Ojo de Hazimel le había parecido tan razonable. Heshá llevaba décadas buscándolo y, teniendo en cuenta el lugar en el que se escondía aquel objeto, la fiesta de Victoria Ash parecía ser el lugar ideal para llevar a cabo la transacción.

Qué rápido habían cambiado las cosas.

Ahora el Ojo había desaparecido, el hombre que Heshá había sido enviado a la funesta fiesta estaba muerto y Calebros se había retirado a reflexionar sobre la inquietante cadena de muertes y actividad Assamita que, sorprendentemente, había coincidido con los movimientos de Heshá en una incómoda cantidad de ocasiones. Calebros se estremeció. No podía soportar la idea de que Heshá se hubiera unido a los Assamitas, pero sabía que el hecho de que hubiera cooperado durante tanto tiempo con los Nosferatu no era ninguna garantía para el futuro. ¿Qué sucedería si les culpaba de la pérdida del Ojo? ¿Y si estuviera dispuesto a mostrarles su

desaprobación recurriendo a unos aliados que, por cierto, eran unos fanáticos y letales asesinos? Intentó evitar un nuevo escalofrío, pero no lo consiguió.

Cogió aire con fuerza, algo que no era necesario, pero que resultaba terapéutico. Mientras intentaba convencerse a sí mismo de que las cosas no habían cambiado, se recostó en la silla y apoyó sus enormes pies en el escritorio. Muchas de las precarias pilas de papeles y carpetas empezaron a temblar, pero no llegaron a caerse.

La mente de Calebros se dirigió hacia Baltimore y todo lo que estaba sucediendo allí. Tres noches atrás, una banda de asesinos del Sabbat había entrado furtivamente en la ciudad para destruir a Jan Pieterzoon, vástago de una importante línea Ventrue y líder emergente de la resistencia de la Camarilla... ahora que, por fin, el grupo había conseguido reagruparse para organizar una resistencia. Durante más de una semana, Calebros había imaginado que la maquinaria de guerra del Sabbat continuaría avanzando hacia el norte, por los estados de la costa del Atlántico, por Nueva Inglaterra. Pero el impulso de la guerra relámpago se había agotado en Washington, y allí estaba el Sabbat. De momento.

La mayoría de los Vástagos no estaban al tanto del ataque que había sufrido Pieterzoon, porque si supieran que el enemigo había atacado en un territorio seguro con tanta fuerza, su estado de ánimo podía decaer. Calebros suponía que el Príncipe Garlotte de Baltimore había decidido no dar publicidad al ataque para mantener a salvo su orgullo.

Por supuesto, Marston Colchester había informado a Calebros, tanto del ataque como del cambio de planes de Pieterzoon. Antes del atentado que había sufrido contra su vida, el Ventrue se había concentrado en derribar las defensas de la Camarilla y consolidar su poder... aunque ahora tenía que competir con Victoria Ash, que había asumido el papel de inocente refugiada; también estaba Garlotte, el subcomandante Gainesmil, Marcus Vitel y unos cuantos más. Tras el intento de asesinato, Pieterzoon había dirigido su atención al lado más oscuro de la guerra. Había hablado con Colchester de la posibilidad de contratar asesinos propios. Después de consultarlo con Calebros, Colchester le había sugerido un asesino que provocaría el pánico entre los miembros del Sabbat porque tendría que haberse aliado con ellos. Sólo el tiempo diría si Pieterzoon decidía seguir el consejo de Calebros.

Tiempo. Si dispusiera del tiempo suficiente. Por segunda vez en la misma noche, sintió con fuerza el paso del tiempo. Era implacable, irreversible. Se trataba de una sensación extraña, sobre todo porque durante infinitos años, el tictac de los relojes le había parecido deliberado, muy lento. En cierta ocasión dedicó ocho meses completos a estudiar el crecimiento de las algas irisadas en una charca subterránea... pero no examinando los nuevos brotes cada semana o cada noche, sino observándolos con atención, sin interrupciones, hora tras hora y noche tras noche, durante ocho meses.

El ganado medía el tiempo en horas, en días y noches. ¿Qué era una simple noche para un Vástago? ¿Una fracción de un segundo de la eternidad? ¿Qué significado tenía el paso de un mes, un año o una década? No era más que un grano de arena,

pero no de un reloj de arena, sino de una orilla infinita.

De alguna forma, eso estaba cambiando. Calebros no sabía cómo ni por qué, pero podía sentirlo. Podía sentirlo en su sangre. Podía leerlo en sus informes.

La lámpara del escritorio empezó a parpadear de nuevo, distrayéndolo de sus pensamientos. Volvió a centrar su atención en los papeles que tenía sobre la mesa, en el problema de Hesha Ruhadze, en la danza letal que se estaba desarrollando en los centros de poder de los Vástagos de Baltimore. Recordó el asunto del Profeta de la Gehena: según lo que sabían las personas del entorno de Calebros, Anatole seguía en algún lugar de la Catedral de San Juan el Divino, y sólo Dios sabía cuál era su oscuro propósito.

De todas formas, la rutina de enumerar todos esos asuntos e intentar relacionarlos le ayudó a recuperar el control.

COPIA DE ARCHIVO

22 de julio de 1999

Asunto: Hesha Ruhadze

Informe de Calcuta vía Cairo: Hesha llegó y se presentó ante el Príncipe Abernethie; posteriormente, uno de los chiquillos del Príncipe fue aniquilado; ¿coincidencia?

Además: H. contactó con el Tremere local que más tarde fue asesinado; supuestamente por Assamitas.

Rolph informa desde Atlanta: probable implicación Assamita en la destrucción de Hannah, la regente de los Tremere. El hombre de Hesha, Vogel, estaba allí.

¿Hesha está aliado con los Assamitas?

¿Estamos en peligro?

RASTREAR MOVIMIENTOS, en lo posible

COPIA DE ARCHIVO

22 de julio de 1999

Asunto: Baltimore/Washington D.C.

Courier informa: según Ravenna/Parmenides, el Sabbat no planea realizar ataque inminente en Baltimore; continua una lenta elaboración/organización/consolidación; no hay señales de cambio en las fuerzas del norte, es decir, Buffalo.

Colchester continúa con Garlotte, Pieterzoon ha sido informado del tema R/P asunto: Washington

Pieterzoon ignora la relación de Colchester y Garlotte.

Mantenerlo así.

CAPÍTULO 15

*Jueves, 22 de julio de 1999, 10:18 PM
Suite del Gobernador, Lord Baltimore Inn
Baltimore, Maryland*

La *suite* estaba prácticamente igual que hacía tres noches, cuando Victoria la abandonó. Había empaquetado la mayor parte de sus pertenencias, trajes de noche y accesorios, pero no todo. La Treador se había ido furiosa, enfadada con su benefactor, el Príncipe Garlotte, que le había proporcionado el alojamiento y gran parte del resto de sus posesiones. Después del ataque de Atlanta, cuando llegó a Baltimore con sólo una mochila a la espalda, Garlotte la había recogido y le había tratado muy bien. Era su trofeo. Le habría dado cualquier cosa que le hubiese pedido... cualquier cosa excepto lo único que le pidió: que Jan Pieterzoon desapareciera de la ciudad. Como Garlotte se había negado a enviar al exilio a su compañero Ventrue, Victoria se había ido.

Ahora, Garlotte estaba sentado en un sofá entre los restos que había dejado atrás la enojada Treador. Incluso él parecía un regalo desechado. Las cajas y bolsas de ropa que había despreciado se diseminaban sobre las mesas y las sillas o colgaban tras las puertas. Cuando Marston Colchester entró sigilosamente en la *suite*, se preguntó si el príncipe se habría levantado del sofá en algún momento desde que lo había dejado allí. Garlotte seguía llevando el mismo traje anticuado, seguía teniendo una expresión melancólica en su rostro y seguía sentado en el mismo lugar del sofá.

—Mi Príncipe —dijo Colchester mientras hacía una torpe reverencia, consciente de que ese gesto, realizado por su pesado, sarnoso y peludo cuerpo, parecía más bien una burla.

Garlotte le devolvió el saludo con desgana y suspiró. A Colchester le sorprendía la insólita apatía del príncipe, que siempre había sido un hombre desbordante, lleno de energía. Cuando el príncipe tenía una idea en la cabeza, siempre estaba dispuesto a moverse en cinco direcciones distintas a la vez. Era un príncipe justo pero estricto, un hombre que no solía andarse con sutilezas.

Se dio cuenta de que eso no era completamente cierto. El príncipe podía ser sutil, pero por lo general, se negaba. Para Colchester, Garlotte era como un lápiz de cinco colores, no uno de sesenta y cuatro con sacapuntas incorporado. Y era así porque a él le daba la gana.

—¿Qué se sabe de ella? —preguntó Garlotte con fatiga, como si no le importara nada saberlo pero considerara que debía preguntarlo.

—¿De la señora Ash? —preguntó Colchester con deliberación. El Príncipe le lanzó una mirada furiosa desde debajo de sus oscuras cejas—. ¡Ejem! Sí... bueno,

sólo que está en casa de Gainesmil.

Por conversaciones anteriores, Colchester sabía que debería dejar ahí el tema... pero al ver al príncipe tan desamparado, fue incapaz de reprimirse.

—Todavía no han bailado contoneándose —dijo, incluyendo una serie de movimientos pélvicos bastante entusiastas a modo de ilustración—, pero aún es pronto. ¿Sabes? Nunca hubiera etiquetado a Robert de mujeriego, pero no me sorprendería verle haciéndole cosquillas en las amígdalas con...

—Ya es suficiente —espetó Garlotte, con el rostro enrojecido de ira apenas contenida.

—Ejem. Sí, bien, ah... esta noche se ha reunido con Vitel.

El príncipe entrecerró los ojos.

—¿Y?

—¿Estás seguro de querer saberlo? Quiero decir que yo sólo soy el mensajero...

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras cogía aire con fuerza y se le hinchaba el pecho.

—Bueno... —Colchester hizo una pausa significativa, que demoró todo lo posible— No mucho, la verdad.

—No juegues conmigo, Marston. O pondré tu compungida cabeza sobre una lanza.

Colchester tragó saliva. Le había amenazado con la Muerte Definitiva. Puede que hubiese llegado la hora de cambiar de acritud. Se arrodilló e inclinó la cabeza.

—Discúlpame, mi Príncipe. —Lo miró de reojo; Garlotte no lo estaba observando—. Puede que no sea la persona más sensible del mundo para tratar asuntos del corazón.

—¡Esto no es ningún asunto del corazón!

Colchester movió la cabeza hacia un lado.

—Hum. Ya veo.

—Levántate, zoquete. ¿Qué ha pasado entre Victoria y Marcus Vitel?

Colchester se puso en pie.

—Victoria le lanzó algunas indirectas sobre cómo podrían gobernar juntos la ciudad, pero él la ignoró —y *no la miró en ningún momento*, pensó. *¿Cómo diablos lo hizo?*

—¿La ignoró? ¿En serio? —preguntó Garlotte, algo aliviado.

—¡Oh, sí! —aseguró Colchester—. Estaba seguro de que acabaría enseñándole un pecho para, conseguir llamar su atención.

Garlotte se puso en pie con el rostro enrojecido de cólera, pero Colchester ya estaba tres pasos más cerca de la puerta.

—¿Te he ofendido? Disculpa mis bárbaros modales, mí Príncipe —dijo Colchester al instante, a modo de disculpa—. Estos asuntos del corazón... quiero decir, de estado... Asuntos de estado...

—No digas ni una palabra más. ¡Ni una!

Colchester asintió enérgicamente. Esperó y, tras un largo silencio, Garlotte volvió a sentarse mientras cogía aire con fuerza, intentando tranquilizarse.

—¿Así que Victoria no intentó... seducir a Vitel del mismo modo que hizo con Pieterzoon?

Colchester negó con la cabeza.

—¿Y Vitel no se mostró receptivo a sus súplicas?

En esta ocasión, Colchester asintió.

—Muy bien —dijo Garlotte—. Continúa observándola.

Colchester volvió a asentir. Para él era una ventaja que sus dos clientes, Garlotte y Pieterzoon, estuvieran tan interesados el uno en el otro y en Victoria. Eso le facilitaba en gran medida el trabajo. De todas formas, y a pesar de sus burlas, le incomodaba investigar a Ash. Aunque hubiera preferido que uno de sus subordinados se encargara de esa tarea, sabía que era imposible. Tenía que hacerlo él. ¡Estaba dispuesto a hacer grandes sacrificios por su clan!

Sin apartar la mirada de Garlotte, el Nosferatu retrocedió y salió de la *suite*. En cuanto cerró la puerta, realizó nuevos movimientos de pelvis dirigidos al príncipe y, acto seguido, se alejó lentamente por el pasillo.

CAPÍTULO 16

Viernes, 23 de julio de 1999, 1:29 AM

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York

—¡Me hubieran devorado, te lo juro!

—Te creo, Jeremiah —respondió Calebros, adoptado un tono forzosamente calmado. Estaba cansado de asentir con educación, de intentar tranquilizar a su compañero de clan. En ocasiones, Jeremiah resultaba cargante, pero esa noche se estaba superando.

—¡No te rías de mí! —espetó Jeremiah—. ¡Llevo semanas habiéndote de esto!

A mí me han parecido años, pensó Calebros.

—¡Y todavía no has hecho nada! ¡Nada de nada! —Jeremiah paseaba por la sala gesticulando como un poseso.

Ésta era la razón por la que sólo había una silla en el despacho de Calebros. Como no le gustaban las visitas, no quería animarlas a coger asiento, relajarse y quedarse un rato. Además, la mayor parte de las personas que tenían razones para visitarle solían estar airadas, se pasaban el día entero quejándose o resultaban agobiantes. Y en esos momentos, Jeremiah estaba siendo las tres cosas a la vez.

—Eso no es cierto —aseguró Calebros.

—¿Entonces, qué? —gruñó disgustado Jeremiah—. Dime. ¿Qué has hecho?

—He reflexionado atentamente sobre tu informe.

—¡Ja! Lo que yo he dicho: nada de nada. Has reflexionado sobre mi informe... —Jeremiah repitió sus palabras con desdén—. Pues que sepas que esto es lo que pienso de ti y de tus informes.

Cogió un puñado de papeles del montón más cercano que había sobre el escritorio y, cuando estaba a punto de lanzarlo por los aires, la mano de Calebros salió disparada y le golpeó en la muñeca. Sus garras se hundieron ligeramente en su carne no muerta.

—Hazme caso —dijo Calebros con voz calmada—. No quieres hacer eso.

Se miraron a los ojos durante unos instantes, pero Calebros no le soltó la mano. Jeremiah seguía sujetando los papeles entre sus largos dedos, que eran tan finos que prácticamente parecían agujas de hueso. Su delgado y fuerte cuerpo estaba cubierto de protuberancias, de voluminosas masas de tejido endurecido, como los troncos nudosos de los árboles de pantano. Por fin, dejó de resistirse y dejó los informes sobre la mesa.

—Lo siento —dijo mientras volvía a pasear por la habitación, aunque ahora más despacio.

—No tiene ninguna importancia —respondió Calebros. Su atención se había centrado por completo en los papeles que Jeremiah había dejado caer. Aquellos informes (algunos manuscritos, muchos mecanografiados y todos ellos con notas al margen garabateadas en rojo), presentaban una confusa variedad de tamaños. Incluso había algunos escritos en bolsas de papel o cartulina. Calebros cogió el montón que había sido alterado y lo acarició suavemente, del mismo modo que una madre alisaría las arrugas de la rebelde ropa de su hijo.

Hasta que no hubieron pasado por sus manos todos los papeles que había desestabilizado, Calebros ignoró por completo a su impulsivo visitante. Jeremiah no se dio cuenta de la gélida mirada que le dedicó, ni parecía ser consciente de su preocupación.

—No debería haber pasado nunca —estaba diciendo, tanto para sí mismo como para Calebros—. Eran ratas. No eran más que ratas. Tendrían que haberme respondido. No eran más que ratas. Pero allí también había algo más... algo... que las animaba, algo que las unía...

—¿Algo que las unía? No sería *físicamente*.

—No, por supuesto que no. Pero sus instintos, su ira... Cuando accedí a la mente de una de ellas, percibí la de todas —sus pasos ahora formaban un triángulo: cada vez que llegaba al punto más cercano al escritorio cambiaba de dirección, pero seguía trazando las mismas líneas una y otra vez. Sus ojos, prácticamente escondidos bajo unas cejas gruesas y curvadas, se llenaron de lágrimas ante aquel recuerdo.

Calebros observaba, esperaba. Ya estaba acostumbrado a hacerlo.

—No percibí ninguna mente consciente que las controlara —continuó Jeremiah—. No había nada que les diera órdenes, pero había algo... ira... o quizá, puro odio.

Ya ha vuelto a alimentarse de algún miembro drogadicto del ganado, pensó Calebros.

—Déjame llevar al Profeta —dijo de pronto Jeremiah.

—¿Qué?

—Anatole, el Profeta de la Gehena.

—Sé perfectamente de quién estás hablando pero ¿por qué diablos...?

—Ya te lo he dicho antes. Lo llevaré hasta allí —Jeremiah volvía a caminar con rapidez y las palabras salían de su boca a toda velocidad—. Con la cantidad de voces que oye, no le costará oír una más. Él sabrá de qué estoy hablando. Será capaz de averiguarlo. Puedo llevarlo allí abajo. Él averiguará qué es.

Jeremiah se detuvo junto al escritorio y se inclinó sobre él, apoyándose en sus brazos huesudos. Cuando volvió a hablar, su voz ya no era la de un maníaco, sino grave y funesta.

—Allí abajo hay algo oscuro, Calebros. Tenemos que descubrir qué es.

A Calebros le desconcertó aquella repentina súplica. Estaba acostumbrado a recibir informes de su gente, a reflexionar sobre la información que contenían, a sopesar sus posibles consecuencias, conexiones y ramificaciones. Sabía

perfectamente que todas las acciones tenían consecuencias inesperadas. Si Jeremiah fuera consciente de eso, no le estaría pidiendo algo tan sorprendente. *¡Y menos aún después de haber movido mis archivos!* pensó.

—No has visto nada que justifique que debamos tomar unas medidas tan drásticas —respondió.

—¿Cómo que no he visto nada? —los ojos de Jeremiah se salían de sus órbitas—. ¿Me has prestado atención en algún momento? ¿Has escuchado una sola de las palabras que he dicho? ¿Cómo te atreves a decir que no he visto nada?

—No dudo de lo que viste —replicó Calebros con voz calmada—, pero no he llegado a las mismas conclusiones que tú. No estoy diciendo que estés equivocado, a pesar de la gran imaginación que hay en tus...

—¡Imaginación!

—Pero Anatole no es un juguete ni una mascota. No puedes cogerlo y jugar con él cuando te apetece. Estoy seguro de que puedes llevarlo hasta allí —añadió Calebros mientras levantaba las manos, anticipándose a las protestas de su huésped—, pero el Profeta...

Calebros hizo una pausa. No estaba acostumbrado a los enfrentamientos directos y las palabras que describían la aprensión que sentía por Anatole no llegaban con rapidez a sus labios. No era como aquel miedo visceral que le debilitaba siempre que alguien mencionaba a los Assamitas, sino que se trataba de un sentimiento más profundo, más inquietante. Calebros se vio obligado a preguntarse qué era lo que más le inquietaba: ¿Anatole o lo que el Profeta pudiera descubrir?

—El Profeta está aquí, en la ciudad —dijo Jeremiah—. Tenemos que utilizar todas las herramientas que tenemos a nuestra disposición.

—Creemos que todavía está en la ciudad —le corrigió tajante—. Entró en la Catedral de San Juan el Divino hace un mes. Desde entonces, ninguno de los nuestros ha podido entrar en ella y los informadores del ganado que lo han conseguido no han encontrado ni rastro de él. Así que, en lo que respecta a tu primer punto, la verdad es que no se ha mostrado demasiado accesible con nosotros. Y en segundo lugar...

—¡Calebros! ¡Calebros! —los gritos que llegaban desde el exterior irrumpieron en la silenciosa madriguera como un repentino trueno. Cass Washington entró a toda prisa en el despacho, con la falda y la holgada sudadera ondeando tras ella.

—¡Calebros!

No se detuvo ni pidió disculpas por la interrupción.

—¡Calebros! ¡Donatello está dentro! ¡Ha entrado en la catedral!

Los ojos del desconcertado Calebros se movían una y otra vez entre Cassandra y Jeremiah. La exaltada mujer esperaba instrucciones, mientras que Jeremiah había cruzado sus esqueléticos brazos y parecía estar bastante contento consigo mismo.

—Bueno, relájate muchacha —dijo por fin—. Aún tenemos que ver qué sucede. Acto seguido, se volvió hacia Jeremiah.

—Y tú, no seas pretencioso. Pase lo que pase, te mantendrás alejado de esa

catedral. No permitiré que interfieras sólo por una... historia estúpida.

—Yo no he dicho nada sobre... —protestó Jeremiah.

—No ha sido necesario —espetó Calebros—. No ha sido necesario.

Calebros no estaba dispuesto a hacer caso de los rumores y las leyendas. *Nictuku*.

Ni siquiera aunque esa leyenda fuera lo que más temía su clan. Sobre todo por eso.

CAPÍTULO 17

*Viernes, 26 de julio de 1999, 12: 47 AM
Amsterdam Avenue, Upper West Side, Manhattan
Ciudad de Nueva York*

El hombre que avanzaba nervioso por la calle parecía contar cada uno de sus pasos antes de pisar el suelo con cuidado. Sus labios temblaban al representar su monólogo interior. ¿Cuánto había avanzado en un minuto? ¿Cuántos pasos podía dar en una hora? Tenía la impresión de haber recorrido kilómetros en cuestión de segundos.

Se preguntó si podría haber transcurrido ya una hora. No llevaba reloj. De hecho, no llevaba joyas ni abalorios (nada aparte del ángel que le seguía más de cerca que la sombra) y de alguna forma, aquello le inquietó. Se tocó la nuca buscando una cadena o un cordel. Sus dedos se deslizaron hacia su cóncavo pecho y lo golpearon; sus yemas resbalaron por la cavidad como si fueran un monopatín fuera de control.

El hombre sabía que se llamaba Donatello, pero parecía incapaz de creérselo. A pesar de sus cautelosos y pacientes pasos, también él estaba fuera de control. Y a pesar de la seguridad de sus movimientos, caminaba sin rumbo fijo.

Por mucho que se esforzara en avanzar, tenía la impresión de estar dando vueltas en círculo. Cada vez que veía su reflejo en las sucias ventanas de las casas de piedra arenisca que se alineaban en la calle, sentía que era la primera vez que lo veía. Aunque sabía que aquel cuerpo jorobado, siniestro y obeso le pertenecía, sólo lo intuía con la misma vaguedad que le permitía conocer su nombre pero no pronunciarlo. Era como buscar al Espíritu Santo en una asamblea de brujas: seguro que estaba presente, pero escondido.

Así que continuó caminando con la esperanza de que, si sus pies avanzaban, también lo haría su mente. Comprendía que había vivido una experiencia extrema; también era consciente de que había sido una jugada demasiado arriesgada. ¿Pero había valido la pena o no? ¿Le gustaría dar marcha atrás? ¿Qué pasado monstruoso deseaba ocultarle aquella horrible imagen de la ventana salpicada de barro?

Con la inevitable llegada del amanecer, Donatello había empezado a poner en orden sus pensamientos. No sabía si el hecho de caminar le ayudaría pero, de todas formas, siguió adelante. Por desgracia, no hubo más transformaciones que acompañaran a la iluminación del pasado. Su espalda seguía estando encorvada como la de un gato enfadado; sus quijadas, combadas como los pechos de una arpía; y sus ojos hundidos seguían mostrando la falta de voluntad de un drogadicto. Todo eso permanecía. Pero la débil luz de su mente había empezado a brillar.

Junto a estos recuerdos llegó la revelación de que las dolencias de su cuerpo eran las maldiciones que tendría que cargar hasta el final de su vida. Él era un

Nosferatu, uno de los mejores de su especie, del mismo modo que su clan era el mejor recopilando información. Sin embargo, Donatello se fue dando cuenta, lentamente, de que había perdido para siempre las tres últimas noches de su vida.

Le aterraba que las repercusiones de una pérdida tan minúscula, en el contexto de una vida inmortal, pudieran reverberar hasta el infinito. ¿Cuándo decidiría provocar un huracán en su vida la mariposa de aquellas noches?

Sacudió la cabeza.

—Pronto —murmuró con amargura—. Demasiado pronto.

Tenía la impresión de que habría sido mucho mejor perder tres noches en una enloquecida ceremonia de los Tzimisce.

O perdido en un bosque infestado de lupinos.

O incluso siendo interrogado por las almas de los piadosos muertos a los que había instruido y dirigido hacía siglos, cuando había sido un sacerdote de Dios entre los mortales de este mundo oscuro.

Pero pasar tres noches en compañía del más enigmático de los Vástagos, el Profeta de la Gehena, Anatole...

Tres noches que no podía recordar. Aunque por su mente pasaban imágenes fugaces, Donatello tenía la certeza de que nunca recordaría todo lo que había sucedido durante ese tiempo. ¿Por qué estaba tan seguro? Puede que estuviera concediendo más credibilidad de la necesaria a la reputación de Anatole. Suspiró y siguió caminando, intentando evocar imágenes concretas de los escasos momentos que era capaz de recordar pero, tal y como imaginaba y temía, no logró evocar nuevos recuerdos.

Había pasado tres noches con el vampiro que conocía los secretos del fin del mundo... y era incapaz de recordar qué había sucedido. Resultaba aterrador.

Recordaba la sorpresa que había sentido al entrar en la Catedral de San Juan el Divino. Durante varias noches, una fuerza desconocida había impedido que entrara ningún Nosferatu en aquel lugar. Podían llegar hasta la puerta, pero no cruzarla. Sentían que Anatole estaba en el interior, pero no lo sabían con certeza: había entrado hacía ya un mes y nadie le había visto salir pero, del mismo modo que les había impedido entrar, era posible que hubiera escapado sigilosamente. ¿Qué había estado haciendo allí dentro durante todo un mes? ¿Cómo se ocultaba de los mortales que se reunían diariamente en ese lugar, sobre todo los domingos?

Para investigar, los Nosferatu habían recurrido a los mortales. Sus ghouls (mortales con sangre de Nosferatu en sus arterias) también consiguieron entrar, pero no percibieron nada... ni siquiera el ghoul que, según se decía, llevaba la sangre del propio Calebros en su interior. Otro de los que entró fue un mago (no un Tremere, sino un mago mortal) que le debía a Calebros algún tipo de favor, pero tampoco pudo aportar ninguna información al clan.

Ahora Donatello empezaba a sospechar la verdad: todos ellos habían encontrado a Anatole, pero les había sido negado el recuerdo de aquel encuentro. Se preguntaba

por qué no podían admitir que habían estado con él, aunque no recordaran lo sucedido. Puede que, físicamente, fueran incapaces de hablar de ello, del mismo modo que los labios de Donatello eran incapaces de pronunciar aquel nombre.

Así que se quedó sorprendido al traspasar aquella barrera que les había impedido el paso, tanto a él como a sus compañeros. El Nosferatu recordaba que, nada más entrar en la catedral, se retiró rápidamente a la periferia para informar a uno de los miembros del equipo de vigilancia. Pronto estuvo organizado el equipo expedicionario que ejecutaría el plan que habían preparado hacía algunas semanas... pero ninguno de sus compañeros consiguió acceder al templo.

Ahora se rió de su estúpido valor, de sus ansias. Recordaba haber dicho a sus compañeros que no podían desperdiciar aquella oportunidad. Entraría y les informaría tan pronto como pudiera.

A partir de ese punto, Donatello era incapaz de seguir el orden cronológico de los acontecimientos, puesto que lo siguiente que recordaba era estar rezando con Anatole. Aquella imagen apareció en su mente con absoluta claridad, aunque estaba envuelta en una sombría oscuridad y en un silencio mortal. De pronto, apareció un altar ante él y Anatole. De repente, Donatello oyó su voz. Se sentía como un pasajero en su propio cuerpo, aunque se acordaba perfectamente de cómo se había sentido en aquellos momentos.

El Nosferatu recordaba que Anatole estaba a su lado. El profeta Malkavian también estaba arrodillado ante el altar y, por un instante, Donatello tuvo la impresión de que aquello era muy extraño. Aunque no se sabían demasiadas cosas sobre Anatole, existía la creencia generalizada de que había renunciado a Dios hacía siglos... Pero pronto se olvidó de eso y entonces pensó que el hecho de que el Vástago se arrodillara ante el altar era una prueba. Una prueba de que era su fe la que impedía que otros Vástagos entraran en la Catedral de San Juan el Divino, a pesar de que las cruces y las reliquias religiosas en general no ejercían ningún poder sobre ellos. Puede que, a su vez, eso fuera una prueba de que las visiones y las profecías de Anatole realmente procedían de una fuente mucho más poderosa de lo que los Vástagos podían imaginar.

Si todo eso era cierto, Donatello imaginaba que había podido entrar porque había sido sacerdote de Dios en sus años mortales. No había sido uno especialmente entregado ni especialmente corrupto, sino uno que hacía lo que esperaban sus superiores, aunque siempre supuso que no era eso lo que Dios esperaba de él. Sin embargo, había sido suficiente e incluso ahora, cuando caminaba por las calles de la Ciudad de Nueva York, sentía que le invadían la piedad y la fe. Donatello palpó de nuevo su pecho buscando la cruz que le faltaba. Seguía llevándola durante estas noches eternas, suponiendo que era una forma de burlarse de su pasado mortal y de la pérdida de su fe. Pero ahora se preguntó si habría una explicación más profunda.

Y por supuesto, allí estaba Anatole. El primer recuerdo que tenía Donatello de haberlo visto. Sus rasgos eran apacibles y suaves. Su cuerpo estaba cubierto por una

pequeña capa de suciedad y mugre. Su cabello rubio estaba peinado hacia atrás en rastas que colgaban como borlas ornamentales alrededor de su rostro alicaído.

Donatello había guiado al profeta en la oración.

El Nosferatu dejó de caminar y se dispuso a recapitular. Hacía mucho tiempo que había dejado de creer en Dios. Al igual que otros de su especie, llevaba una bestia en su interior; sin embargo, a diferencia de todos (excepto los Nosferatu), su aspecto externo también era el de una bestia. Durante su vida mortal había sido un hombre lo bastante bueno como para merecer una muerte mortal; cuando le fue negada, se vio obligado a aceptar que era imposible que existiera un Dios capaz de tomar tales decisiones.

Ante los rascacielos de Manhattan que se alzaban amenazadores a poca distancia, cuyas luces formaban las nuevas constelaciones que guiaban a los hombres, los recuerdos de Donatello empezaron a borrarse. Sentía que su precipitada comunión con el pasado, prácticamente olvidado, se deslizaba por sus pies inmóviles hasta desaparecer en el hormigón... para seguir hundiéndose por los cimientos de aquella gigantesca ciudad.

Y sus pensamientos continuaron sumergiéndose, pero no se dirigían hacia el ardiente núcleo del planeta, sino hacia algo oscuro, algo a lo que no podría enfrentarse y que, además, estaba seguro de que no era de su incumbencia. Se encogió de hombros. De alguna forma, aquel pensamiento le resultaba más esperanzador que cierto.

A Donatello le inquietaban aquellos pies ociosos que se dirigían hacia una mente ociosa.

Empezó a caminar con rapidez para poder liberarse psíquicamente de todo aquello que había empezado a vislumbrar. ¿Anatole había compartido parte de sus visiones apocalípticas con él? No tenía ni idea, pero ahora estaba solo y luchando contra la amnesia, así que no era el momento de prestar atención a dichos pensamientos. A medida que aminoraba el paso para recuperar el ritmo estable de antes, su cerebro empezó a enviarle nuevas imágenes.

En ellas también estaba rezando. Estas dos nuevas escenas se ambientaban en una especie de jardín, donde ambos se habían inclinado ante una extraña escultura de metal fundido que representaba a una mujer.

Entonces su mente le mostró una breve imagen en la que Anatole estaba sentado a los pies de aquella escultura con las sandalias en la mano, escuchando las preguntas de Donatello. El Malkavian no le dijo por qué estaba en la ciudad de Nueva York, sino que se limitó a frotar sus sandalias entre sí a modo de súplica.

O puede que se tratara de una forma de comunicación. Puede que esa fuera su forma de conversar con los poderes celestiales (al menos, una de ellas), o de llamar su atención. Donatello era incapaz de evocar más detalles de la escena, porque sus recuerdos eran sumamente escasos. Hizo que pasaran por su mente aquellas imágenes como si fueran una película; sólo tenía tres encuadres de Anatole y, para ser honesto,

no estaba seguro de que estuviera frotando las sandalias o batiendo palmas con ellas.

Sabía que tenía que regresar junto a Calebros e informarle de los pequeños detalles que podía recordar. O regresar a la catedral. Quizá, debería intentar entrar de nuevo, aunque tenía la certeza de que eso sería una locura. Donatello era consciente de que carecía del valor y la confianza necesarios para volver a entrar. Además, su marchito estómago había empezado a protestar. Se retiraría a su hogar subterráneo, prepararía un informe y pondría punto y final a ese asunto.

O al menos, eso era lo que esperaba.

Pero sus deseos se desvanecieron al instante, puesto que en su mente había algo que pugnaba por salir. No se trataba de la oscuridad de las entrañas de la tierra que estaba intentando olvidar... algo que resultaba irónico esta noche, cuando estaba haciendo tantos esfuerzos por recordar.

Una imagen centelleó en su mente, pero se desvaneció antes de que lograra detener su velocidad. No consiguió verla. Regresó de nuevo. Era una figura. Estaba muy cerca de él. Susurraba. Tenía que ser Anatole.

Regresó de nuevo. Sí, era el Profeta. Estaba susurrando unas palabras de despedida. Unas frases que, aunque habían sido pronunciadas hacía escasamente una hora, habían quedado tan sedimentadas en su mente que Donatello era incapaz de recordarlas.

Otra vez. Ahora pudo oír algunas de las palabras. Un acertijo. ¿Había pasado tres noches con el Profeta de la Gehena observando el Cielo y el Infierno y se había despedido con un acertijo? Ya no le quedaba ninguna duda de que aquel hombre estaba loco.

Pero era sabio. ¿Cuál era la respuesta del enigma?

Donatello reflexionó hasta que el amanecer estuvo a punto de alcanzarlo. Entonces corrió hacia un teléfono para llamar a la madriguera antes de que él y Calebros se retiraran a dormir durante el día. Umberto respondió y escuchó pacientemente mientras Donatello repetía el acertijo por segunda vez:

—Uno en un minuto y uno en una hora. Recorre una milla en cuestión de segundos para entregar mi palabra. Dime, oh sabio, ¿por dónde voy?

Instantes después, Donatello forzó la boca de una alcantarilla. Cerca de allí tenía que haber algún lugar seguro donde dormir. Para un Nosferatu al que le gustaba mendigar, siempre había un refugio cerca.

CAPÍTULO 18

Sábado, 31 de julio de 1999, 5:14 AM

Debajo de 114.ª Street, Upper West Side, Manhattan

Ciudad de Nueva York

Ratón se encontraba a escasas manzanas del metro cuando oyó que el mundo retumbaba. Estaba paseando por las alcantarillas: allí abajo había un sinfín de tesoros y no tenía que preocuparse de que los habitantes del mundo de la superficie lo vieran. No tenía que esconderse, puesto que, gracias a Dios, allí no había ningún miembro del Sabbath ni nadie iba a confundirle con un enorme perro. Las dos veces que le habían visto los secuaces Cainitas había sido capaz de esquivarlos con bastante facilidad, pero se había puesto nervioso y cuando estaba nervioso se le caía el pelo, y cuando se le caía el pelo sentía un gran picor. O puede que el picor lo provocara la infinidad de bestias que compartían con él su peludo abrigo.

Había avanzado, arrastrando los pies, por aquellas aguas residuales que le llegaban hasta las espinillas para ver si encontraba algo. ¡Allí! Su ojo captó un breve destello que pronto volvió a quedar sumergido. Entonces se agachó, hundió sus manos bajo aquel fango de color marrón grisáceo y, cuando las levantó de nuevo, dejó que el líquido se deslizara entre sus dedos. Allí estaba. Sonrió. Entre las manos tenía un montón bastante intacto de heces en el que centelleaba, medio enterrado, un maravilloso y perfecto botón de plata. Tras recogerlo, dejó caer todo lo demás a la corriente. Lo frotó entre sus manos hasta que estuvo bien limpio y, acto seguido, se enjugó las manos en su pelaje y en su ropa. El botón no era de plata auténtica, pero no le importaba. Aunque era de plástico, brillaba y, por lo tanto, era un tesoro. A Ratón le encantaban los tesoros relucientes. Cuando lo dejó caer en su bolsillo se sentía casi tan contento como si hubiese encontrado unos apetitosos granos de maíz.

Entonces todo retumbó, pero no se trataba del familiar ronroneo de un tren. Al igual que, con el tiempo, el tictac de los relojes se hace más evidente por su ausencia que por su presencia, Ratón pronto dejó de advertir la vibración, aunque ésta no había cesado. Era como si los edificios que había sobre el suelo, o quizá las calles, se estuvieran desmoronando. Como no hubo ninguna explosión, pensó que podía tratarse de un terremoto, pero el alboroto parecía proceder de un punto concreto; no era distante, pero estaba contenido.

Ratón se tomó un minuto para recuperar la compostura. Lo único que sentía era curiosidad. Avanzó resueltamente por las alcantarillas, subió por una oxidada escalera de metal y, acto seguido, recorrió un estrecho túnel de acceso que le llevó a la zona del alcantarillado desde donde era más sencillo y habitual acceder al nivel de la calle. Cuando logró llegar a una rejilla por la que entraba el agua de la lluvia, el retumbe ya

se había detenido, pero había algo que continuaba. Se encontraba a menos de una manzana de la gran iglesia de la que el señor C. le había dicho que se mantuviera alejado. Como lo último que había oído era que aquel tal Anatole se había ido, que había desaparecido, supuso que no tenía ninguna importancia que se acercara, porque el sonido parecía proceder de allí. Oía golpes secos y batacazos, como si alguien estuviera tirando piedras enormes alrededor de la iglesia.

Aunque Ratón no vio a nadie por la calle cuando asomó la cabeza por la boca de la alcantarilla, se aseguró de mantenerse escondido en todo momento. En cuanto empezó a recorrer la manzana, advirtió el suelo agrietado y roto... una raya tras otra y tras otra de asfalto desmenuzado, como ondas en una charca.

A medida que se aproximaba a la iglesia, el sonido se fue intensificando. Ratón aún no sabía qué era aquello; era como un martinete, pero esos golpes precisos sonaban a intervalos irregulares. Cada golpe retumbaba con fuerza en su pecho.

Ratón aminoró el paso al acercarse a los jardines de la iglesia. Cada vez sentía con más fuerza que aquella expedición no había sido una buena idea. Había algo en la violencia de aquel sonido que le inquietaba. Aunque no había gritos (los gritos siempre eran una mala señal), tenía la impresión de oír gruñidos y gemidos por debajo de ese matraqueo. De todas formas, como era habitual en él, la curiosidad se impuso a la prudencia y se encaramó al muro de piedra para observar los jardines.

Durante un largo rato, sólo fue capaz de contemplar, boquiabierto, el terrible espectáculo. Por fin, consiguió reunir el aplomo necesario para dar media vuelta y echar a correr.

CAPÍTULO 19

Domingo, 1 de agosto de 1999, 1:27 AM

Pendulum Avenue

Baltimore, Maryland

—Ven. Siéntate conmigo —dijo Victoria Ash.

Al instante, la mente de Marston Colchester recordó una alegre tonadilla: *¡Siéntate en mi cara, y dime que me quieres!* Intentó contenerse.

—Qué amable por tu parte haber venido a visitarme —dijo Victoria.

—Supongo que habrás estado bastante ocupada desde que llegaste a la ciudad —dijo Fin, el chiquillo más joven del Príncipe Alexander Garlotte.

Colchester los observó desde el extremo más alejado de la sala. Victoria había estado muy ajetreada desde que llegó a la residencia de Robert Gainesmil, el Toreador más poderoso de Baltimore. Cuando le comentó a Gainesmil que le gustaría reunirse con Fin, éste le había transmitido su mensaje. Y ahora estaba aquí. Fin era un muchacho atractivo, joven y guapo. Seguro que alguien había pensado alguna vez en envolverlo en papel de regalo y ponerle un lazo en la cabeza. Victoria se lo iba a comer vivo. *Pero de una forma que no va a gustarte nada, muchacho.*

—Alexander habla de ti con mucho cariño —dijo Victoria.

Lo divertido del tema es que le encantaría ser muy cariñoso contigo.

Hubo una pausa.

—¿En serio? ¿De mí? —preguntó por fin, incrédulo.

—Por supuesto —aseguró Victoria—. Y respondiendo a tu pregunta, la verdad es que no estoy nada ocupada. No puedo hacer demasiadas cosas aquí. Ya sabes cómo son los hombres... todos quieren protegerme del agotador y peligroso trabajo de defender una ciudad.

Pero puedo darte la papilla, pequeñín.

—Bueno, es mejor no tener tratos con el Sabbat —dijo Fin—. ¿Alguna vez...?

—Has sido muy considerado al venir a visitarme —interrumpió Victoria. Se llevó un dedo a sus apetitosos labios antes de añadir—: ¿Sabes? Aunque Alexander no me lo ha dicho, creo que eres la persona a la que desea preparar para que le suceda como príncipe alguna noche.

Colchester se golpeó la frente con una mano, pero nadie se dio cuenta.

—Debes de estar confundiéndome con Isaac —respondió Fin riendo.

—No. Isaac es un *sheriff* muy capaz, pero creo que Alexander tiene planes más importantes para ti. No deseo menospreciar a Isaac —dijo Victoria mientras extendía un brazo para apartarle un mechón de cabello—, pero veo cosas más profundas en ti.

Fin se quedó boquiabierto. Colchester suspiró, sin parar de mover la cabeza.

Entonces hizo una salva, como si hubiera oído el toque de silencio de una corneta invisible.

A partir de ahora sólo sería cuestión de tiempo. Fin no tenía ninguna posibilidad. *Aunque es terriblemente guapo, no es demasiado brillante.* Era un vehículo perfecto para Victoria: le haría seguir una dieta estable de mentiras, diciéndole todo aquello que a él le gustaría oír y que estaría tan dispuesto a creer. Alimentaría su ego haciéndole sentir sumamente importante y lo cebaría con absurdas ideas sobre qué era lo que debía esperar de su sire y del príncipe.

—Le gustan las personas decididas —aseguró Victoria.

Eso era ridículo. Colchester sabía que Garlotte siempre se rodeaba de personas serviles. Lo único que quería de un chiquillo era que se inclinara ante él y se comportara como un hombre. *Gracias, señor. ¿Puedo coger otro?* Eso le hizo pensar en la chiquilla mediana de Garlotte, Katrina. Era una mujer fogosa. *No me importaría someterla y...*

—¿Así que crees que debería enfrentarme a él? —estaba diciendo Fin—. ¿Delante de todo el consejo?

—Estoy segura de que sentiría admirado si mostraras la seguridad que tienes en ti mismo de una forma tan pública.

Colchester suspiró. Era una causa perdida. Pero entonces, esbozó una media sonrisa que logró ocultar su enorme y afilado colmillo. La verdad es que no había ninguna razón apremiante por la que tuviera que hablarle a Garlotte sobre aquella pequeña reunión. Al fin y al cabo, el príncipe no podía esperar que estuviera al tanto de todas y cada una de las conversaciones de Victoria. Y si Fin estaba tan decidido a jugar con fuego, los demás podían intentar divertirse un poco.

* * *

La parte más difícil llegó varias horas después de la marcha de Fin. Victoria pasó el resto de la noche en el silencio de sus aposentos, sentada con un libro de fotografías de la arquitectura de Baltimore en el regazo. Aunque de vez en cuando pasaba una página, no parecía estar leyendo las palabras ni ver las ilustraciones. Su mirada era distante, tenía la mente en otro lugar.

Colchester tenía poco en lo que entretenerse... aparte de en sus propios pensamientos. No servía de nada recurrir al sarcasmo cuando no había nadie presente a quien exasperar o ultrajar. Allí sólo estaba el objeto de su deseo. Podría haberse marchado. A medida que iba avanzando la noche, se hacía menos probable que Victoria saliera o recibiera otra visita. No parecía estar esperando ninguna noticia en el futuro inmediato. Había dejado sin aliento al pobre y estúpido de Fin y después le había pedido que siguiera adelante con su camino. Ahora sólo tenía que esperar a que recogiera la recompensa del príncipe.

Victoria observaba en silencio el libro que tenía en el regazo... miraba hacia el

libro que tenía en su regazo. Como Colchester no podía leer sus pensamientos, no sabía qué recuerdos o qué planes eran la causa de la dura expresión, casi atormentada, que cruzaba sus bellos rasgos. Aquella noche no iba a descubrir nada más, pero era incapaz de irse. No quería irse... sí quería, pero no quería. Sólo era capaz de mirar y seguir mirando.

Victoria llevaba una holgada blusa de satén de color crema y un collar de perlas. Sus rodillas quedaban escondidas bajo una falda larga y ceñida. Sus pies sólo estaban cubiertos por unos impolutos calcetines.

A medida que avanzaba la noche, Colchester empezó a arrastrarse por la habitación. Centímetro a centímetro, se fue acercando a Victoria, a su perfección física. Se colocó a su izquierda. Su blusa se abría un poco entre botón y botón. Observó la abrupta curva de su pálido pecho, imaginando que sus dedos trazaban aquella línea hasta llegar al borde de su sujetador. Forcejeó con sus pensamientos, intentando no dejarse llevar demasiado por la fantasía. Victoria seguía sin advertir su presencia. Aunque Colchester era experto en los dones de la sangre, necesitaba cierta cantidad de concentración. Un Nosferatu más joven y menos experimentado nunca hubiera logrado acercarse tanto, pero Colchester seguía siendo invisible.

Las horas fueron pasando y él la acarició miles de veces, mientras un gran dolor crecía en su interior. No era hambre ni tampoco lascivia (Colchester estaba familiarizado con ambas emociones, puesto que eran las que sentía con más frecuencia), aunque tenía que reconocer que la lascivia era la semilla de la más profunda de sus aflicciones. Deseaba, casi con desesperación, extender el brazo y tocar a Victoria, acariciar el satén de su blusa, la seda de su piel. Quería desabotonar uno de sus suaves botones, y después otro, y otro...

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, señora Ash?

Todos sus músculos se tensaron. ¡Cómo se había podido permitir este capricho! No había oído que el mayordomo se acercaba, ni que la puerta de la habitación se había abierto... la puerta que tenía justo a sus espaldas. Alarmado, los ojos negros del Nosferatu se abrieron de par en par, aunque logró permanecer inmóvil. Estaba acucillado justo entre la puerta y Victoria. Era obvio que el mayordomo no había percibido su presencia (puesto que el tono de su voz había sido despreocupado), pero Victoria se estaba girando para responderle.

Miró directamente a Colchester... miró a través de él.

—No, gracias, Langford —respondió.

Colchester mantuvo su tensa postura. Oyó que Langford se retiraba de la habitación y cerraba suavemente la puerta tras él. Durante el más largo de los momentos, Victoria se quedó mirando a Langford a través del cuerpo de Colchester y, durante aquellos eternos segundos, el Nosferatu se permitió creer que sus ojos verdes (que ahora estaban tan cerca que podía ver que estaban moteados en oro) lo miraban y lo amaban. Victoria no huía asqueada ni le atacaba. Lo veía tal y como era... y lo deseaba.

Eso no podía suceder. Colchester no lo permitiría. No podía permitir que Victoria lo viera. Si lo hiciera, respondería con una combinación de sorpresa, ira y miedo. Nunca sería capaz de verlo más que como un monstruo deforme. Ni ella ni nadie. De todas formas, durante aquellos segundos, él podía imaginar...

Apartó la mirada. La ilusión se desvaneció y entonces, aún escondido, sintió con más intensidad aquel dolor.

No estaba preparado cuando Victoria movió la silla, dejó a un lado el libro y se levantó. Colchester tuvo suerte de que hubiera decidido dirigirse hacia el lado contrario porque, si no, hubiera tropezado con él. Se maldijo a sí mismo (y no era la primera vez que lo hacía) por haber estado tan a punto de echar a perder su trabajo.

Eso es lo que es, un trabajo, se recordó a sí mismo. En la ciudad estaban sucediendo demasiadas cosas como para que se dedicara a convertir su misión en el sueño húmedo de un *voyeur*. Más adelante tendría tiempo de sobra. *Todo el tiempo del mundo*, pensó. Esa idea hizo que su pecho se paralizara y que el dolor se hiciera insoportable durante unos instantes. Al ponerse en pie tropezó, pero logró sujetarse entre una mesita y una lámpara. Temió que su distracción le hubiera dejado a la vista pero, aunque no estaba completamente seguro de que no hubiera sido así, Victoria siguió alejándose en dirección contraria y entró en el cuarto de baño. Encendió la luz.

Colchester miró en su dirección. La puerta abierta le llamaba, le invitaba.

Aquí ya no hay más cosas que descubrir, intentó convencerse a sí mismo. Sentía las piernas débiles. Sabía que tenía que irse. Ya había tentado demasiado a la suerte. Tanto Garlotte como Pieterzoon le habían pedido que observara a Victoria y que les informara. Una sonrisa retorcida se dibujó en sus labios: ambos Ventrue le envidiaban. Lo sabía, estaba seguro de ello. En esos momentos, cada uno de ellos desearía poder cambiarse por Colchester para poder observarla. Sólo mirarla. No tendrían que tolerar ni evitar las tretas de Victoria, sino simplemente observarla.

¡Si ellos supieran!, pensó Colchester. Había sido condenado a la eternidad simplemente para observar. Garlotte había cubierto de regalos a esa mujer y Pieterzoon... ¡Pieterzoon! ¡Victoria se había lanzado a sus brazos! Podría haberla tenido a cambio de nada.

¡Idiota! Colchester no sabía si se estaba refiriendo a Pieterzoon o a sí mismo. *En este lugar no hay nada más que descubrir*. Sin embargo, continuó avanzando. Se detuvo en el umbral, dio otro paso, y otro más.

Victoria había dejado la ropa sobre un mueble. Estaba sentada delante un tocador, con un albornoz de rizo blanco atado a la cintura, desmaquillándose con una toallita limpiadora y una crema. A medida que se pasaba la toallita por la cara trazando pequeños círculos, iba quedando a la vista más parte de su piel. Si alguien del ganado hiciera lo mismo que ella, tendría el rostro completamente enrojecido por la fricción; sin embargo, la tez de Victoria fue cambiando, lentamente, del pálido tono de su maquillaje al blanco azulado de un cadáver. Colchester consideraba que ahora estaba mucho más bella: sus ojos de esmeraldas brillaban con más fuerza ante el espejo y su

delicado cabello castaño rojizo presentaba un sorprendente contraste frente a la palidez de su piel. Había adoptado la belleza y la perfección de la muerte, dejando atrás las pretensiones de los vivos.

Colchester tuvo la sensación de que estaba viéndola por primera vez, que estaba viéndola de una forma que sólo unos pocos privilegiados habían visto. Se limpió la nariz, las mejillas y el labio superior; a continuación la barbilla, la frente y el lado izquierdo de su rostro. Colchester observaba fascinado la transformación; era incapaz de apartar la mirada de esa mujer que podía pasar por ganado y que ahora se estaba despojando de su disfraz mortal para convertirse en una reina de hielo y nieve, en una diosa de belleza elemental.

En aquel instante, una mueca arruinó la serenidad de sus rasgos. Victoria seguía moviendo la toallita en pequeños círculos, pero ahora lo hacía con más rapidez y ejerciendo más presión. Sus movimientos eran fieros, al igual que su expresión. Frotó el lado izquierdo de su mandíbula con tanta fuerza que Colchester estaba seguro de que acabaría levantándose la piel. Tras volver a hundir la toallita en la crema, su mandíbula recibió un nuevo ataque. Colchester le observaba con creciente curiosidad.

Por fin, Victoria apartó la toallita con frustración y el Nosferatu pudo ver la minúscula mancha que tanto la enfurecía. Era una forma extraña... ¿Podía ser una serpiente enrollada? Estiró el cuello para verlo más de cerca... No, no era una serpiente. Era un dragón que formaba un círculo con su cuerpo... un dragón que se estaba comiendo su propia cola.

Victoria, que se había acercado más al espejo, también estaba observando la marca. Entonces, un gruñido animal brotó de lo más profundo de su garganta. La mujer extendió los brazos a la vez que el aullido se iba intensificando. El espejo tenía unas tres docenas de bombillas alrededor del marco. Victoria cogió una con cada mano y apretó con fuerza. Las bombillas explotaron con un fuerte *¡pum!*

Volvió a hacerlo una y otra vez. A medida que los fragmentos de cristal se iban extendiendo sobre el tocador, aquel gruñido gutural crecía, se hacía más fuerte, más intenso, hasta que acabó convirtiéndose en un chillido ensordecedor y bestial. Durante el *crescendo* de aquel grito primordial, Victoria golpeó el espejo con el puño.

Todo quedó en silencio.

La mujer se miraba en lo que quedaba del espejo: fragmentos triangulares de cristal en forma de telaraña que sobresalían desde el punto del impacto. Colchester, sin apartar ni por un segundo los ojos de su diosa invernal, retrocedió cautelosamente hacia la puerta. Ya había visto suficiente y se estaba haciendo tarde. Mientras retrocedía, Victoria se levantó con brusquedad dándole la espalda al espejo. El Nosferatu sintió que se le helaba la sangre, pero ella no lo vio. La mueca estaba tan marcada en su rostro como en una máscara de cerámica, pero no iba dirigida a él. Cruzó la pequeña habitación con los puños cerrados, ignorando los cristales que habían caído al suelo y que ahora se clavaban en las plantas de sus pies.

Colchester, que ya estaba preparado para marcharse, fue incapaz de moverse al

ver que Victoria abría el grifo de agua caliente para darse un baño. El dolor, que había remitido momentáneamente por la curiosidad de la marca de su mandíbula, volvió a apoderarse de él. No podía permitirse aquel apremiante deseo. Intentaba convencerse a sí mismo de que había montones de mujeres mortales a las que observar. Podía mirarlas tanto como quisiera y después poseerlas... en cierto sentido; podía reclamar su sangre. Pero sabía que eso no era lo que deseaba.

Mientras forcejeaba consigo mismo, Victoria se desató el cinturón del albornoz. Colchester se llevó una mano a la boca abierta, temiendo que se le escapara algún gemido. La mujer apartó el albornoz de sus hombros y lo dejó caer al suelo. Colchester parpadeó. Y volvió a parpadear un par de veces más.

Aunque sólo fueron unos segundos, a Colchester le pareció una eternidad... una eternidad de aquello que siempre le sería negado. Podía ver a Victoria, podía observarla, desnuda, entrando en la bañera, pero nunca la tendría. Ni a ella ni a ninguna otra mujer. Aunque obligara a su sangre a dirigirse hacia la carne muerta que colgaba de su entrepierna, aunque se abalanzara sobre Victoria, sabía que nunca habría intimidad, sólo violencia. Sería como alimentarse del ganado: apoderarse de aquello que no le había sido entregado de forma voluntaria. Su lascivia era una burla cruel del amor, pero era lo único que tenía. Y por eso, aquel dolor desesperado se apoderó de él y lo gobernó.

Tenía tantos deseos de tocar a Victoria como de huir en la noche. Estaba recostada en la bañera, rodeada de agua humeante. El espejo, un mosaico de formas dentadas, estaba cubierto por una fina capa de vaho. Por la puerta abierta escapaba más vapor.

Se acercó un poco más a ella. Un paso más. Y otro, hasta que prácticamente estuvo sobre su cuerpo desnudo y sumergido. Tenía los ojos cerrados. Su piel tenía un tono rojizo porque el agua humeante acercaba la sangre a la superficie de su carne muerta.

Colchester extendió una mano temblorosa, pero se detuvo al ver que se movía. En cuanto cerró el grifo, Victoria se estiró con lujuria. Tras tumbarse en el agua, cerró los ojos.

El dolor era demasiado intenso para poder soportarlo. Sabía que no le haría ningún bien, que estaba coqueteando con el desastre, pero no podía evitarlo. Las yemas de sus temblorosos dedos se encontraban a escasos centímetros de sus pechos, perfectamente redondos.

Entonces vio el espejo. Y a sí mismo reflejado en él. Aunque proyectaba una imagen fragmentada e inconexa, la oscura figura que se dibujaba bajo la capa de vapor era la de un monstruo grotesco y colosal. Y mientras observaba su horrible imagen, un fragmento triangular de cristal se balanceó y cayó.

* * *

Los ojos de Victoria se abrieron cuando el cristal golpeó el tocador. Se incorporó

con tanta rapidez que el agua se derramó por los bordes de la bañera. Sólo era un trozo de cristal que había caído del espejo. Todo iba bien.

Iba a recostarse de nuevo entre el agua humeante cuando oyó ruidos en la habitación contigua. Era como si se hubiera cerrado la puerta.

—¿Langford? —al no recibir respuesta, preguntó—: ¿Robert?

Siguió sin recibir respuesta. Esperó varios segundos, escuchando, pero no oyó nada más. Puede que se hubiera equivocado. Volvió a recostarse en la bañera y se sintió reconfortada en su soledad.

CAPÍTULO 20

Miércoles, 4 de agosto de 1999, 12:15 AM

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York

—Cuéntamelo de nuevo —dijo Calebros—. ¿Por qué estabas hace cuatro noches en la catedral?

A Ratón se le caía el cabello a mechones y su pelaje ya no tenía el bello brillo que había tenido antaño. Tal y como iban las cosas, era posible que estuviera completamente calvo por la mañana. Y era incapaz de quedarse quieto. Le picaba todo el cuerpo. No paraba de moverse y de rascarse pero, si no lo hacía, acabaría tirándose al suelo y se retorcería sobre su espalda, intentando encontrar algo de alivio. El señor C. estaba sentado detrás de su enorme escritorio de madera, formulándole las mismas preguntas una y otra vez. Entre todo aquel desorden de papeles y cajas apenas podía ver a su antiguo. Ratón estaba bañado en sudor. Tenía el cuerpo cubierto por una capa fina y sangrienta que le picaba muchísimo; cada vez que se rascaba se le caían nuevos mechones, y eso le provocaba un mayor picor...

—Está bien, Ratón. No estoy enfadado contigo. Sólo necesito saberlo.

Ratón volvió a enjugarse el sudor sangriento de su rostro. ¿El despacho de Calebros estaba a cuarenta grados o qué? Se sentía como si estuviera rodeado de brillantes y ardientes focos, aunque la verdad es que sobre el escritorio no había más que una vacilante lámpara.

—Ven aquí —dijo Calebros. Movi6 sus curvadas garras para indicarle que se acercara.

Ratón hizo lo que le pedía... era lo mejor que podía hacer tratándose del señor C. Al Viejo Espalda Encorvada no le gustaba que lo desafiaran y, en la mayoría de los casos, mostrarle desobediencia significaba recibir un guantazo. No es que el señor C. fuera cruel; lo único que sucedía es que esperaba que le escucharan y que le obedecieran. Y punto. Ratón avanzó hasta el borde del viejo escritorio y, tal y como le había indicado Calebros, se sentó en el suelo a los pies de su antiguo.

—Eso está mejor —dijo Calebros—. Ahora podemos hablar como es debido.

Ratón esbozó una pequeña sonrisa. En su encogimiento perpetuo, se sentó ligeramente encorvado, esperando recibir un golpe en la cabeza si decía algo que no debía.

—Así que estabas cerca de la catedral. Estabas cazando...

—Sí —Ratón asintió—. Buscando tesoros.

Se llevó la mano al bolsillo, sacó el brillante botón que había encontrado aquella noche y se lo enseñó.

—Sí —Calebros asintió y le dio unos golpecitos amables en la cabeza—. Muy bonito. Así que oíste un sonido fuerte en las proximidades y fuiste a investigar. ¿Qué encontraste?

Ratón vaciló. Miró el botón-tesoro que tenía entre sus manos... algunos de sus hermanos le habían dicho que aquello no era un tesoro. *No es más que un botón de plástico. ¡No seas estúpido!* Eso era lo que había dicho el señor C, y después le había pegado una colleja. Pero eso había sido al principio, porque estaba muy nervioso y él no le había contado lo que quería escuchar.

—¿Qué encontraste en la catedral, Ratón?

—Al hombre de la mano y al hombre fundido —Ratón ya se lo había contado. El señor C. había visto al hombre fundido porque Ratón lo había sacado a rastras de la iglesia y, tras meterlo por la boca de la alcantarilla, lo había llevado hasta la madriguera. Bajo toda su ropa quemada, la piel que le colgaba, los músculos y la grasa, el hombre fundido era un vampiro. Ratón había podido olerlo y, como el sol estaba a punto de salir, había decidido llevar a aquella criatura a un lugar seguro. Ahora se encontraba en la habitación de los enfermos y Ratón cuidaba de él.

—¿El hombre de la mano? —preguntó Calebros con amabilidad—. ¿Aquel de ojos extraños que estaba marchándose cuando tú llegaste?

Ratón asintió. En cierto sentido era cierto. El hombre de la mano se estaba yendo cuando Ratón llegó por segunda vez, después de haber huido.

—Llevaba una mano de estatua que se movía. Todos los dedos se retorcían —dijo con voz calmada. En teoría, las estatuas no podían moverse. No de esa forma. Al principio nadie había creído aquella parte de la historia. Y esa era la razón por la que había decidido no contar ninguna de las otras cosas que había visto. Estaba seguro de que nadie le creería y, además, el señor C. podría volver a pegarle.

—¿Y eso es todo lo que viste? —preguntó Calebros.

Ratón asintió de nuevo sin vacilar. Si cambiaba ahora la historia, el señor C. sabría que no le había contado todo y le pegaría... y puede que volviera a llevarlo a las perreras. Ratón no podía hablarle de lo que había visto la primera vez que vio el jardín de la iglesia... cuando la gran estatua de metal estaba golpeando al hombre fundido, aunque el hombre fundido aún no estaba fundido. Ratón no le había contado eso antes, así que tampoco podía hacerlo ahora.

—Ya veo —dijo Calebros. Guardó silencio durante unos minutos mientras, distraído, rascaba suavemente la cabeza de Ratón con sus garras. Resultaba agradable, pero a Ratón le picaba todo el cuerpo. Desearía que el señor C. le rascara la espalda, los hombros, las piernas... pero le daba miedo pedirselo.

—Gracias, Ratón —dijo por fin Calebros—. Puedes regresar con tu paciente.

Aliviado, Ratón se alejó a rastras del escritorio y salió a toda prisa del despacho del señor C. Se sentía importante ahora que le habían permitido cuidar del hombre fundido, aunque la verdad es que no había mucho que hacer, aparte de limpiarlo de vez en cuando. De todas formas, Ratón se sentía como si hubiera encontrado dos

tesoros, a pesar de que sólo uno de ellos fuera brillante y reluciente.

* * *

Calebros observó al muchacho mientras se alejaba. La entrevista no había sido demasiado productiva. No tendría que haber perdido el tiempo con él. Aunque era enigmático, la verdad es que no le interesaba demasiado el hombre fundido (tal y como lo llamaba Ratón). De todas formas, la madriguera se había convertido en un hervidero de rumores y conjeturas; si Calebros lograba descubrir qué le había sucedido, lograría calmar un poco los ánimos. Por todo lo demás, aquel desconocido cubierto de graves quemaduras apenas le interesaba.

No debería haber perdido el tiempo, pensó Calebros.

Tiempo. Allí estaba de nuevo... la sensación de que el tiempo se estaba acabando. ¿Pero por qué, a quién?

Lo único que sucede es que, en estos momentos, están sucediendo demasiadas cosas, se dijo a sí mismo. *Tengo que reunir las piezas. Reconstruiré el puzzle*. Eso era lo que le había dicho a los jóvenes del clan, las mismas palabras que Augustin le había repetido con tanta frecuencia. Sin embargo, Calebros no estaba seguro de poder realizar aquel trabajo. Las piezas del *puzzle* seguían siendo una confusión.

Además, tampoco están ocurriendo demasiadas cosas, intentó convencerse a sí mismo. *Lo único que sucede es que lo parece*. Las expectativas podían ser peores que las crisis. Había demasiados cabos sueltos, demasiadas hachas esperando a caer. De todas formas, estaba haciendo progresos.

Aún no había noticias de Emmett, pero eso también iba a cambiar. Calebros tenía una gran confianza en su compañero. Y respecto al Sabbat, parecía haberse entretenido en Washington... sin duda alguna, para preparar la tormenta. Según los informes de Jon Courier, parecían estar surgiendo desavenencias entre Vykos, Polonia, Borges y puede que otros. Pero eso era algo previsible, puesto que era un grupo díscolo y sediento de sangre. Además, cuanto más tiempo pasaran escondidos en un lugar, mejor para la Camarilla.

Por su parte, los defensores de los siete clanes no estaban en Baltimore rascándose la barriga. Jan Pieterzoon había aceptado la sugerencia que Marston Colchester le había transmitido con discreción... demostrando que, a pesar de su aspecto de bufón, podía ser discreto. Así que, además de la guerra psicológica, Pieterzoon había contratado a un asesino. Y no a cualquier asesino, sino a Lucita, la díscola chiquilla del Cardenal Monçada de Madrid. Lucita se encargaría de eliminar los objetivos que había fijado Pieterzoon, hecho que obligaría a los miembros del Sabbat, tanto los que ocupaban los cargos más elevados como los más humildes, a pensárselo dos veces antes de efectuar cualquier movimiento. Aparte de esos beneficios, era posible (aunque no seguro) que se desencadenara otro factor decisivo: existía la posibilidad de que la implicación de Lucita en la guerra llamara la atención

de otro asesino infame, una Assamita que, al parecer, hacía años había mantenido una acalorada rivalidad con Lucita. De todas formas, sólo el tiempo lo diría.

Tiempo.

Calebros observó los papeles que tenía sobre la mesa. A pesar de la presión que imponían aquellos asuntos tan graves, no lograba sacarse de la cabeza al hombre fundido que había encontrado Ratón. Había algo en aquella víctima tan grotescamente desfigurada que le inquietaba. Quizá fuera eso. Calebros caviló: en cierta medida se identificaba con ese Vástago que, aunque no era Nosferatu, estaba terriblemente deformado. Sí, parecía una explicación bastante razonable.

No hay tiempo para sentimentalismos, viejo estúpido, se regañó a sí mismo. Tenía que ocuparse de Benito, del Sabbat y del Ojo de Hazimel, que seguía sin aparecer. ¡Y de Anatole! Al parecer, después de haber impedido que los Nosferatu accedieran a la Catedral de San Juan el Divino durante semanas, el Profeta había dejado entrar a Donatello, pero éste era incapaz de recordar nada de lo que había sucedido... nada, a parte de un estúpido enigma. Como si tuvieran tiempo para ponerse a resolver acertijos. Cuando los hombres de Calebros consiguieron entrar, Anatole ya había desaparecido. Sin dejar rastro. Y entonces, habían sucedido todos aquellos acontecimientos inexplicables en los que estaba implicado el hombre fundido...

Al diablo. Calebros intentó con todas sus fuerzas olvidarse de Ratón y de su enigmático hombre fundido y concentrarse en su trabajo.

COPIA DE ARCHIVO

4 de agosto de 1999

Asunto: disturbios en la Catedral de San Juan el Divino

7/31 - ninguno de nuestros hombres pudo presenciarlos; estatuas deformadas; problemas para acceder a las calles durante diversas manzanas - ¿camino?

Se ha encontrado un cuerpo; malherido y quemado - Vástago, pero irreconocible.

~No responde favorablemente al tratamiento.

8/1 - Cassandra divisó a dos Vástagos merodeando por la misma zona; no reconoció a ninguno de ellos.

CAPÍTULO 21

Miércoles, 4 de agosto de 1999, 11:41 PM (hora local).

Prisión de Inyo County

Shoshone, California

—¿Cuándo tendré la oportunidad de ocuparme de él? —preguntó Kragen.

Emmett, sentado junto al catre de Benito, giró sobre el taburete.

—No la tendrás. Los interrogatorios son cosa mía —respondió, mirando con frialdad a los dos Nosferatu que había en el exterior de la celda. Kragen era un bruto que ya había destrozado tres puertas del sótano de la prisión porque se le olvidaba agacharse. A pesar de que no era ningún erudito de Rodas, poseía una mente tan astuta y sádica que Emmett, a su lado, parecía un humanista. Detrás de Kragen se encontraba Buttface, un tipo que hacía honor a su nombre, porque realmente tenía cara de culo. Emmett estaba encantado de no tener que ir por la eternidad cargando con semejante tormento.

—¿Cómo voy a ser bueno interrogando si nunca puedo hacerlo? —refunfuñó Kragen.

—No es necesario que lo seas. Para eso estoy yo aquí —respondió Emmett.

Kragen resopló pero no volvió a quejarse. Buttface no dijo nada. Nunca había sido un tipo demasiado hablador. Ambos eran los talentos locales, pero eran unos estúpidos. *Y yo que pensaba que Montrose era un burro*, pensó Emmett. Y por supuesto, Montrose era un burro, pero eso no venía al caso.

Los hombres que habían acompañado a Emmett desde la Costa Este se encontraban en la habitación contigua. Estaban ahí simplemente por seguridad. No era demasiado probable que el clan Giovanni descubriera esta operación, así que su mayor preocupación consistía en mantener a Kragen y a Buttface alejados de Benito. Estaba seguro de que, si les daba la menor oportunidad, mostrarían tanto empeño que pronto se quedarían sin prisionero. Si Benito estaba encerrado en este lugar era para protegerlo de esos dos Nosferatu.

—Mira —dijo por fin Emmett a Kragen—. Me estás molestando. ¿Por qué no coges al Chico Hemorroides y os largáis de aquí?

Aunque Kragen no solía aceptar con amabilidad los insultos, le obedeció... y eso inquietó profundamente a Emmett. *Estos dos no se quedarán quietos cuando todo esto acabe*, pensó mientras observaba cómo se alejaban arrastrando los pies. En esta ocasión, Kragen recordó agacharse antes de cruzar la puerta. *Seguro que van a buscar a alguien dispuesto a escuchar sus quejas. Pero bueno, podría ser peor*. Si todo fuera bien, no sería tan importante mantener la clandestinidad cuando todo esto acabara. Todo iría mejor si pudieran hacer correr la voz de que los Nosferatu habían

secuestrado a Benito, puesto que de ese modo transmitirían el mensaje de que el clan no pensaba quedarse sentado de brazos cruzados aceptando los insultos y las injurias. Puede que los Giovanni se pusieran un poco desagradables, pero estaba seguro de que Emmett y sus hermanos podrían manejar la situación. Y suponía que el simple hecho de transmitir una posición de fuerza a otros clanes les ayudaría a compensar cualquier complicación derivada de los nigromantes.

Emmett sacó una grabadora en miniatura de su bolsillo y, tras ponerla en marcha, la dejó en el suelo, junto al catre de Benito. Era obvio que el Giovanni, que llevaba una venda en los ojos, había tenido noches mejores. La noche que llegó, Kragen y Buttface habían desnudado al prisionero y lo habían embutido en un mono naranja de Inyo County. Y aquella misma noche, Emmett decidió que esos dos sociópatas del sudoeste no volverían a tocar a Benito. Estaba bastante seguro de que, además de haber dejado un profundo corte en su cabeza, le habían roto un brazo mientras le cambiaban de ropa, aunque como Benito estaba aletargado, no había montado ningún escándalo. De todas formas, Emmett tenía muy claro que si había alguna carnicería, sería sólo porque él lo había ordenado.

El corte que tenía en la cabeza no había cicatrizado y atraía a las moscas; el brazo estaba roto, pero parecía bastante derecho. Lo más probable era que se curara, siempre y cuando Emmett le proporcionara una cantidad suficiente de sangre.

Al carecer de la amenazadora presencia de Kragen y Buttface, la celda estaba tan tranquila como una sala de funerales, aunque no había flores. Las sombrías paredes de cemento estaban pintadas de un suave rosa institucional. El lavabo, en este caso, resultaba superfluo.

Emmett llevaba las llaves de la puerta enrejada en el bolsillo. Se inclinó y deslizó un maletín bajo el catre de Benito, marcó la combinación y, después de abrirlo, sacó uno de los diversos tubos de ensayo que había en su interior. Todos estaban llenos de sangre. A continuación, cogió un cuentagotas que rellenó con el contenido del tubo y se inclinó sobre Benito.

El Giovanni siempre había estado bastante gordo para ser un Vástago. Cosas de vivir en la ciudad... o de no vivir, rectificó. Ahora, sin embargo, la pálida piel de Benito se agarraba a sus huesos como si fuera una ciruela arrugada. Emmett sonrió ante aquel pensamiento. *Sí, aquí tengo una gigantesca pasa vampírica.*

—Te ayudará —le dijo—. Te mantendrá estable.

Entonces se acordó de la grabadora, así que la recogió, rebobinó la cinta y empezó a grabar de nuevo.

Antes de alimentar a su cautivo con unas gotas de sangre, Emmett apartó las moscas que revoloteaban por sus labios. Allí donde sus dedos le tocaban, la piel de Benito se rompía como el papel carbonizado. Con gran suavidad, le abrió ligeramente la boca y dejó caer en ella unas gotas de sangre.

Casi al instante, los deshidratados labios del Giovanni dejaron escapar un suspiro involuntario. Estaba intentando beber, su cuerpo intentaba atraer el sustento que tanto

necesitaba. Otra gota. La lengua gris y marchita golpeó débilmente el aire, como si fuera una humilde criatura subterránea que, desesperada, comprobara la luz del día.

Tras dejar caer un par de gotas más, se acercó al oído de Benito.

—Gary Pennington —susurró el Nosferatu. Dejó caer dos gotas más de color carmesí y repitió—. Gary Pennington.

Le había dado toda la sangre que había en el cuentagotas. Sabía que aquella cantidad no bastaba para que Benito recuperara las fuerzas ni para que pudiera curar sus lesiones, pero sí que era suficiente para que empezara a recuperar la conciencia. Emmett comprobó que sus ojos parpadeaban espasmódicamente bajo la venda. La lengua de Benito seguía moviéndose, buscando, desesperada, más sangre.

—¡Cómo han caído los poderosos, hijo de puta engreído! —siseó Emmett—. Voy a descubrir todo lo que sabes. Sólo es cuestión de tiempo. Hemos esperado dos años, así que podemos esperar dos más si es necesario.

Emmett dejó caer una gota de sangre sobre la mejilla de Benito, un poco más allá del alcance de su lengua desesperada. Benito intentó girarse, pero no lo consiguió. No tenía fuerzas. Aunque sus manos no hubiesen estado atadas a su espalda, hubiese sido incapaz de moverlas.

—Gary Pennington —repitió Emmett, ahora un poco más alto—. Él te ayudó, ¿verdad Benito? También estaba involucrado. Y entonces lo mataste, ¿verdad? Quiero saberlo todo. Quiero conocer todos los detalles. Me lo vas a contar todo, Benito. ¿Te pusiste en contacto con él, Benito? ¿Fue idea tuya? Benito...

Emmett apretó la pera de caucho del extremo del cuentagotas, manteniendo los dedos juntos para que toda la sangre corriera desde el gotero hasta la pasiva boca de Benito. Al instante, la lengua del Giovanni cobró vida y empezó a moverse de un lado a otro para absorber toda la sangre que podía encontrar. Por primera vez en varias noches, de su garganta brotó un sonido... un débil gemido gorjeante.

—Gary Pennington. Dime, Benito...

Emmett alcanzó otro tubo de ensayo y rellenó el cuentagotas. Haría que Benito recuperara lentamente la conciencia. Aquel experto en arte no era más que una aletargada masa de instintos primarios, un hambriento montón de carne no muerta, pero Emmett conseguiría traerlo de vuelta. Aunque fuera muy despacio. Benito sólo sabía que estaba muerto de hambre, que deseaba sangre. Y con cada gota, oiría aquel nombre.

—Gary Pennington. Dime, Benito...

Primero recuperaría sus habilidades motoras más básicas y después, lentamente, la niebla empezaría a retroceder. Y Emmett estaría allí en todo momento.

—Gary Pennington. Dime, Benito...

Después de tres horas y tres nuevos tubos de ensayo, Benito empezó a hablar. Al principio sólo respondía a los nombres que Emmett le susurraba, pero pronto empezó a decir otros nombres, nombres diferentes.

—Nickolai... —dijo con voz áspera.

Cuando la tercera cinta empezó a grabar, Benito ya había empezado a enunciar fragmentos de frases. Aún no estaba preparado para recordar fechas ni direcciones, pero Emmett estaba seguro de que pronto lo conseguiría, y entonces recordaría sus planes, sus viles maquinaciones.

Oh, sí. Todo llegará, pensó Emmett. Sólo era cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 22

Jueves, 5 de agosto de 1999, 1:51 AM
Hotel Crown Plaza, Centro de Manhattan
Ciudad de Nueva York

—Quédate quieto, amigo —Nickolai levantó la camiseta de «I love NY» que había comprado para su molesto paciente. Las profundas heridas del estómago (órganos, músculos y tendones destrozados), estaban bastante curadas. Los tejidos internos se habían unido de nuevo y la enorme la herida externa había empezado a cerrarse. Los desgarros del pecho y el hombro izquierdo estaban completamente curados y ya podía mover el brazo izquierdo. Y todo eso se debía, simplemente, a la sangre de dos prostitutas.

Pero el estado mental de su paciente era mucho más grave que su condición física...

—¿Ella está aquí? Eso es lo que dijiste... que estaría aquí —dijo.

... Su estado mental, y el hecho de que aquel apuesto y supurante Ojo escupiera sin cesar pus ácido sobre las sábanas.

—Sí, Leopold. Vendrá. Te lo prometo. Puedes confiar en mí —aseguró Nickolai.

En términos laicos, Leopold estaba loco. Las frases inteligibles que pronunciaban sus labios eran la excepción, no la regla, y en las excepcionales ocasiones en las que lograba articular un pensamiento coherente, éste siempre se centraba en preguntar por ella. Su ojo derecho, el normal, tenía una mirada enloquecida y fanática. El otro, el Ojo, sobresalía desmesuradamente, como si estuviera a punto de reventar en aquella cuenca tan pequeña. La carnosa membrana que hacía las veces de párpado era mucho más oscura que la carne de Leopold... como si quisiera dejar bien claro que él no era su verdadero propietario. Además de la suciedad generalizada, se oía el continuo siseo del icor penetrante y gelatinoso que exudaba de la órbita.

Nickolai sentía envidia. *Es fascinante*, pensaba cada pocos minutos. Se preguntó cómo era posible que un neonato hubiera tropezado con una... ¿cosa?... tan maravillosa. Por ahora, el secreto estaba escondido y a salvo en la confusa mente de Leopold. Junto a muchos otros secretos. Hacía más de una semana que Nickolai sospechaba algo del estado mental de Leopold, y sus sospechas se confirmaron cuando lo encontró físicamente, cinco noches atrás, vagando por Central Park y acariciando una mano de piedra... *¡y siendo acariciado por ella!* Pero Leopold no recordaba nada del tiempo que habían pasado juntos antaño.

* * *

Leopold sí que lo recordaba. Contempló al maestro a través del fantástico prisma de la Visión. *Nickolai* era el nombre del maestro; era un nombre que conocía. Conocía muchos nombres. Y recordaba la mayor parte de ellos.

Para Leopold, la verdad era un enorme y oscuro río subterráneo. Empezó a caminar por sus calcáreas orillas. Había zonas en las que el río discurría recto y seguro, fluyendo implacablemente hacia su destino; en otras, el río crecía y la corriente no era tan fuerte. El agua serpenteaba, se dividía en diferentes corrientes, vagaba entre rocas y bajo las nudosas raíces de viejos árboles de pantano, cuyas ramas se hundían bajo el peso de las orquídeas... y bajo la abovedada oscuridad de las rocas.

Leopold se acercó un poco más al río. ¿Quién era aquella persona que estaba allí? Ahora era incapaz de recordar aquel nombre, aunque hacía tan sólo un instante lo había sabido. No importaba. El tipo de la enorme tripa no era ella, no era su Musa. Leopold creía que la había encontrado de nuevo, que había vuelto a cogerle de la mano, pero ya no estaba seguro. Había sentido su presencia, su proximidad, en el cementerio del dragón, ¿pero volvería a mostrarse ante él? Ya le había dado demasiado. No debía ser avaricioso. Le había llevado a la caverna y le había dado las herramientas que necesitaba.

Mi obra de arte...

Leopold observó el agua. Del musgo colgante caían gotas de sangre que pintaban círculos en la superficie del río; las perezosas ondas se alejaban corriente abajo, dejando la superficie suave y clara hasta que caía la siguiente gota. Leopold metió un pie en el agua.

Volvió a estar en la caverna. Su obra de arte se alzaba ante él. Nunca había experimentado una satisfacción tan grande, un cansancio tan apacible. Su Musa le había traído hasta aquí susurrándole promesas, y le había demostrado que era tan buena como su palabra.

Los lobos le observaban. Estaba seguro de que comprendían el honor que les había sido concedido; su risible existencia había sido agraciada con la oportunidad de formar parte de la perfección, de convertirse en una parte de ella. Riachuelos de sangre se aferraban a la gigantesca columna de piedra esculpida, sudaban sobre la frente de su amada.

Otro rostro observaba a Leopold. ¿*Maestro*? No, no era la Musa. Era otra mujer, una vidente a la que Leopold había tocado y estudiado. Ella había depositado su semilla en él (Leopold rió ante aquella ironía), y él le había dado la vida de nuevo.

Había otros visitantes... muchísimos. Un hombre conflictivo que se había marchado rápidamente. Y que también había sido profesor de Leopold.

—Te he estado buscando, Leopold —le había dicho, pero él estaba demasiado ocupado. Había trabajado durante tres días y tres noches. La Musa le había dirigido y el maestro había observado sobre su hombro, aunque había estado tan embelesado que no había sido consciente en todo momento de su presencia. Y cuando acabó su

trabajo, sintió que el peso de toda la piedra caía sobre él, obligándole a arrodillarse, a tumbarse sobre su estómago.

Al despertar descubrió que la Visión había desaparecido. Le había sido arrebatada. *Robada*.

—¿Quieres que regrese, Leopold? Puedo ayudarte.

Otra vez el maestro. ¡Pero era tan estúpido para ser maestro! *¿Qué si quería que regresara? ¿Acaso la sangre no llama a la sangre? ¿Acaso la grandeza no llama a los más dignos?*

—¡La tendré! —había gritado Leopold—. ¡La tendré!

Aquel recuerdo resultaba demasiado doloroso. Leopold sacó el pie del agua. Esperó a que la onda que había provocado se alejara río abajo y, a continuación, volvió a meterlo.

Se encontraba en el cementerio del dragón, había recuperado la Visión y el maestro le había llevado a la ciudad. *Puedo ayudarte*. Cruzó el portal. Leopold había encontrado al ladrón, *la serpiente*, y le había enseñado el error de su conducta. Eso fue antes. Su indignación había remitido. Al fin y al cabo, no había provocado ningún daño duradero. Había recuperado la Visión y Leopold estaba sujetando la mano de su Musa... pero no era su Musa.

—No es más que una estatua —estaba diciendo su maestro—, pero puedo ayudarte a encontrar de nuevo a tu Musa. Ven conmigo, Leopold. ¿Acaso no te ayudé a encontrar el Ojo?

Leopold sacó los dedos del río. Tenía el pie cubierto de sangre. Observó la corriente de agua encarnada. No estaba seguro de qué tenía que hacer a continuación; había recuperado su Visión, pero su Musa había desaparecido. Intentó escuchar a su maestro, Nickolai... así se llamaba. Pero parecía estar muy lejos.

* * *

—¿Leopold? —Nickolai no pudo seguir la mirada vacía del ojo derecho del neonato... que miraba hacia un punto inexistente en la distancia. Nickolai estaba más interesado en su Ojo izquierdo que, dilatado y sin dejar de moverse, parecía una criatura que sentía curiosidad por todo. *O que siempre está hambrienta*, pensó. De aquel Ojo inquieto rezumaba y supuraba un pus gangrenoso.

Es fascinante.

Cuando Nickolai consiguió adentrarse en su perturbada mente, después de que el artista se hubiera desplomado tras los esfuerzos celestiales que había realizado en la caverna y hubiera sido despojado de su «Visión», Leopold parecía saber dónde se encontraba el Ojo. Nickolai se había limitado a llevar a la airada víctima del ultraje a la ciudad y Leopold había hecho el resto. Y ahora volvía a tener el Ojo. Nickolai le había alimentado para que se curara... al menos físicamente, puesto que temía que la mente de Leopold ya hubiera rebasado su límite.

Además, aquel Ojo que parpadeaba, supuraba y observaba le impedía creer que estuviera equivocado. Sin embargo, aún le quedaba mucho que aprender. En el Ojo había mucho poder y los dioses sabían que Nickolai iba a necesitarlo. Puede que Leopold acabara convirtiéndose en una excelente herramienta, en el arma perfecta. Sabía que sus enemigos lo estaban buscando. Su secreto había sido revelado... o lo sería, con el tiempo.

Nickolai se alejó de Leopold. El Ojo observaba todo lo que le rodeaba, como siempre, pero el derecho seguía mirando hacia algún espectro que proyectaba su mente perturbada. El brujo entró en la habitación contigua y cogió un frasco lleno de sangre. La desafortunada noche del ataque sólo había recogido una gota (no de su enemigo, sino de su aliado), pero las artes mágicas resultaban muy prácticas. La primera gota se convirtió en dos, las dos en cuatro y así sucesivamente hasta que el frasco estuvo lleno.

De pie ante un recargado espejo de mercurio, Nickolai quitó la tapa del frasco y vertió una pequeña cantidad de sangre sobre una tela de seda pura, que había sido el sudario de un rey, muerto hacía largo tiempo. El brujo pasó la tela por la superficie del espejo y, allí por donde pasaba el tejido, el reflejo de la habitación del hotel fue reemplazado por otra escena: ladrillos de cemento y vigas; una terrible bestia se había inclinado sobre el pobre Benito y estaba susurrándole mentiras al oído.

Nickolai no tuvo que observar demasiado. La verdad resultaba demasiado obvia. Benito le había traicionado y, pronto, los acaparadores de secretos conocerían el suyo. *¡Maldita sea!*

Regresó a la otra habitación y se quedó de pie junto a Leopold. *Pero este Ojo se ha convertido en una ventaja inesperada*, pensó. Había muchas cosas que preparar... ¿Cuánto tiempo tardarían sus enemigos en abalanzarse sobre él?

CAPÍTULO 23

Sábado, 7 de agosto de 1999, 10:10 PM

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York

Qué curioso, qué curioso. Calebros reflexionaba sobre los nuevos y extraños giros que los perversos dioses habían dispuesto para obstaculizar su camino. Por una parte, ninguno de los miembros del clan Nosferatu conocía el paradero de Heshá Ruhadze, Setita, aristócrata... aunque según los últimos informes, se había visto a la serpiente en la ciudad. ¡En Nueva York! ¡Resultaba indignante! Pero había aparecido un pequeño Ravnos con una novia, que entre otras cosas era Gangrel, que también estaba intentando encontrar a Heshá y había estado haciendo preguntas a las ratas de alcantarilla.

El Ravnos, que se llamaba Khalil, no era un tipo demasiado simpático. Sus exigencias, por lo menos algunas, eran un poco extremistas y, al parecer, sufría algunos ataques. Extraño. Todo era muy extraño.

Por supuesto, era posible que Khalil pudiera cumplir lo que había prometido. El único problema era que, aunque Calebros se había resignado a negociar con el joven, el Nosferatu ignoraba la respuesta de lo que Khalil le había preguntado. Era humillante. Si Calebros hubiera conocido el paradero de Heshá, podría haberse mantenido alejado del Ravnos desde un principio, pero le sacaba de quicio ser incapaz de satisfacer un posible pacto.

Eso era lo que estaba pensando Calebros cuando Umberto entró a toda prisa en su despacho, con la boca retorcida de asco por el mensaje que tenía que transmitirle... aunque hacía tiempo que Calebros había aprendido a no sacar juicios precipitados basándose simplemente en las expresiones faciales de un hombre sin labios.

—Hum... Traigo noticias —dijo Umberto, blandiendo una página impresa sin ningún entusiasmo.

Calebros temía que su primera impresión fuera correcta. Las «noticias» eran malas.

—¿Sí? —preguntó, preparándose para recibir las.

—Informan de que... hum, han visto a Anatole.

—¿Oh? —Eso no era tan malo. Después de su entrevista con Donatello, el Profeta de la Gehena había desaparecido. Sin dejar rastro. Los Nosferatu, expertos en esconderse y en descubrir lo escondido, parecían ser incapaces de encontrar a nadie en estas últimas noches. De todas formas, se trataba de una buena noticia, puesto que Calebros había decidido aceptar la propuesta de Jeremiah, aunque no del modo que éste le había sugerido con tanta vehemencia. No tenía ninguna intención de

desperdiciar el talento de Anatole con las supersticiones de Jeremiah, hubiera ratas hambrientas o no. Sin embargo, las noticias de Emmett sí que merecían la perspicacia de Anatole. Si Jeremiah tenía razón y era cierto que podía proporcionar orientación a las insólitas habilidades del Profeta, pronto realizaría un gran servicio al clan Nosferatu. El primer paso consistiría, simplemente, en conseguir que Jeremiah se reuniera con él.

—¿Dónde?

Umberto vaciló.

—Hum... en... ¡Ah! ¡Eso es! Subiendo a un... autobús.

—Un autobús —dijo Calebros con frialdad—. ¿Adónde iba?

Responde «por la ciudad», suplicó en silencio Calebros.

—Chicago. Ojo rojo.

Calebros pestañeó.

—Ojo rojo. Entonces eso tuvo que ser...

—Hace varias horas. Sí, señor.

Increíble.

—¿Y por qué un viaje tan largo? ¿Quién...?

—El Tío Smelly.

—Oh, ya veo.

El Tío Smelly era muy respetado por los Nosferatu, pero siempre trabajaba siguiendo su propio programa y ni Calebros ni nadie conseguirían hacerle cambiar de opinión jamás.

Pero no todo estaba perdido. Todavía no. Mientras pensaba, se pasó las garras por su cuero cabelludo, que estaba lleno de protuberancias. En cuanto Emmett le puso al corriente de lo que le había contado Benito, Calebros le había propuesto a Jeremiah que llevara a Anatole a Chicago. ¿Sería una coincidencia? Tratándose del Profeta, Calebros no creía en las coincidencias. No sabía si se trataba de un presagio bueno o malo. Sin embargo, sí que estaba seguro de una cosa.

—Busca a Jeremiah de inmediato —ordenó Calebros—. Dale información sobre el número de autobús, destino, etc. A continuación, ordena a Jaffer que lo lleve a La Guardia. Quiero que esté en la estación de Chicago cuando llegue ese autobús. En un cuarto de hora tendré listo el dinero y enviaré a alguien para que se lo lleve al aeropuerto. Ocúpate de eso.

—Entendido. —Umberto salió rápidamente de la habitación, complacido de que aquella situación exigiera una acción inmediata y Calebros no tuviera tiempo de enfadarse.

Pero Calebros no sabía si debía estar enfadado, desconcertado o asustado.

* * *

Unas horas después, llegó el mensajero que Colchester había enviado desde

Baltimore. La noticia que traía consigo era grave, se mirara por donde se mirara: ¿Significaría el colapso de la Camarilla o el principio de las Noches Finales?

Jeremiah había querido centrar en la superstición el tiempo que pasara con Anatole. Perfecto, así tendría algo más en lo que mantenerse ocupado durante sus vigiliias con el Profeta de la Gehena.

COPIA DE ARCHIVO

8 de agosto de 1999

Asunto: Gangrel

Baltimore, informe de Colchester - Xaviar afirma que los Gangrel han abandonado la Camarilla. ¡El justicar no suele perder el tiempo con amenazas! Afirma que un Antediluviano destruyó a todos los Gangrel en el norte del estado de NY; hizo referencia a las profecías del Final de los Tiempos: «Se acercan las Noches Finales».

Xaviar mencionó repetidas veces el ojo del Antediluviano - ¿Estará relacionado con el Ojo de Hazimel?

Actualización del archivo de acción: OdH

Permitir que Jeremiah inicie la observación de Anatole. Por si acaso.

CAPÍTULO 24

Viernes, 12 de noviembre de 1999, 11:47 PM

The International, S.L., Water Street

Ciudad de Nueva York

Aunque se encontraba en el centro de operaciones de la Camarilla para la reconquista de Nueva York, pocos habían advertido la presencia de Federico diPadua. El arconte Nosferatu no era más que uno de los muchos Vástagos escabrosamente atractivos y bien vestidos que había en el lugar. Como era su costumbre, observaba y esperaba mientras los demás efectuaban y recibían llamadas, daban órdenes a los mensajeros y analizaban infinitos mapas de la ciudad. La noche anterior se había manchado las manos de sangre, mientras el Justicar Pascek se había quedado de reserva por si surgían problemas importantes. Esa noche era Pascek quien estaba aplacando su sed de sangre mientras Federico se quedaba como reserva. Lucinde, el segundo justicar de la ciudad, ni estaba allí ni le interesaba demasiado participar de forma directa en la batalla. Todos los Vástagos que no pertenecían al clan Nosferatu ignoraban la presencia del tercer justicar.

Este Vástago estaba dirigiendo los esfuerzos de la Camarilla desde aquí, desde las oficinas americanas de Jan Pieterzoon.

—¿Son estas las últimas listas? —preguntó a su ayudante ghoul, van Pel, que acababa de pasarle un fajo de papeles con los nombres y últimas ubicaciones conocidas de los contingentes que se habían demorado.

—La última actualización se ha realizado a las 11:30.

Pieterzoon examinó las páginas.

—¿Todavía no se sabe nada del Arconte Bell? —preguntó instantes después.

—Nada, señor.

El centro de operaciones se había trasladado al corazón del Distrito Financiero de Manhattan después de haber estado operando en Queens durante dos noches, en las oficinas del Hipódromo Aqueduct. A pesar de algunas pérdidas significativas, las dos primeras noches habían ido bastante bien y habían conseguido destruir a Armando Mendes, el lugarteniente en jefe del Cardenal Polonia. Gran parte de la presencia del Sabbat, que normalmente hubiera hecho que la ciudad fuera virtualmente inexpugnable, se había retirado al sur para saquear Baltimore... tal y como Pieterzoon y el Arconte Bell habían previsto. De todas formas, eso no significaba que la Ciudad que Nunca Duerme estuviera libre de Cainitas. Los invasores se habían enfrentado a una resistencia medianamente organizada en Queens, pero ésta se había desmoronado ante el doble ataque realizado en los aeropuertos de La Guardia y JFK. Federico había pasado gran parte de la noche anterior en Brooklyn, donde todo había

sido más caótico y seguían sucediéndose escaramuzas aisladas. Por otra parte, la Camarilla había conseguido acabar con el poder del Sabbat en estos dos distritos y había conseguido que los enemigos retrocedieran hacia el noroeste, hasta más allá de East River.

Gran parte de la mitad meridional de Manhattan ya era un baluarte de la Camarilla. La frontera se había movido hacia el norte, hasta más allá de Central Park. Eso significaba que tanto Staten Island (donde Pascek estaba intentando establecer una cabeza de puente) como el Bronx, con Harlem y Washington Heights, eran una especie de tierra de nadie. Esa era la zona por la que Theo Bell se había estado moviendo con gran éxito, y también el lugar en donde había sido visto por última vez la noche anterior.

Pieterzoon parecía estar más calmado esa noche que las pasadas, aunque era obvio que le inquietaba seguir sin tener noticias de Bell. Puede que hubiese recuperado la confianza al saber que el ataque estaba en marcha y que, de momento, todo iba viento en popa. O quizá se debía a que, aquella noche, Pascek no estaba allí para observar todos y cada uno de sus movimientos como si fuera un buitre expectante.

—Edwin —dijo Pieterzoon, tendiéndole los folios a un Vástago que parecía sentirse como en casa en el apresurado mundo de América empresarial.

Tras enderezar su corbata y ajustar el audífono que llevaba en la oreja, Edwin Mitchell empezó a examinar las listas de desaparecidos. Mitchell era el más joven de los tres chiquillos que le quedaban a la Príncipe Michaela... mejor dicho, de los tres que le quedaban antes del ataque, puesto que el mayor era una baja confirmada y el segundo aparecía en la lista de desaparecidos de la noche anterior. Michaela estaba dirigiendo a los escuadrones del Bronx, el territorio que el Sabbat aferraba con más fuerza. Era obvio que Pascek la había enviado a la parte más peligrosa de la ciudad en represalia, posiblemente cumpliendo con las órdenes del Círculo Interno.

—Ya puedes borrarne de esa lista —dijo Theo Bell desde el umbral. Todo el mundo se sintió aliviado, aunque sólo durante un breve instante... puesto que su aspecto era desolador: tenía el rostro repleto de cicatrices, marcas y lo que parecían ser trozos de piel derretida. Sujetaba contra su mandíbula un paño empapado de sangre y su abultada chaqueta de cuero estaba destrozada y quemada por diversas partes. El zumbido de las conversaciones y las llamadas telefónicas que resonaban por el centro de operaciones se desvaneció al instante.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Pieterzoon con voz calmada, aunque sus palabras se oyeron con claridad entre aquel silencio.

—El puto Ojo —respondió Theo—. Nunca había visto nada similar.

—¿Has...?

Theo sacudió la cabeza.

—Conseguí escapar. ¡Oh, diablos! Puede que sea el único que lo consiguió. No lo sé. Pero incluso así perdí a un buen hombre, y dos más tendrán que permanecer

acostados durante no sé cuánto tiempo.

—¿En Harlem? —preguntó Jan.

—Sí. Fue anoche, pero me ha resultado imposible regresar hasta ahora. Estaba demasiado destrozado.

Jan asimiló aquello y empezó a sintetizar la información en el mosaico de informes y actualizaciones que llegaban de toda la ciudad. Mientras el incómodo silencio se demoraba, Mitchell presionó un dedo contra el audífono que llevaba en la oreja. Frunció el ceño con fuerza.

—Un fuerte combate en el Bronx —explicó a Jan—. Las fuerzas del príncipe están involucradas... están siendo oprimidas. Identificados entre el Sabbat están... Lambach Ruthven...

Presionó el audífono con más fuerza.

—Repita, por favor —después de asentir con gravedad, miró a Pieterzoon—. Y Polonia.

Federico dio un paso adelante sin vacilar.

—Estoy preparado —le dijo a Pieterzoon.

El Ventrue asintió a modo de respuesta.

—¿Cuál es su posición? —preguntó Pieterzoon.

—¿Su posición actual? —repitió Mitchell por el micrófono. Hubo una pausa—. Justo al norte de Whitestone Bridge.

—Federico —dijo Pieterzoon—, las reservas son tuyas. Utiliza Throgs Neck. Enviaremos las unidades de Manhattan por el oeste y les rodearemos.

—Ése será mi territorio —dijo Theo Bell.

Pieterzoon lo observó, intentando hacerse una idea de las lesiones y el cansancio del arconte.

—No lo creo. Te necesito aquí... por si surge algo más.

—Puedo hacerlo —respondió Mitchell. Puede que no tuviera experiencia en comandancia de campo, pero su príncipe, su sire, estaba allí fuera y todos los presentes podían ver la intensidad que ardía en sus ojos.

—Muy bien —dijo Pieterzoon—. Adelante.

Federico ya estaba saliendo por la puerta.

CAPÍTULO 25

Martes, 31 de agosto de 1999, 12:19 AM

Una madriguera en las afueras

Ciudad de Nueva York

Calebros y Hesha estaban sentados en silencio. Esperando.

Un mes después de los hechos, el Nosferatu seguía avergonzado de haber tenido al hombre fundido delante de sus narices, literalmente, mientras se estaba desarrollando una intensa búsqueda a nivel mundial para encontrarlo. ¡Cuánto tiempo y energía desperdiciados! Se había estado devanando los sesos pensando en dónde podían estar Hesha y el Ojo, cuando ambos se encontraban en su patio de atrás y uno se había convertido en la víctima del otro. Calebros intentaba convencerse de que hubiera sido imposible reconocer a Ruhadze cuando Ratón lo encontró en los jardines de la catedral de San Juan el Divino. Incluso ahora seguía siendo difícil. El cuerpo del Setita, que parecía un mendigo andrajoso y no un Cainita influyente, era un amasijo de heridas en carne viva y llagas supurantes. A pesar de que no estaba en absoluto restablecido, se podía decir que había hecho grandes progresos. Calebros no sabía si había sido negligente o no, pero seguía estando muy enfadado consigo mismo y los acontecimientos recientes no le ayudaban demasiado a mejorar su humor.

Aparte de los asientos que él y Hesha ocupaban, otra silla, las tuberías que pasaban por encima de sus cabezas y la lámpara eléctrica que resplandecía en un rincón, la húmeda cámara de piedra en la que se encontraban estaba vacía. Calebros golpeaba con sus garras la libreta amarilla que tenía en el regazo, pero se detuvo al darse cuenta de que, con los nervios, había perforado la tapa. Abrió la libreta y empezó a garabatear notas en la primera página.

—Nadie sufrió ningún daño —dijo Hesha con suavidad, aunque seguía teniendo la voz un poco ronca después de la dura experiencia que había vivido.

—Lo que tú digas —dijo Calebros, sin levantar la mirada y escribiendo con furia.

—Me das la razón sin estar de acuerdo —dijo Hesha sonriendo. Calebros movió la cabeza con fuerza. Ya tenía en sus labios las airadas palabras con las que pensaba responderle, pero se dio cuenta de que el egipcio no había sonreído a modo de burla. El Setita era consciente de la debilidad de su posición, tanto física como estratégica, y también de lo frágil que era su alianza.

—Entre amigos es importante ser sinceros —dijo Hesha—. Si no, si te sientes insultado, el odio se va adueñando de ti y te envenena.

—Estoy bastante acostumbrado a envenenarme —dijo Calebros con brusquedad.

—Mucho me temo que yo también —respondió Hesha, apretando uno de los furúnculos que coronaban una de sus muchas heridas abiertas hasta que consiguió

que estallara y que un pus espumoso se deslizara por su brazo. Volvió a sonreír.

Calebros subrayó con sorprendente violencia una frase que acababa de escribir.

—Tu mujer desobedeció las órdenes aposta.

—Fue discreta —argumentó Heshá.

—Ignoró por completo la seguridad de mi gente.

—Si algo hubiera salido mal —dijo Heshá—, habría sido Pauline quien se hubiera llevado la peor parte. Tu gente se habría desvanecido en la noche sin sufrir ningún daño.

Calebros echaba humo por las orejas. Era muy probable que Heshá tuviera razón... pero no tenía intenciones de admitirlo.

—Hablaré con ella —dijo Heshá con sensatez—. Nunca ha conocido a nadie de tu clan, así que no es consciente de lo fuerte que es vuestra predilección por la...

—¿Cobardía? —sugirió Calebros, en tono acusador.

—*Prudencia*, es lo que iba a decir. No es consciente de lo fuerte que es vuestra predilección por la prudencia.

Qué bien escoges las palabras, pensó Calebros. De todos modos, Heshá siempre escogía sus palabras con cautela, siempre parecía saber exactamente qué debía decir. En cierto sentido, era inquietante que al Setita le resultara tan sencillo aliviar la tensión con unas simples palabras. *Adelante, Eva. Dale un mordisco a la manzana. Puede que a Adán también le apetezca probarla*. Sin embargo, parecía que se necesitaban el uno al otro... y eso pesaba más que su tendencia natural a desconfiar el uno del otro. Aunque sólo un poco.

Según parece, cada uno de nosotros tiene su propia historia, había dicho Calebros hacía algunas noches. *Ninguno de los dos tiene forma alguna de demostrarla ni de desmentir la del otro*. Heshá había estado de acuerdo con él. Calebros tenía la certeza de que no había actuado de mala fe con el Setita y Heshá afirmaba que no había traicionado la confianza del clan Nosferatu. *Por otra parte, había añadido Calebros, a mi clan le interesa que el Ojo pase a... digamos, unas manos menos visibles que las que lo tienen ahora. Que haya menos preguntas sobre sus movimientos. ¿Sigues estando interesado en poseerlo?* Heshá lo estaba. Y por eso habían formado un matrimonio de conveniencia, de causa común. A pesar de que Ruhadze había colaborado con el clan Nosferatu en el pasado, el pasado no era ninguna garantía para el futuro. Sobre todo, cuando se trataba de un Setita.

Calebros se había visto obligado a dejarse guiar por su instinto. Por muchas notas que tomara para intentar descubrir qué había sucedido, nunca conseguiría una respuesta definitiva, así que había decidido actuar en consecuencia. Para cimentar el pacto, incluso le había confiado el secreto que sólo conocían sus compañeros de clan: el ataque que se iba a desarrollar en Atlanta. Teniendo en cuenta todo lo que ya sabía, Heshá hubiera podido averiguarlo por sí solo, así que el hecho de revelarle el secreto no entrañaba un peligro real y el Setita consideraría que había sido una señal de buena fe por parte del Nosferatu. Aunque le inquietaba darle esa información.

Del mismo modo que le inquietaba el indiscreto uso que hacía de la discreción la subordinada de Heshá. De alguna forma, el pacto le había parecido más seguro cuando el Setita apenas tenía fuerzas suficientes para sentarse en su lecho de enfermo, cuando Calebros y Cass acababan de descubrir que aquel cadáver cubierto de ampollas era el realidad Heshá Ruhadze. A medida que las noches pasaban, Calebros tenía la impresión de que el control de la situación se le iba escapando de las manos a la misma velocidad con la que se recuperaba su paciente. Cada vez le incomodaba más la decisión que había tomado. En el cuerpo de Heshá aún había heridas sangrantes, lesiones provocadas por el Ojo que era incapaz de curar. *¿Continuará ofreciéndome su lealtad cuando se haya restablecido por completo?*

—En mi opinión, tus subordinados deberían ser más obedientes —le regañó Calebros, intentando contener su ira.

—Es nueva en la familia —admitió Heshá—. Con el tiempo, aprenderá exactamente cómo quiero que responda en cualquier situación.

—Con el tiempo... —murmuró Calebros para sus adentros.

No tuvieron que esperar demasiado. El Nosferatu fue el primero en oír los pasos. Cuatro grupos de pasos. El primero en entrar en la sala fue Umberto, que estaba de mal humor, seguido por la subordinada de Heshá, la Gangrel y Cassandra. Umberto y Cass mostraban la mejor de sus caras, es decir, rostros humanos normales, ni demasiado atractivos ni demasiado feos, nada que llamara la atención. Por lo tanto, ni Pauline ni la otra chica, Ramona, habían vivido aún la violenta experiencia de enfrentarse a un Nosferatu... hasta que entraron en el despacho de Calebros. Éste, que no les ocultó su verdadero aspecto, pudo ver la consternación, el miedo y el asco que se dibujó en sus rostros. De las dos, fue Pauline quien hizo un mayor esfuerzo por intentar mostrarse indiferente... quizá Ruhadze le había enseñado bien. Sin embargo, la Gangrel no fue tan comedida: se quedó boquiabierta al ver a Calebros y a Heshá en su actual condición, y disimuló bastante mal la repulsión que sentía... si es que realmente intentó disimularla.

—Bienvenida, Ramona chiquilla de Tanner —dijo Calebros.

Ella le miró con frialdad, con los ojos entrecerrados.

—¿Heshá?

—No —dijo Heshá reprimiendo una risita—. Yo soy Heshá Ruhadze.

Los ojos de Ramona observaban, una y otra vez, al Nosferatu y a aquel Setita repleto de horribles y supurantes heridas.

—Esto es todo de momento, señora Miles —Heshá adoptó un tono más duro para dirigirse a su subordinada.

La mujer llevaba su audífono colgando del hombro, como muestra de su desobediencia por haber revelado la identidad de sus guardianes Nosferatu a Ramona. Tras inclinar levemente la cabeza, retrocedió de nuevo hacia la puerta.

—Lo mismo digo —dijo Calebros indicándole a Umberto que se fuera.

—¿Estás seguro? —preguntó éste, pero al ver la fría mirada de Calebros empezó

a retroceder junto a Cass.

—Tenía la impresión de que tus subordinados eran más obedientes —dijo Heshá con gran seriedad cuando los dos Nosferatu abandonaron la sala. Calebros lo ignoró.

Ramona, que al parecer ya se había acostumbrado a la fealdad de sus compañeros, observaba con incomodidad el bajo techo, las tuberías y las frías paredes que la rodeaban. Calebros tenía que reconocer que era guapa. Aunque no era hermosa, debajo de toda esa mugre se ocultaba un bonito rostro. Llevaba el cabello tan desaliñado que parecía una bandada de golondrinas aterradas y, a pesar de ser de constitución media, era musculosa, fuerte y dura como el cuero de un zapato. Estaba arañando el suelo de tierra con las zarpas de su enorme pie.

—Tenemos que buscarte unas botas —dijo Calebros—. Grandes... Pronto te acostumbrarás a llevarlas. Tenemos que continuar con la Mascarada.

Ramona lo observó como si le hubiera hablado en chino y, acto seguido, se volvió hacia Heshá.

—Pauline me dijo que querías hablar conmigo. Estoy aquí. Habla.

Heshá inclinó levemente la cabeza.

—Permíteme que antes te presente a nuestro anfitrión, a mi amigo Calebros. Si eres lista, también será tu amigo.

Ramona volvió a mirar a Calebros, aunque en esta ocasión fue más comedida, como si intentara ver el rostro que se ocultaba tras esas deformidades.

Buena chica, pensó Calebros. Es joven y temeraria, pero no es estúpida.

Por fin, Ramona volvió a centrarse en Heshá. Aunque echó un vistazo a la tercera silla desocupada, prefirió no sentarse.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó de nuevo, aún recelosa pero con menos hostilidad.

—Según lo que sé —dijo Heshá—, eres tú la que me ha estado buscando.

—No he sido yo —respondió ella.

—Tu compañero —concretó Calebros.

Al instante, Ramona volvió a ponerse nerviosa, pero intentó no transmitirlo.

—No es mi compañero —pronunció esta última palabra con desdén.

—Khalil Ravana —dijo Heshá.

Ramona guardó un largo silencio sin dejar de observar a las dos bestias que tenía delante.

—Me dijo que tú podrías encontrar el Ojo —dijo por fin a Heshá.

—¿Eso te dijo?

—Sí —Ramona esperó antes de continuar—. ¿Es cierto?

Sus palabras eran duras, acusadoras.

¿Qué es lo que has visto que te ha llenado de cólera, pequeña resentida?, se preguntó Calebros. ¿Asesinaron a tu familia? ¿Has sido traicionada? Cuántas veces, me pregunto. Si deseas sobrevivir, será mejor que intentes superarlo.

—Dispongo de los medios para encontrar el Ojo —anunció Heshá.

La piedra preciosa, pensó Calebros. *La piedra negra y roja... a no ser que Heshha le hubiese mentado.*

—¿Por qué razón tienes tantas ganas de encontrarlo? —preguntó Heshha.

Ramona volvió a dudar. Era obvio que tenía demasiadas preguntas por hacer, pero prefería ser precavida con sus respuestas. *Quid pro quo, querida*, pensó Calebros. *Quid pro quo.*

—Tengo mis razones —respondió, arañando el suelo con más fuerza.

Heshha movió la cabeza, decepcionado.

—Si quieres que trabajemos juntos, tendrás que darme una respuesta mejor, Ramona.

—Nunca he dicho que quiera colaborar —respondió.

—¿De verdad crees que Khalil te dará lo que deseas? —preguntó el Setita. Como Ramona no sabía qué responderle, Heshha continuó—. Estuviste con Xaviar... en las montañas. Ya has visto lo que puede hacer.

Calebros y Heshha habían hablado mucho sobre ese tema durante las noches pasadas. Ahora el Nosferatu pudo comprobar que, si la afirmación del Setita había sido una jugada arriesgada, la expresión de Ramona demostraba que era decisiva... y confirmaba que lo que le había contado el Setita era cierto.

—Quiero matarlo —dijo Ramona unos segundos después, cuando encontró el aplomo necesario para pronunciar esas palabras—. A Leopold, al Ojo.

Sus palabras estaban llenas de odio. Ese cachorro de Gangrel era incapaz de ocultar sus sentimientos.

—Me aseguraré de que no hace daño a nadie más —dijo Heshha con frialdad. El tono informal que había adoptado hasta ahora había desaparecido—. Lo encontraré con o sin tu ayuda. Pero tú lo has visto y, al igual que yo, has sobrevivido a él.

—Bueno, yo diría que ella consiguió sobrevivir a él mucho mejor que tú —sugirió Calebros.

—Me gustaría pensar que podemos ayudarnos mutuamente —continuó diciendo Heshha, ignorando la interrupción—. ¿Estás conmigo o estás con Khalil?

—No estoy con Khalil —espetó Ramona.

—Por supuesto que no —Heshha retrocedió un paso, aunque de alguna forma, parecía que no se había movido—, pero has pasado una larga temporada con él y sospecho que te ha contado más mentiras que verdades.

Era obvio que Ramona no estaba convencida, porque observaba a los dos Antiguos con recelo.

—Todos compartimos un mismo objetivo —insistió Calebros—. Por lo tanto, considero que sería una locura que prefirieras confiar en Khalil que en nosotros.

—En ningún momento he dicho que quiera confiar en nadie.

—Quizá podrías darnos una muestra de tus buenas intenciones —sugirió Calebros—. Nosotros te hemos traído hasta aquí sana y salva y te hemos garantizado que podrás irte con total seguridad... decidas ayudarnos o no. ¿No deberías mostrarle

ahora tus buenas intenciones a Khalil? ¿Tú...? Khalil mencionó una forma de curar las heridas infligidas por el Ojo...

Sin darse cuenta, Ramona se llevó una mano a la mejilla... la mejilla herida que ahora estaba curada. Cassandra había visto aquella herida y le había dicho a Calebros que era similar a las que tenía Heshha, aunque menos grave.

—Os lo diré —accedió Ramona. Parecía gustarle la idea de poder contrarrestar el daño que le había infligido el Ojo... o simplemente deseaba menoscabar el poder de negociación de Khalil.

—¿Y a cambio? —preguntó Heshha.

En esta ocasión, el cachorro de Gangrel no dudó.

—Quiero que Liz sea libre.

Calebros levantó la cabeza, sin acabar de comprender. Durante un instante, le pareció ver una expresión de sorpresa en el rostro cicatrizado y vendado del Setita... pero sólo fue durante un instante.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Heshha, con cierto recelo.

—Khalil la ha tenido encadenada —dijo Ramona—. Quiero que sea libre, tanto de él como de ti.

Mantuvo sus ojos, duros y acusadores, fijos en Heshha.

Puede ver sus lesiones, pensó Calebros. Sabe que tiene que hacer lo que le pida. No le queda más opción más que aceptar.

—Tienes mi palabra —dijo Heshha con solemnidad.

Ramona cruzó los brazos. Su eterna expresión ceñuda se endureció.

—¿Tu palabra? En cuanto te diga cómo curarte, ¿por qué razón querrías seguir ayudándome?

Calebros suspiró.

—Yo estoy más que deseoso de garantizar que...

—¿Acaso te conozco? —preguntó Ramona con mordacidad—. Es decir... sé tu nombre y que este lugar te pertenece, pero... por lo que yo sé, estás de su parte.

Movió la cabeza en dirección a Heshha.

Calebros no se ofendió, aunque la audacia del cachorro le cogió desprevenido. *No debería sorprenderme*, se recordó. Puede que Emmett tuviera razón cuando le dijo que tendría que salir más a menudo. Calebros intentó recordar cuándo había sido la última vez que había hablado, cara a cara, con un forastero. ¿Y, antes de Heshha, con algún Vástago que perteneciera a cualquier otro clan?

—Te doy mi palabra, pero si eso no es suficiente... —Heshha acercó la mano a uno de los bolsillos de la capa que Calebros le había dado y, acto seguido, le lanzó un pequeño objeto a Ramona. Ésta empezó a retroceder, pensando que el Setita quería atacarla, pero entonces atrapó entre sus manos una llave que examinó con atención.

—Te prometo que Elizabeth será libre —dijo Heshha—. Tú misma podrás liberarla.

Calebros, por insólito que fuera, descubrió que le faltaban algunos detalles.

¿Elizabeth? ¿Khalil tenía prisionera a una persona que Heshá conocía? El Nosferatu imaginó que Ruhadze se lo explicaría todo después de aquella reunión, puesto que había sido muy sincero durante todas sus conversaciones. Entonces, se preguntó hasta qué punto había sido sincero con él y con Ramona. Heshá había prometido que Elizabeth quedaría libre. ¿Sería inmediatamente? ¿Eso incluía que fuera liberada con vida? Aunque le había lanzado una llave a Ramona... no había especificado si era la que abría las ataduras de Elizabeth. ¿Heshá había hecho un gesto simbólico sabiendo que la Gangrel lo malinterpretaría? Para omitir una gran cantidad de verdad no es necesario mentir.

—Raíz de azafrán —dijo Ramona—. Quémala y húndela en las heridas, hasta el fondo.

—¿Quemarla? —repitió Heshá—. ¿Con fuego?

—Sí, pero deja que se consuma. Ya sabes, que siga ardiendo sin llama. Duele muchísimo, pero funciona.

Heshá reflexionó durante un largo momento. No parecía gustarle la idea, pero teniendo en cuenta la cantidad de heridas infligidas por el Ojo que cubrían el cuerpo del Setita, Calebros no podía culparle. La simple idea de meter en ellas algo ardiendo... No, Calebros prefería no pensar en eso.

—Debes saber esto, Ramona chiquilla de Tanner —dijo Heshá—. Hemos preparado una reunión con Khalil que tendrá lugar mañana por la noche. Ha accedido a contarnos el secreto que cura estas heridas... mejor dicho, ha accedido a vendernos el secreto. Lo único que quiere es dinero. Parece que ya no está interesado en encontrarme... ni tampoco al Ojo.

Ramona le miró colérica. Parecía escéptica, pero no sorprendida.

—Y también debes saber esto —añadió Heshá—. Creo que lo que me has contado es cierto... y, de todos modos, pronto sabré si me has mentido o no. También estoy seguro... mucho más que seguro... de que mañana Khalil me mentirá y de que no le importáis en absoluto ni tú ni Elizabeth. Me gustaría que vinieras mañana por la noche; así podrías escuchar la reunión a escondidas y tomar una decisión. No espero que confíes en mí con los ojos cerrados... pero sé, con certeza, que te resultará más sencillo alcanzar tus objetivos si estás a mi lado.

—Regresaré mañana por la noche —fue la única respuesta de Ramona.

—Ven sobre las nueve —dijo Calebros.

Ramona asintió y se marchó.

* * *

—Corta todo lo que puedas —ordenó Heshá.

—Sí, señor.

Aunque estaba sentado en una silla y Pauline estaba de pie detrás de él, Heshá tuvo que tirar la cabeza hacia atrás para que su subordinada pudiera llegar al enorme corte supurante de su frente. Era una mujer bajita que blandía su cuchillo de mariposa con gran habilidad. A pesar de que no le gustaba la idea de tener que cortar a su amo,

su pulso no tembló cuando se puso manos a la obra con sombría determinación.

Calebros observaba, fascinado. Aparte de tener la mandíbula apretada, Ruhadze no parecía sentir la cuchilla que estaba cortándole la carne. Gran parte de esa carne estaba ennegrecida y podrida, así que los nervios también debían de estar muertos, pero de todas formas...

Los tres se encontraban en la pequeña habitación a la que Heshha había sido trasladado en cuanto empezó a recuperar las fuerzas. Era un lugar tan húmedo que los viejos carteles de los años cincuenta que cubrían sus ásperas paredes de ladrillo estaban cubiertos de moho. Sin embargo, allí tenía más intimidad que en el refugio comunitario que había tenido que compartir, al principio, con un número indefinido de lunáticos y casos desafortunados.

Heshha levantó un espejo para inspeccionar el trabajo de Pauline.

—Más —le dijo.

—¿Más, señor?

—Todo lo posible —explicó con forzada paciencia—. Prefiero sentir la cuchilla que el fuego... Y por cierto, Calebros, creo que mis subordinados deberían ser más obedientes.

Pauline se tomó esas palabras como un reproche, pero Calebros sonrió. La mujer hundió más el cuchillo y, aunque gran parte de lo que ahora estaba cortando era carne sana, Heshha seguía sin mostrar señales del dolor que forzosamente tenía que sentir. Volvió a levantar el espejo.

—Eso será suficiente, supongo.

Pauline dejó el cuchillo y buscó un mechero para encender la raíz de azafrán que había traído Umberto por orden de Calebros.

—¿No sería el colmo de la ironía —dijo Calebros— que una cachorro de Gangrel consiguiera engañar a un antiguo Setita incitándole a prenderse fuego?

—Creo que «ironía» no sería la primera palabra en la que pensaría —dijo Heshha con sequedad. Pauline miró nerviosa a los dos Vástagos—. Adelante.

Heshha cerró los ojos.

A regañadientes, la mujer encendió el mechero y acercó la llama al azafrán. La raíz crepitó y pronto empezó a humear.

—Hazlo —dijo Heshha, percibiendo la renuencia de Pauline—. Asegúrate de quemarlo todo.

Con pulso firme, la mujer bajó la abrasadora raíz hasta su frente. La carne no muerta crepitaba al consumirse. Los puños de Heshha se agarraron con fuerza a los brazos de la silla. A través del irritante humo, Pauline observaba con atención el semblante de su jefe mientras movía el azafrán para limpiar bien la herida. La piel de Heshha se encrespaba y erizaba ante la proximidad de las ascuas.

Cuando por fin sacó la raíz, Heshha no abrió los ojos ni dejó de sujetar la silla. Pauline estaba aterrada, segura de que lo había enviado a la Muerte Definitiva. Entonces, su jefe empezó a mover los dedos, de uno en uno y, tras coger aire con

fuerza (un aire cargado del olor y el sabor de su carne quemada), abrió los ojos. Levantó el espejo y asintió con satisfacción: el agujero que tenía en la frente había empezado a curarse. La piel era rosada y suave comparada con la de su oscura tez, pero no había señales de putrefacción ni de corrupción. La ardiente raíz parecía haber cumplido con su misión.

—Una menos —dijo Calebros—. ¿Ahora cuántas quedan...? ¿Unos cientos?

—Necesitaré sangre —dijo Heshá—. Mucha sangre.

—Me ocuparé de eso —respondió Calebros—. Creo que ya he visto suficiente.

Les abandonó y se dirigió a las perreras. Se sentía alegre por poder dejar atrás aquel olor a carne quemada y volver a percibir los olores familiares y reconfortantes de la alcantarilla.

CAPÍTULO 26

Martes, 31 de agosto de 1999, 2:57 AM

Piedmont Avenue

Atlanta, Georgia

Jeremiah se acuclilló en el rincón. Las acogedoras sombras le ayudarían a permanecer escondido... tanto de Anatole como de la «Reina de las Manzanas», que en esos momentos estaba bajando las escaleras del sótano.

Antes de llegar al último escalón, la mujer se detuvo unos instantes para inspeccionar el taller del sótano. Era un lugar sucio y desordenado, repleto de mesas de trabajo y estatuas parcialmente destrozadas. Anatole, que esa noche se había despojado de su rubio cabello, no miró a la mujer, no advirtió su presencia.

Sólo una de las esculturas del estudio continuaba intacta y, desde el lugar en el que estaba escondido Jeremiah, aquel busto se alineaba casi a la perfección con la recién llegada. Parecía que ambos rostros eran una misma imagen reflejada en un espejo, pero Victoria Ash (a quien Anatole llamaba la Reina de las Manzanas), sólo podía ver la espalda de su gemela de piedra.

Por fin, los ojos del Profeta se reunieron con los de Victoria y a Jeremiah le complació ver que la Toreador titubeaba al encontrarse ante la presencia de alguien más autoritario que ella. Jeremiah sonrió mientras tomaba notas. Victoria descendió los últimos escalones aturdida.

Anatole también estaba sonriendo.

—Bienvenida a tu sala de audiencias —dijo.

Victoria seguía desconcertada, pero Jeremiah sonrió ante aquella broma y, diligentemente, tomó nota de cada palabra. La mujer rodeó el busto para contemplar el rostro y rió, impresionada por el parecido y, sin duda alguna, por su propia belleza.

—¿Sabías que era yo? —preguntó.

Ambos se enzarzaron en una cautelosa competición de juegos de palabras. Jeremiah estaba tan ocupado anotando todo lo que decían (cada palabra exacta), que le resultaba imposible intentar averiguar el significado de los contrasentidos que decía el Profeta.

—Mis enigmas no ocultan una mentira sino que intentan revelar la verdad —dijo en algún momento.

Más tarde, mientras Victoria observaba con poco entusiasmo una caja de cartón llena de bocetos, modelos a escala y bocetos del escultor, Anatole le había dicho:

—Sigue mirando para encontrar lo que necesitamos.

Victoria le pidió que le explicara qué quería decir, pero sus intentos fueron poco fructíferos. Siguió mirando la caja mientras iban saltando de un tema a otro.

Jeremiah, que hacía rato que había desistido de intentar comprender a Anatole, se había centrado en observarlo. A diferencia de Victoria, el Nosferatu sabía reconocer la grandeza. Aunque Calebros le había prohibido recurrir a la perspicacia de Anatole para descubrir la maldad que había debajo de la tierra, Jeremiah era consciente del gran honor que le había sido concedido al asignarle este cometido. Primero había llevado a Anatole al estudio de Gary Pennington de Chicago y ahora estaban en Atlanta, en el estudio de Leopold. Pronto viajarían hacia el norte, a las montañas, para conocer el escenario de una enorme atrocidad, pero ahora se encontraban en esta habitación, con Victoria, y Jeremiah estaba seguro de que incluso aquellos murmullos inconsecuentes tenían un importante significado.

Apartó la mirada de sus notas para ver que Victoria había cogido uno de los diseños que había en la mesa sobre la que descansaba la caja. Era mayor que el resto, y tan oscuro que parecía negro comparado con el tono grisáceo del resto; era como la medianoche frente a la pálida piel de Victoria. Ese color era más parecido al de los modelos de arcilla que había visto en el estudio de Chicago. De pronto, se dio cuenta de que reconocía el parecido.

En un instante llegó junto a Victoria... pero no la tocó, no quería revelar su presencia. Jeremiah tenía demasiada experiencia como para cometer semejante tontería. Sin embargo, le dio un manotazo al modelo de arcilla endurecida en el preciso instante en que la mano de Victoria lo alcanzaba. Fue suficiente. La pieza volcó y cayó al suelo rompiéndose en pedazos.

Milésimas de segundo después, Jeremiah ya se había retirado de nuevo al rincón. La mujer no hizo nada que indicara que lo había visto ni pareció atribuir el incidente a algo que no fuera su propia torpeza. Jeremiah también observó a Anatole. El Profeta seguía paseando sin rumbo fijo por la sala. Parecía no advertir a Jeremiah. El Nosferatu no era más que una voz entre muchas otras, era a la vez un guía y un seguidor.

Victoria continuó observando la sala, aunque su mente no pensaba en la arcilla que tenía entre sus dedos ni en el modelo roto en pedazos que tenía a los pies. Se sentía inquieta. Era obvio que no estaba acostumbrada a la sabiduría del Profeta, que hablaba en su propio tiempo y a su propio modo. La Toreador se había acostumbrado a manejar a sus pretendientes a su antojo, pero en esta ocasión le había tocado ser la pretendiente. Y se había convertido en una novia tímida y esquiva.

Después de dieciséis minutos y medio de silencio forzado (cuando no había palabras que apuntar, Jeremiah había adoptado la costumbre de cronometrar detalles banales, como por ejemplo, cuántas veces frotaba las sandalias el Profeta o cuánto tiempo se mantenía en silencio), Victoria volvió a acosar verbalmente a Anatole.

—No estás aclarando las cosas —refunfuñó.

Anatole se limitó a sacudir la cabeza, casi burlón, y entonces dijo algo que la dejó perpleja.

—Ya has encontrado lo que necesitabas. Al menos, nosotros lo hicimos.

Jeremiah levantó la cabeza. Entendía el significado de aquellas palabras. El modelo destrozado, la figura grotesca... *Ya has encontrado lo que necesitabas.*

El Profeta no había acabado.

—Y en cuanto a la escultura, es importante porque el sire del joven brujo está dentro de la arcilla. —Si con el primer contacto visual, Victoria se había quedado de piedra, ahora parecía que le habían clavado una estaca en el pecho.

Apartando la mirada del rostro aterrado de la mujer, Jeremiah garabateó con furia aquellas palabras. Si el «joven brujo» al que se refería Anatole con tanta frecuencia era Leopold... Victoria, que se había alejado del Profeta, levantó los brazos para conservar el equilibrio y, acto seguido, se sentó pesadamente en uno de los escalones inferiores. Estaba horrorizada. Su secreto había sido revelado.

Si tan sólo supiera cómo se ha revelado y quién lo sabe, pensó Jeremiah. Pero por supuesto, Victoria no lo sabía.

CAPÍTULO 27

Jueves, 2 de septiembre de 1999, 2:37 AM

Interestatal 85 en dirección Norte

Greensboro, North Carolina

El sire del joven brujo está dentro de la piedra. Estas palabras llevaban horas acosando a Victoria, dos noches enteras. Anatole debía de estar loco... bueno, por supuesto que lo estaba. Pero además de loco, tenía que estar equivocado.

El sire del joven brujo está dentro de la piedra.

No podía ser su sire. No era posible. Ella lo habría sabido, habría sentido el vínculo. *Lo recordaría, maldita sea,* pensó. Un Vástago nunca olvida que ha Abrazado a un chiquillo; resulta imposible eliminar de la memoria ese recuerdo... ¿o no? Había Vástagos que podían acceder a la mente de otros... incluso Victoria podía hacerlo en ciertas ocasiones. Con el ganado resultaba bastante sencillo, pero ella no era un miembro del ganado ni un neonato... no podían haberle hecho eso. Para que hubieran eliminado de su memoria un dato tan importante (que era la sire de un chiquillo), habría sido necesario... habría sido necesario...

Victoria apretó con más fuerza el volante. No iba a seguir recorriendo esta carretera. No podía permitírselo. Conduciría. No pensaría. No pensaría en eso.

Había vuelto a huir de Atlanta. El viaje hacia el sur no había sido una completa pérdida: su antiguo carcelero Tzimisce había sido destruido, al igual que el usurpador Lasombra de la ciudad... *la ciudad que estuvo tan cerca de ser mía.* Pero había regresado a Atlanta para averiguar todo lo que pudiera sobre Leopold y lo poco que había averiguado no podía compartirlo con nadie más. No lo haría. Por lo menos, estaba sola cuando el Profeta empezó a lanzarle sus calumnias como si fueran rocas.

El sire del joven brujo está dentro de la piedra.

Era el tercer vehículo que conducía desde que se había apropiado del Cruiser de la policía después de haber tropezado con el Sabbath. Encontrar a una persona amable que le prestara su coche no era ningún problema. Cualquier área de descanso o parada de camiones servía; además, no había ninguna necesidad de pelear. Por ejemplo, el ganado le tendía las llaves voluntariamente y de buena gana, hecho que le había permitido renovar su fe en la generosidad del espíritu humano. El único problema era que no siempre podía viajar en un vehículo apropiado para ella: por ejemplo, el brillante Saturn que estaba conduciendo en esos momentos estaba muy por debajo de su nivel. *Pero siempre ha habido ricos y pobres...*

Llevaba varias horas dirigiéndose hacia el norte, más centrada en el camino que seguían sus pensamientos que en la carretera en la que se encontraba. No le entusiasmaba la idea de regresar a Baltimore y ser el objetivo de las miradas

recelosas de aquellos que pensaban que se había aliado con el Sabbat. ¡Resultaba tan absurdo! El Sabbat había arruinado su oportunidad de controlar Atlanta. Había saqueado el museo, había destruido su colección de arte... y suponía que también a algunos Vástagos. El Sabbat la había torturado, le había hecho cosas terribles... ¿Cómo podían pensar sus aliados de la Camarilla que se había puesto al servicio de sus enemigos? Era ridículo.

Pero los recuerdos que tenía de Baltimore, aunque eran menos perversos, no le resultaban más reconfortantes que los de la época que pasó entre los lobos. Jan Pieterzoon y Alexander Garlotte habían decidido perseguirla... y estaba bastante segura de que Theo Bell también estaba implicado. El arconte Brujah tenía la boca demasiado cerrada, se mostraba demasiado indiferente hacia ella. Seguro que estaba implicado.

¿Por qué tendría que regresar?, se preguntó Victoria. Tal y como habían señalado tantos, la Camarilla no era un órgano de gobierno de por sí. Ella no estaba bajo las órdenes de nadie... como si en Baltimore hubiera alguien con tanta autoridad. La bondad de su corazón le había llevado al sur. Había ido por la causa. Bueno, también estaba el tema de Leopold... pero fuera como fuera, había tenido que sufrir en nombre de la Camarilla. Había cumplido con su parte. Ahora, esos arrogantes hijos de puta que le habían perseguido podían ocuparse del resto. Sobrevivirían, o no, sin su ayuda. Victoria iría allá donde quisiera.

Pero antes, tendría que saber adónde quería ir.

Delante de ella estaba la señal de la I—40 Oeste. Su primer impulso fue tomar esa salida... pero su pie se levantó del acelerador y, en cuanto redujo la velocidad, se acercó a un lado de la carretera interestatal. Como el arcén era estrecho, el vehículo se detuvo a escasos centímetros de la valla. Victoria estaba paralizada por su indecisión. Sentía la mano del Destino sobre su hombro... pero no en forma de deidad impersonal, sino como una antigua y poderosa criatura, una de su misma especie, que le obligaba a hacer su voluntad. Sin darse cuenta se llevó una mano a la mandíbula, a la diminuta mancha. ¡Maldita sea!, quería gritar. ¡Malditos sean todos mis antiguos!

Al igual que Jan y los demás, Victoria era incapaz de confiar en sus ideas y decisiones. Y la culpa la tenían ellos, todos por igual: los demonios externos, los demonios internos. El olor de la corrupción y la manipulación era casi palpable. Algo estaba intentando utilizarla. ¿Cómo era posible, si no fuera así, que no recordara que Leopold era su chiquillo?

—¡No! —gritó, hundiendo los dedos en el salpicadero—. ¡No lo es!

Decidió no seguir un rumbo predeterminado. Necesitaba la seguridad de la aleatoriedad porque temía volverse loca. *Loca como Anatole. ¡Eso es lo que sucede cuando adulas a los dioses!*

Su coche estaba a un lado de la carretera. A su izquierda se alejaban serpenteando dos carriles. El siguiente coche que pasara... si lo hacía por el carril más próximo,

seguiría su rumbo actual y regresaría a Baltimore. Si lo hacía por el carril contrario...

En aquel instante, un enorme camión dobló la curva y, levantando un torrente de aire, pasó rugiendo por su lado... y por el carril más próximo. El Saturn se tambaleó cuando aquel coloso pasó a escasos centímetros de él. Victoria ya tenía la respuesta. Estaba ansiosa por irse... No quería estar en ningún sitio en concreto, sino que simplemente quería estar lejos, deseaba que todo fuera diferente. Miró sobre su hombro y empujó el acelerador hasta que alcanzó los ciento veinte kilómetros por hora.

Sujetó el volante con fuerza, con las dos manos, imaginando por un instante que la negra carretera era una serpiente (una serpiente, un dragón) que se extendía tras ella intentando alcanzarla. Pero también la tenía delante.

De pronto, Victoria giró el volante hacia un lado. El Saturn cruzó disparado la carretera y entró con rapidez en la rampa de salida. Interestatal 40 Oeste.

—¡Ja! —gritó Victoria. ¡Que los dioses intentaran dirigir su camino! ¡No iba a permitírsele! ¡Sería más astuta que ellos! No regresaría a Baltimore. Se dirigiría hacia el oeste, quizá a Chicago, pero fuera adonde fuera, ya había cumplido con su parte en esta odiosa guerra.

¡Maldito sea el destino, malditos sean los dioses, malditos sean los ocultos! No conseguirán tenerme. No se lo permitiré.

CAPÍTULO 28

Lunes, 6 de septiembre de 1999, 9:50 PM

Piedmont Avenu

Atlanta, Georgia

Rolph bajó con cuidado las escaleras. El resto de la casa estaba vacío y no esperaba encontrar a nadie en el sótano. No había señales de que hubieran forzado la entrada, nada que le hiciera pensar que alguien había puesto un pie en su interior desde que Jeremiah se marchó. Aunque hubiera alguien esperando en el sótano, Rolph había tomado precauciones para no ser visto.

Sus temores resultaron ser infundados, pero nunca estaba de más ser precavido.

Todo estaba tal y como habían sugerido los informes: mesas de trabajo, estatuas rotas, polvo fino, un busto intacto, cajas desordenadas... y un modelo de arcilla roto en pedazos en el suelo, justo en el lugar en el que Jeremiah le había dicho que estaría. Rolph se acercó a los fragmentos y los examinó. A pesar de que la mitad de la cara estaba destrozada, el parecido resultaba bastante obvio: la gran probóscide curvada; uno de los dos ojos prácticamente vertical; la boca abierta por la que asomaban unos colmillos tan grandes como los de una morsa. Rolph tenía que admitir que Leopold tenía talento, pero el joven Toreador nunca debería haber puesto los ojos en esa persona en concreto.

Rolph sacó una bolsa con cremallera de los pliegues de su abrigo y, con cuidado, colocó los fragmentos de arcilla en su interior. En cuanto acabó, recogió otros fragmentos que había sobre la mesa y dentro de la caja y, mientras lo hacía, advirtió que algo asomaba bajo las lengüetas de la caja de cartón. Tras apartar las figuras hacia un lado y levantar las lengüetas, encontró una fotografía que también guardó en la bolsa, junto al modelo roto de arcilla.

A continuación, echó otro vistazo a su alrededor. Le llamó la atención el busto que permanecía intacto. El parecido también era espectacular. Rolph se preguntó cuántos artistas y cuántas representaciones de Victoria Ash se habrían hecho durante el transcurso de los siglos, puesto que a esa mujer le encantaba que la retrataran y, por extensión, que la adularan. Seguro que se podría llenar todo un museo con representaciones de su rostro realizadas en piedra o sobre lienzo. *Y no olvidemos los sonetos*, pensó. Tiene que haber miles de ellos.

En cuanto su mano tocó la escultura, sus dedos empezaron a deslizarse por el frío mármol, que tenía un tono similar al de la piel de Victoria. Las yemas de sus dedos se demoraron en los labios, donde la obra estaba ligeramente dañada. Cuando Rolph se acercó para examinarlo, tuvo la impresión de que aquel defecto hacía que Victoria estuviera aún más cerca de la perfección. ¿Pero qué había sucedido... otro par de

labios, quizá? ¿Alguien se había sentido impulsado a besar su rostro inalterable? Rolph rió entre dientes. *Es una suerte que Colchester no haya venido por aquí, pensó, porque si lo hubiera hecho, la hendidura de esta boca tendría una forma distinta.*

CAPÍTULO 29

Viernes, 24 de septiembre de 1999, 10:00 PM

El lago subterráneo

Ciudad de Nueva York

El sabor de la sal. El agua hinchando sus pulmones atrofiados. El silencioso susurro de la tierra.

Calebros se encontraba a diversos metros por debajo de la superficie. Dejó que las palabras flotaran por su mente como si fueran las suaves olas de una piscina que simula los movimientos del mar: *uno en un minuto y uno en una hora. Recorre una milla en cuestión de segundos para entregar mi palabra. Dime, oh, sabio, ¿por dónde voy?*

Esperaba que la tierra pudiera susurrarle una respuesta, pero sabía que eso no iba a suceder. Calebros dejó que las palabras volvieran a borrarse de su mente. El Profeta de la Gehena podría haber sido más generoso y haberles dejado algo más que un estúpido acertijo infantil. O puede que el Nosferatu estuviera irritado porque no era capaz de resolver un estúpido acertijo infantil.

El sabor de la sal. El agua hinchando sus pulmones atrofiados. El silencioso susurro de la tierra.

Tenía que relajarse. Si el acertijo formaba parte del *puzzle*, acabaría encontrando el lugar en el que encajaba. Con el tiempo. O puede que no lo consiguiera. De todas formas, si no lo lograba, como las demás piezas estarían colocadas en su sitio, podría conocer la verdad que contenía la pieza extraviada. De todas formas, aunque ya había conseguido unir muchas piezas, seguía habiendo varios agujeros.

Emmett le había proporcionado un gran número de piezas y le había ayudado a colocarlas en el rompecabezas. Su joven compañero de carnada pronto estaría de vuelta. Su trabajo en el Oeste estaba a punto de llegar a su fin; prácticamente había terminado con Benito. Aunque Emmett no era el más paciente de los Vástagos, su presencia lograría confortar la mente de Calebros.

Otros asuntos, más concretos e inmediatos que el enigma, quedaban en el aire. El Sabbat se había retirado hacia el sur y cada vez estaba más inquieto. Cada noche que pasaba se mostraba más agresivo en Baltimore. Pronto atacaría, y esa era la razón por la que Pieterzoon y Bell habían puesto en marcha un plan desesperado. Habían sellado un incómodo pacto con la Príncipe Michaela de Nueva York (*puede que sea el Príncipe de Wall Street*, se burlaba Calebros, *pero Dios sabe que no lo es del resto de la ciudad*) e intentarían llevar a las fuerzas de la Camarilla hacia el norte cuando se presentara la ocasión. Calebros calculaba que tenían un cincuenta por ciento de oportunidades de éxito, y sólo porque se sentía generoso.

Por otra parte, todavía no se sabía nada de Jeremiah desde lo de Siracusa. ¿Habría resultado herido? Tras enfrentarse a Victoria en Atlanta, Anatole se había abalanzado sobre su compañero de clan, el Príncipe Benison, y lo había asesinado. ¿Habría hecho lo mismo con Jeremiah cuando el Nosferatu le había conducido a la gruta que Ramona y Heshha le habían descrito? Era imposible saberlo. ¿En qué momento debería enviar a alguien para averiguarlo?, se preguntó Calebros. La incertidumbre le carcomía como si fueran ratas intentando saborear el último pedacito de carne que quedaba en un hueso.

El sabor de la sal. El agua hinchando sus pulmones atrofiados. El silencioso susurro de la tierra.

Por lo menos, Heshha se estaba recuperando bien. La raíz de azafrán estaba obrando magia, aunque los progresos eran lentos y dolorosos. Cada noche, Pauline le quemaba las heridas con la candente raíz para eliminar la corrupción del Ojo y permitir que la sangre realizara su trabajo. Ruhadze necesitaba mucha sangre. Se estaba haciendo más fuerte... y eso también era un motivo de preocupación para Calebros. ¿El Setita seguiría siéndole fiel cuando dejara de depender de él?

Ramona había resultado ser una agradable sorpresa. Por fin había parecido darse cuenta de que ni Heshha ni él deseaban hacerle ningún daño. No era una criatura tan fiera y desagradable como había demostrado en un principio. En cuanto descubrió que Khalil era un tipo avaricioso y un sinvergüenza, había parecido sentirse aliviada de contar con la compañía del Setita y la de su subordinada, e incluso la de varios hermanos de Calebros.

Khalil seguía siendo un cabo suelto que tendría que atar alguna noche. Había demostrado ser tan bueno como su palabra... que era inexistente. *Pobre Ratón*, pensó Calebros. Para un chiquillo de las perreras, la existencia podía ser breve y cruel. El Ravnos había huido, pero eso no le haría ningún bien. De momento se había detenido en Chicago, pero Calebros también tenía allí sus fuentes. Habría un ajuste de cuentas. Los Nosferatu nunca olvidaban.

Pero esos pensamientos eran desapacibles y Calebros deseaba relajarse. El sabor de la sal. El agua hinchando sus pulmones atrofiados. El silencioso susurro de la tierra.

Uno en un minuto y uno en una hora...

COPIA DE ARCHIVO

25 de septiembre de 1999

Asunto: Fátima

Informe de Courier - ayudó a Fátima a ponerse en contacto con Ravenna/Parmenides; incapaz de descubrir qué sucedió entre ellos.

Nuestra gente también ayudó a Fátima en Hartford - está acumulando una lista de favores bastante larga; recordárselo si es necesario. Nuestra táctica para engañarla parece haber funcionado.

~No necesariamente. Otros factores posibles... incremento de actividad

Assamita a nivel mundial. ¿Cuáles son sus planes?

Le hemos ayudado más de lo que me hubiese gustado pero ¿acaso hay otra forma de ablandar a un Assamita, especialmente a Fátima?

Actualización del archivo de acción: Fátima al-Fagadi

CAPÍTULO 30

*Sábado, 2 de octubre de 1999, 2:20 AM
Hotel Crown Plaza, Centro de Manhattan
Ciudad de Nueva York*

—Inténtalo de nuevo, Leopold. Pero esta vez, concéntrate.

—¿Ha estado aquí? ¿Antes? —Leopold estaba tan abatido que Nickolai estaba seguro de que se pondría a llorar de un momento a otro. Algo que sería bastante interesante.

—Sí, estuvo aquí —mintió Nickolai—. Intentamos despertarte, pero fue imposible.

Leopold se clavó las uñas en el cuero cabelludo mientras murmuraba algo mirando hacia el suelo. Su ojo derecho estaba cerrado con fuerza por la consternación, mientras que el Ojo miraba hacia delante. Durante las últimas noches, casi siempre estaba abierto. Observando. Segregando su pungente descarga.

Seguro que sabe que le estoy mintiendo, pensó Nickolai. Tiene que saber que la Musa no ha estado aquí, que en todas las semanas que ha estado encerrado en el hotel nadie ha puesto un pie en esta habitación. Nickolai se había ocupado de su aislamiento: había prohibido que el personal del hotel subiera a su planta y había preparado poderosas defensas para ocultarse de los ojos de la magia. *Tiene que saberlo*. Nickolai sentía que el Ojo tenía su propia percepción. Aunque no había pruebas empíricas que le permitieran saberlo con certeza, estaba seguro de ello.

De todas formas, si el Ojo lo sabía, no le había transmitido aquella información. Aunque fuera a regañadientes, el neonato hacía todo lo que le pedía, como si careciera de voluntad propia. En ocasiones, mientras observaba aquel Ojo que nunca pestañeaba, Nickolai imaginaba que ambos eran coconspiradores, puesto que ambos conocían la verdad que el muchacho ignoraba. Estaba seguro de que el Ojo había llegado a la misma conclusión que él: que a Leopold se le estaba acabando el tiempo.

El muchacho era una vela que había brillado con demasiada intensidad, desprendiendo demasiado calor. El Ojo le había obligado a llegar al límite de sus fuerzas y ahora apenas era una masa de cera que esperaba el último parpadeo vacilante de su mecha. Eran varias las noches que no recuperaba la conciencia o que sólo lo conseguía durante unas horas. Quizá, pronto se sumiría en un letargo del que nunca más despertaría. Nickolai no detectaba en el Ojo ninguna sensación de pérdida ni de pesar. A veces tenía la impresión de que aquellas señales de percepción no eran más que imaginaciones, pero a veces...

Para Nickolai, la muerte de Leopold podía comportar una serie de dificultades. El cruel Destino le había devuelto al muchacho antes de que llegara el final, para que el

círculo se completara.

—Inténtalo de nuevo —repitió. Leopold, desconsolado, se giró a regañadientes hacia los bloques de piedra que Nickolai le había proporcionado—. Me dijo que regresaría si lo hacías bien. Que regresaría pronto.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Leopold. Sus dudas y su desesperación habían desaparecido por el profundo pozo de su determinación. Sujetó los bloques, uno de granito y otro de mármol, entre sus manos.

—¿Qué tal una bella flor?

Leopold asintió abatido. Levantó ambos bloques, que no eran más grandes que una barra de pan y, al instante, sus dedos empezaron a hundirse en el mármol y en el granito como si no fueran más duros que la arcilla húmeda. Bajo la presión de sus dedos, los bloques rectangulares empezaron a alargarse y, cuando los apretó, ambas piedras, la clara y la oscura, se convirtieron en una.

Leopold se detuvo. Entonces, suspiró y dejó el irregular bloque de mármol y granito fundido sobre la mesa, ante él.

—Ya está —dijo débilmente.

Nickolai tocó el bloque. Era frío y sólido. Lo hizo girar sobre la mesa y advirtió que ambas piedras sólo estaban unidas por el centro. Tanto la parte superior y la base de cada piedra permanecían inalterables, de modo que el conjunto formaba una especie de «X».

—Esto no es una flor —señaló Nickolai.

—Ya está —repitió Leopold sin mirar la piedra.

—Tienes que concentrarte, Leopold. Ella se sentirá muy disgustada si ve esto.

—Ya está —repitió de nuevo Leopold—. ¿Vendrá?

—No si esto es lo mejor que puedes hacer. Termina la flor.

—¿Ella vendrá? —volvió a preguntar Leopold, como si Nickolai no le hubiese contestado. Había señales de desesperación en su ojo derecho. Sin embargo, el Ojo seguía observando ecuánime.

—¿Estás cansado? —preguntó Nickolai. El muchacho no respondió a su pregunta. Estaba mirando, con su ojo derecho, hacia algún punto distante—. Sí, Leopold, vendrá. Pronto.

La atención del muchacho regresó a la realidad mientras su pupila se contraía y se esforzaba en enfocar.

—Bien —dijo—. Estoy cansado, creo.

¿Estás cansado?, se preguntó Nickolai. *¿O ha sido mi sugerencia la que te lo hace creer?*

—Entonces, descansa. Tengo que ocuparme de otros asuntos.

Antes de que hubiera acabado la frase, el muchacho ya se había retirado de nuevo a aquel lugar distante. Su ojo y el Ojo estaban abiertos. El icor goteaba sobre la piedra y crepitaba hasta desaparecer, pero Leopold no se daba cuenta.

Nickolai centró su mirada en el Ojo. *Me pregunto qué haré contigo cuando*

nuestro Leopold se haya ido, pensó. Hacía tiempo que había dejado de ser útil... dejó de serlo en el mismo instante en que Benito fue capturado por los apestosos Nosferatu. Sin embargo, ahora que había encontrado el Ojo, el muchacho servía para algo, aunque sólo fuera de recipiente. ¿Qué haría con el Ojo si Leopold continuaba deteriorándose? *Porque, por supuesto, no pienso ponérmelo.*

Por un momento creyó ver un destello en el Ojo; fue casi como una sonrisa, como si estuviera desafiándole. Tenían que ser imaginaciones.

Nickolai levantó de la mesa la piedra en forma de X. Era muy pesada. Leopold ya no le respondía, parecía haber regresado a aquel mundo distante. Arrastró la piedra hasta la habitación contigua y la dejó sobre una mesa, junto a otras cuatro esculturas.

La primera escultura, la más antigua de todas, era una orquídea perfecta. Su tallo eran hebras blancas salpicadas de gris oscuro e impecablemente entrelazadas; cada pétalo alternaba uno de esos colores, en mármol y granito. Las hojas se curvaban con gracia y eran tan finas que daba la impresión de que iban a caer por su propio peso. Pero la orquídea seguía en pie, y la obra se balanceaba con precisión.

La segunda escultura también era una orquídea. Aunque la primera era una flor perfecta que la fortuna había visto convertida en piedra, la segunda no era más que una tosca copia. El tallo era un poco grueso y estaba demasiado rígido. Allí donde se unían en granito y el mármol, las uniones eran visibles. Una de las hojas estaba mal proporcionada y agrietada. Los pétalos, en vez de estar separados, eran una única estructura carente de detalles.

La tercera escultura yacía sobre un costado, puesto que la parte superior era demasiado pesada para que se mantuviera en pie. Podría haber sido un narciso, o una rosa con gruesas y torpes hojas. La cuarta era una masa con una forma que recordaba vagamente a una pirámide. La piedra en forma de X medio fundida era la quinta.

Nickolai observó la extraña colección. Todas esas piezas se habían realizado durante los dos últimos meses. ¿Acaso Leopold había perdido el interés? ¿Ya no sentía admiración por las orquídeas? No, no era eso lo que sucedía, puesto que el deterioro de las habilidades de Leopold coincidía con el deterioro de su percepción de la realidad. La verdad es que, desde la noche que lo había encontrado vagando por Central Park, nunca había sido un modelo de lucidez, pero cada vez pasaba más tiempo en aquel lejano lugar de su mente.

De todas formas, a Nickolai le preocupaba mucho más el hecho de que Leopold ya no fuera capaz de utilizar los poderes que el Ojo parecía conferirle. Recordó la gran escultura de la caverna. El brujo, después de enterarse de que Benito había desaparecido, había decidido buscar a Leopold. El vínculo que había entre ellos garantizaba que lo encontraría, así que extendió su mente y su espíritu y se puso manos a la obra. Lo encontró en la caverna, hundido hasta la cintura en roca viva y rodeado de cadáveres mutilados de Gangrel. Nickolai no era nadie para criticar su visión artística, pero le había asombrado su poder... y el hecho de que la propia tierra hubiera hecho su voluntad. Además, cuando lo llevó a la ciudad, Leopold había

devastado diversas manzanas y gran parte de los jardines de la Catedral de San Juan el Divino... sin contar con la ayuda del Ojo.

Sin embargo, a partir de entonces se había ido marchitando a toda velocidad. Nickolai temía que aquella hilera de esculturas de orquídeas no mostrara una falta de interés, sino una disminución de su vigor. Eso confirmó sus pensamientos sobre la vela: había brillado con demasiada intensidad, desprendiendo demasiado calor. Y ahora se le estaba acabando el tiempo.

¡Maldito fuera! ¿Cómo se atrevía? Sobre todo ahora, que tenía que defender a Nickolai de los apestosos habitantes de las alcantarillas. Vendrían a por él. La única pregunta que podía hacerse era: ¿cuándo?

A pesar de la locura de Leopold, el Ojo estaba igual que siempre: parecía vigoroso, casi risueño... aunque Nickolai suponía que esto último eran sólo imaginaciones. El brujo sospechaba que era bastante posible que Leopold ya hubiera traspasado algún umbral: el Ojo le había obligado a llegar hasta cierto punto y el muchacho era incapaz de seguir adelante... pero como tampoco podía mantenerse en ese punto, había iniciado su largo descenso hacia la locura... o puede que no fuera tan largo.

Sí, era posible. Pero al recordar la gran obra de arte que había realizado en la caverna, Nickolai también pensó en otras posibilidades. No percibía en el Ojo tanto poder como para crear aquella estatua viva y la tumba de los Gangrel, ni tanta fuerza como para arrasar los jardines de la catedral. Puede que sólo fuera una treta del Ojo... puede que deseara camuflar su poder para que su futuro dueño se creyera capaz de controlarlo.

O puede que hubiera algo más. Algo más grande que el Ojo, algo que lo magnificaba o algo que se aferraba a él para obtener su poder... algo que se había apoderado de Leopold. Incluso cuando no tenía el Ojo, el muchacho había demostrado un enorme talento para las artes místicas. Había actuado a un nivel que nunca hubiera creído posible.

Nickolai analizó las cinco esculturas que tenía ante él, desde la más sublime hasta la más mundana, y sacudió la cabeza. Puede que si realizara los experimentos adecuados, lograra descubrir qué fuerzas había allí. Casi al instante, unos nuevos planes empezaron a cobrar forma en su cabeza. *Podía funcionar... funcionaría.* Conseguiría que Leopold volviera a participar en ellos. Si tenía tiempo suficiente.

* * *

Leopold hizo un cuenco con sus manos y las sumergió en el río. Ahora, el paisaje no era tan desapacible, tan extraño. El río serpenteaba entre edificios de roca, entre aquellas lápidas mortuorias que tenía el tamaño de un edificio. Aquí, en el cementerio de los dragones, el agua era roja. Antes había extrañas manchas blancas salpicadas de gris oscuro, pero hacía tiempo que habían desaparecido, que se habían alejado

corriente abajo, navegando a la deriva. Durante un momento sintió pánico... Sus manos, sus queridas manos, las herramientas más perfectas del artista... eso era lo que le había enseñado su Musa.

Retiró las manos del río de sangre y se sintió aturdido por el alivio. Sus apreciados dedos estaban ilesos. Entre ellos se deslizaba agua oscura. Leopold acercó las manos a sus labios y bebió. Ella estaba aquí. Podía olerla y saborearla. El cementerio de los dragones era su parque de recreo. Y el maestro le había dicho que su Musa regresaría. Pronto.

CAPÍTULO 31

Viernes, 15 de octubre de 1999, 11:45 PM

Laderas de los Montes Adirondack

Norte del Estado de Nueva York

Jeremiah había perdido toda su alegría y su honra. Incluso en la oscuridad de la gruta podía sentir la sombra de aquella escultura monstruosa. Los ojos de los Gangrel le miraban fijamente pero no le veían. Las criaturas gemían agónicas, pero el Profeta no les respondía.

La mente de Anatole se encontraba en algún lugar al que Jeremiah no lograba acceder, lejos de la oscuridad, lejos de esa escultura de locura y tortura. El Profeta yacía inmóvil. No daba vueltas por la sala, no frotaba sus sandalias una y otra vez. Jeremiah estaba sólo con el amargo sabor de sus recuerdos. La alegría que había sentido al ver que Anatole hería metafóricamente a Victoria había dado paso al más grande de los horrores, porque el Profeta había destruido al Príncipe Benison cuando éste intentaba recuperar la Túnica de Nessus. Y durante un breve instante, Jeremiah había tenido la impresión de que el príncipe había advertido su presencia.

¿Le había visto?, se preguntaba Jeremiah. Si así fuera, el Nosferatu sólo podía agradecerle a aquella criatura, normalmente pacífica, que hubiera derrotado al príncipe, porque al hacerlo le había permitido seguir adelante con su farsa. Pero Jeremiah sólo era capaz de sentir remordimientos, como si hubiera cometido aquel asesinato con sus propias manos, como si él fuera el responsable, el culpable.

Bajo la negrura de las distorsionadas sombras, sentía que aquella oscuridad era la misma que le había invadido en el túnel delante de las ratas, delante de aquellas criaturas infernales que estaban unidas por una mente colectiva y que pedían a gritos carne. Jeremiah intentaba no mirar la gigantesca escultura de carne y piedra. Observaba a Anatole a cada instante. Hacía semanas que el Profeta parecía estar en coma pero ¿quién podía saber cuándo se levantaría de un salto para atacar, igual que había hecho con el Príncipe Benison?

Jeremiah se lamentaba de su suerte. *¡Llevo meses con el Profeta! ¡Pero nunca me dirá las respuestas que sé que tiene! ¿Qué oscuridad es esa que corroe el corazón de la tierra? La he sentido. ¡Dímelo, maldita sea! Pero no hablará. Sólo me atacará.*

Sin embargo, el Profeta habló.

—Cuarenta noches y cuarenta días —dijo sin previo aviso, al mismo tiempo que abría los ojos y se enderezaba.

Entonces miró a Jeremiah. *Y vio.*

Jeremiah lo sintió. Percibía la mirada del Profeta. *¡Dios mío! ¡No!* No podía estar pasando eso.

—¿Cómo...?

—Fuera de aquí —dijo Anatole, mostrando la misma preocupación que si estuviera apartando una mosca del pan ceremonial.

Jeremiah retrocedió tambaleándose, alejándose del Profeta.

—¡Ahora no! ¡No ahora que sé que tienes las respuestas! Dímelo, te lo imploro. ¡Dímelo antes de que me haya ido! —gritaba su observador.

Anatole se limitó a mover la cabeza con tristeza.

—No. Debo salvar todas nuestras vidas.

Y entonces Jeremiah escapó, alejándose del Profeta, alejándose de la escultura de oscuridad y de aquel agujero en el corazón de la tierra. Atravesando lo que pensaba que era, aunque no podía serlo, un cementerio de monolitos y desolación. Atravesando el Valle de la Sombra de la Muerte. Los gritos que emitió en el infierno de la tierra reverberaron en los oscuros cielos.

COPIA DE ARCHIVO

17 de octubre de 1999

asunto: Profeta de la Gehena.

10/16 informe de Jeremiah - después de varias semanas guiando a Anatole, el profeta vio a Jeremiah (¿por lo que era?) y lo echó; Jeremiah fue incapaz de oponerse.

~No resulta sorprendente.

Anatole permaneció en la gruta.

El tono del informe es bastante desesperado. ¿Jeremiah necesitará unas vacaciones?

¿Acaso no las necesitamos todos. Maldita sea?

Es necesario seguir a Anatole.

Ramona dice que desea regresar a la gruta. ¿Quizá Hesha podría acompañarla?

CAPÍTULO 32

Domingo, 17 de octubre de 1999, 10:43 PM

Madriguera de los Nosferatu

Ciudad de Nueva York

Ahora, los túneles no siempre parecían cernirse sobre ella. Ramona suponía que debería alegrarse, pero no podía. No demasiado. *¿Por qué estos tipos no alquilan un edificio de apartamentos o algo similar?*, se preguntó. *Pueden adoptar un rostro normal cuando les apetece, así que nadie lo sabría. Podrían tener su propio edificio y mantenerse apartados de la vista sin tener que ocultar su fealdad.*

Pero Ramona también recordaba que ella y sus amigos habían tenido que esconderse en lugares apartados y en edificios abandonados, como el garaje de la zona norte de la ciudad o aquella vieja escuela de primaria que se encontraba al norte del estado. Diablos, incluso le había tocado dormir en el maletero de un coche en una chatarrería. Había algo en el ganado que le impedía acercarse demasiado... al menos, a ella. Y eso que su aspecto era bastante normal. Ramona podía pasar como un miembro más del ganado, aunque era consciente de que ya no pertenecía a ese mundo. Era como colarse en el lavabo de los chicos: sabía que podía hacerlo, pero también sabía que podían descubrirla en cualquier momento. Entonces se dio cuenta de lo difícil que debía de ser para los Nosferatu, que no guardaban parecido alguno con el ganado. Pensó que no debía de resultarles tan sencillo mantener sus disfraces en todo momento y que por eso preferían vivir en un lugar seguro en el que no tuvieran que fingir.

El único problema era que habían escogido la seguridad de un lugar subterráneo: túneles, alcantarillas y lugares por los que era necesario avanzar a rastras. *No pongas demasiado sentimental*, se dijo Ramona a sí misma. Olfateó el aire... algo que parecía haberse convertido en una costumbre aquí abajo.

—Tengo que regalarles algo bordado —se burló—, para que decoren su hogar.

Avanzó por el incómodo y constreñido túnel. Por fin, gracias a la ayuda de Pauline, había logrado aprenderse el camino que conducía a la habitación de Heshá. La criada de Heshá (pues así era cómo él le llamaba) era demasiado estirada para su gusto, pero tenía una actitud tan «anda y que te jodan» que las dos se llevaban bastante bien. Ramona era incapaz de moverse por el resto de la madriguera. Si hubiera un incendio, sería incapaz de encontrar el camino que le condujera hasta el agua. De todas formas, tampoco tenía demasiados deseos de saber dónde estaba cada cosa. Si Heshá no hubiera pasado tanto tiempo enfermo le hubiera pedido que se reuniera con ella en algún lugar de la superficie, en la calle. Pero el proceso de curación de sus heridas había sido muy lento. Ahora, por fin, parecía estar

prácticamente restablecido.

Su habitación ya tenía puerta, probablemente porque los Nosferatu se había hartado del hedor de su piel quemada. La raíz de azafrán humeante no era exactamente Chanel núm. 5, pero la verdad es que los Nosferatu no eran los más indicados para quejarse. Aquella idea le pareció divertida.

Ramona llamó a la puerta.

—Ramona, pasa —dijo Pauline al verla.

Hesha se estaba vistiendo. Llevaba unos crujientes pantalones grises y se estaba abotonando su almidonada camisa blanca. En la habitación ardía algún tipo de incienso. Aunque a Ramona tampoco le gustaba aquel olor, suponía que era más soportable que el de la carne quemada y el del hedor de los Nosferatu, aunque sólo un poco.

—Buenas tardes, Ramona —dijo Hesha. Al verlo con la camisa medio desabotonada, Ramona descubrió los ondulados músculos que siempre habían quedado escondidos bajo su ropa. Ahora que su cuerpo ya no estaba cubierto de llagas supurantes y pus, era un hijo de puta muy atractivo, como un anuncio andante de *Essence* o *Esquire*. Ramona no se dejó impresionar. Era consciente de que su atractivo sólo le convertía en un ser más peligroso. Recordaba lo que le había dicho Liz la noche que le había dado la llave que abría sus cadenas: *Sea lo que sea lo que te dijo, es mentira... A él no le importa nadie. Simplemente utiliza... a las personas, a las cosas... Siempre consigue lo que quiere... No permitas que te controle.*

Aunque fueron unas palabras muy duras, era muy probable que fueran ciertas. Pero Ramona conocía perfectamente a ese tipo de personas... a los tipos que sólo les interesaba conseguir lo que querían, ya fueran drogas, dinero o bajarle los pantalones. El hecho de que Hesha supiera mejor que los demás cómo conseguirlo no le asustaba. Ella también sabía lo que quería. Se había asegurado de que Liz había logrado escapar. Al Setita no le había hecho demasiada gracia, pero a Ramona le traía sin cuidado. Ahora buscarían el Ojo y se asegurarían de que nadie más resultaba herido... como su gente, como Hesha. Mientras persiguieran los mismos objetivos, ambos estarían en el mismo equipo. Eso era lo único que le preocupaba a Ramona.

—Pauline —dijo Hesha—. Comprueba esta lista y la información de Janet para efectuar los preparativos necesarios.

—Sí, señor. —Pauline se dirigió a la puerta. Entonces, antes de desaparecer por ella, le dijo a Ramona guiñándole un ojo—: Tómatelo con calma.

—Parece que te encuentras mucho mejor —comentó Ramona en cuanto la puerta se cerró.

—Sí, estoy mucho mejor. Gracias. Mi tratamiento está a punto de finalizar.

Su tratamiento. Ramona se encogió de hombros. A ella también le habían metido una raíz de azafrán ardiente en la cara y había sido terrible. Todas las cicatrices visibles de Hesha se habían curado, pero no podía evitar preguntarse por las que tenía en sus zonas... más sensibles. Tendría que preguntárselo a Pauline. No debía de

resultar demasiado excitante quemar las partes privadas de tu jefe con una raíz humeante.

—Así que quieres acompañarme —dijo Ramona.

—Sí —respondió Heshá—. A la caverna. Regresar a la gruta.

—De acuerdo.

Ramona llevaba algún tiempo planeándolo pero, por alguna razón, todavía no había sido capaz de abandonar la ciudad. Tenía que regresar. No había vuelta de hoja. Tras la terrible batalla contra el Ojo, había visto morir a muchos de los suyos: Eddie, Jen y Darnell, Cazador de los Bosques, Brant Edmonson, Cara de Rata y todos los demás. Pero no a Tanner. No a su sire. Tenía que descubrir la razón. Tanner había entrado en la gruta con el primer Gangrel y no había regresado. Ramona tenía que volver a la gruta. El hecho de que Heshá quisiera acompañarla sólo le obligaría a hacer lo que tendría que haber hecho hacía mucho tiempo.

—Si conducimos sin parar durante todo el camino —le dijo a Heshá—, podremos realizar el trayecto en un par de noches.

—Cogeremos un helicóptero —dijo Heshá—. Iremos y volveremos en una noche.

—Oh... de acuerdo. —Por un momento, Ramona tuvo la incómoda sensación de que Heshá quería ponerse al mando en este viaje. Eso estaba bien... hasta cierto punto. No iba a permitir que le diera órdenes como hacía con Pauline, pero si tenía un helicóptero a mano... eso era distinto—. Olvidaba que eras el Señor Dinero. ¿Cuándo estarás listo para partir?

—En unas pocas noches —respondió—. Aún tengo que restablecerme un poco más. Ni siquiera el mejor de los bastones puede cargar eternamente con tu peso.

—Por supuesto —respondió Ramona con deliberación—. Es necesario cuidar esos bastones.

Entonces, al ver una gema roja y negra sobre una mesa cercana a la cama de Heshá añadió:

—¡Eh! Podrías recuperar tu dinero con esa piedra. Estoy segura de que podrías venderla en la Quinta Avenida. Con eso y el Rolex conseguirías fácilmente unos cientos de dólares. ¿Sería suficiente para pagar el combustible del helicóptero?

Heshá no se enfadó, pero tampoco parecía divertido. Le había contado a Ramona que podía utilizar aquella piedra preciosa para buscar el Ojo, para descubrir dónde estaba, pero ella aún no había visto los resultados. Estuvo a punto de creerle cuando le dijo que, por alguna razón inexplicable, la gema no estaba funcionando tal y como debería. *Quizá necesita pilas nuevas*, le había sugerido ella, recibiendo a cambio una respuesta igual de estoica. La verdad es que no creía que le hubiese engañado (no quería creerlo), pero disfrutaba sacándole de quicio cuestionando su honor o diciéndole que estaba cubierto de mierda.

—¿Sabes cómo pilotar un helicóptero? —preguntó.

—La verdad es que sí —respondió Heshá—. Pero tengo piloto.

—Oh, perfecto, porque yo tengo que renovar mi licencia. Mañana por la noche

vendré a hacerte otra visita.

CAPÍTULO 33

Jueves, 21 de octubre de 1999, 2:17 AM

Una madriguera aislada

Ciudad de Nueva York

Calebros se inclinó para pasar bajo el anaquel de roca. No era suficiente. Murmurando blasfemias, se arrodilló. Seguía sin ser suficiente. Con torpeza, se tumbó sobre su estómago y su pecho y empezó a avanzar a rastras. La estrechez del espacio no le hubiera supuesto ningún problema si hubiera sido capaz de tumbarse del todo, pero la impresionante deformación de su columna sobresalía tanto sobre su espalda que rozaba contra la piedra. Calebros apoyó su peso en el lado contrario y se retorció. Lograba avanzar con gran dificultad.

¿Por cuántos de estos malditos huecos y agujeros tendré que pasar?, se preguntó.

—¡Alto... no se mueva! —dijo una voz nerviosa, no muy lejana.

—Jeremiah —dijo Calebros en tono conciliador. Aunque había oído su voz, sus ojos grotescamente dilatados apenas lograban ver al Nosferatu.

—¡Alto! —repitió Jeremiah.

—¿Al menos puedo levantarme? —preguntó Calebros—. Al fin y al cabo, fuiste tú quien pidió que viniera a verte.

Jeremiah parecía inseguro, pero no dijo nada. Calebros se levantó con gran dolor, sólo para descubrir que el techo era demasiado bajo para poder estar de pie. Observó a Jeremiah en la oscuridad. El Vástago que había seguido al Profeta de la Gehena con tanta seguridad y habilidad estaba ahora agazapado en el rincón más lejano, apretado y oscuro de aquel túnel sin salida. Muerto de miedo, sujetaba con un brazo las rodillas contra su barbilla mientras rodeaba con el otro la parte superior de su cabeza, como si estuviera sujetándola.

—¡Las Noches Finales se acercan! —dijo Jeremiah.

—Lo sé. —No era la primera vez que Jeremiah le decía aquello, aunque nunca se lo había dicho con tanta desesperación. Era la misma profecía aburrida de siempre, las mismas palabras que ya se sabía de memoria. Sin embargo, Calebros sintió una punzada de terror la primera vez que leyó los informes en los que Xaviar afirmaba que había luchado contra un Antediluviano. Pero lo que el justicar Gangrel había visto no era un Antediluviano... sino un Toreador trastornado que esgrimía unos poderes que llevaban largo tiempo escondidos del mundo. Calebros se regañó. Aquella criatura había destruido a un pequeño ejército Gangrel... con unos poderes que él y Rolph habían puesto en libertad.

—Él lo sabe —insistió Jeremiah, como si alguien le hubiera llevado la contraria—. Él lo sabe, pero no me lo dirá.

Cerró los ojos con fuerza; fuera lo que fuera lo que había visto, era demasiado para soportarlo y no deseaba seguir viéndolo.

—Lo sentí. Descendió sobre la oscuridad, pero ésta no lo venció. Se enfrentó al dragón. Podía sentir... —la voz de Jeremiah salía entrecortada por sus incontrolables sollozos. Unas lágrimas sangrientas se deslizaron por sus mejillas. Apretó con más fuerza las rodillas y la cabeza contra su cuerpo.

Dios mío. Calebros observó horrorizado cómo se deshacía ante sus ojos uno de sus compañeros de clan más inteligentes... y temerarios. *No, ya se había deshecho,* se corrigió en silencio.

—Él lo vio, pero no me lo dirá —gimoteó Jeremiah—. Me echó.

Nuevos sollozos.

—Regresa conmigo, Jeremiah. A la madriguera. Allí estarás a salvo.

Los ojos de Jeremiah se abrieron de par en par ante aquellas palabras. Sus pies forcejearon contra el suelo mientras intentaba retroceder un poco más hacia el rincón, algo que era imposible.

—¡No hay ningún lugar seguro! —gritó, antes de volver a sollozar con tristeza—. Y menos aún allí, y menos aún...

A Calebros no le gustaba la idea de dejarlo allí. Para estar a salvo tenían que mantenerse unidos, y esa era la razón por la que la madriguera era vital para su existencia. Los Nosferatu eran maestros de los lugares oscuros, pero sólo si se comparaban con el resto de los clanes. Allí abajo seguía habiendo peligros desconocidos... *Nictuku*, pensó. Antaño, Jeremiah había estudiado bajo la tutela de Augustin. *¡No son más que supersticiones!* Estaba enfadado consigo mismo por haber pensado en eso; estaba enfadado con Jeremiah por haber incitado a sus pensamientos a moverse en esa dirección y haber perturbado la rutina de la madriguera.

—Enviaré a Pug para que te proteja —dijo Calebros, inclinándose para salir de aquel cuchitril—. No le hagas daño, ¿me oyes?

Si Jeremiah le oyó, no hizo ninguna señal que lo indicara. De todas formas, Calebros suponía que Pug podría cuidar de sí mismo. *Si, pero también pensaba que Jeremiah era capaz de cuidar de sí mismo.*

Calebros reptó sobre su pecho y su estómago para alejarse de aquel lugar. Ya había visto y oído suficiente.

CAPÍTULO 34

Jueves, 28 de octubre de 1999, 2:30 AM

Autopista 95

Exterior de Las Vegas, Nevada

—Ya debemos de estar bastante lejos —dijo Kragen. Buttface no dijo nada.

La zona de carga de la camioneta estaba sellada y separada de la cabina para que el cargamento no pudiera oír la conversación del conductor y el pasajero. Pero Kragen consideraba que aquello era una estupidez.

—Propongo que, en vez de limitarnos a deshacernos de él, le cortemos la cabeza y después lo tiremos a la carretera —sugirió—. Y luego podríamos pasar por encima de él.

Buttface no dijo nada.

—¿A quién puede importarle? ¿Quién va a saberlo? —preguntó Kragen—. Tú no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Buttface se encogió de hombros.

—Hum. Justo lo que pensaba —dijo Kragen—. Te da miedo ese estúpido engreído del Este. «Haz esto... haz lo otro». Me gustaría meterle un anzuelo en la nariz y sacárselo por el culo.

Kragen miró a Buttface.

—No te enfades —añadió con rapidez.

El desierto y la estrellada noche se extendían hasta el infinito. Las ruedas zumbaban rítmicamente sobre la calzada.

—Lo que quiero decir es que nos dijo que ya había acabado con él —continuó Kragen—. «Deshaceos de él», nos dijo. «Llévalo al desierto y descargadlo». Seguro que desea que los jodidos Giovanni se enteren de lo sucedido, pero no dijo en ningún momento que no le cortáramos la cabeza... por lo menos, específicamente. Es decir, que esos putos Giovanni probablemente hablarán con su espíritu y descubrirán lo sucedido, ¿no?

Buttface se encogió de hombros.

—Sí, tienes razón —dijo Kragen—. Pero por lo menos, podríamos pasar con la camioneta sobre su pierna o algo así. Ya sabes, en vez de pasar sobre su cabeza. La verdad es que tampoco sería para tanto. Apenas lo sentiría, no sería como un choque a gran velocidad ni nada de eso.

Guardaron silencio durante una décima parte de kilómetro.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Kragen—. Sólo lo tiraremos, como dijo aquel tipo. Jesús.

Kragen redujo la velocidad de la camioneta y, a continuación, la detuvo a un lado

de la carretera, sobre la arena del desierto. Él y Buttface salieron del vehículo. Antes de abrir la puerta corrediza de la parte posterior, se volvió hacia Buttface acercándose un dedo a los labios.

—Recuerda, shhh.

Tiraron a Benito de la camioneta. Aún tenía la bolsa de plástico negro sobre la cabeza y las manos atadas a la espalda. Tiraron al Giovanni al suelo y éste cayó con fuerza. A continuación, lo golpearon durante unos segundos para que fuera incapaz de moverse antes de que llegara la luz del día... pero sólo en las costillas, porque no querían romper la bolsa y arriesgarse a que les viera. *Ahora tenemos que cortarle la cabeza*, murmuró Kragen, pero Buttface ya estaba entrando en la furgoneta. Kragen imitó a su compañero y se alejaron a toda velocidad por la carretera.

CAPÍTULO 35

Jueves, 28 de octubre de 1999

Una caverna subterránea

Ciudad de Nueva York

—Dime, oh sabio, ¿por dónde voy?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —dijo una voz después de un largo silencio. Ramona miró a Calebros como si estuviera loco. Después de echar un vistazo a la tenebrosa y desordenada oficina-caverna, añadió—: Eh, ¿no tendrás otra silla por aquí? Al fin y al cabo, has sido tú quien me ha pedido que lleve estas estúpidas botas. Pues bueno, ¿sabes qué? La verdad es que no se adaptan bien a mis pies y me hacen daño. Además, que yo vea, tampoco tú llevas ropa normal. Siempre vas envuelto en harapos.

Calebros suspiró.

—Sí que la llevo en las raras ocasiones en las que me dejo ver por el ganado —explicó—. Intento no llamar la atención. Si estuviera allí arriba con la misma frecuencia que tú y pudiera ocultar mi aspecto simplemente con ropa, lo haría.

Él y Heshu, después de repetidos intentos, habían logrado convencerla de que se pusiera las botas para ocultar las garras de sus pies. Algunos Gangrel tenían ese problema: con el tiempo, empezaban a adoptar un aspecto animal. Según algunos, eso era una señal de su proximidad con la Bestia, mientras que otros sugerían que no era más que una prueba de que los extranjeros no eran más que bestias salvajes del monte. Calebros, tal y como Ramona le había recordado con mordacidad, no era el más indicado para cuestionar sus deformidades físicas. De todas formas, no pensaba que fuera pedirle demasiado que mantuviera la Mascarada en la medida de lo posible. El Nosferatu también había advertido sus orejas. Eran afiladas, como las de un lobo, pero su cabello las disimulaba... y Calebros tenía la impresión de que debía escoger con cuidado sus batallas si quería convencer a aquella mujer de algo.

Ramona había reflexionado sobre su sabio consejo.

—Sí, lo que tú digas —le miró fijamente durante varios segundos—. ¿Y la silla?

Calebros suspiró de nuevo mientras se levantaba. Deseó que el sonido de sus vértebras al estallar hiciera sentir culpable a Ramona, pero no advirtió en su rostro ningún indicio de culpabilidad. Rodeó el escritorio arrastrando los pies, dejando atrás el candelabro. Se había peleado con la lámpara y la había roto demasiadas veces, así que había decidido recurrir a una tecnología más primitiva; ahora, la base de la lámpara sobresalía, boca abajo, del cubo de la basura.

—¡Umberto! —gritó al llegar al umbral de la puerta. El joven Nosferatu apareció instantes después—. Umberto, ¿serías tan amable de traer una silla para la señorita

Salvador?

A pesar de que ese tema estaba resuelto y ambos estaban sentados en sus respectivos asientos, Ramona seguía molesta con su anfitrión.

—Nunca te he dicho mi nombre... mi nombre completo —dijo.

—Pilar Ramona Salvador —dijo Calebros—. Antaño de Los Ángeles. Tu familia y la policía te dan por muerta... Mi trabajo consiste en descubrir cosas. ¿De verdad que ese enigma no significa nada para ti? De acuerdo. Hay algo más que me gustaría pedirte.

—Adelante.

—Gracias. En primer lugar, escucha esto, por favor —alcanzó un pequeño casete que había sobre su escritorio y lo puso en marcha. Entonces se oyó un considerable alboroto (el ruido de un helicóptero), después una voz, una voz femenina que luchaba por hacerse oír y que había quedado registrada en la grabadora de la cabina.

—*¡Allí! ¡Allí está!* —dijo la voz de Ramona.

—*¿Qué? ¿Dónde?* —era Heshá.

—*¿A qué te refieres? ¡Justo allí! ¡Mira!*

—*No veo...*

—*¿Estás ciego o qué? ¡Mira! La hierba, los árboles... ¡está todo quemado! Y las rocas... ¡Parecen lápidas gigantescas!*

—*¡No veo nada!*

—*¡Joder!*

Calebros detuvo la cinta.

—Estoy seguro de que lo recuerdas —Ramona asintió. De pronto, parecía sentirse muy incómoda en la silla—. Nos hablaste de lo que viste... de la terrible experiencia en la caverna, de la pradera que viste con Xaviar. Lo que describes en la cinta... es lo que esperabas ver, ¿verdad?

Ramona se levantó de un salto de su asiento.

—Sé qué vas a decir, pero no imaginé nada —espetó, señalándole con un dedo—. Ese Leopold... si realmente es ése su nombre, tenía el Ojo y estaba levantando aquellos enormes y malditos trozos de roca, y estos cayeron, o explotaron, como un puto volcán. ¡Yo estaba allí! Lo vi. No imaginé nada.

—Te creo —dijo Calebros con suavidad, con calma.

Ramona estaba de pie con la boca abierta. Interrumpió su discurso.

—¿De verdad?

—De verdad. Permíteme que te explique la razón. —Ramona se sentó antes de que Calebros continuara—. Ya habías visto antes la pradera de esa forma, cuando estuviste con Xaviar... y la viste así desde el helicóptero, pero no después de aterrizar, ¿correcto?

—Correcto.

—Cuando entraste en la caverna, con Heshá, viste la escultura. Ambos la visteis.

—Correcto. —Ramona tenía los dientes apretados; sus dedos estaban

convirtiéndose en garras y clavándose en la silla.

Le molesta el simple hecho de hablar sobre ello, de tener que recordarlo, pensó Calebros. Será mejor no entrar en detalles.

—Aquel también fue el segundo viaje que realizó Heshha a la caverna. La primera vez encontró a Leopold... letárgico, según dijo Heshha. Cogió el Ojo y regresó a la ciudad.

—Sí, y entonces Leopold fue tras él y le hizo un montón de agujeros.

—Hum... sí, podría decirse así —dijo Calebros—. Pero esto es lo importante: la primera vez que Heshha estuvo en la caverna no vio la escultura.

—¿Y qué? —dijo Ramona después de reflexionar unos instantes—. Aún no había sido construida.

Calebros cogió una carpeta que tenía sobre la mesa y agitó en el aire las notas que había tomado Jeremiah mientras estuvo con Anatole.

—Aquí tengo unos informes que describen la estatua. Fueron realizados a principios de septiembre.

—Pero a Heshha lo quemaron... ¿cuándo fue? ¿En agosto? —preguntó Ramona.

—En julio, el 31 de julio.

Ramona alcanzó un calendario del escritorio de Calebros, pero volvió a dejarlo al darse cuenta de que era del año 1972.

—Pero pasó un mes entero, y nadie sabe dónde estuvo Leopold durante todo ese tiempo. Podría haber regresado a la caverna.

Qué chica más inteligente, pensó Calebros. Estaba ayudándola a reconstruir los hechos siguiendo el mismo camino que él había recorrido.

—Es posible. Como muy pronto, habría podido regresar, si lo hizo, el primer o el segundo día de agosto. Eso sería, más o menos, una semana después de que te enfrentaras al Ojo. De todas formas, conoces perfectamente a Tanner y a todos los miembros de tu clan. Aunque estuvieran heridos, ¿crees que habrían esperado allí durante toda una semana a que regresara Leopold y los metiera en aquella estatua? ¿No crees que alguien tendría que haber sido capaz de escapar para buscar algo de sangre y llevársela a los demás?

Ramona estaba asintiendo.

—Además, Heshha no encontró a ningún Gangrel en la caverna.

—Exacto. —Calebros sabía que ya la tenía. No estaba seguro de lo que estaba sugiriendo, no podía estarlo... pero era posible.

—Entonces... —Ramona aún estaba unos pasos por detrás de él; estaba uniendo las piezas—. La estatua ya estaba allí... ¿Y Heshha no la vio?

De pronto, parecía insegura.

—Pero si era una estatua gigantesca —añadió.

Calebros asintió.

—Y es una gigantesca...

—Pradera. —Ramona había descubierto a dónde quería llegar el Nosferatu en

cuanto éste abrió la boca. Era rápida, tenía una mente brillante.

—Exacto. —Calebros se sentía animado por diversas razones. No sólo Ramona estaba siguiendo la evolución de sus sospechas, sino que además sentía una floreciente conexión con ella. No era un vínculo, no era tan sentimental, sino una comprensión. Heshu no habría podido ganarse su confianza sin su ayuda, y era muy probable que, si se le presentaba la oportunidad, alguna noche utilizaría a Ramona en su contra. Heshu había viajado a Baltimore para buscar el significado de los sangrientos garabatos que Anatole había dejado en la caverna y su ausencia intensificaba la paranoia del Nosferatu. Pero tenía que dejar esa preocupación para otro momento. Ahora Ramona estaba con él y tenía que centrarse en las implicaciones que podía tener el lugar de destino de aquel viaje mental en el que se habían embarcado.

—Algo ocultó la estatua, la pradera —dijo Calebros.

—¿Pero cómo?

Calebros no lo sabía. En teoría, eso podía ser posible, pero se necesitaría un enorme poder para realizar algo así... Había algo más que el Ojo en este asunto. Eso era lo que creía Calebros. Eso era lo que temía.

—¿Y por qué lo hemos visto en algunas ocasiones y no en otras? —preguntó Ramona, aún indagando, aún cuestionado.

Es mejor pensar en el *cómo*, no en el *qué*, decidió Calebros. Ese camino era ligeramente menos desconcertante... y, para ser sinceros, menos aterrador.

—Has demostrado ser capaz de seguir al Ojo. Lo seguiste hasta la catedral —señaló—. Heshu lo rastreó hasta la caverna con la ayuda de su gema. Al parecer, existen diversas formas de encontrarlo...

—Excepto ahora —dijo Ramona—. No desde que Leopold...

—¿Le hizo un montón de agujeros a Heshu? —preguntó Calebros.

—Exacto —dijo Ramona, imitándole.

—Estén donde estén —dijo Calebros—, somos incapaces de encontrarlos. Y eso hace que me pregunte si hay algo protegiendo la caverna... que también los está escondiendo a ellos.

De repente, otras palabras de los informes de Jeremiah aparecieron en la mente de Calebros: *La oscuridad en la tierra, sedienta de carne*.

—Sólo el tiempo lo dirá —añadió el Nosferatu. *Pero puede que se nos haya terminado*.

CAPÍTULO 36

*Sábado, 30 de octubre de 1999, 5:12 AM
Hotel Crown Plaza, Centro de Manhattan
Ciudad de Nueva York*

Nickolai estaba delante del espejo de mercurio, mirando con incredulidad. El asesinato que había presenciado no era indeseable (de hecho, lo había ordenado él), pero los hechos no se habían desarrollado tal y como él esperaba.

Había tenido algo de tiempo para pensar en ello, pero no había llegado a unas conclusiones firmes. Las implicaciones de lo que había visto eran problemáticas en el mejor de los casos, y potencialmente letales en el peor. Estaba completamente seguro de que lo peor estaba aún por llegar. Nickolai no tenía planeado convertirse en una víctima de su propia creación. Era el último de su línea; se lo debía a aquellos a quienes había sobrevivido y compartían su estandarte. Sin embargo, se había visto obligado a presenciar una y otra vez los caprichos de la no muerte: desde la terrible masacre de Ciudad de México hasta el lacayo transformado que había redescubierto y sometido a su voluntad.

Sin embargo, sabía con certeza una cosa: que Benito Giovanni estaba, de una vez por todas, muerto.

Nickolai miró el espejo. El mercurio daba vueltas y se retorció en el interior de la circunferencia que trazaba el marco de caoba adornado con runas talladas. Entonces, el viscoso líquido empezó a adoptar una forma y la superficie de cristal, adhiriéndose a ella, empezó a burbujear e inflarse. La forma era la de un hombre. O lo que antaño había sido un hombre.

Leopold salió lentamente del espejo. Su rostro, su tórax y su pierna derecha presionaban la capa exterior del cristal, arqueándolo hacia la habitación. Cuando el mercurio empezó a adoptar la forma de su rostro, el grotesco Ojo fue el primer detalle reconocible. El resto del cuerpo de Leopold seguía siendo una sombra, un indicio de su verdadera forma, pero el Ojo era real: pequeños capilares inyectados en sangre, similares a las raíces nudosas de un árbol que se hunden en la tierra, palpitaban por la zona blanca. Leopold apareció después y empujó el cristal elástico hasta que se alzó, cubierto de sangre e icor, ante Nickolai.

—Lo has hecho muy bien, Leopold. Ella estará muy contenta.

El Ojo observaba impassible. El otro ojo de Leopold estaba abierto de par en par y miraba como el de un demente. Jadeaba como un perro fiero, pero despacio; cada exhalación se producía varios segundos después de la anterior, sincronizándose con las palpitaciones de una de las venas del Ojo. Nickolai se acercó a él con cautela. No parecía que el muchacho fuera a mostrarse hostil, pero después de lo que había visto...

La ropa de Leopold estaba sucia y andrajosa. Hacía tiempo que Nickolai había

desistido de cambiarle cada vez que el pus que rezumaba del Ojo cubría casi por completo su cuerpo. Lo único que podía hacer cada noche era apartar la suciedad endurecida que amenazaba con cicatrizar sobre su rostro y sobre su ojo derecho. Después de haber roto dos dagas ceremoniales en aquella labor, Nickolai había decidido utilizar un macizo martillo y un destornillador que blandía como si fuera un cincel. Por supuesto, de vez en cuando cometía algún error, pero Leopold no parecía advertirlo.

Los harapientos desgarrados que había en su ropa eran más recientes y formaban parte de lo que alarmaba a Nickolai. La tela de seda empapada en sangre vital de Benito yacía junto al espejo. *No volveré a necesitar su vitae*, pensó Nickolai. Más tarde se daría un banquete con el líquido que quedaba en el frasco. Hacía relativamente poco tiempo, había empapado aquella tela en sangre para armonizar el espejo. Al parecer, los Nosferatu habían conseguido que Benito les contara todo lo que necesitaban saber. *Todo lo que éste pudo contarles sobre mí*. Sin embargo, en vez de deshacerse del Giovanni de forma apropiada, los moradores de las alcantarillas lo habían tirado, de forma poco ceremoniosa, en el desierto. Así que a Nickolai le había tocado ir a limpiar... algo que no le molestó, porque el brujo deseaba comprobar el control que ejercía sobre Leopold. Pero la prueba había tenido diferentes resultados.

Aunque Benito estaba bastante muerto, Nickolai nunca hubiera imaginado que vería al neonato convirtiendo sus huesos en una guadaña para destriparlo, que vería cómo las costillas del muchacho desgarraban al Giovanni y lo abrían en canal. Pero eso era exactamente lo que había sucedido. Y ahora Leopold había regresado. Nickolai lo observaba con cautela. Aquellas extrañas y fieras manifestaciones no habían sido un resultado directo de ninguno de los rituales del brujo.

Pero puede que fueran un resultado indirecto.

Durante semanas, Nickolai había estado experimentando con su huésped. Cada vez estaba más convencido de que en la caverna había algo más que el Ojo desde hacía meses. El Ojo, por muy formidable que fuera, nunca podría haber llevado a cabo aquella tremenda carnicería ni haber incitado la enfermiza lucidez creativa de Leopold. Allí dentro tenía que haber algo más... tanto durante las noches de creación del artista como la noche que Leopold había reclamado el Ojo.

Sin duda alguna, el Ojo también había participado. Los experimentos que había realizado se lo habían confirmado. La esfera parecía actuar como un pararrayos de energías místicas. Siempre que Nickolai realizaba algún ritual dirigido al Ojo, éste se estremecía, como si sintiera el contacto de su amante. El brujo había llenado tres tomos completos con notas y cálculos detallados. Estaba seguro. Esa noche había realizado la prueba: destruir a Benito mientras él bombeaba energía al Ojo, una energía que Leopold ya no poseía por sí mismo. Sin el Ojo, el muchacho se convertía en un idiota que no paraba de balbucir y que en raras ocasiones lograba articular una frase o pensamiento completo. Sin embargo, si recibía un poco de ayuda espiritual, se transformaba en una atrocidad en estado latente. Se había deshecho de Benito de una

forma que no correspondía a ninguna de las manifestaciones de poder del Ojo que había podido presenciar durante las últimas semanas, pero había sucedido. Y lo que había hecho era similar a la masacre de la caverna. Quizá le quedaba alguna huella residual de aquella fuente desconocida que le había impulsado a cometer sus depravados actos; quizá los rituales de Nickolai, aunque fueran dirigidos al Ojo, habían rozado a aquella fuente. Quizá. Había demasiados interrogantes, demasiadas teorías que no había podido confirmar.

Sin embargo, en este caso, la práctica era más importante que la teoría, porque no tenía ninguna duda de que sus enemigos pronto irían a por él. Si no hubiesen descubierto ya todo lo que necesitaban saber, ¿se habrían deshecho de Benito?

Pero tenía la impresión de que ya le habían concedido demasiado tiempo. Puede que no comprendiera la magnitud del potencial de Leopold, del potencial del Ojo, pero ahora el brujo podía esgrimir un arma muy poderosa. Y cada noche que pasaba, aprendía un poco más.

Nickolai dio la espalda a Leopold y, después de apartar la tapa de una bandeja de utensilios seculares y arcanos, cogió una jeringuilla enorme. *Medio litro bastará*, decidió, antes de volver a mirar a Leopold.

—Quédate quieto, muchacho —dijo mientras acercaba la jeringuilla al Ojo—. Sólo dolerá un poco.

La verdad es que a mí no me dolerá nada, pensó, mientras clavaba la aguja en el Ojo.

CAPÍTULO 37

Sábado, 30 de octubre de 1999, 5:37 AM

El lago subterráneo

Ciudad de Nueva York

—¿Así que estás totalmente convencido? —preguntó Calebros.

El goteo distante del agua resultaba atronador en el silencio de la cavernosa sala. Calebros y Emmett, que acababa de regresar de su estancia en el oeste, estaban sentados junto a la orilla del lago, rodeados de diversas carpetas de cáñamo. Sus grandes y profundos ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. La pálida y tenue iluminación que proporcionaba el líquen irisado que crecía en las paredes, el techo y las rocas de la orilla proyectaba sobre aquellas dos figuras grotescas un matiz azulado.

—Benito estaba convencido —dijo Emmett—. Se tomó muchas molestias para descubrirlo, así que también yo estoy convencido. Gary Pennington es, era, Leopold. ¿Algo de lo que dijo Jeremiah te hace pensar lo contrario?

Calebros movió la cabeza.

—Según Anatole, el «joven brujo» estaba en el estudio de Pennington de Chicago y también en el de Leopold en Atlanta.

—Si confías en Jeremiah.

—Por supuesto que confío en él —respondió Calebros—. Confío en sus datos. Los he estudiado atentamente. Las conclusiones que sugiere... muchas de ellas parecen estar justificadas.

—Te envié una enciclopedia llena de mierda —refunfuñó Emmett, dando un golpe a una de las carpetas más cercanas—: «Anatole empieza a frotar sus sandalias. Cuatro segundos, cambia de dirección. Un minuto cuarenta segundos, cambia de dirección...». ¡Qué estupidez! Jeremiah ha perdido la cabeza.

—Estaba registrando las acciones de un demente —insistió Calebros—. ¿Por qué tendría que parecer cuerdo? De todas formas, lo poco que hemos sido capaces de extraer de Anatole parece confirmar lo que te contó Benito. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí —admitió Emmett a regañadientes, tirando la carpeta—. Estoy de acuerdo. No me cabe ninguna duda de que Benito era el hombre que estaba en el suelo. Fue cómplice del asesinato, pero no fue el cabecilla. Lo utilizaron, igual que hicieron con Pennington o Leopold o como diablos quieras llamarlo. Benito lo organizó todo, Leopold esculpió...

—¿Pero Victoria le dio el Abrazo antes o después de que cambiara de identidad y se trasladara a Atlanta? Yo creo que con lo importante que es esa mujer, si hubiera

estado implicada en este asunto habríamos tropezado antes con su nombre.

—Hay muchas cosas con las que todavía no hemos tropezado —afirmó Emmett.

—¿Podría haberlo Abrazado después de aquello, después de que él hubiese huido, y que no lo supiera?

—No lo sé —Emmett se encogió de hombros—. Tendremos que volver a consultarlo con Rolph. Puede que tenga alguna prueba de que Leopold es el chiquillo de Victoria.

Calebros estaba a punto de hacer algún comentario pero se detuvo. Levantó la cabeza.

Emmett también había oído aquel sonido revelador.

—¿Eso ha sido tu espalda o algo así?

—No.

Ambos compañeros de prole se levantaron en silencio de sus rocosos asientos para descubrir de dónde procedían aquellos débiles arañosos. Venían del túnel que pasaba por debajo del despacho de Calebros. Se acercaron un poco más. El sonido cada vez era más fuerte. Alguien se dirigía hacia el lago. Emmett sacó las garras, preparándose para atacar. Calebros cogió una roca mucho mayor que su mano.

Lo primero que salió de la oscuridad del túnel fueron unos zapatos: el empeine de unos zapatos gastados y repletos de arañosos a los que sólo les quedaba un par de días de vida, o incluso menos. Después aparecieron unos calcetines cortos que tenían el elástico cedido y caían sobre unos tobillos hinchados e inflamados. Las piernas, peludas y blancas, estaban repletas de cúmulos de grasa y su piel era flácida. Durante el descenso, la falda y la crinolina se habían dado la vuelta, quedando por encima de la cintura... y ambos Nosferatu desearon con todas sus fuerzas que a aquella mujer se le hubiese ocurrido ponerse ropa interior antes de salir de casa. Hilda acabó de recorrer el resto del camino y aterrizó sobre sus más que amplias posaderas con un *flump* falto de gracia.

—Estáis aquí —dijo, dedicándoles una sonrisa prácticamente desdentada—. Supuse que os encontraría aquí abajo.

Calebros y Emmett la miraron sin abrir la boca. Emmett bajó la mano a la vez que sus garras desaparecían en sus dedos y Calebros dejaba caer la roca.

Hilda se levantó.

—No, no, no os preocupéis por mí. Puedo levantarme sola —dijo mientras se colocaba bien la raída combinación y la deshilachada falda. A continuación, echando un vistazo al lago, preguntó—: ¿Os importa que me bañe en bolas?

Calebros la miró con atención. Se arrepentía de no haberle tirado la roca. Desde que llegó para entregarle un paquete a Rolph, esa mujer no había sido más que una desgracia. Calebros logró articular la lengua, aunque sólo un poco.

—¿Cómo...?

—Tenía la impresión de que había algo detrás del estante —dijo Hilda con alegría—. No tengo ni idea de la razón. Supongo que debe tratarse de un don.

—No eres bienvenida a este lugar, mujer —dijo Emmett con frialdad—. Y te lo estoy diciendo de buenas maneras.

Hilda avanzó hacia él, levantando las cejas de tal forma que su mandíbula cobró protagonismo. A continuación, le cogió con firmeza de la entrepierna.

—Os ponéis tan gruñones cuando no hay nadie que os encere la vara... —Emmett se apartó—. ¿Hum? ¿No te gustan las señoritas? ¿Por eso venís a escondidas aquí abajo... juntitos? No sabéis lo que os perdéis. Ahuecó las manos bajo sus pechos, que caían sobre su cinturón, y los levantó.

A Emmett no le hizo ninguna gracia.

—¿Cómo has logrado pasar por ese túnel, montón de sebo de...?

—Hilda —intervino Calebros, temiendo que la situación se caldeara demasiado—. Lo que Emmett intenta decir...

—No estoy intentando decir nada —añadió Emmett—. Lo que estoy diciendo es que...

—¿Habéis oído hablar alguna vez de London Tommy? —preguntó Hilda. De pronto, su frivolidad había desaparecido. Calebros se sobrecogió ante el tono amenazante de su voz—. London Tommy también fue grosero conmigo.

—Felicidades, gorda y jodida zorra.

—¡Emmett! —Calebros le indicó que guardara silencio—. ¡Hilda!

Al ver que la mujer abría la boca de nuevo, le indicó por señas que guardara silencio. El sonido de ambos nombres reverberó por la cámara.

—Hilda —repitió, esta vez más calmado y en voz más baja—. Esto es... un lugar privado. Suelo venir aquí en busca de soledad, para estar a solas con mis pensamientos... y en ocasiones, para hablar de asuntos importantes con Emmett. Por lo general, prefiero...

—Mantenerte alejado de las gordas y jodidas zorras.

—¡Sé perfectamente dónde no soy bien recibida!

—¿Ah sí? ¡Pues casi consigues engañarme! ¿Y cómo lo has descubierto?

La cabeza de Calebros se movía de un lado a otro. La situación se le estaba escapando de las manos. Esas cosas no se le daban bien. El hecho de discutir con un extraño le hacía sentirse débil, aunque Emmett parecía compensar con creces su debilidad.

—¡Callaos los dos de una vez!

Un tenso silencio invadió la caverna.

—¿Hilda, podrías dejarnos solos, por favor? —preguntó Calebros.

—Eso era lo único que tenías que decir —respondió ésta, riéndose de Emmett—. Sólo quería ver qué tal te iba con aquella cosa fea que Rolph me pidió que trajera.

—Es un montón de mierda sin ningún valor —dijo Emmett sonriendo—, pero de todas formas, muchas gracias.

Cuando Hilda lo miró colérica, Calebros se puso en medio para impedir nuevos enfrentamientos y un posible derramamiento de sangre.

—Preferiría —dijo con mordacidad— que no mencionaras esta cámara ni los túneles que conducen a ella a los miembros de la madriguera. Los pocos que están al tanto de su existencia saben perfectamente que deben mantenerse alejados de este lugar. ¿Me harás ese favor, Hilda?

La mujer seguía mirando con fiereza a Emmett.

—De lo contrario, me veré obligado a enviarte a Atlanta de inmediato.

Estas palabras consiguieron llamar su atención.

—Me gusta estar aquí —respondió—. No se lo contaré a nadie.

—Gracias. Y ahora, si fueras tan... —señaló el camino por el que había venido.

Hilda se quedó inmóvil el tiempo necesario para escupir una vez antes de alejarse a rastras por el túnel... un espectáculo que tanto Calebros como Emmett prefirieron no contemplar.

—No nos hace ningún bien que la provoques, Emmett.

—Con ella no hay nada que nos haga ningún bien.

Calebros no discutió sus palabras. Hilda era, en diversos aspectos, tan repugnante como ellos... pero era de la sangre, así que se sentía obligado a ofrecerle refugio. Con el paso de los años había conseguido alejar a los elementos más ofensivos de la madriguera: agresores de niños, asesinos, sociópatas... es decir, aquellos que podían atraer una atención indeseada y que, por lo tanto, ponían en peligro a todos los que vivían en la madriguera. Sabía que en algún momento sería necesario que Hilda les abandonara.

—Ella trajo esto... —dijo Calebros, sacando de los pliegues de su capa una bolsa de cremallera que contenía los fragmentos de un modelo de arcilla y una fotografía—. Y contrariamente a lo que tú crees, no es un «montón de mierda sin ningún valor».

Emmett se encogió de hombros.

—Licencia poética. Puedes demandarme, si así lo deseas. Por otra parte, Rolph podría haberlo enviado por correo. Sólo quería deshacerse de ella... por obvias razones.

—¿Enviarlo por correo? —dijo Calebros—. ¿Le confiarías la prueba del asesinato de Petrodon al correo de los Estados Unidos?

* * *

COPIA DE ARCHIVO

1 de noviembre de 1999

asunto: legado de Anatole

Como es habitual, no hay nada claro sobre el Profeta de la Gehena; hay tantas posibilidades como personas implicadas.

Ramona afirma que la ladera de la caverna estaba arrasada, destruida -

sus palabras parecen encajar con el informe de Xaviar. Pero ni Hessa ni Jeremiah han podido confirmarlo. De hecho, sus informes son contradictorios.

Dos Malkavian de Baltimore destruidos después de mirar cuadros, pero muchos de los nuestros ilesos. ¿Respuesta específica de clan?

¿Sturbridge podría tener una teoría?

Jeremiah sigue perturbado tras su encuentro con Anatole.

CAPÍTULO 38

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 1:41 AM

The International, S.L. Water Street

Ciudad de Nueva York

—Tendría que haber ido —dijo Theo Bell. Herido o no, no le gustaba tener que quedarse atrás cuando se estaba desarrollando una batalla contra el Sabbat en el Bronx.

—Te necesito aquí —respondió Jan Pieterzoon—. Pascek podría tener problemas en Staten Island. Podría suceder cualquier cosa en Brooklyn...

—Sí, por supuesto —dijo Theo. Aunque suponía que eso era cierto, se negaba a aceptarlo—. Tú eres el general.

Jan se acercó más al arconte para que los Vástagos y ghouls que había en la sala no pudieran oír sus palabras.

—Los dos sabemos que podrías haber ido... que te lo pidiera o no, hubieras ido si estuvieras en condiciones de hacerlo. Pero has sufrido graves lesiones y necesitas descansar —aquellas palabras no lograron calmar al arconte, pero guardó silencio—. Nadie lo ha visto esta noche.

—Nadie que haya sobrevivido —señaló Theo.

—Quizá. Como mínimo, no hemos recibido ningún informe. Respecto al Ojo... ¿Estás seguro de que era lo mismo que... el Antediluviano de Xaviar?

—Era lo mismo que aparecía en la imagen que trajo Sturbridge, si es eso lo que me estás preguntando. Ambos sabemos que no es ningún Antediluviano, pero si aparece de nuevo va a haber problemas.

—¿Señor Pieterzoon? —preguntó Hans van Pel desde uno de los escritorios de la oficina. Sostenía un nuevo informe en la mano. Jan se acercó a examinarlo, dejando a Theo a solas con sus reflexiones.

Necesitaba más sangre. Theo era consciente de ello. Había tomado un poco la pasada noche, después de la pelea, y otro poco esa misma noche, pero no le había servido de mucho. Sentía que había recuperado parte de sus fuerzas, pero las quemaduras del ácido o lo que fuera aquello que le había arrojado el maldito Ojo no se habían curado... ni siquiera habían empezado a cicatrizar. Suponía que lo único que necesitaba era más sangre, aunque tenía un mal presentimiento. Y cada vez se sentía más irritado por no haberse ido con Federico o con el inmaduro de Mitchell.

Theo apenas prestó atención al muchacho que se deslizó por la puerta, pero se dio cuenta de que estaba buscando a alguien a quien no encontraba. El muchacho parecía tener unos quince años pero, tratándose de un Vástago, el aspecto físico no significa demasiado.

—¿A quién buscas, muchacho?

El joven pareció sorprenderse de que alguien se molestara en hablar con él.

—Al Arconte diPadua —respondió. Llevaba en la mano un pedazo de papel doblado.

—Se ha marchado y tardará en regresar. Soy el Arconte Bell. Le daré tu mensaje.

El muchacho vaciló. Era obvio que le incomodaba aquella sugerencia, pero también era obvio que le incomodaba llevarle la contraria a un arconte, así que le entregó el papel y salió al instante de la sala. Theo abrió la nota y la leyó con rapidez.

—¡Eh, Jan!

Pieterzoon dejó lo que estaba haciendo y cogió la nota que le ofrecía. La leyó rápidamente y, después de echar un vistazo a Theo, volvió a leerla por segunda vez, ahora en voz alta: «Federico: Noticias de Ruhadze. El Ojo ha regresado. East Village. Little Ukraine». Eso era todo.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó Jan, devolviéndole el papel a Theo.

—Un muchacho. Era un Vástago.

Jan asintió.

—Lleva toda la noche entrando y saliendo con notas para el arconte.

Mientras Theo rompía el papel en pedazos, advirtió que lo había manchado con la sangre de una de sus heridas que seguían abiertas.

—Si acabo convirtiéndome en cenizas sólo porque Lucinde decidió hacer algún pacto con ese Setita...

Jan miró a su alrededor, nervioso, y le indicó que bajara la voz.

—Al final ha decidido permitir que lo tenga Ruhadze... siempre y cuando consiga recuperarlo. Al parecer, lleva mucho buscándolo. No teníamos ni idea de que iba a aparecer aquí, en Nueva York. No tenía ni idea —enfaticó Jan.

—Bueno, pues está aquí —dijo Theo, sosteniendo en alto los trozos de papel—. Y si Ruhadze se lo queda, más poder para él. Pero hasta que lo haga...

—No hay nadie más a quien pueda enviar contigo —dijo Jan—. Federico se llevó nuestras reservas. He enviado a la mayor parte de nuestros equipos de Manhattan con Mitchell... y aquellos que no están con él se encuentran al norte de Central Park. Les pediré que regresen, y también a algunas de las brigadas de Brooklyn.

—Hazlo —dijo Theo mientras sacaba una pistola del interior de su andrajosa chaqueta y empezaba a meter balas en la recámara—. Pueden reunirse aquí conmigo.

CAPÍTULO 39

Martes, 2 de noviembre de 1999, 2:40 AM

Capilla de los Cinco Distritos

Ciudad de Nueva York

—He venido a ver a Sturbridge —dijo una voz áspera. La encorvada joroba se recostó con pesadez contra el gran portal. El pecho de la criatura empezó a jadear con fuerza, como si no estuviera acostumbrado a coger aire para nada... y mucho menos para algo tan delicado y efímero como hablar. Sus enormes dientes cortaban el aire mientras su boca emitía un sonido similar al de los cuchillos al afilarse.

El rostro de Talbott no mostró ningún indicio de la repulsión que su huésped había esperado ver. Durante los más de cuarenta años que llevaba sirviendo como portero para la Capilla de los Cinco Distritos había presenciado una enorme cantidad de cosas inquietantes, inexplicables y macabras, así que una desfigurada sanguijuela inmortal no iba a impresionarle.

—Voy a comprobar si la dama de la casa está disponible. Por favor, póngase cómodo —Talbot le indicó al recién llegado que pasara—. ¿Puedo ayudarle con sus paquetes?

El Nosferatu agarró con más fuerza el atiborrado fajo de papeles sueltos, fotografías y sobres usados que asomaban bajo uno de sus brazos. El conjunto estaba envuelto, con bastante ineficacia, en papel de envolver pescado y atado con cordel de panadería. Cruzó el portal seguido de una pequeña avalancha de notas manuscritas, bocetos toscos y papel carbón usado.

—¡No! —espetó como respuesta. Pero al instante añadió—: Gracias. No, gracias, Talbott. ¿Te llamas Talbott, verdad? Creo que lo he visto por alguna parte.

Empezó a rebuscar entre los diversos papeles que sobresalían del fajo en ángulos extraños.

—Sí, me llamo Talbott. Es muy amable por su parte haberlo recordado. ¿A quién debo anunciar?

Emmett levantó la mirada de sus notas, irritado.

—Emmett. De todas formas, ella no me conoce, así que tendrás que decirle que es importante. ¿Podrías hacerlo, Talbott?

—Por supuesto. ¿Puede explicarme el motivo de su visita, Emmett? La Regente Sturbridge querrá saber por qué es tan importante.

Emmett pareció reflexionar unos instantes. Volvió a rebuscar entre aquella confusión de papeles y extrajo un espécimen sumamente manchado de grasa. Tras limpiarlo contra la pernera de sus pantalones se lo tendió al portero, asintiéndole con complicidad.

Talbott aceptó el papel que le ofrecía y le echó un vistazo. En él había un dibujo vulgar e infantil... un ojo amarillento y carente de párpado.

—Regresaré pronto. Puede ponerse cómodo cerca de la fuente central. Allí también hay algunos refrescos que puede servirse. Por favor, siéntase como en su casa. La sombra de la pirámide es larga; hay espacio de sobras para que se cobije alguien más.

Emmett, que estaba ya un poco harto de todas esas formalidades, refunfuñó, dio media vuelta y se alejó dirigiéndose a la fuente.

* * *

—Debes de ser Emmett —dijo Aisling Sturbridge a modo de saludo, cogiendo a su huésped de ambas manos. Mientras Emmett se levantaba, echó un indefenso vistazo a la carpeta que había quedado abierta y a la vista sobre el banco que había junto a la fuente. Los severos rostros aztecas que habían sido tallados en los escalones de la pirámide de la fuente parecían observar con desagrado aquel desorden.

—Eres Sturbridge —Emmett la miró durante un intervalo demasiado largo como para que pudiera considerarse cortés—. Él me dijo que podía confiar en ti. Me refiero a Donatello. Me dijo que le ayudaste a salir de un aprieto, que dijiste que era...

Emmett guardó silencio, sintiéndose incómodo.

Sturbridge reprimió una sonrisa.

—¿Bello, quizá? Sí, le dije eso. La primera vez que nos vimos. Le aprecio mucho, Emmett.

—Es un pequeño y feo sodomita —replicó éste con sequedad—. Pero es bueno y dice que tú también lo eres. Y que sabrás si alguien más lo es. Calebros me dijo que fuiste tú la del consejo de Baltimore. Y que llevaste el boceto... aquel en el que está Leopold. Y el Ojo.

Sturbridge dejó que siguiera hablando, pero no consiguió obtener más información de la que ya tenía antes de que empezara su monólogo.

—Ayudaré si es posible. ¿Qué es eso que intentas encontrar?

Una mirada de frustración cruzó su rostro.

—Eso es lo que te he estado diciendo. A Leopold, el Ojo, la escultura. Tengo las imágenes aquí —señaló hacia atrás, donde se encontraba el fajo de papeles.

—De acuerdo. Veamos qué tienes.

Emmett sostuvo el paquete con el brazo extendido, como si fuera un trofeo. Sturbridge lo cogió con cuidado y, con su roce, el cordel anudado se desenredó. En cuanto apartó el papel pudo ver la foto que descansaba encima del montón: era un muro de caverna en el que había una confusión ininteligible de palabras, símbolos y pictogramas... todos ellos escritos con sangre.

El fotógrafo había sido muy perfeccionista: había colocado una regla a lo largo del lado derecho de la fotografía para que los futuros observadores pudieran hacerse una idea de las proporciones reales de la imagen. Aquellos macabros garabatos cubrían el muro hasta una altura de aproximadamente tres metros, además de gran

parte del techo. Cuando acabó de mirar la primera docena de fotografías, a Sturbridge se le escapó un silbido. En ellas había más de lo mismo. Resultaba difícil creer que en un cuerpo hubiese tanta sangre.

—¿Qué estoy buscando aquí, Emmett? —Sturbridge extendió las imágenes sobre el suelo de la habitación, colocándolas de una en una, como una baraja de cartas. En su voz había una nota de alarma que reverberaba y quedaba subrayada con cada nueva fotografía. Dos docenas, tres docenas... pero el tamaño del montón no parecía haber variado.

—Es la caverna. Los Gangrel la llaman la Caverna de las Lamentaciones. Es donde... ¿Qué sucede?

Sturbridge blasfemó. Su brazo se quedó inmóvil a medio camino del suelo y la fotografía quedó suspendida en el aire, como una acusación. Observaba la imagen fijamente; parecía ser incapaz de dejarla caer.

—Son ellos. Éste es el lugar en el que el grupo de guerra de Xaviar fue masacrado. ¿Pero esto? ¡Jesús! ¡Mira lo que les hizo! —dejó la foto en el suelo; era como si pensara que el hecho de seguir con ella en la mano podía causar nuevos sufrimientos a los desafortunados hombres que habían sido retratados.

Emmett no tuvo que mirar para saber qué foto era la que tenía ahora en sus manos.

—Número cuarenta y tres. La obra de arte de Leopold. El número de catalogación, la hora y las coordenadas están apuntadas al dorso. Me temo que no es la peor de todas. No es más que la primera de una larga toma de perspectivas de la escultura. Más adelante hay primeros planos de los detalles de la obra.

El tono de Sturbridge era distante.

—Es tan vivido. Es como si aún estuvieran...

—¿Vivos? No sé si yo lo diría así, pero algunos de ellos se movían. Y gemían. Y algunos se giraban de forma instintiva ante el olor de la sangre fresca. Como girasoles. Verás, era casi como si desearan atacar a la cámara.

La mente de Sturbridge apenas registró sus palabras. Parecía que el ritmo constante de aquel espantoso desfile de imágenes la había hipnotizado. Cogía otra foto, la dejaba caer al suelo, la colocaba. Cogía otra foto, la dejaba caer al suelo, la colocaba. No le quedaba más remedio que llevar a cabo la operación hasta su inevitable final.

Cuando hubo terminado, había cientos de fotografías dispuestas a su alrededor en un círculo protector. Ella estaba arrodillada en el mismo centro del diagrama, examinando la ubicación de las fotos y la relación que tenían entre sí, como si estuviera intentando realizar una elaborada y osada lectura del Tarot.

Entonces suspiró, regresando a la realidad.

—De acuerdo. Esta monstruosidad es, sin duda alguna, lo que queda del grupo de guerra Gangrel. Alguien, supuestamente Leopold, los metió allí, dentro de la escultura. No sé qué pensar de estos sangrientos garabatos. Son un disparate. La

lingüística no es mi especialidad, pero aquí hay, por lo menos, seis alfabetos diferentes... y puede que haya dos docenas de idiomas distintos. Y eso sin tener en cuenta los elementos pictográficos, numéricos y puramente abstractos. Yo diría que, independientemente de todas las cosas que pueda ser Leopold, nos estamos enfrentando a un intelecto muy astuto que está peligrosamente perturbado.

Emmett asintió.

—Pero no es el único —murmuró—. ¿Puedes descifrarlo? ¿Alguna parte al menos? Tenía la esperanza de que pudiera ser, bueno, taumatúrgico. Es que con toda la sangre, las víctimas sacrificadas y los símbolos ocultos...

Sturbridge sacudió la cabeza. Las yemas de sus dedos se deslizaban por las hileras de fotografías.

—Nunca había visto un ritual de sangre como éste. Y puedo asegurarte que domino a la perfección ese campo de estudio concreto.

A Emmett se le bajaron los humos al ver que su teoría se iba al traste con tanta rapidez.

—Nadie está cuestionando tus credenciales, dama. Si dices que no hay magia de sangre, lo acepto. Pero ya que no se trata de magia de sangre... ¿hay alguna posibilidad de que sea Koldúnica?

Sturbridge se tomó su tiempo antes de responder.

—No, no lo creo. Sin embargo, he estado dándole vueltas a esa idea mientras observaba las fotografías. Toda esta macabra escena parece muy «Tzimisce». En un principio pensé que sólo se trataba de esa maldita escultura. Pero hay algo más.

Buscó una fotografía concreta y se la tendió a Emmett.

—El motivo del dragón se repite una y otra vez; da la impresión de estar persiguiendo su propia cola por toda la caverna. En los brutales dibujos aparece representado en diversas ocasiones y puede leerse la palabra «dragón» en, por lo menos, cinco o seis idiomas. Y es uno de los tres movimientos más importantes de la configuración de esta obra.

—¿A que te refieres cuando dices «movimientos»?

—Tal y como yo lo veo, aparecen tres movimientos diferentes, como en una composición musical. El dragón es el segundo de los tres modelos que aparecen dibujados. Pero resulta difícil distinguirlos. Mira esta fotografía. —Tras señalarle una que tenía a mano derecha, procedió a seguir el trayecto de una gran cola que serpenteaba por el mosaico de fotos que había en el suelo.

—¿Pero qué significa? ¿Y cuáles son los otros dos movimientos que has mencionado?

—¿Qué significa? La verdad es que no deseo arriesgarme a algo tan concreto como una traducción. Los elementos lingüísticos son un absoluto caos. De forma improvisada, diría que sería mejor que te acercaras a estos elementos a través de los dibujos. Aunque debo admitir que tampoco parece haber suficiente sustancia para avanzar. Veamos qué piezas podemos unir.

Sturbridge no había respondido a su segunda pregunta. La mujer se estiró y empezó a reunir muestras de aquella obra de arte brutal que había sido pintada con los dedos.

—Aparecen todos los adornos apocalípticos estándar: dragones, leones, águilas, ángeles, demonios, etc., de modo que me sorprendería que el «texto» no contuviera alguna profecía que presagiara el fin de los tiempos. Sin embargo, el contenido de imágenes se diluye con elementos típicos de culto: pentagramas, simbolismos del Tarot y logotipos de bandas. Resulta difícil señalar qué puede ser significativo. ¿Se te ha ocurrido traerme una muestra de la sangre? Con ella podríamos hacer buenas hipótesis. La sangre nos revelaría muchos secretos.

De forma inconsciente, la mano de Emmett rozó el bolsillo de su raído abrigo, como si quisiera asegurarse de que el frasco que llevaba seguía estando a salvo. Sin embargo, no lo sacó para que la mujer lo examinara.

—¿Te sorprendería saber que, según hemos podido determinar, toda la sangre pertenece a un Malkavian?

Sturbridge parecía escéptica.

—¿Estás diciendo que Leopold es Malkavian? ¿Cómo iba a poder hacer eso un Malkavian? Me resulta difícil creerlo. En la reunión del consejo de Baltimore, Victoria Ash afirmó que Leopold era un Toreador al que conocía de Atlanta.

Emmett resopló.

—¿Cómo iba a poder hacer eso un Toreador? ¿Adónde nos conduce todo esto? Tengo la impresión de que hemos regresado al punto de partida. Ya has rebatido mi mejor hipótesis: que era un Tremere. ¿Y qué me dices de esos otros dos modelos? ¿De esos movimientos?

De nuevo, Sturbridge parecía distraída.

—La verdad es que ésa es otra de las cosas que me preocupan —murmuró al cabo de unos instantes.

—¿A qué te refieres?

—Antes te he dicho que no se trataba de ningún ritual taumatúrgico, pero el hecho de que no haya magia de sangre no significa que no tenga nada que ver con los Tremere. De nuevo aparecen esos tres movimientos. El primero es el Ojo, que fue el que dio comienzo a todo esto. Musicalmente, el Ojo es el preludio de toda la composición. Es lo que dota de poder a Leopold para masacrar a los Gangrel, lo que lleva a Xaviar hasta el límite y lo que expulsa a los Gangrel de la Camarilla. Puede que pasen generaciones enteras antes de que podamos conocer todas las consecuencias derivadas de lo que ha desencadenado el Ojo.

—Asumiendo que tengamos generaciones —interrumpió Emmett.

Sturbridge dejó que la pausa se alargara demasiado.

—En el Libro Egipcio de los Difuntos, el gran dios Horus se representa mediante un solo ojo que no pestañea. Dicen que el universo existe sólo por la gracia de Horus que lo contempla desde arriba. Muy pronto, es bastante probable que el ojo que todo

lo ve pestañee... pero en cuanto se cierre, el conjunto de la creación morirá.

—Pero has dicho que el Ojo sólo era el primer movimiento, el preludio. Es difícil que algo pueda suceder después del fin del universo.

Sturbridge sonrió, aunque sin cordialidad.

—El segundo movimiento es el dragón. Es una continuación de la energía inicial, pero hay una variación en él, una complicación. El Ojo es devorado por el dragón, pero no es destruido. La influencia que ejerce sobre Leopold ha sido usurpada, corrompida. Podemos verlo en la creación de la obra maestra de Leopold, su altar de carne viva. Es una perversión de los ritmos naturales de la vida y la muerte. Ahora la música evoca la agitación de algo profundo, apocalíptico, prohibido.

Emmett estaba sacando sus propias conclusiones, extrayendo nuevos significados que Sturbridge no había mencionado.

—Pero la sierpe no puede sujetar al Ojo, ¿verdad? —dijo emocionado—. Estuvo a punto de matarlo. Regresa a Leopold. Y entonces Leopold desaparece.

—No estoy segura de seguirte.

—Está bien. Continúa con la historia. ¿El tercer movimiento?

Sturbridge parecía incómoda.

—Allí es donde aparecen los Tremere. No sé si seré capaz de explicar gran cosa. El tercer movimiento es el *Malum*. La manzana. La fruta prohibida. Es el símbolo de la tentación y la pérdida de la gracia... El precio que tuvo que pagar mi gente para su inmortalidad. Y, en concreto, es el símbolo de aquel que utilizó esta arma de doble filo antes que los fundadores. Goratrix.

—¿Me estás diciendo que el tema final de esta extraña composición tiene algo que ver con los renegados de los Tremere, con los *antitribu*?

—Mira, Emmett. Lo único que estoy diciendo es que he estado en enclaves en los que los Caídos realizan sus peligrosas parodias de los ritos de iniciación. Y en esos lugares no había ni la mitad de símbolos espirituales de la Casa de Goratrix que los que aparecen en estas imágenes de la caverna.

—Mierda. Pensaba que esos hijos de puta... habían desaparecido.

Sturbridge lo miró de reojo.

—También yo.

Ahora Emmett estaba hablando para sí mismo.

—Así que el gusano devora el Ojo y la manzana devora al gusano. Bien, ¿qué crees que puede hacer? Es decir, si la Casa de Goratrix posee el Ojo o ejerce algún poder sobre Leopold, ¿qué crees que puede hacer?

Sturbridge no respondió.

—Tenemos que encontrar a Leopold.

CAPÍTULO 40

Miércoles, 3 de noviembre de 1999, 1:30 AM

Morehead Park, Brooklyn

Ciudad de Nueva York

Hesha encontró a Ramona en un banco del parque... en el mismo en el que Pauline había esperado a la Gangrel hacía tan sólo dos meses. Advirtió que llevaba las botas que él y Calebros habían insistido en que se pusiera.

Chica lista.

Aunque en ocasiones se mostraba desafiante (la mayoría de las veces), no era estúpida. Podía razonarse con ella y hasta ahora había demostrado ser bastante útil. Hesha estaba bastante seguro de que su antiguo compañero Ravnos nunca le habría revelado cómo se curaban las heridas del Ojo. Además, Ramona parecía tener una especie de segunda visión que le permitía ver cosas que guardaban relación con el Ojo. Se había mostrado reacia a hablarle o describirle esta visión, pero había encontrado la caverna. La había visto desde el helicóptero, pero Hesha había sido incapaz de verla, a pesar de que ya había estado antes en ese lugar y estaban siguiendo sus propias indicaciones, que deberían haber sido completamente fidedignas.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Ramona cuando lo vio.

—¿Con la piedra preciosa? No. Aún no hay ni rastro de él.

—¿Y qué tal en Baltimore?

—Mi reunión con los Malkavian fue... interesante, pero no pudieron decirme nada concluyente sobre las imágenes. —*Sin embargo, mis asuntos con Lucinde fueron mucho más fructíferos*, pensó, pero no tenía ninguna necesidad de explicarle los detalles a Ramona.

—Así que todavía no hemos conseguido nada —refunfuñó Ramona. Su dedo índice, una garra larga y letal, estaba haciendo agujeros en el banco del parque.

—Seguiremos esperando —dijo Hesha—. Lo último que sabemos del Ojo es que estaba en la ciudad...

—¡Pero hombre! —Ramona se dio un cachete en las piernas—. ¡Si hubieras sido capaz de sujetarlo...!

—De hecho, eso es lo que hubiese preferido. Me hubiera ahorrado un montón de molestias.

—Una mierda.

—Como tú digas. De cualquier modo, aquí es donde puedes encontrarme —dijo mientras le tendía una tarjeta—. Como resulta más difícil contactar contigo, te sugiero que me llames de forma regular. Una llamada de teléfono bastará. Y si no te

importa...

Sacó un buscapersonas del bolsillo de su abrigo y se lo tendió.

Ramona lo cogió.

—Puede que sea buena idea —volvió a echar un vistazo a la tarjeta—. ¿Ya no te vas a quedar allí abajo?

—He hecho otros arreglos, aunque me mantendré en contacto con Calebros —respondió Heshá. *Esa criatura sabe demasiado para abandonarla. También él me será útil.*

CAPÍTULO 41

Jueves, 4 de noviembre de 1999, 3:51 AM

Una caverna subterránea

Ciudad de Nueva York

Me dijo que la tormenta se estaba aproximando, pensó Calebros. Bajo el abrigo de la oscuridad, en esta ciudad ha habido enfrentamientos entre el Sabbat y la Camarilla durante años, pero eso no ha sido nada comparado con la tormenta que se está acercando ahora. El poder que le quedaba a la Camarilla de la Costa Este, en vez de ahogarse, sería lanzado contra las rocas. Pieterzoon y Bell intentaban hacerse con Nueva York, ciudad que ambos grupos reivindicaban. El Sabbat controlaba la superficie, excepto el corazón de Manhattan, que era hogar de la élite Ventrue... pero podía decirse que las calles y la mayor parte de la ciudad eran del Sabbat. Sin embargo, la guerra hacia el sur había alejado a gran parte de la chusma y ahora la ciudad era mucho más segura de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Y eso les ayudará a ganar, había dicho el huésped de Calebros. Pieterzoon y Bell lo conseguirán. Será algo definitivo. Y próximo. Cock Robin lo sabía con certeza.

Calebros no sabía cómo había descubierto eso el justicar Nosferatu, pero tampoco podía preguntárselo. Las noticias que había traído consigo Cock Robin no eran demasiado distintas a los rumores que le habían contado sus fuentes de Baltimore y Nueva York. Aunque con los rumores no había podido hacer más que conjeturas, ahora el justicar le había dado fechas y momentos concretos... y también le había informado de otro asunto.

Se había acercado un poco más a Calebros y le había dicho, casi en un susurro.

—*Vitel... gk-girik... destruido.*

Cock Robin tenía la cabeza alargada y deforme. Sus pálidos labios, arrugados y agrietados, pronunciaban las palabras con dificultad, pero el hecho de que se dignara hablar con Calebros era un gran honor para el jefe de la madriguera.

Vitel. Destruído. Calebros asintió. Sabía que no debía mirar al justicar a los ojos. Cock Robin era sumamente sensible, incluso con los de su clan, y mostraba cierta propensión a recurrir a la violencia. Calebros había visto qué les había sucedido a aquellos que le habían hecho enfadar... y no deseaba ser el siguiente.

Habían descubierto a Vitel husmeando. Calebros conocía gran parte de los detalles (Colchester, que era una productiva fuente de información para Calebros, había tenido un papel decisivo para encontrar al traidor), pero ignoraba que la acción ya se hubiese llevado a cabo.

—¿Anoche? —Tenía que haber sido así, porque si no, ya se habría enterado. Cock Robin asintió—. ¿Quién?

—*Bell. Piet-gk-gk-zoon.*

Bell y Pieterzoon. Sin duda alguna, sobre todo Bell. Más que una bestia, aquel tipo era un matón. Si Colchester había descubierto a Vitel y Pieterzoon le había tendido una trampa, tenía que haber sido Bell quien disparó el gatillo.

A pesar de la importante información que había traído consigo, el justicar no estaba en la madriguera sólo como mensajero. Cock Robin había venido a la ciudad atraído por las noticias que le había comunicado Calebros, y había llegado justo cuando estaba a punto de estallar un gran conflicto entre la Camarilla y el Sabbat.

—*¿Pet-gk-gk-don?*

—Sí —respondió Calebros—. Sabemos de tres Vástagos que estuvieron implicados. Ya nos hemos ocupado de uno. Un Giovanni. Se lo hará saber a su clan y servirá como advertencia. Creemos que simplemente fue engañado. El segundo, Leopold, es un tema más complicado. Lo estamos observando. Debería conducirnos al tercero, un Tremere. Al parecer, en aquel momento Leopold pertenecía al ganado. También fue engañado, pero no podemos permitir que siga con vida; llama demasiado la atención.

Podría haber un cuarto, pensó Calebros. No tenía pruebas suficientes de ello, pero como Victoria era la sire de Leopold, mencionar su nombre delante de Cock Robin equivaldría a dictar su sentencia de Muerte Definitiva.

—*Pet-ro-girik-gk-don... venganza.* —El justicar puso una mano en el antebrazo de Calebros y apretó; era incapaz de contener sus ansias. Pronunció la última palabra, venganza, con tanta claridad y con una satisfacción tan intensa que Calebros sintió que escalofrío le subía por la espalda. Entonces, deseó con todas fuerzas que nunca tuviera la desgracia de ganarse la desaprobación de su justicar.

CAPÍTULO 42

Miércoles, 10 de noviembre de 1999, 8:45 PM

Hipódromo Aqueduct, Ozone Park, Queens

Ciudad de Nueva York

Federico diPadua, la Mano Derecha de la Camarilla y arconte del clan Nosferatu, estaba sentado en silencio entre sus compañeros Vástagos. Los planes ya estaban preparados, el tiempo de hablar se había acabado... al menos para él.

Y también para la mayor parte de sus colegas, pero no para el Justicar Pascek. El Brujah se consideraba un orador, un líder que inspiraba a los hombres. *Demagogo* era un término más próximo a la realidad. Pascek llevaba la voz cantante en cualquier reunión, que para él era una fiesta, y esa conducta autoritaria y grosera confirmaba su sentido innato de la omnipotencia. Y no era que ese hombre fuera incompetente, ni mucho menos. El gran aprecio que sentía hacia su persona estaba justificado, a pesar de que sus defectos eran deslumbrantes... pero eso nunca se lo dirían. Siempre operaba tras un velo de clandestinidad, pero no porque fueran necesarios los engaños, sino porque le gustaba saber cosas que los demás ignoraban... y le gustaba mucho más utilizar esa información para involucrar en sus fantasías viles y paranoicas a aquellos que lo rodeaban.

Federico conocía el valor de los secretos; era consciente de su utilidad, pero no le resultaban estimulantes. A medida que la velada se iba desarrollando y Pascek seguía hablando sobre lo que había sucedido y lo que iba a suceder, el Nosferatu se sentía cada vez más consternado por el mal uso que estaba haciendo de la confidencialidad. Sabía que era necesario revelar algunos secretos, ¿pero tantos?

Michaela era príncipe de Nueva York, aunque no era demasiado apreciada por los justicar ni, tal y como había descubierto Federico, por el Círculo Interno. Y era evidente que ignoraba la magnitud de la tormenta que se estaba cerniendo sobre ella. Había accedido a permitir que los refugiados del Sur huyeran a su ciudad, y pensaba utilizarlos para hacer presión y reforzar su título. Sin embargo, no sabía que este acuerdo no había sido más que un plan que iba dentro de otro.

Ella, Pieterzoon y Bell, los impulsores del éxodo septentrional, desconocían los preparativos que estaban llevando a cabo, entre otros, Pascek, Lucinde, Cock Robin y *Lady Anne* de Londres. Durante más de un año, habían reunido información detallada sobre cientos de miembros del Sabbat del área de Nueva York y habían introducido en la ciudad, en secreto, a agentes leales a la Camarilla, tanto Vástagos como ghouls y ganado. El plan de Pieterzoon y Bell, que no era más que una consecuencia de la agresión del Sabbat, encajaba a la perfección con los arreglos preexistentes, y por eso Pascek y los demás habían elegido al Arconte Bell y al retoño de Hardestadt el Viejo.

Pieterzoon no había conocido la historia completa hasta hacía poco, y advirtió que cuando Theo Bell llegó a la reunión también parecía estar bastante disgustado. De todas formas, no siempre era posible imaginar el motivo del descontento de Bell, pues éste parecía ser su estado de ánimo natural.

A medida que Pascek proseguía con su oratoria, dando detalles y asignaciones como si fuera Prometeo concediendo el fuego a la humanidad, la magnitud del engaño fue quedando cada vez más clara, y tanto la incomodidad de Pieterzoon como el enfado de Bell fueron en aumento. Sin embargo, ambos prefirieron guardar las formas, puesto que un foro público no era el lugar más adecuado para enojar a Pascek... sobre todo si lo hacía su propio arconte.

Lucinde también se mantuvo tranquila, aunque había estado al tanto de los planes desde el principio. La demagogia de Pascek no era su estilo: ella prefería parecer dócil e inofensiva, permitir que los demás la infravaloraran. Al igual que Federico, realizaba sus mejores trabajos alejada del público.

Así que Pascek siguió hablando mientras Federico observaba y esperaba. Tenía grandes expectativas... tanto para la batalla que se estaba preparando como para otro drama más personal que se estaba desarrollando debajo de las calles. Federico, que había sido el primero en investigar la destrucción de Petrodon, hacía más de un año que había informado a Calebros de los resultados de su trabajo... un trabajo que ahora estaba dando sus frutos. Era un plan que iba dentro de otro y dentro de otro.

CAPÍTULO 43

Miércoles, 10 de noviembre de 1999, 11:10 PM

Hotel Crown Plaza, Centro de Manhattan

Ciudad de Nueva York

Nickolai sentía que venían a por él. Había algo diferente en el aire, incluso en el de su suite con aire acondicionado. Sus temores se confirmaron antes de la primera pausa publicitaria de la última edición del informativo local. La red de suministro de gas había explotado debido a un accidente industrial sucedido junto a East River, de modo que los puentes y las carreteras que discurrían junto a la orilla del río estaban cortados. Esa noche iban a demoler el Edificio Busey del Bronx, pero como las cargas explosivas no estaban bien colocadas, al detonar habían provocado una enorme nube de polvo que reducía la visibilidad y comportaba riesgos para la salud pública. Todos los ciudadanos que vivían en un radio de un kilómetro debían permanecer en sus casas.

Lo saben, pensó Nickolai sombrío. Esta noche acabará todo, o mañana por la noche, o pasado mañana. Pero será pronto.

—¿Está ella aquí? —preguntó una voz impaciente desde la habitación contigua.

Eso no era lo que Nickolai esperaba de Leopold ahora. La verdad es que el brujo no esperaba nada, aparte del letargo catatónico en el que se había sumido hacía tiempo. Desde que el Ojo había cavado una madriguera en su cráneo, Leopold no había sido un gran conversador. Nickolai se había quedado sólo... con sus delirios sobre los Hijos.

Nickolai asomó la cabeza en la habitación. Leopold lo miraba fijamente, ojo y Ojo. Como siempre, el muchacho estaba sentado junto a la mesa que, al igual que el resto de la sala, estaba cubierta de aquella sustancia oscura y espesa que rezumaba constantemente del Ojo.

—¿Está aquí? —preguntó de nuevo—. Dijiste que vendría pronto.

Nickolai le había dicho varias veces que su Musa regresaría pronto, aunque últimamente había tenido que recurrir con menos frecuencia a esta mentira, puesto que Leopold estaba cada vez más alejado de la realidad. ¿Qué era lo que lo había despertado esa noche de su silenciosa vigilia?

—No está... —empezó a decir Nickolai, pero entonces se interrumpió—. No está aquí con nosotros, pero está en la ciudad.

—Por supuesto. —Leopold sonrió y, al hacerlo, algunas gotas del icor transparente que se deslizaba por su mejilla entraron en su boca—. Pronto...

El brujo decidió que había llegado la hora.

—Leopold, me temo que hay gente que quiere hacerle daño. Si la encuentran, la

destruirán y nunca más volveremos a verla.

Aquellas palabras tuvieron un efecto instantáneo en Leopold. Tanto el Ojo como el ojo se abrieron de par en par, a la vez que una expresión de dolor retorció sus rasgos; fue un espectáculo grotesco. Entonces ladeó la cabeza, como si de pronto el Ojo le pesara demasiado como para mantenerla derecha.

—No... no deben... —balbució—. Si le... Tengo que encontrarla...

—Creo que tienes razón —dijo Nickolai—. Las personas que desean hacerle daño se mueven bajo las calles. Debes protegerla. Concédeme unos minutos para que pueda ayudarte.

Aunque Leopold no parecía deseoso de esperarle, Nickolai dio media vuelta confiando en que le obedecería. La sangre escuchaba a la sangre. No tardaría demasiado en preparar el ritual. Había conseguido ganarse la confianza de Leopold y había perfeccionado los rituales adicionales. Sin duda alguna, los demás acabarían descubriéndolo, pero también sería capaz de manejar ese tema. Ya había muerto para el mundo una vez... dos en realidad, y eso hubiera sido suficiente si no hubiera tropezado con el horrible justicar. Quizá, una muerte más bastaría.

CAPÍTULO 44

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 4:17 AM

Eldridge Street, Lower East Side

Ciudad de Nueva York

—¡Ramona! —susurró Hesha.

Enfurecida, la mujer intentaba apartarse de él. Las garras de sus pies se clavaban en la calzada mientras intentaba soltarse. Por mucho que refunfuñara y gruñese, no lograba liberar el brazo de su férreo agarre. Por fin, cuando se giró para golpearlo, la firme mirada de Hesha logró atrapar la de Ramona y la sostuvo. No le permitiría apartar los ojos.

—¡Ramona! —susurró con dureza—. Si no paras, decepcionarás a tus antiguos. Su sangre permanecerá en tus manos.

Ramona levantó la mano, con las garras extendidas, dispuesta a golpearlo, a arrancarle la cabeza... pero Hesha estaba tranquilo. No se acobardó ni retrocedió. Poco a poco, la mujer empezó a recuperar el control. En cuanto bajó la mano, Hesha liberó su otro brazo.

—Era él —dijo.

—Por supuesto que sí. ¡Era él!

Cuando Hesha la llamó hacía algunas horas, Ramona había buscado un teléfono con rapidez y había marcado el número que aparecía en la tarjeta. Le contestó una mujer llamada Janet.

—El señor Ruhadze solicita su presencia de inmediato. —Habían decidido utilizar esta frase para no dar ninguna información a través del teléfono. En un principio Hesha había dicho «*exige su presencia*», pero Ramona le había enviado a la mierda, así que al final habían optado por el verbo «solicitar». A continuación, Janet le había dado la dirección e instrucciones.

—¿El Ojo? —preguntó Ramona en cuanto se reunieron.

—Sí. La gema ha cobrado vida. —Aunque Hesha nunca parecía estar nervioso, en esta ocasión hablaba con rapidez y no paraba de dar vueltas—. Nos está indicando la dirección correcta, pero todavía tenemos que encontrarlo.

Iba completamente vestido de negro, con pantalones y cazadora de cuero sobre un jersey de cuello vuelto, además de gemelos, pistoleras y cualquier otra cosa que llevara en su pequeña mochila.

Habían encontrado a Leopold y habían visto cómo aniquilaba a dos Vástagos... sin poder hacer nada. Aunque en esta ocasión el escenario era completamente distinto, el espectáculo le resultó misteriosamente familiar a Ramona. Sintió que se activaba la Visión Fantasmal que Edward Plumanegra le había concedido hacía tanto

tiempo. Había visto que Leopold se sacaba el Ojo de la cuenca y lo sostenía en lo alto. Entonces, del Ojo había salido un nervio que descendió retorciéndose hasta el suelo y, una vez allí, hizo un agujero en la calzada. Ramona sabía que ni Hesha ni los dos Vástagos podían ver aquello. El Ojo y el nervio, tan rojos como la sangre, palpitaban con fuerza.

En aquel instante, desapareció la acera que pisaban los dos Vástagos condenados. Mientras caían, se oía el enfermizo siseo de la roca fundida que reclamaba nuevas víctimas.

—¡Ramona! —había susurrado Hesha a su oído, sujetándola el brazo.

Ramona no había pensado en atacar, sino que simplemente se había preparado para hacerlo. Era lo único que podía hacer. No podía permanecer inmóvil mientras veía cómo aquella cosa destruía a más de los suyos. Muy lejos, en su mente, oía los susurros acusadores de sus muertos, pero Hesha la había detenido.

—Tienes que ser paciente —le dijo—. O acabarás como...

—Lo sé, lo sé. —Lo único que deseaba era sentir cómo se desgarraba la carne de Leopold y el Ojo entre sus garras—. Pero hemos dejado que se fuera...

Hesha intentó consolarla. Era un hombre tan sumamente práctico y razonable que Ramona tenía ganas de ponerse a gritar. Le hizo algunas preguntas sobre lo que había visto y ella le respondió, aunque era incapaz de dejar de pensar en lo que tendría que haber sucedido: las vísceras de Leopold se esparcían por la calle mientras sus garras desmenuzaban el jodido Ojo.

—Vamos —dijo Hesha. Ramona dejó que la sacara de ese lugar—. Lo encontraremos de nuevo. Tendrás tu oportunidad.

Recorrieron diversas manzanas en silencio, Ramona perdida en sus deseos de venganza y Hesha preparando sus planes.

—Además —añadió—, existe otra forma de zanjar todo este asunto.

CAPÍTULO 45

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 4:20 AM

Capilla de los Cinco Distritos

Ciudad de Nueva York

Allí. La sangre era espesa y estaba salpicada de oscura corrupción.

Aisling Sturbridge extendió el brazo para tocar a Johanus. Tiene que verla, tiene que saborearla. Todos tenían que hacerlo. Llevaban diez noches buscando, desde que el Nosferatu les había llevado las palabras y las fotografías.

Las últimas palabras que había pronunciado un lunático, las palabras que describían los propios sueños de Sturbridge: *Los últimos rayos de luz... se desvanecen... muy arriba, muy, muy lejos... La Noche Definitiva. Los muros son demasiado resbaladizos... no es posible escalarlos... rodeado de ojos saltones, rostros vacíos, hinchados.*

Eran profecías sobre los hijos de Malkav, una fortaleza que sería inexpugnable hasta que las puertas se abrieran desde su interior: *Los Hijos descienden por el Pozo... señalan el camino... Los Hijos temen su sombra, pero la sombra se desvanece con el último rayo de luz... La Noche Definitiva.*

La sangre vital de la ciudad fluía por las calles y los ríos. Las venas se mostraban ante Sturbridge, sus adeptos y acólitos. Johanus, su Pilar de Fuego, vio y comprendió. No permitiría que su regente siguiera adelante de forma precipitada. No podían arriesgarse a perderla, ahora que las traiciones y las obligaciones habían dejado exhausta a la capilla. Los traidores ya no eran más que cenizas, pero la habían debilitado. Sturbridge también había despedido a Helena y sus chacales para responder a las súplicas de la Camarilla. Pero otros enemigos más insidiosos acechaban entre la sangre. Sangre de su sangre.

Aunque la sangre vital continuaba fluyendo, hacía algún tiempo que Sturbridge sospechaba que el corazón de la ciudad se había ensombrecido. Para ella que sabía hacia dónde tenía que mirar, las señales eran evidentes: las arterias goteaban corrupción, se endurecían y calcificaban como muchos de los edificios de la ciudad marcados por la viruela. Los bichos recorrían las arterias para alimentarse de la sangre. Sturbridge los espantó con un palmetazo; por ahora, no le preocupaban.

La corrupción de la sangre... podía verla, saborearla. Johanus comprendió; vería que los demás lo habían visto. Tenían una edad tan tierna, eran tan inocentes como podía serlo cualquiera de la sangre. Sturbridge les ofrecería su orientación y ellos le prestarían la vitalidad de su juventud. La sangre tenía que hervir.

Allí. La sangre era espesa y estaba salpicada de oscura corrupción. Rastrearía la arteria para encontrar el punto en el que se originaba aquella corrupción y, en su

debido momento, seccionaría la vena leprosa.

CAPÍTULO 46

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 4:58 AM

La madriguera

Ciudad de Nueva York

—¿Estás seguro? —preguntó Emmett, no con el tono desafiante que adoptaría un rival, sino como si quisiera asegurarse de que, a pesar de las prisas, no iban a cometer ningún error.

Había poco tiempo para reflexionar, para sopesar las opciones. Una actividad frenética se había apoderado de la madriguera. Calebros estaba de pie, en su despacho, para poder responder con mayor rapidez a las preguntas que ya no podían esperar, ahora que la reconquista de la ciudad estaba en marcha... y también la cacería de los Nosferatu. Era la primera vez que veía la madriguera tan atestada de personas tan ocupadas. El justicar había aparecido con su séquito, habían llegado otros miembros del clan acompañando a los Vástagos de Baltimore y Colchester estaba por alguna parte entre toda aquella confusión. Además, todos los Nosferatu que, en vez de huir, habían preferido arriesgarse a realizar el trayecto en coche o por los túneles, llegarían durante las próximas noches, así que el número seguiría aumentando. Y todo eso sin contar la cantidad de mensajeros que Calebros estaba recibiendo y enviando constantemente a otras madrigueras de la ciudad. La guerra, la cacería... y él se encontraba en el centro de todo.

Calebros puso una mano sobre el hombro de su compañero para darle ánimos.

—Ya has cumplido con tu misión en este asunto. Ahora te necesito en otro. Federico también se mostraba reacio a soltar las riendas, pero era por su bien.

—Conozco la ciudad —protestó Emmett.

—Por eso mismo. Y Federico no la conoce, no tanto como tú. Debemos consagrar a muchos de los nuestros a la batalla. No podemos perder la ciudad por culpa de una... distracción. Yo tengo que servir al justicar, a la cacería. Tú seguirás de cerca de Federico... estará con Pieterzoon y los demás. Ellos lo conocen, conocen su rostro.

—Al menos, el rostro que les muestra —replicó Emmett.

—Cierto. Mantente en contacto con él a través de los mensajeros... llévate a Pug y a Sneeze. Son rápidos y tienen los pies firmes. Tú hablas con mi voz, Emmett. Y no conozco a nadie más de quien pueda decir lo mismo.

—¿Umberto se quedará contigo? —preguntó Emmett.

—Se quedará aquí —respondió Calebros—. El justicar tiene demasiada sed de sangre, así que tendré que quedarme con él.

Emmett miró por encima de un hombro y después, por encima del otro.

—No te envidio. Sé que no somos demasiado atractivos, pero él... me pone la

piel de gallina.

—Es nuestro justicar y le serviré en todo lo que pueda. Puedes llevarte a Hilda...

—Te la regalo.

—Yo me quedo con todo aquello que rechazas. De acuerdo. Buena suerte.

—Gorda y jodida zorra —murmuró Emmett, antes de alejarse y desaparecer entre aquella confusión de cuerpos.

Segundos después, Calebros se acercó al remolino y cogió del brazo a una de las figuras para detenerla.

—Emmett acaba de irse en esa dirección. Ve a buscarlo —Sneeze asintió y se alejó, perdiéndose entre la gente.

Mike Tundlight se acercó desde la dirección opuesta.

—Otro mensaje de Ruhadze —le tendió a Calebros una hoja de papel doblada y esperó.

Calebros leyó las palabras.

—Lo ha perdido. La gema se ha agotado. Lo único que puede hacer es intentarlo de nuevo mañana por la noche... De todas formas, cree que será capaz de responder con mayor rapidez en la próxima ocasión.

—Si la hay —dijo Mike—. Esa maldita cosa podría desaparecer durante meses de nuevo.

Calebros asintió.

—Hesha no suele precipitarse. Ha estado persiguiendo al Ojo durante años... pero algunos de nosotros tenemos un programa más apretado. ¿Hay noticias de Sturbridge?

—Cass llevó tu mensaje a la capilla —respondió Mike; su rostro de color blanco gusano y sus ojos inyectados en sangre reflejaban irritación—. Al parecer, la regente está demasiado ocupada y no desea que la molesten. De todas formas, los brujos nos han asegurado que están concentrando todos los recursos posibles en este asunto y han dicho que Nickolai está en la ciudad.

Calebros dejó que esa información se fuera adentrando lentamente en su mente; era la noticia más esperanzadora que había recibido en mucho tiempo.

—Bien —dijo—. ¿Cómo lo han sabido? ¿Qué te dijeron?

—La persona con la que hablé no entró en detalles... aunque no me sorprende. Tenía algo que ver con el hecho de que Leopold hubiera regresado. Por eso saben que Nickolai está cerca, aunque no parecían saber el lugar concreto.

—O puede que no quisieran decirlo —conjeturó Calebros.

—¿Pero por qué iban a...?

—Es un *antitribu*. Si los demás clanes fueran a por uno de nuestra sangre, ¿no crees que querríamos ser los primeros en encontrarlo?

—Ya veo —respondió Mike, pensativo—. Pero por la información de nuestras fuentes, pensaba que todos los chaqueteros de los Tremere habían... desaparecido.

—Se han esfumado, sí —respondió Calebros—. Pero no sabemos con certeza qué

ha sucedido... y al parecer, por lo menos hay uno en libertad. Si consiguiéramos...

—¡Calebros! ¡Calebros! —gritó una vocecita chirriante. Pug se abrió paso entre la apiñada multitud hasta que llegó junto a él y empezó a tirarle de la manga—. Calebros. Jeremiah... ha desaparecido. Le llevé algunas ratas pero no estaba allí. Intenté seguir su rastro, pero lo perdí.

—¿Lo perdiste? —no era eso lo que Calebros esperaba oír de la boca de Pug. Aquel pilluelo podía encontrar cualquier cosa.

—Está loco —dijo Mike—. Carecer de cuerpo es carecer de mente.

Aunque Calebros era incapaz de discutir la primera parte de esa afirmación, seguía sintiéndose responsable de Jeremiah. Había sido él quien le había enviado junto a Anatole. *Después de que él me lo pidiera*, se obligó a recordarse. Pero no había tiempo para distracciones. Y Pug estaba allí...

—Emmett te necesita —dijo Calebros—. Acabo de enviar a Sneeze tras él. Se han ido por ahí. ¿Podrás encontrar a Emmett, verdad?

Pug parecía avergonzado por el reproche.

—¿Pero qué pasa con Jeremiah?

—¿Tienes por costumbre cuestionar a tus antiguos, muchacho? —preguntó Mike impaciente—. ¿Y en tiempos de guerra?

Pug se encogió y dio media vuelta para irse.

—No, espera —dijo Calebros—. Tiene razón.

Suspiró con fuerza.

—Emmett tendrá que bastarse con Sneeze. Pug, llévate... —Calebros echó un vistazo a la atestada sala para ver quién había exactamente. Por el rabillo del ojo, vio que se acercaba una persona que no deseaba que le molestara en ese momento... Llévate a Hilda para que te ayude a buscarlo. Tenéis que estar de vuelta antes del amanecer. Eso significa que no disponéis de demasiado tiempo. ¿Entendido?

Pug asintió y salió disparado. Calebros observó a hurtadillas cómo el joven se acercaba a Hilda y, tras una breve explicación, abandonaban la sala.

—También podrías haberlo lanzado a los lobos —dijo Mike.

—Hilda ladra mucho pero no muerde —respondió Calebros, tanto para tranquilizar a Mike como a sí mismo—. Y Pug es... bueno, Pug.

Era incapaz de imaginar que a alguien se le pudiera despertar la libido al ver a ese muchacho. Aunque Hilda parecía ser más fogosa que selectiva.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo Mike, mirando por encima del hombro de Calebros.

Calebros se giró para ver que el justicar estaba cruzando la sala. A pesar del ruido y la confusión, la gente se apartaba para dejarlo pasar.

—Entendido —respondió Calebros.

En cuanto Cock Robin estuvo junto a él, le tiró de la manga para que el jefe de la madriguera se inclinara. Entonces, susurró unos enervantes chasquidos y sonidos sofocados al oído de Calebros.

—Sí —respondió éste—, si se presenta la oportunidad, estaremos preparados. Pero debo advertirle que el Ojo parece ser el único vínculo que tenemos... ya ha desaparecido otras veces y no ha vuelto a aparecer durante...

—*¡Gk-gk-gk-girik-gk!* —Cock Robin levantó una garra para que Calebros guardara silencio. El justicar no quería oír excusas.

—Comprendo —dijo Calebros, y por supuesto que lo comprendía. A la perfección. El éxito que había tenido hasta ahora había atraído al justicar a la madriguera. Su éxito tenía que continuar. El justicar no esperaba menos de él.

—Comprendo.

CAPÍTULO 47

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 8:15 PM

Propiedad Haubern

Chicago, Illinois

Vino de sangre tibio. Una criatura demasiado dulce, pero bastante sabrosa. Victoria bebió sin prisas. La vida en el Medio Oeste era más metódica, menos sorprendente. Por supuesto, todas las tretas y desaires se recordaban durante horas o décadas, y estaba segura de que los lupinos acechaban tras las puertas de la ciudad. Sin embargo, todo eso estaba fuera. Victoria estaba dentro, a salvo pero no satisfecha. Durante las varias semanas que habían transcurrido desde su llegada, había tenido muy poco contacto con la gente; se había limitado a pensar y cavilar.

—Se te va a llenar la cara de arrugas —le advirtió Dickie.

—Si me salen arrugas esta noche —respondió ella—, mañana por la noche ya habrán desaparecido.

Dickie se había reído al oír su respuesta. *No es más que un petimetre*, había pensado Victoria. *Pero es un buen refugio para la tormenta y todo eso...*

Dickie Haubern, de los Haubern de Chicago. Edición, investigación, industria, carreras de caballos; más recientemente socio comercial, espionaje industrial, falsificación, extorsión, pornografía, prostitución, narcotráfico. Era la oveja negra de una familia que era poco probable que le sobreviviera. Después de monopolizar el negocio que habían creado tres generaciones anteriores de Haubern (deshaciéndose de todos los herederos rivales), se había dedicado a crear una sola rama de la familia, ligeramente incestuosa, para que la propiedad fuera cambiando de manos, de forma legal, aproximadamente cada cincuenta años. Aparte de todo eso, era un buen hombre.

Había recibido a Victoria en su propiedad, sin hacer ninguna pregunta, cuando ésta llamó a su puerta sin previo aviso. La política y la guerra le aburrían. Atlanta, Baltimore... afirmaba que ni siquiera sería capaz de encontrar esas ciudades en un mapa.

—¿Para qué molestarse por otros Vástagos cuando puedes mantenerte alejado de ellos? —solía decir—. Las rivalidades entre clanes y sectas son una estupidez. El ganado está aquí para que disfrutemos, para que lo controlemos, para...

—¿Dominarlo, prostituirlo y vivir a su costa? —sugirió Victoria.

—No olvides las violaciones. Una buena violación nunca viene mal.

Por supuesto, el hecho de que renunciara a la sociedad de la Estirpe era una osada mentira. Dickie era un contrincante brutal cuando eran sus propios intereses los que estaban en peligro, o cuando deseaba ganar algo a costa de otros. Pero era dulce y

amable, y Victoria le gustaba. Siempre le había gustado.

—Victoria —dijo mientras ésta seguía dando sorbos a su cálido vino de sangre—. Victoria, acabo de recibir una llamada de Robert. Me temo que el pobre no está nada bien.

—¿Robert?

—Robert Gainesmil —dijo Dickie, moviendo los ojos—. Tiene que mudarse. Una plaga.

—¿En serio? ¿Termitas?

—No. Sabbat. Se comió a su personal, quemó su casa. Pobre Langford.

De repente, la lengua de Victoria sintió que el vino de sangre estaba helado.

—¿El Sabbat está en Baltimore? ¿En la ciudad?

—Oh, sí. ¿Ayssa no te ha traído el periódico de hoy? La verdad es que no sé por qué la sigo teniendo.

—Quizá porque es tu prima.

—Prima. ¿Es eso lo que te dije? Prima, sobrina... después de un par de generaciones, todo eso resulta muy complejo y aburrido —comentó mientras se alejaba en busca del periódico. Victoria se quedó a solas, reflexionando sobre el destino de Gainesmil y el de la Camarilla.

¿Habrá terminado?, se preguntó. ¿El Sabbat se habrá hecho con todo? ¿O acaso no era más que una broma estúpida de Dickie? Su anfitrión regresó poco después con el periódico.

—¿Le has dicho a Robert que estoy aquí? —preguntó Victoria.

—Por supuesto que no, querida. Nunca se me ocurría pronunciar tu nombre. Te he dado mi palabra y mi palabra es mi garantía.

—¡Oh, por favor! No me hagas reír, Dickie.

—Bueno, de acuerdo. Puede que haya mencionado tu nombre de pasada.

—Dickie.

—Muy bien. Le he dicho que estabas aquí... y cuándo llegaste... y que estabas sumamente triste y desconcertada, y que debería venir a visitarte, y que nos lo pasaríamos todos muy bien —suspiró—. Soy un pésimo mentiroso.

—No, lo que eres es un mentiroso compulsivo, Dickie, y eso es algo ligeramente distinto. Y debería añadir que tienes bastante experiencia.

—Me dices unas cosas tan dulces...

Había traído dos periódicos, el *Chicago Tribune* y el *New York Times*. En el *Tribune* aparecía un artículo en primera plana, en la mitad inferior, sobre un accidente industrial, una explosión y un vertido en el East River de Nueva York. El *Times* publicaba un artículo detallado sobre el accidente, además de ofrecer una gran cobertura sobre otros desastres cívicos «naturales»: un accidente de metro, una demolición chapucera... Victoria podía imaginarse lo demás. Encontró una noticia que hablaba sobre el aumento de incendios que estaban arrasando diversas zonas de Baltimore. Supuso que eso era a lo que se refería Gainesmil.

—¿Desde dónde ha llamado Robert? —preguntó Victoria.

—Desde Nueva York —respondió Dickie—. He oído decir que es el mejor lugar en el que se puede estar ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, parece que todos tus amigos de Baltimore han abandonado el barco... Oh, espera. El barco ya estaba vacío, ¿verdad? Con el bruto de Garlotte. Bueno, como te iba diciendo, abandonaron la ciudad y, mientras el Sabbat miraba hacia otro lado, se alejaron bailando el vals hasta Nueva York. La verdad es que Robert me lo contó con otras palabras: se ve que ha habido montones de batallas y asesinatos; los Brujah han hecho su agosto. Robert me dijo que ninguno de los Gangrel importantes les están ayudando, pero yo creo que eso es bueno; al fin y al cabo, sólo se encuentran a medio paso de los lupinos...

Mientras Dickie le seguía ofreciendo su punto de vista sobre los últimos acontecimientos, los pensamientos de Victoria divagaban. La lucha tenía lugar a cientos de kilómetros de distancia. Ya no tenía nada que ver con ella. Se había enfrentado a sus enemigos, había regresado al lugar en el que fue torturada, había intentado descubrir algo útil sobre Leopold... y sabía que había fracasado. No podía pensar lo contrario.

Sin embargo, la palabra lucha tiraba de ella. *No soy un guerrero que tenga que romper carne y huesos*, se dijo a sí misma. Con la cantidad de Vástagos que había, no serviría de nada que participara en esta carnicería. Se llevó la mano a la mandíbula, al diminuto dragón que intentaba comerse. Ya había cumplido con su parte. Había sobrevivido.

Recordaba el momento en que decidió alejarse de Atlanta, sus intentos por estafar a los dioses, su necesidad de engañarlos. Pero había ignorado su propia prueba. Había decidido convertir al azar en su dios para que ninguna otra criatura pudiera guiar sus pasos, así que ¿cómo era posible que hubiera profanado a su deidad? Eso le carcomía el alma y le impedía sentirse tranquila.

—¡Victoria! —dijo Dickie malhumorado—, no has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho.

—Por supuesto que sí. Estabas diciendo que en Nueva York hace demasiado frío en esta época del año.

—No he dicho nada parecido.

—Oh, de acuerdo —dijo, llevándose los dedos a los labios, avergonzada—. Soy una pésima mentirosa.

Dickie rió.

—Bueno, ya no me cabe la menor duda de que prefieres ignorarme cuando te aburro con mis charlas sobre política. ¿Cuántas veces lo habré dicho? Tedioso, tedioso, tedioso, tedioso —cogió el vaso que Victoria tenía en la mano, bebió un sorbo de vino de sangre y se lo devolvió—. Pero ven, deja que te enseñe algo que te gustará.

Victoria lo siguió. La mansión era preciosa: exquisitas alfombras persas, elaborados candelabros que brillaban como el hielo en una gélida mañana invernal, madera encerada y baldosas centelleantes; las noches que había pasado caminando entre todas estas exquisiteces habían conseguido mejorar su humor y le habían permitido dejar de pensar en su pasado... y en su futuro. Pero aquella no era una de esas noches. Aunque Dickie hablaba sin cesar, en su mente aparecían imágenes de dioses y poderes antiguos. El azar le habría llevado a Baltimore y luego... ¿a Nueva York? Sin embargo, estaba aquí.

Dickie la condujo hasta salón y abrió la puerta haciendo grandes alardes.

—Mi triunfo más reciente —anunció.

Victoria entró detrás de él en la sala octogonal. Los muebles eran de caoba y terciopelo rojo, pero lo que le llamó la atención fue una figura esculpida que descansaba sobre un pedestal en el centro de la habitación. Se acercó a ella.

La figura era un bailarín; tenía un brazo levantado sobre la cabeza y la pierna contraria doblada para mantener el equilibrio. Los detalles eran mínimos. El leve indicio de unos pechos y la suave curva de las caderas indicaban que era una mujer; sin embargo, el énfasis de aquella obra radicaba en la fuerza de la forma, en la sugerencia de un movimiento fluido. Victoria no había visto nunca aquella escultura, pero la conocía.

—Sabía que te gustaría —dijo Dickie desde el umbral.

Victoria apoyó las yemas de sus dedos en la piedra. Estaba fría. Reconoció la mano del escultor.

—¿Cómo...?

—La verdad es que tuve mucha suerte —respondió Dickie—. Y después estuve a punto de perderla por un entrometido Ravnos que opinaba que se había hecho con el control de la ciudad. De todas formas, conseguí quedármela. Es de un artista local que se ha arruinado o ha muerto o algo así. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Estaban liquidando sus bienes y había algunas obras maravillosas. Ésta es mi favorita. Me recuerda a ti...

Victoria rió, considerando que sus halagadoras palabras eran, sencillamente, una broma. En cuanto la risa salió por su boca, su cuerpo fue sacudido por pequeños espasmos. Era incapaz de parar de reír. Se mordió el labio mientras una lágrima de sangre trazaba la curva de su mejilla.

—¿Cómo se llamaba el artista?

Dickie guardó silencio unos instantes.

—Pendleton... o Pennington, o algo así. Seguro que nunca has oído hablar de él, pero tiene obras realmente deliciosas.

Y aunque era cierto que no conocía de nada aquel nombre, Victoria conocía perfectamente al artista. *Los dioses se burlan de mí*, pensó. *Me indican hacia dónde me hubiera llevado el azar y se burlan porque, en cambio, ahora estoy aquí... donde pueden controlarme*. Se secó la lágrima dejando escapar un profundo suspiro.

Entonces, cubrió con su mano el rostro confuso de la bailarina y dejó una mancha carmesí sobre la blanca piedra.

—Hum... ¿Victoria?

—Llama a Robert —dijo sin girarse—. Dile que se reúna conmigo en el aeropuerto JFK. Ya sabrá en qué hangar.

Victoria iba a hacer lo que fuera necesario por recuperar el control de su destino; se postraría ante el altar del azar e imploraría misericordia.

CAPÍTULO 48

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 8:35 PM

Debajo de Brooklyn

Ciudad de Nueva York

Calebros había podido comprobar que a Cock Robin no le gustaban los acertijos. Como Anatole les había dejado un enigma, Calebros consideraba que todos deberían echarle un vistazo para ver si alguno de ellos era capaz de resolverlo. Puede que el problema fuera que el justicar estaba tan delgado que era posible confundirlo con un niño... aunque sólo si no te fijabas en su deforme cabeza. Fuera cual fuera el motivo, en cuanto le recitó el enigma, los arrugados labios de Cock Robin empezaron a temblar y a crispase. Acto seguido, sus ojos empezaron a echar chispas mientras emitía extraños gorjeos, como un gato frustrado al que separan de su presa. Calebros le había pedido disculpas. Con profusión. Y se había ido lo más rápido posible.

Eso había sucedido la noche anterior, justo antes de que se retiraran para pasar el día. Aquella noche, Calebros había podido comprobar que el justicar no había hablado con nadie, aunque había dejado bien claro que la cacería seguiría adelante. Si no había nuevas pistas, barrerían la ciudad. Comprobarían todos y cada uno de los lugares que tuvieran alguna relación, por pequeña que fuera, con algún *antitribu* Tremere. A Calebros no le gustaba la idea de tener que investigar esos lugares, que estaban repletos de trampas y de la incertidumbre de la magia. Hubiera preferido esperar y observar mientras planeaban qué harían si encontraban a Nickolai.

Pero era difícil, si no imposible, detener todo de nuevo una vez que se habían iniciado los preparativos. Al menos, no podría hacerlo hasta que los acontecimientos hubieran perdido su impulso inicial. Era imposible persuadir a Cock Robin ni convencerlo de nada. La cacería estaba en marcha.

Ahora se habían convertido en un silencioso grupo de cadáveres deformes, en un desfile macabro que recorría las alcantarillas. Y Cock Robin los dirigía. Algunos Nosferatu habían empezado a llamarlo «el silencioso». Aunque nunca lo decían si pensaban que el justicar podía oírlos, Calebros había advertido que muchos confundían la mudez con la sordera. En ocasiones, aquellas voces hablaban demasiado alto o el orador no era consciente de la proximidad de Cock Robin. Estaba seguro de que el justicar lo sabía. Y puede que eso intensificara su ardiente furia. Calebros había empezado a desear que su antiguo fuera completamente mudo. El jefe de la madriguera temía los comentarios que le susurraba al oído, los sonidos sofocados y rotos que eran la voz de Cock Robin.

Si permites que esto siga adelante, él se irá para proseguir con su camino, pensó. Si alguna vez finalizaba. Si sobrevivían a la cacería. Pero ya fuera en esta cacería o

en la siguiente o en una tercera, Calebros sabía que se habría hecho justicia. Los Nosferatu nunca olvidaban.

CAPÍTULO 49

Viernes, 12 de noviembre de 1999, 2:39 AM

Hotel Crown Plaza, Centro de Manhattan

Ciudad de Nueva York

No debo ponérselo demasiado fácil a esa gente, pensó Nickolai. Esa era la razón por la que no había dejado que Leopold saliera aquella noche. No hasta ahora. Había dejado al muchacho con su catatonía. Se vio obligado a preguntarse si el Ojo estaría devorando, literalmente, su cerebro. Era una lástima que no dispusiera de más tiempo para averiguarlo.

Leopold estaba en la calle de nuevo. La excursión hacia el sur que había realizado la pasada noche había ido sobre ruedas, así que Nickolai había decidido que esa noche se dirigiría hacia el sur. Se había obligado a esperar hasta estas horas de la madrugada. *Tengo que relajarme*, pensaba una y otra vez. La noche anterior había quedado extenuado y las reservas de sangre no eran ilimitadas. Cazar no era una opción atractiva, por lo menos ahora que la ciudad había sido infestada por la Camarilla. *Vienen a por mí, lo sé. Déjales que vengan*. Pero tenía que relajarse, conservar sus fuerzas. Tenía que estar preparado para cuando llegaran.

Nickolai miró hacia el espejo y vio que Leopold vagaba por la oscuridad entre hileras de edificios en ruinas. El Ojo emitía un suave y malévolos fulgor rojizo. Rojo sangre. Leopold parecía un cadáver; parecía desquiciado y trastornado. Y era cierto. Suponía que debería tener algún sentimiento de pesar o de pérdida por el envilecimiento de su propia sangre, de su único descendiente; sin embargo, recordó que no había sido el afecto, sino la necesidad, lo que le había impulsado a darle el Abrazo. Además, ¿por qué tendría que sentir algo parecido si hacía casi dos años que se había deshecho de su chiquillo, privándolo de una verdadera identidad?

Lo había hecho por prudencia, cuando aquel maldito y ególatra justicar descubrió que Nickolai, a diferencia de los demás de su línea de sangre, había sobrevivido a la catástrofe, a la masacre que había tenido lugar debajo de Ciudad de México. Si alguien averiguaba que seguía vivo, el demonio que había asesinado a sus parientes también se enteraría e iría a por él. Nickolai estaba seguro de ello y era incapaz de soportar la idea de tener que volver a enfrentarse a eso. El simple hecho de pensarlo le hacía estremecerse. Así que se había jurado a sí mismo que eso no iba a suceder.

Para ser una criatura tan desagradable, el justicar Nosferatu había conservado una cantidad increíble de vanidad. Había sido tan sencillo hacer que Benito (el querido Benito, a quien siempre le gustaba prestar cualquier tipo de favor que más tarde tendrían que devolverle) preparara el encuentro de Petrodon con el escultor mortal... Y qué ingeniosa había sido la idea de proporcionarle al artista una imagen antigua del

justicar, para que éste se quedara embelesado al ver la figura de mármol que estaba esculpiendo. Si la hubiera visto acababa, aquella bestia hubiera entrado en éxtasis.

Pero la obra nunca se había completado: Nickolai había destruido a Petrodon mientras Benito, demostrando de nuevo que era condenadamente ingenioso, había preferido huir en vez de quedarse y perecer como un buen Giovanni. En cuanto el contrabandista se ponía en guardia, era prácticamente intocable, porque se refugiaba en el seno de su familia infernal. Y si el valiente justicar no tenía a mano ningún asesino conveniente al que asesinar, los moradores de las alcantarillas buscarían y buscarían hasta encontrarlo.

Nickolai no se había olvidado del joven escultor, y Benito no tardaría demasiado en acordarse de él. Cuando los asesinos del Giovanni llegaron para borrar el rastro de su antiguo, Pennington ya se había ido. ¿Qué mejor forma de garantizar la lealtad del ganado que llevándolo a la sangre, ya que ni siquiera la muerte podría alejarlo del alcance de los Giovanni?

Sin embargo, al muchacho no le había gustado nada aquel cambio. Anhelaba su antigua vida, la vida que le habían arrebatado, y ya no mostraba ninguna afinidad por las artes místicas. De todas formas, era útil. Torturaría su mente con la realidad que rechazaba; le imbuiría una nueva identidad con los borrosos recuerdos de un pasado poco interesante y, cuando estuviera preparado, lo llevaría a una nueva ciudad.

Benito había oído hablar de él, por supuesto. En el claustrofóbico mundo de la Estirpe resulta imposible esconder el talento. Pero después de que el primer asesino no lograra regresar, ni el segundo, ni el tercero (pues Nickolai había velado por su marginado chiquillo), Benito había comprendido que su misterioso benefactor estaba por alguna parte. Entonces había decidido que sería mejor esperar, puesto que si daba algún paso en falso, dejaría al descubierto el camino que conducía hasta él.

Y así se habían quedado las cosas hasta que Benito fue lo bastante estúpido como para aceptar la invitación de Atlanta. Tendría que haber sido más prudente. Nickolai no tendría que haberle advertido de que se mantuviera alejado. De todas formas, suponía que los guardianes de secretos ya habían conseguido localizarlo. Habían seguido la pista que iba desde Petrodon hasta él... y ahora habían descubierto el sendero que conducía hasta Nickolai.

Deja que vengan, pensó Nickolai. Observó a Leopold en el espejo y acercó más el brasero. El brujo colocó un cuenco de barro cocido sobre el cálido aro de metal y metió un cuchillo de oro en el cuenco. Cuando volvió a sacarlo, los jugos que había sacado del Ojo se extendieron por la cuchilla. A continuación, cruzó los trozos de carbón, de norte a sur, de este a oeste, dejando que cayeran gotas sobre ellos. Entonces, el carbón crepitó y empezó a emitir un humo rojizo que oscureció parcialmente el espejo que tenía delante.

Nickolai sostuvo la cuchilla consagrada sobre los humeantes trozos de carbón hasta que sintió que el mango de cuero se calentaba y que la palma de su mano empezaba a encresparse. Entonces, acercó el cuchillo a su propio ojo, observando con

osadía las imágenes del espejo a través del ondulante humo. Cuando la primera gota de sangre cayó sobre el carbón, se formó una onda en la imagen del espejo, como si la vitae hubiera aterrizado en un lago de mercurio. Se formaron nuevas ondas. Todas ellas fluían claras y ciertas. Y el Ojo centelleó en un rojo más fiero.

CAPÍTULO 50

*Sábado, 13 de noviembre de 1999, 1:30 AM
Pine Street, Distrito Financiero, Manhattan
Ciudad de Nueva York*

En cuanto Emmett escuchó lo que Umberto tenía que contarle, colgó el teléfono y lo guardó en su bolsillo. Se encontraba en la repisa de piedra caliza del segundo piso del rascacielos que se alzaba sobre él. Sneeze estaba sentado cerca, expectante. De momento, el muchacho lo había hecho muy bien... es decir, no se había perdido mientras hacía de mensajero entre Emmett y el Arconte diPadua, que estaba en el cuartel general temporal de la Camarilla, a varias manzanas de distancia.

Federico había enviado su última nota hacía tan sólo una hora. Al parecer, Polonia había sido visto en el Bronx y el arconte Nosferatu había regresado a Throgs Neck para salvarle el pellejo a la Príncipe Michaela. La verdad es que Federico no lo había contado exactamente así, pero Emmett estaba acostumbrado a leer entre líneas.

Ahora seguía pensando en lo que Umberto acababa de contarle: que Heshha había informado de que el Ojo volvía a estar en la calle por tercera noche consecutiva. Umberto le había comunicado esta noticia a Emmett porque Calebros había salido de caza con Cock Robin, el justicar favorito de todos.

Emmett sabía que Calebros y Heshha habían hecho un pacto para encontrar el Ojo y cedérselo al Setita, aunque él consideraba que Ruhadze debería quedarse con otra parte. Mientras la serpiente perseguía a Leopold y al maldito Ojo, esa criatura continuaba destruyendo a los Vástagos. Dos noches atrás había aparecido en el Lower East Side y había aniquilado a un par de Brujah. La verdad es que no era una gran pérdida. Pero anoche se había movido por el subsuelo y había acabado con dos Nosferatu y algunos Brujah, además de propinar una buena paliza a Theo Bell. Pug había regresado a la madriguera medio histérico.

Emmett ya había oído suficiente. Se aseguraría de que Leopold recibiera su merecido. Si a Heshha no le gustaba, mala suerte.

En el East Village, había dicho Umberto. *En Little Ukraine*. Emmett garabateó una breve nota, la dobló y se la tendió a Sneeze.

—Llévale esto a Federico —dijo—. Sé que no está allí. No me interrumpas. Haz ver que tienes que darle esto, pero entrégaselo a Pieterzoon. O mejor aún, a Bell.

La última nota que le había enviado Federico decía que el arconte Brujah había regresado de su encuentro con el Ojo en bastante baja forma. *Y estoy seguro de que estará cabreadísimo*, pensó Emmett. *Perfecto*.

CAPÍTULO 51

*Sábado, 13 de noviembre de 1999, 2:00 AM
East 4.ª Street, East Village, Little Ukraine
Ciudad de Nueva York*

—¿Que quieres que haga qué? —preguntó Ramona con incredulidad, sin apenas recordar que tenía que hablar en voz baja—. ¿Acaso te has vuelto loco?

A Heshha no pareció sorprenderle su reacción. Iba vestido con lo que Ramona consideraba que era su traje de safari urbano: jersey negro de cuello vuelto, pantalones y cazadora de cuero reforzado y pistolera. Sostenía entre las manos su mochila abierta.

—Sé que parece extraño —dijo con un tono perfectamente calmado y razonable.

—No —respondió ella, señalándolo con el dedo—. Lo que es extraño es vivir en las alcantarillas. Esto... esto es jodidamente estúpido. ¿Cómo puedes pretender que ataque al Ojo con una hoja? ¿Me he perdido algo?

—No el Ojo, sino el nervio. Funcionará —insistió él.

Ramona echó un vistazo a la mochila.

—¿Por casualidad llevas ahí dentro el manual de instrucciones de ojos poseídos por el demonio?

—Mis investigaciones...

—Tengo una idea mejor, señor Investigaciones. ¿Qué tal si lo atacas tú con una hoja de palma? ¿Qué te parece?

—Yo no puedo ver el nervio y tú sí que puedes. Si te sirve de consuelo, yo me dedicaré a desviar su atención, así que correré más peligro que tú.

—¿Quién va a acercarse más a él? —preguntó Ramona.

—Yo estaré lo bastante...

—¿Quién va a acercarse más? —Ambos guardaron silencio. Ramona miró por el rabillo del ojo y vio que una figura avanzaba arrastrando los pies a un par de manzanas de distancia. Reconoció su andar irregular. Se volvió hacia Heshha—. No puedo creerlo. Primero me dijiste que conseguiríamos el Ojo y estuve de acuerdo en ayudarte. Y ahora me dices que tengo que clavarle un trozo de brécol. ¿Sabes? Me necesitas más tú a mí que yo a ti.

—Es una hoja de palma —respondió Heshha con sequedad; su paciencia menguaba por momentos—. Y nos necesitamos el uno al otro, a no ser que quieras salir allí fuera sola y acabar del mismo modo que tus compañeros de clan.

Ramona lo miró colérica, pero advirtió que la mirada de Heshha era igual de fría. Finalmente extendió la mano, sin acabar de creerse lo que estaba haciendo.

—Dame la hoja —empezó a alejarse, aunque se detuvo antes de doblar la esquina

—. Si esto no funciona, te meteré por el culo el trozo más grande que hayas visto en tu vida de raíz de azafrán humeante.

—Si esto no funciona —gruñó Hesh—, esa será la menor de mis preocupaciones.

—Eh —dijo Ramona, deteniéndose de nuevo junto a la esquina y mirando a su alrededor—. Leopold debe de ser un tipo muy popular. Parece que tenemos compañía.

CAPÍTULO 52

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 2:12 PM

The International, S.L., Water Street

Ciudad de Nueva York

La neblina de la guerra. A Jan le sacaba de quicio. Había dirigido a sus tropas, las había enviado allí donde consideraba que serían más necesarias, y ahora sólo podía esperar. La batalla del Bronx profería con furia. Luchaban puerta a puerta. Resultaba imposible mantener alejada a la policía. Aunque la Camarilla ganara, la Mascarada perdería fuerza. Además, no tenían ninguna garantía de que fueran a triunfar. A medida que iban llegando nuevas noticias, se hacía más evidente que el Cardenal Polonia estaba luchando como un Vástago poseído.

El Justicar Pascek también estaba ocupado en el sur. No había forma alguna de cambiar los refuerzos de Staten Island. Además, a no ser que Theo Bell pudiera cumplir con lo que había prometido, el arconte Brujah estaría librando su última batalla. Jan deseaba que lo consiguiera (aunque no se hacía demasiadas ilusiones), pero sabía que Hardestadt no tendría en cuenta los éxitos preliminares si esa noche se volvía en su contra.

—Jan —dijo una voz familiar, interrumpiendo sus sombríos pensamientos.

Al girarse descubrió que era Victoria Ash, que venía acompañada por Robert Gainesmil. Hacía más de dos meses que no la veía, desde que se fue a Atlanta y desapareció. Lo primero que pensó al verla fue en la perfección de su belleza, pero entonces recordó que había pasado cierto tiempo con el Sabbat.

Al parecer, Victoria advirtió su recelo o adivinó sus pensamientos.

—Jan, sé que no confías en mí, pero no me importa —dijo con sequedad—. Puedes quedarte con tu Camarilla y con tu puta guerra. Pero Leopold está aquí, en la ciudad.

Jan asintió. No estaba acostumbrado a su franqueza.

—En el East Village —respondió—. Theo ha ido tras él.

Eso era todo lo que Victoria quería saber. Dio media vuelta para salir de la oficina, pero entonces se detuvo y volvió a mirar a Gainesmil.

—Dame las llaves.

Su acompañante hizo lo que le pedía, aunque se sentía confundido.

—Puedo llevarte —dijo.

—Sé conducir —respondió ella—. Y de todas formas, ¿acaso crees que podrías ayudarme?

Salió de la oficina dando grandes zancadas, dejando atrás a Gainesmil y a Jan.

CAPÍTULO 53

*Sábado, 13 de noviembre de 1999, 2:15 AM
East 4.ª Street, the East Village, Little Ukraine
Ciudad de Nueva York*

Theo avanzó hasta el centro de la calle. Consideraba que no tenía demasiado sentido jugar a hacerse el tímido y, además, no deseaba enfrentarse a la criatura que estaba persiguiendo en un lugar cerrado. Ese distrito de la ciudad nunca estaba demasiado animado después del atardecer y, después del caos de las últimas noches, seguro que no pasaba nadie por allí. Puede que se acercara el ganado para ver qué sucedía pero ¿qué podrían hacer aparte de llamar a la policía y decir que habían visto a un vampiro grande y negro luchando con un hijo de puta feo y miope?

A pesar de que había farolas, la calle estaba a oscuras. Theo avanzaba con cuidado para no chocar contra los postes. Se enjugó el rostro con la manga de cuero. Las quemaduras aún le dolían. Mucho. Leopold tendría que pagar por ellas. Y por Frankie. Y por Lidia. Y por Christoph. Christoph tenía la cabeza, el brazo y el hombro destrozados; sin embargo, Lydia estaba mucho peor. Tenía terribles quemaduras en la cara, en las manos y en el pecho y, al igual que había sucedido con Theo, la sangre que le habían dado no le había ayudado a curar sus heridas.

Se sentía más fuerte caminando por la calle que escondido en aquella oficina con Jan. El odio, el fuego que ardía en su estómago, le daba fuerzas. Sin embargo, sabía que si eso no bastaba, estaría jodido.

Siguió avanzando, pensando en la nota que aquel muchacho le había llevado a diPadua. Alguien había estado siguiendo la pista de Leopold e informando al Nosferatu. ¿Habría escrito aquella nota el propio Hesha? No, Theo pensaba que ése no era su estilo. ¿Lucinde tendría algo que ver con esto? Jan le había dicho que estaba de acuerdo en dejar que Ruhadze se quedara con el Ojo. *Le dan la bienvenida para que les saque las castañas del fuego.*

Cuando vio a la figura solitaria que se encontraba unos metros más adelante, Theo supo que era Leopold. Incluso desde esa distancia reconocía la forma de andar de aquel hijo de puta. Las quemaduras empezaron a dolerle más... o quizá, lo único que sucedía era que, al ver a su agresor, era más consciente del daño que le había causado. Aceleró el paso dirigiéndose hacia su presa, pero Leopold no pareció advertir su presencia. Tuviera o no el Ojo, Theo no tenía ninguna intención de esconderse del jodido Toreador. La noche anterior, aquel hijo de puta le había cogido desprevenido, pero esa noche pensaba ir directo al grano. Cuando el Brujah estuvo a un edificio de distancia de la figura, que seguía alejándose en dirección contraria, se llevó dos dedos en la boca y silbó.

La criatura se detuvo y se giró muy despacio. El protuberante Ojo izquierdo parecía proyectar una débil luz por la calle.

—¡Eh, hijo de puta! —dijo Theo, levantando el arma—. ¿Te acuerdas de mí?

Se acercó más a él. La mano derecha de Leopold era un muñón sangriento. Lo había envuelto en harapos pero no se lo había curado.

Al parecer, Leopold se acordaba de él, y también recordaba qué era lo que había funcionado tan bien la noche anterior, pero Theo oyó crujido del metal retorciéndose y consiguió apartarse en el mismo instante en que la farola caía sobre él. Cayó al suelo, rodó y volvió a ponerse en pie en cuestión de segundos... para poder saltar sobre el poste de metal que volvía a caer sobre él después de haber rebotado.

—¡No... le... harás... daño! —rugió Leopold.

—¿De qué diablos estás hablando...? —pero Theo tuvo que interrumpir su frase para volver a apartarse del poste de metal que se abalanzaba sobre su cabeza. Decidió situarse en el centro de la calle para estar fuera del alcance de las farolas que había a ambos lados... a no ser que se desengancharan de la acera y corrieran a por él. Entonces, todas empezaron a balancearse a ambos lados de la calle, como si fueran las patas de un escarabajo gigante que hubiera volcado.

Theo volvió a ponerse de pie pero, antes de poder disparar, el suelo empezó a ceder bajo sus pies. Apoyándose sobre el asfalto que se estaba desmoronando, logró saltar en el último segundo y aterrizó con fuerza en el suelo. Apretó el gatillo de su SPAS 12, pero el destello de fósforo blanco explotó contra un coche que estaba aparcado detrás de Leopold.

¡Mierda! Se abrieron nuevas grietas en su camino, bajo sus pies. Lo único que podía hacer para impedir que le atrapara la mismísima tierra era no dejar de moverse. Cada vez que esquivaba un ataque volvía a quedar dentro del alcance de las flagelantes farolas. Cada regate era seguido por otro y por otro más. Aunque contaba con la ventaja de su velocidad, sabía que se le estaban acabando las fuerzas. Para llegar a Leopold tenía que esquivar sus ataques, pero luchar para mantenerse con vida no era lo mismo que acortar distancias.

No tenía ninguna intención de encontrar la Muerte Definitiva luchando contra un Toreador. Necesitaba acercarse más. Lo suficiente como para poder poner las manos alrededor de su huesudo cuello y romperlo en dos. Y cuando uno de los postes de metal le golpeó con fuerza en la espalda, supo que tenía que hacerlo pronto.

* * *

Ramona suponía que Theo Bell no tardaría mucho en ser destruido pero, según lo que le había contado Hessa, el Brujah era un tipo duro. Podría ser, puesto que ni siquiera había intentado acercarse a escondidas a Leopold. Se había acercado a él y, después de llamarlo, había empezado a luchar para salvar su vida. Y de momento seguía igual. Aunque conseguía apartarse en el último instante de todo lo que le tiraba

Leopold, Ramona se había dado cuenta de que empezaba a perder velocidad, que se estaba quedando sin fuerzas. Pero eso no era lo único que veía.

Habría sabido que era un Vástago aunque Heshu no se lo hubiera dicho y su visión fantasmal no se lo hubiese revelado. Bell era demasiado rápido para pertenecer al ganado; sus movimientos eran borrosos. Saltaba y aterrizaba y giraba y se levantaba y saltaba de nuevo, todo con tanta rapidez que a Ramona le costaba seguirlo. Lanzó un segundo disparo que también falló. El primero había estado a punto de alcanzar a Ramona que, de momento, había preferido mantenerse a cubierto.

Desde su escondite, Ramona veía lo que nadie más podía ver. Mientras Theo corría por la calle intentando acercarse a Leopold, éste se arrancó el terrible Ojo de la cuenca. Entonces mantuvo la esfera en alto, sobre el sangriento muñón que quedaba de lo que antes había sido su mano derecha. El Ojo temblaba y palpitaba como si estuviera vivo. Brillaba como una luna de color rojo sangre. El icor se deslizaba por su superficie y caía siseando al suelo.

Ramona no tenía ni idea de dónde acababa su visión normal y dónde empezaba su visión fantasmal. Estaban unidas sin costuras. Era incapaz de distinguir lo real de lo irreal. Sin embargo, al mirar a Heshu supo que nadie más podía ver la esfera en lo alto; para los ojos de su compañero, seguía formando parte del rostro de Leopold. También supo que tampoco podía ver el retorcido nervio que salía por la parte posterior del Ojo y se extendía hasta el suelo, donde excavaba, palpitaba y extraía energía de la tierra. Había visto aquel fibroso nervio en la pradera donde se encontraba la caverna, cuando el Ojo había destruido a sus parientes. Ahora ya no había ningún ejército Gangrel. Ahora sólo estaba ella, agazapada de miedo, y un hombre temerario que intentaba sobrevivir a los ataques del Ojo. Ramona sabía que tenía que atacar pronto. Aunque había llegado hasta allí, sentía que su cuerpo era incapaz de seguir adelante. ¡Pero tenía que hacerlo! El hombre que se estaba enfrentando al Ojo no duraría demasiado. También podía ver eso.

Bell estaba consiguiendo acercarse a Leopold lenta, dolorosamente, pero cada vez que avanzaba medio metro se veía obligado a retroceder la mitad de esa distancia para esquivar un nuevo ataque. De vez en cuando, una de las malévolas farolas lograba alcanzarlo y asestarle un pequeño golpe, sin demasiada fuerza. Pero ahora estaban consiguiendo golpearlo con más frecuencia y los cráteres que se abrían en la calle se habían extendido hasta unirse entre sí. Avanzar era peligroso y complicado.

¿Dónde está Heshu?, se preguntó Ramona. No importaba. Tendría que atacar sin su ayuda. Tenía que aprovechar ese momento, porque sabía que Theo pronto sería derrotado.

Sucedió en el mismo instante en que lo pensó. Una lámina de calzada se alzó sobre Bell como si fuera una ola sísmica, ocultando la enfermiza luz que emitía el Ojo y hundiéndolo en las sombras. La negra ola se precipitó hacia él. Theo disparó su arma y el muro de asfalto explotó. Empezaron a caer fragmentos por todas partes. Intentó esquivarlos, pero en esta ocasión no fue lo bastante rápido. Los restos de la

ola cayeron sobre sus piernas mientras él volaba por los aires. Aterrizó con fuerza pero, antes de poder apartarse de nuevo, el poste más cercano cayó sobre su espalda. En cuanto se desplomó, el poste no retrocedió para golpearlo de nuevo, sino que empezó a enrollarse a su alrededor. Era un victorioso trozo de metal constrictor.

Ramona empezó a levantarse de su escondite. Cuando observó su arma, la hoja de palma que tenía en la mano, volvió a sentirse aterrada e inquieta. *¡Esto es una locura!*, pensó. Pero si seguía esperando, Theo estaría perdido, como sus compañeros de clan. Ramona había dudado en el campo de batalla y sus amigos habían muerto.

—¡Leopold! —gritó una voz que no era la de Ramona. Al girarse vio que Hessa estaba en medio de la calle con la pistola en la mano. Cuando disparó, la bala se hundió justo en el pecho de Leopold. El portador del Ojo se tambaleó, pero no cayó al suelo. El Ojo proyectó su mirada de color rojo sangre sobre Hessa.

CAPÍTULO 54

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 2:37 AM

Capilla de los Cinco Distritos

Ciudad de Nueva York

Cuando la corrupción se reveló durante el transcurso de la tercera noche, Aisling Sturbridge supo que descubriría la fortaleza de su enemigo. Sin embargo, encontrar una fortaleza era una cosa, y derribar sus muros era otra muy diferente.

Siguió la sangre vital de la ciudad que fluía por las calles y saboreó la corrupción de su propia sangre porque, aceptándola como propia, no podría perder su rastro. Mientras conducía a sus acólitos y adeptos hasta el corazón de la ciudad, el leal Johanus se mantuvo en todo momento a un paso de ella. El trayecto que tuvieron que recorrer desde su santuario no fue demasiado largo. Estaba un poco más al sur que el refugio de los lupinos, pero no tanto como los huesos y lápidas más grandes del cementerio del dragón. El río de sangre serpenteaba por avenidas y arterias hasta llegar a la fortaleza, donde creaba un ardiente foso.

Johanus avanzó hasta el borde del abismo infernal para intentar apagar el fuego con fuego. Los acólitos se unieron a él y le dieron su fuerza mientras Sturbridge comprobaba los muros de la fortaleza.

Las torres y contrafuertes habían sido construidos con maestría y las defensas estaban situadas en los mismos puntos que ella habría escogido. Pero ahí radicaba su vulnerabilidad: aunque la mano del constructor era extraña, el arquitecto había sido el mismo... y Sturbridge podía destruir aquello que comprendía, pues ése era el poder de la muerte sobre la vida y el secreto de los Hijos.

Sturbridge llamó a sus compañeros para que se alejaran del abismo, puesto que no había ninguna necesidad de sofocar la llama. La invocó y ésta le respondió. La bestia de sangre y fuego levantó y extendió sus gloriosas alas. Durante un largo momento, se alzó sobre los hijos, sobre la ciudad, sobre el cementerio... y a continuación se abalanzó sobre los muros.

El fuego y la sangre engulleron la fortaleza, barrieron los muros y sacaron a los defensores de sus almenas. La fortificación era fuerte y parecía que resistiría largo tiempo.

Pero de pronto, se formaron grietas a lo largo de los muros. Sturbridge oyó una vertiginosa ovación a sus espaldas mientras la bestia, oliendo la sangre, rugió ante la perspectiva del triunfo. Lenguas de fuego lamían los agujeros. Las inofensivas grietas se convirtieron en enormes boquetes. En cuanto la primera torre se vino abajo, el final no tardó en llegar. Los muros se desplomaban. La bestia azotaba el suelo y la sangre del foso era purificada con el fuego.

CAPÍTULO 55

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 2:40

AM Hotel Crown Plaza, Centro de Manhattan

Ciudad de Nueva York

La explosión inicial destruyó los pisos veinticinco, veintiséis y veintisiete del hotel. Cristales y fragmentos de granito salieron despedidos con tanta fuerza que, a la mañana siguiente, fueron encontrados en los edificios que había al otro lado de la calle. La detonación rompió todas las ventanas de los edificios circundantes.

El fuego se extendió, escaleras abajo, hasta el piso veintitrés y, siguió subiendo hasta llegar al treinta, antes de que los equipos de emergencia pudieran llegar al lugar de los hechos.

CAPÍTULO 56

*Sábado, 13 de noviembre de 1999, 2:45 AM
East 4.ª Street, East Village, Little Ukraine
Ciudad de Nueva York*

Al ver a Hesha, Ramona se quedó inmóvil, con la hoja de palma en la mano. Aunque su compañero no tenía la cegadora velocidad de Theo Bell, evitaba los ataques de Leopold con una gracia y fluidez asombrosas. No sabía si las escamas que parecían cubrir su piel eran reales o si se debían a su visión fantasmal. Además, su cuerpo se movía de una forma imposible: se alargaba más de lo que ella consideraba normal cada vez que saltaba para esquivar un poste, y se retorcía como si no estuviera limitado por las articulaciones para esquivar los fragmentos de calzada que caían sobre él como furiosas olas de hormigón.

Al cabo de unos segundos decidió desviar su atención, comprendiendo que si la centraba en Hesha o en Theo, el miedo lograría vencerla. Había descubierto que su sed de venganza podía no ser tan fuerte como el miedo que sentía.

Puede que Hesha lograra vencer a Leopold. Puede que no necesitara su ayuda para destruir el Ojo. Mientras observaba sus evasivas y sus ataques (rodaba por el suelo, disparaba, se apartaba, disparaba... y muchos de los disparos abrían enormes agujeros en Leopold), Ramona supo que sus esperanzas eran vanas. Hesha, al igual que el hombre que le había precedido, resistía pero no lograba acortar las distancias. Sobrevivía, pero lo justo.

Advirtió que Theo había recuperado el sentido. El poste de la farola seguía envolviéndolo con fuerza pero, gracias a la tregua que le había proporcionado el ataque de Hesha, se había recuperado. Ahora estaba forcejeando con el metal, pero la espiral cada vez le oprimía con mayor intensidad.

Pero de repente, el retorcido metal se quedó completamente rígido. En aquel mismo instante se oyó el sonido de una explosión distante y Leopold se tambaleó. No se debía a las balas de Hesha, ni había nadie lo bastante cerca de él como para haberlo atacado; sin embargo, parecía que le estaban fallando las piernas. La visión fantasmal de Ramona mostraba a un Leopold más pálido y menos fuerte; parecía insignificante en comparación con el Ojo, que palpitaba con más fuerza, desesperado, a lo largo de su nervio umbilical.

Tiene hambre, descubrió Ramona. No es tan fuerte como antes. Dio un paso adelante, acercándose furtivamente a él. No es tan fuerte como hace unos momentos, y ni siquiera entonces era tan fuerte como aquella noche en la caverna.

Ante ella, Hesha seguía haciendo progresos con Leopold y Bell seguía forcejeando con la farola rígida que lo envolvía... y había empezado a doblarla. En

cuanto consiguió dejar un espacio lo bastante ancho como para poder pasar por él, se levantó, cogió su arma y disparó. La bala se hundió en el centro del pecho de Leopold, que cayó de espaldas y quedó tendido en el suelo con un enorme agujero de carne abrasada. Aunque aún no había sido derrotado, estaba herido.

La mente de Ramona revivió las imágenes de aquella otra noche: una oleada tras otra de Gangrel que se dirigían a la muerte, monolitos que entraban en erupción y balsas de roca fundida. Esta noche había algo diferente. Algo que permitía que dos Vástagos magullados fueran capaces de imponerse ante Leopold, ante el Ojo. ¿Por qué no había visto eso antes? Puede que su terror la hubiese cegado, pero era cierto. Ahora, ambos se dirigían hacia él; Heshá con una expresión inescrutable y Theo con una mirada tan roja como la sangre.

Leopold parecía vacilante, inseguro. No se abrieron nuevos fosos ante sus agresores ni ninguna ola de asfalto se alzó para romper sobre ellos. Ramona decidió atacar. Se encontraba detrás de Leopold. Si el extraño plan de Heshá no funcionaba, rompería en pedazos el Ojo y el nervio con sus garras y sus colmillos... pero nunca más volvería a ser prisionera de su miedo, de su pasado.

Mientras corría hacia él, aparecieron unos faros en el fondo de la calle. Un vehículo se acercaba a gran velocidad a Leopold, a Heshá y a Theo, pero Ramona tenía la impresión de que la luz de los faros sólo se proyectaba sobre ella. Vaciló, pero al detenerse, sus oídos captaron un extraño sonido, un sonido que ya había oído antes... el húmedo sonido de la carne al ser rasgada. Asombrada, vio que unos huesos afilados desgarraban la ropa de Leopold: era sus propios huesos, que habían perforado su carne para escapar de su macilento cuerpo. La visión fantasmal... esa debía de ser la razón por la que estaba viendo aquello. No podía ser real. Era imposible que sus huesos pudieran estirarse y salir de su cuerpo.

El coche se aproximaba rugiendo. Se encontraba a dos manzanas de distancia. Una manzana. Ramona corrió, con sangre en el corazón y los nombres de sus muertos en los labios. Pero cuando estaba a escasos metros de Leopold, del nervio fantasma que tenía que seccionar, las costillas del muchacho salieron disparadas y cayeron sobre ella como si fueran un montón de colas de escorpión.

Su cuerpo se quedó inmóvil tras el impacto. Las lanzas de hueso le habían perforado el brazo, el pecho, el estómago y las piernas. Estaba unida a Leopold, atada a él mediante sus huesos, imposiblemente largos. El asombro dio paso a un fuerte dolor y a la enfermiza comprensión del fracaso. Intentaba seguir adelante, pero era incapaz de moverse. Leopold ni siquiera se dignó mirarla. El palpitante nervio estaba cerca de ella, pero la hoja de palma se le había caído de las manos cuando sus dedos quedaron entumecidos, puesto que eran sus nervios, no el del Ojo, los que habían sido seccionados.

Desesperada, miró a Heshá y a Theo... y descubrió que también ellos habían sido empalados. O Leopold les había atacado con su cuerpo o el Ojo había decidido utilizarlo como arma. El pecho de Heshá había sido perforado por una larga lanza de

hueso que lo había atravesado a gran velocidad, mientras que Theo estaba sujeto de un modo similar al de Ramona, aunque las costillas le habían perforado la rodilla, el vientre y los hombros, y otra desaparecía en su labio superior y volvía a salir por un lado de su rostro.

Ramona no podía moverse. Estaba rodeada de farolas dobladas y rotas, cráteres, restos de asfalto y hormigón. Ella, Heshha y Theo eran moscas atrapadas en una telaraña de hueso. Mientras tanto, el vehículo seguía precipitándose hacia ellos, bamboleándose sobre la destrozada calzada. Entonces, cayó en un agujero mucho más profundo que los anteriores y el morro del coche se hundió en el fondo causando un gran estrépito.

En cuanto el motor se apagó y acabaron las reverberaciones del acero triturado, un extraño silencio invadió la calle. Ramona miró impotente a Leopold. Los tres Vástagos a los que estaba unido mantenían derecho su pálido y agotado cuerpo del mismo modo que sus letales huesos les sujetaban a ellos. En ese momento, los únicos sonidos que se oían era la siseante descarga del Ojo, los gemidos de dolor y frustración de Heshha mientras se retorció sobre su lanza y el silbido del vapor que salía del radiador del automóvil.

Entonces, una de las puertas del coche se abrió y apareció entre los escombros una mujer increíblemente bella.

* * *

Victoria se quedó asombrada al ver la devastación que le rodeaba. Había tantos escombros que parecía que la calle había sido bombardeada. Y los huesos de Leopold, débil y paralizado, se habían alargado para empalar a tres Vástagos: Theo Bell, ensangrentado y exhausto, era el que estaba más cerca de ella; había una muchacha cubierta de mugre en el extremo más alejado; y a un lado se encontraba Heshha Ruhadze. Y en el centro se alzaba Leopold, encogido bajo el peso del malvado Ojo que había visto en el boceto que Sturbridge le había llevado a Baltimore.

—Leopold —dijo Victoria con suavidad, mirándolo a la cara (no al Ojo, sino a su cara, a su otro ojo). Buscaba las señales del artista que con tanta desesperación había intentado ganarse sus favores en Atlanta. Buscaba alguna señal de él.

El sire del joven brujo está en el interior de la arcilla.

—Leopold —repitió mientras avanzaba hacia él, dejando atrás a Theo y a Heshha. Ambos la miraron. Heshha forcejeaba y Theo, que acababa de darse cuenta de su situación, intentaba liberarse de los huesos. Victoria se quitó los tacones para poder moverse con más facilidad entre los escombros y siguió acercándose lentamente a Leopold.

Él la miraba, con recelo, con ansia. Victoria se quedó muy cerca de él, tanto que podía oler el ácido que rezumaba del Ojo y caía, siseando, sobre el destrozado asfalto.

—No lo sabía, Leopold —dijo ella—. Tienes que creerme. No lo sabía. Todo

hubiera sido diferente.

Victoria no sabía si le escuchaba, si le entendía, si le creía. Lo único que podía ver era que estaba completamente agotado. Era una concha vacía, un pedestal de carne sobre el que se encaramaba el Ojo. Lentamente, le tendió una mano amable.

—No lo sabía. Soy tu sire.

* * *

Leopold estaba atrapado, enredado entre los pinchos de un árbol espinoso. Ante él, el río rojo discurría por las calles del cementerio del dragón. El profesor se había ido. Había perdido su poder y su sabiduría. Pero ella había aparecido entre el agua carmesí. Leopold no podía recordar si era así tal y como la recordaba. Sus visitas siempre habían sido demasiado fugaces; su belleza era real para su Visión, pero efímera.

Le estaba tendiendo su delicada mano. *Ten cuidado con las espinas*, quería decirle, pero era incapaz de articular las palabras. Ella había formado parte de todas las creaciones que él había dado vida, y su simple presencia evocaba el éxtasis de su obra maestra. Cuánto había luchado, a pesar de que ella no le había brindado su ayuda. Ella se había burlado de él, le había maltratado, le había adulado... pero ahora estaba aquí con él, a punto de abrazarle.

Ella habló, y sus palabras llevaban sangre y miel.

—Soy tu sire.

Acababa de decirle que le pertenecía. Pero en ese instante supo que no era su sangre, sino la de su maestro, la que corría por sus venas. Ella no era su sire, sino su Musa. Pero ahora eso no importaba. Le había dicho que le pertenecía. Serían un solo espíritu durante la eternidad. Y Leopold quedó en paz.

* * *

Ramona apenas veía a la mujer que avanzaba lentamente hacia Leopold. La Gangrel estaba perdida en su propia agonía, tanto física como espiritual. Las lanzas le habían atravesado el cuerpo por cinco lugares diferentes. Había intentado eludir a la muerte. Le resultaba reconfortante saber que en esta ocasión se uniría a ellos, que sentiría el dolor de sus compañeros en su propio cuerpo. No había huido.

Pero había dudado. A pesar de que se estaba quedando sin fuerzas, seguía culpándose. Se había quedado paralizada por el miedo, había esperado a que llegara el momento perfecto... un momento que nunca llegaría. Había intentado eludir a la muerte, pero al menos en esta ocasión se uniría a ellos. Se lo debía.

Volvió a mirar a Heshu. Seguía forcejeando, aunque el hueso que había entrado por su pecho y salido por su espalda se extendía sobre él. Era imposible que pudiera

liberarse de la lanza, pero seguía luchando.

También Theo seguía forcejeando. Podía ver la ira y el odio que brillaba en sus ojos. Una de aquellas costillas se había ensartado en su rostro. Haciendo muecas de dolor, empezó a mover la cabeza hacia atrás. Primero muy despacio y después, a toda velocidad, su piel se deslizó sobre el entrometido hueso. Por lo menos, esa costilla no era demasiado larga. Como era incapaz de mover el resto de su cuerpo, estiró el cuello hacia un lado. Centímetro a centímetro, su rostro empezó ascender por el hueso. Tenía los ojos cerrados. De su boca caían trocitos de dientes... Y por fin consiguió liberarse, pero sólo de ese hueso. Había cuatro más sujetándolo con fuerza.

A Ramona le asombraban la determinación de Heshu y la voluntad de Theo. Seguían intentando liberarse a pesar de que no tenían ninguna posibilidad de conseguirlo. Entonces pensó en la mujer. Estaba tan cerca del rostro de Leopold como ella lo estaba de su espalda e igual de cerca que ella del nervio. Sin embargo, el muchacho no la había atacado. Ramona tenía pensamientos enfrentados: primero se preguntaba si aquella mujer necesitaba ayuda, pero instantes después se sentía molesta porque no hubiera sido atacada. Leopold no le había lanzado postes de metal ni oleadas de asfalto. *¿Y qué hay del ácido?*, pensó Ramona. *Está lo bastante cerca de él como para lanzarle su maldito ácido.*

Ahora la mujer estaba hablando con Leopold. ¡Hablando! Ramona no podía oír lo que le decía. Sólo oía el pitido de sus oídos, que se quejaban del daño que había sufrido su cuerpo. *¡Joder, no hables con él! ¡Arráncale el puto Ojo! ¡El Ojo! ¡Deshazte del Ojo!* Pero la mujer seguía junto a él, hablando con dulzura al monstruo que había destruido a la gente de Ramona. Extendió una mano hacia él...

Eso era más de lo que podía soportar. Ramona empezó a tirar de los palos de hueso que perforaban su cuerpo. El dolor relampagueaba por todas sus heridas. Como tenía el brazo derecho entumecido, ensartado a la altura del hombro, se recostó con fuerza sobre el izquierdo y empezó a inclinarse hacia delante, sujeta por los huesos de Leopold. La hoja de palma (que formaba parte del estúpido plan de Heshu) yacía sobre los escombros, justo a sus pies. Sintió que su piel se desgarraba, que sus heridas se agrandaban. Sus tirantes dedos eran garras afiladas, unas pinzas que se estaban cerrando sobre la gran hoja. ¡La tenía! ¿Pero ahora qué?

Bajó la mirada hacia los huesos que la empalaban, hacia las cinco lanzas de marfil. A pesar del dolor, o quizá debido a éste, esbozó una siniestra sonrisa. *Supongo que ahora tengo cinco agujeros nuevos.*

Y entonces sintió que la rabia le invadía. Theo seguía forcejeando, pero era imposible que tuviera tantas razones para odiar al Ojo como ella. Para odiarlo y temerlo. Ramona evocó los nombres de sus muertos: *Eddie. Jen. Darnell...* y con cada nombre, arremetía contra los huesos de Leopold. Descubrió que eran demasiado largos para conseguir liberarse, así que se preparó para convertirse en su comida y asegurarse de que se atragantaba.

Ronja. Peera Giftgiver. Ramona seguía impulsando su cuerpo, aunque éste

apenas se movía unos milímetros. *Crenshaw. Bernard Fleetfoot. Mutabo.* Una estaca le había atravesado el corazón, el sol quemaba su carne y el ácido devoraba su rostro... y todo ello le había sucedido a la vez. *Lisa Strongback. Aileen chiquilla de Brock. Brant Edmonson. Tanner.* La sangre salía a borbotones de sus heridas y caía al suelo junto al enfermizo y palpitante nervio que extraía energía de la tierra. La sangre de Ramona, sangre que había robado...

Zharon.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, la mano de Ramona se movió hacia delante. Agarró la hoja de palma con la misma seguridad que el dolor, la muerte y el miedo. Ésta atravesó el nervio, sin cortarlo. Ramona no sintió resistencia alguna, así que supuso que había fallado. Tenía que intentarlo de nuevo... pero la hoja pesaba tanto como el plomo en su mano, en su brazo muerto. Los dedos le fallaron y la hoja cayó al suelo. Gritó de rabia.

¿O había gritado la mujer? Ramona no estaba segura. Se había quedado sin fuerzas. Se estaba cayendo... ¿Cayendo? ¿Y los huesos?

Ramona cayó de cara sobre el duro suelo. Al levantar la cabeza vio que los huesos, que parecían formar un camino que conducía hasta el corazón de Leopold, se estaban convirtiendo en cenizas. Y de los tres senderos de ceniza salían disparados hacia el cielo unos rayos dentados, de color dorado, rojo y verde. Durante un instante, las bandas de colores se unieron sobre Leopold, dando paso a una monstruosa aparición: su oscuro rostro era una demoníaca confusión en la que un único ojo sobresalía con malévolamente alegre. Entonces, mientras Ramona seguía observando dolorida, asombrada y aterrada, la figura desapareció y el endeble cuerpo de Leopold también se convirtió en cenizas.

* * *

Theo cayó de rodillas y después hacia delante, golpeándose la cara entre los escombros. Todo su cuerpo agonizaba. Estaba exhausto, pero no podía perder el tiempo. Aún no. Intentó dirigir toda la sangre que pudo hacia su rodilla. Aunque el disparo era doloroso, allí no había nada que necesitara. Además, todos sus dedos parecían funcionar, así que las heridas del hombro podrían esperar. Sentía que todo su rostro estaba desgarrado. *Pero la verdad es que nunca he sido una belleza,* pensó.

Despacio, y de forma inconstante, volvió a ponerse en pie. Escupió los dientes sobre los escombros. Si hubiera sido del ganado, su rostro sangraría a raudales y se estaría ahogando en su propia sangre. Consiguió levantarse. Hessa ya estaba acercándose, tambaleante, a Victoria. La otra muchacha estaba tumbada en el suelo... detrás del lugar que había ocupado Leopold. Ahora sólo había un montón de polvo... no, no sólo un montón de polvo. Allí había algo más allí.

Theo vio que su arma estaba tirada en el suelo y tuvo que hacer enormes esfuerzos para inclinarse y recogerla. Tenía la impresión de que el camino que

conducía a Victoria era más largo y duro de lo que tendría que haber sido. Parecía que todos los agujeros que había en la calle eran profundas trincheras y cada montón de escombros, una montaña. Theo quería darse prisa. Tenía que salir de allí antes de que apareciera la policía o de que el ganado que vivía en los alrededores sintiera curiosidad por ver qué había sucedido ahora que todo estaba en silencio. Pero si le costaba tanto esfuerzo moverse, ¿cómo iba a ser capaz de correr?

—Has regresado —le dijo a Victoria cuando llegó junto a ella y antes de darse cuenta de lo mucho que iba a dolerle el simple hecho de hablar. Se llevó una mano al lado izquierdo de su mandíbula para sujetarla.

Ella no le respondió. La Toreador se limitaba a observar a Heshá, que se había arrodillado junto al Ojo y entre las cenizas de Leopold y estaba sacando un estuche de Kevlar de su mochila. El Ojo, que descansaba sobre los restos del muchacho, era de color púrpura azulado. Ya no palpitaba ni se movía, y una membrana, similar a un párpado, se había cerrado alrededor del conjunto de la esfera. Sin embargo, Victoria no parecía estar interesada en lo que sucedía. Seguía conservando su aristócrata belleza, pero parecía vacía, sin vida... incluso para ser un Vástago.

—El destino nos hace crueles jugadas —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

Theo la miró de reojo.

—Hum, sí... es cierto.

Instantes después, la mujer se giró y, sin siquiera mirar a Theo o saludar a Heshá, se alejó. Parecía haber sido consumida por una gélida cólera, o puede que se tratara de tristeza. Theo no sabía qué le sucedía, pero tampoco le importaba. Se sentía demasiado exhausto como para tener que preocuparse por los sentimientos heridos de una Toreador. No sabía por qué estaba allí ni cómo diablos se las había arreglado para enfrentarse a Leopold. Parecía que había sido el muchacho quien había decidido poner fin a su vida, pero Victoria había conseguido acercarse a él.

Le dijo algo a Leopold, murmuró Theo. Se encogió de hombros. *Algo que funcionó.* Seguía aturdido cuando vio que el Setita se encorbaba sobre su bolsa. *En una misma noche, un Toreador ha estado a punto de matarme y otro me ha salvado.* Movi6 la cabeza.

Heshá descorrió la cremallera del estuche de Kevlar y lo dejó abierto. En su interior había una gruesa capa de barro o arcilla. Absorto en lo que estaba haciendo, alisó la sustancia con sus manos.

Theo levantó su arma e intentó hablar sin mover la boca más de lo necesario.

—¿No estarás planeando llevarte eso, verdad?

Heshá no apartó los ojos del estuche.

—Arconte Bell —dijo educadamente, como si no tuviera un enorme agujero en el pecho—, puede que no hayas sido informado. Si lo consultas con el señor Pieterzoon, sabrás que Lucinde accedió a que fuera yo quien lo tuviera.

—¿Acaso me parezco a Lucinde? —preguntó Theo.

Al oír esas palabras, Heshá se detuvo para mirar a Theo.

—Creo que el Justicar Pascek también firmó el acuerdo.

—Dispara —dijo la ensangrentada Vástago medio incapacitada que avanzaba a rastras hacia ellos. Uno de sus brazos estaba inerte. Había aparecido en algún momento de la batalla y, aunque Theo no recordaba el momento exacto, era consciente de que su presencia había sido muy útil, al igual que la de Victoria.

—Ramona —dijo Hesha, impasible—. Lo has hecho muy bien.

—Que te jodan —gruñó. Entonces miró a Theo—. Dispara. Dispárale si tienes que hacerlo. Dispara. —Estaba enfadada, pero en su voz también había desesperación.

»No creas nada de lo que te diga. Íbamos a destruirlo.

—Ramona —dijo Hesha—. Nunca te he mentado. Lo que te dije fue que me aseguraría de que el Ojo no volvía a causar más daños. Dudo que lo hubiera conseguido sin tu ayuda y no me gustaría que nos separáramos enemistados. De todas formas, voy a quedarme con el Ojo.

Bajo las calmadas palabras del Setita, Theo percibió otro tipo de desesperación: fanatismo. De forma instintiva, intentó calcular la magnitud de las lesiones de Hesha para hacerse una idea de las oportunidades que tendría si decidía recurrir a la violencia. A Theo no le gustaban los acuerdos que se hacían a escondidas, las promesas maliciosas... y menos aún cuando había de por medio un Setita. *Puede que no le hayas mentado, pensó, pero estoy seguro de que tampoco le dijiste la verdad.*

Hesha continuó con su trabajo. Levantó el Ojo con cautela y lo depositó entre la arcilla, asegurándolo bien en su sitio.

—Arconte, puede que desees tratar este asunto con Lucinde o con Jaroslav, pero mientras tanto, tengo que llevar esto a un lugar seguro. —Cerró con cuidado la cremallera del estuche—. Si os sirve de algo, os prometo, a los dos, que nunca más tendréis que volver a enfrentaros a esto. Por cierto, Arconte, si coges un trozo de raíz de azafrán humeante y la presionas con firmeza contra esas heridas, conseguirás que la sangre pueda cerrarlas. No hay otro modo de curarlas.

—Hum —resopló Theo. *De acuerdo, un trozo humeante de eso que has dicho.* Aunque deseaba destruir aquella cosa que había empaquetado Hesha, tal y como Ramona le había suplicado, el arconte había aprendido hacía mucho tiempo que no era él quien tomaba ciertas decisiones—. Adelante. Vete de aquí.

Ramona, demasiado débil para continuar luchando, cayó al suelo. Hesha guardó el estuche en su mochila y se alejó.

CAPÍTULO 57

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 3:52 AM

Una caverna subterránea

Ciudad de Nueva York

Calebros se sentó bajo la oscilante luz del candelabro. Se estiró y sintió que le crujía la espalda, así que decidió tomarse un descanso. Toda la ciudad estaba en guerra, pero la cacería había terminado.

Umberto se lo había comunicado mientras él y Cock Robin barrían la ciudad: el Ojo había sido capturado y Leopold destruido. Pero lo más importante de todo era que Nickolai había desaparecido. De algún modo, Strubridge había sido capaz de seguirle la pista... a Nickolai, que había traicionado a su sangre, y que había asesinado al Justicar Alonso Cristo Petrodon hacía dos años. El mensajero Tremere, exaltado por la victoria, había sido extraordinariamente elocuente. Aunque no lo hubiera hecho a propósito, había mencionado la explosión en el centro de Manhattan y la había relacionado con el golpe final y místico.

Gran parte de los problemas que tanto pesaban en la cabeza de Calebros se habían resuelto. Incluso Cock Robin pareció satisfecho al conocer la noticia, aunque Calebros estaba seguro de que hubiera preferido haberlo destruido con sus manos.

El Sabbat seguía luchando. El Cardenal Polonia en persona estaba arrasando a los Vástagos. Nada más regresar, Calebros había enviado a Emmett con la mayoría de los grupos de caza a Throgs Neck. Si conseguían derrotar a Polonia, aunque seguirían sin tener el control de la ciudad, la Camarilla estaría mucho más cerca de conseguirlo.

El propio Calebros se había tomado unos minutos para saborear el exitoso trabajo que habían llevado a cabo infinitos compañeros de clan durante tantos años. Pronto, él y Cock Robin seguirían a Emmett para ver en qué podían ayudarle. No disponía de tiempo para retirarse al lago, pero se sentía cansado y hambriento, así que se levantó de su escritorio y siguió un túnel distinto, apenas transitado.

Como siempre, le oyeron acercarse y empezaron a aullar y a gritar de placer. El olor de la larga y estrecha sala era muy fuerte y muy parecido al del antiguo: sudor, olor corporal y desperdicios. Los habitantes envolvieron con sus delgados dedos los barrotes de sus celdas y jaulas provisionales y empezaron a moverlos. Muchos corrían de un lado a otro dentro de sus limitadas prisiones. Calebros era incapaz de reprimir un sentimiento de nostalgia cada vez que observaba la dura realidad de las perreras.

La mayor parte de los hijos que estaban en aquellas jaulas habían olvidado absolutamente todo sobre sus antiguas vidas. Calebros pensaba que era mejor así... y también lo había pensado Augustin antes que él. Era mejor que los pocos, los más

fuertes, que serían llevados a la sangre no tuvieran un pasado que anhelar, que el paso de los años fuera eliminando sus recuerdos. De esta forma, el Abrazo se convertía en un verdadero don y el lugar que pasaban a ocupar en el clan era el único. Pero a pesar de todo, en ocasiones, Calebros sentía un ligero pesar y anhelaba aquellos recuerdos distantes y macilentos de lo que hubiera podido ser.

Pero cuánto más difícil sería que te sacaran del mundo mortal y te llevaran a rastras a este lugar, para no volver a ver jamás la luz del sol.

Avanzó por la hilera de celdas. Los barrotes de hierro forjado se hundían profundamente en la piedra, mientras que las jaulas de acero estaban encajadas en armarios o atadas a la pared posterior. En todas ellas había ojos que le miraban con expectación. Todos deseaban ser elegidos... ser alimentados o proporcionar alimento.

Calebros se detuvo ante una de las jaulas y el muchacho (parecía ser un muchacho) pasó la mano entre los barrotes. Calebros le cogió con fuerza del codo. El muchacho sabía que tenía que cerrar el puño y apretar. Calebros esperó todo lo que pudo. A medida que se iban marcando las venas de su huesuda muñeca y del antebrazo, su deseo y su hambre fueron en aumento. El muchacho intentaba mantenerse inmóvil, pero uno de sus pies rebotaba contra la parte posterior de su celda. Gruñó y gimió expectante y, cuando Calebros no pudo seguir controlándose, le desgarró el brazo.

El mundo se convirtió en un caótico estruendo. Los hijos y los jóvenes aporreaban las paredes, gemían y golpeaban el metal. Un chorro de sangre apareció en la boca de Calebros. Sentía fuertes palpitaciones en las sienes e intentó silenciar los sonidos externos. En este lugar, rodeado de unos seres semihumanos que, si tenían suerte, se unirían a él en el futuro, se sentía completo. Recordaba la época en la que los colmillos de Augustin engullían su sangre; también recordaba el momento en que acompañó a su sire cuando Emmett fue elegido. La sangre fluía en su interior, por su cuerpo. ¿Cuál de esas larvas humanas demostraría alguna noche que merecía unirse al clan, para que el círculo continuara...?

De pronto, Calebros dejó de beber. La sangre palpitaba en su rostro, se deslizaba por su mejilla. Ausente, lamió la herida del muchacho, curó la carne y salió a toda prisa de las perreras. El aullido le siguió por el túnel, pero él no lo oía.

El círculo... ¡El círculo!

Corrió hasta su escritorio y buscó entre los papeles la carpeta que necesitaba: los informes de Jeremiah sobre su estancia con Anatole. Mientras tanto, las palabras seguían dando vueltas en círculo por su mente: *Uno en un minuto y uno en una hora.*

Allí estaba la carpeta. *¡Un círculo, estúpido, un círculo!*, se recriminaba a sí mismo. *En la esfera de un reloj... el segundero hace uno en un minuto, y el minuterero hace uno en una hora.* Pasó las páginas con furia hasta que encontró la anotación que buscaba: *Anatole coloca sus manos en el interior de sus sandalias y, a continuación, frota las suelas entre sí.* Eso era una parte de lo que buscaba, pero no estaba todo. Acabó de leer la página, pasó a la siguiente y lo encontró: *... constantemente frota sus*

sandalias en círculos, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

El Profeta le estaba conduciendo hacia algún lugar. *Recorre una milla en cuestión de segundos para entregar mi palabra.* ¿De forma literal? Era poco probable. El Profeta no era tan directo. Quizá se trataba de una progresión. *Recorre una milla... ¿con los zapatos de tu enemigo? ¿Sandalias, en este caso?* No, el tema de las sandalias ya estaba solucionado. ¿Se habría saltado algo? ¿Y qué tenían que ver los segundos con esto? ¿Otra referencia al reloj?

... *Segundos para entregar mi palabra.* ¿Sería un mensaje? ¿El acertijo era una especie de mensaje o había un mensaje en el enigma?

Impaciente, Calebros pasó más páginas. ¿Adónde le estaba llevando Anatole? ¿Adónde se había llevado el Profeta al pobre Jeremiah? ¿Jeremiah habría registrado los detalles correctos? Por supuesto que sí. Seguro que Anatole lo había visto, seguro que el Profeta sabía lo que iba a suceder. Había sabido que Jeremiah le seguiría incluso antes de que Calebros se lo ordenara. Anatole había plantado semillas en la catedral con Donatello, y éstas crecerían y darían su fruto con Jeremiah más adelante.

Segundos... palabra...

Calebros siguió examinando los informes. *Anatole empieza a frotar sus sandalias. Cuatro segundos, cambia de dirección. Un minuto cuarenta y cuatro segundos, cambia de dirección...*

—¡Segundos! —dijo Calebros en voz alta. Anatole sabía que Jeremiah lo estaba cronometrando... sabía que lo cronometraría. Calebros tenía que olvidarse de la cronología, porque las relaciones casuales y temporales no existían necesariamente para el Profeta. Plantar las semillas para el fruto que sabía que necesitaría...

Tenía que encajar. Jeremiah había cronometrado el tiempo que pasaba frotando las sandalias, lo había medido en segundos. ¿Pero cómo podían entregar los segundos palabras? Debía de tratarse de un mensaje. No, no era un mensaje, sino una letra. La respuesta tenía que estar ahí. Segundos. ¿Qué tenían que ver los segundos con una letra? ¿Y que tenía que ver el hecho de que Anatole frota sus sandalias?

Cuatro segundos, cambia de dirección. Un minuto cuarenta y cuatro segundos, cambia de dirección. Calebros deslizó el dedo por la página hasta llegar a las notas que había tomado la otra noche: *Cuatro segundos, cambia de dirección. Un minuto cuarenta y cuatro segundos, cambia de dirección.* Éstas eran las primeras mediciones de tiempo que registró. Estaban seguidas por otras muchas, y todas ellas oscilaban entre los cuatro y los cuarenta y cuatro segundos. Tenía que significar algo que fueran prácticamente idénticas. Pero Calebros blasfemó cuando vio las de la noche siguiente: *Un segundo, cambia de dirección. Veintiséis segundos, cambia de dirección.*

Calebros intentaba descubrir el patrón que seguían. La mayoría de los registros eran de cuatro segundos seguidos por un minuto cuarenta y cuatro segundos. Pero con frecuencia, y al parecer de forma aleatoria, aparecía aquella substitución de uno y veintiséis, y en las noches siguientes, todas las mediciones seguían este orden: 1—26

—1—14—1—14—7—5—12...

¿Será una combinación?, se preguntó. ¿Una relación matemática? Uno y veintiséis, cuatro y cuarenta y cuatro. Empezó a anotar los números. Uno cuarenta y cuatro podía dividirse entre cuatro... treinta y seis veces. ¿Tendría eso algún significado? ¿Treinta y seis meses? ¿Tres años? ¿Iba a suceder algo dentro de tres años? Los números empezaron a dar vueltas en su mente, entonces... *no era uno cuarenta y cuatro. ¡Eran segundos! Un minuto cuarenta y cuatro segundos son ciento cuatro segundos, no ciento cuarenta y cuatro.* Y ciento cuatro dividido entre cuatro eran veintiséis.

Triunfante, Calebros golpeó la mesa con su pluma. A pesar de que los números iniciales eran diferentes, la proporción era de uno a veintiséis. *¿Y que tiene en común el veintiséis con una letra? ¡Cada letra es una de veintiséis!* Rápidamente, Calebros empezó a elaborar un cuadro a lo largo del margen del informe: 1=A, 2=B, 3=C... ¡Las cuatro noches eran simplemente múltiplos!

Y ahora la última línea del acertijo, *¿Por dónde voy?* Qué dirección. Jeremiah ya había registrado los cambios de dirección. Significaba que terminaba una letra y empezaba la siguiente.

Rápidamente volvió a leer el informe, reuniendo todas las mediciones de tiempo que Jeremiah había anotado. *¿Y si se había dejado algo? ¿Algo vital? Ah, el Profeta se habría asegurado de que eso no sucedía. Será mejor que eche un vistazo a lo que hay aquí, aunque...*

Calebros no tardó demasiado en ver cómo se convertían los números en letras, y éstas en palabras y éstas, en frases. Tampoco tardó mucho más en ser consciente de que tenía que buscar a Cock Robin... inmediatamente. No podía perder ni un segundo.

TERCERA PARTE
EL PRINCIPIO DEL FIN



CAPÍTULO 58

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 4:41 AM

Debajo de Manhattan

Ciudad de Nueva York

Sus miradas inquietas y sedientas de sangre seguían todos y cada uno de sus movimientos. Sobre todo la mirada del silencioso. Pug podía sentir que le observaban y, aunque sabía que su odio no iba dirigido a él, no lograba tranquilizarse. Ya les había llevado mucho más lejos que nadie, pero si ahora fracasaba, si perdía el rastro, aplacarían su sed de venganza con otro... por ejemplo, con él.

Calebros le había conducido hasta el hotel que seguía ardiendo. Su jefe tenía que estar terriblemente desesperado para hacer eso, pero lo había hecho por el justicar, que no descansaría hasta que todo esto acabara. Después de dos noches de caza implacable, Pug pensaba que preferiría haberse quedado con Hilda, aquella mujer tan extraña, buscando a Jeremiah. En el hotel, Pug y Calebros se habían mantenido alejados de los equipos de bomberos que, al igual que el humo y el agua, estaban por todas partes. Los pisos que Calebros deseaba comprobar habían sido arrasados. No quedaba mucho de ellos. Pug no había sido capaz de captar ningún aroma. Se marcharon sintiéndose derrotados, y allí tendría que haber acabado todo.

Pero Pug había encontrado el rastro. Lo había encontrado allí donde nadie lo esperaba, en el lugar en el que se habían congregado debajo del hotel. Mientras Calebros y el silencioso intentaban decidir qué hacer a continuación, Pug había advertido aquel olor tan familiar, el aroma de la fotografía. Había estado allí y se había alejado por los túneles. Había estado allí y seguía alejándose.

Avanzó lentamente, con cautela, acercándose a una rejilla de canalización de aguas de tormenta. A través de aquella escotilla metálica entraban infinitos olores del caótico mundo de la superficie y Pug quedó envuelto en aquella oleada de estímulos rivales: la basura de la calle, envases de comida, orina vieja, aceite de motor, los eternos humos que salían por los tubos de escape que todo lo invadían. Pug vaciló, dudó, titubeó. ¡El hilo que estaba siguiendo era tan débil...!

—Concéntrate, Pug —dijo la forma de Calebros a sus espaldas. Comprendía que le sucediera eso, pero se sentía ansioso, impaciente.

El silencioso observaba, echando chispas por los ojos y chasqueando las dentadas uñas de sus dedos. Aquel sonido hizo que se le erizara el vello de la nuca, como si un ejército de arañas estuviera subiendo por su espalda. Deseaba que los demás no pudieran oler su miedo, pero sabía que el silencioso ya lo había hecho.

¡*Concéntrate, Pug!*, se repitió a sí mismo las palabras de Calebros. Los extraños olores, las arañas que escalaban por su mente... ¡*Concéntrate!* Intenta separarlos.

Entonces oyó unos pies que se arrastraban nerviosos detrás de su antiguo. Sus compañeros también estaban nerviosos ante la presencia del silencioso, el monstruo entre los monstruos. Deseaban con todas sus fuerzas demostrarle lo que valían, formar parte de esta venganza... pero ninguno de ellos podía rivalizar con su ferocidad.

Pug volvió a encontrar el rastro, avanzó, sintió el principio del suspiro colectivo a sus espaldas y, al instante, volvió a perderlo. El túnel se dividía un poco más allá de las rejillas por las que entraba el agua... su presa debía de saberlo, y esa era la razón por la que se había arriesgado a acercarse tanto a la superficie. El aire que entraba por aquellos conductos mezclaba los olores y los confundía entre sí.

El silencioso dejó escapar un gorjeo profundo y gutural. Era un sonido sumamente inquietante.

—¿Por dónde, Pug? —le apremió Calebros.

—No... no lo sé.

—Tienes que saberlo —respondió Calebros con serenidad—. Tómame tu tiempo. Toma.

Se llevó una mano al bolsillo, sacó una bolsa de cremallera doblada y se la tendió.

Pug abrió la bolsa con cuidado y olisqueó la fotografía que había en su interior... en ella aparecía un atractivo joven del ganado; era el antiguo justicar antes de su cambio, antes de su primera muerte. El retrato no era de su presa, pero su presa había visto esa fotografía, la había tocado y había dejado en ella su aroma. Eso sucedió hacía mucho tiempo, tanto que ningún sabueso normal y corriente podría captar el olor... tanto que a Pug le resultaba difícil detectarlo, incluso sin la distracción del viento y los olores que llegaban desde la superficie. Tras devolverle la bolsa, cerró los ojos y se tapó los oídos, intentando ignorar la brisa que le abofeteaba en la cara para poder concentrarse en la abundancia de olores que traía consigo el aire. Intentaba, lo mejor que podía, no oír ni sentir el inquietante gorjeo que emitía el silencioso mientras esperaba los resultados...

Allí. El túnel de la izquierda. A medida que avanzaban, Pug caminaba más deprisa, se sentía más seguro de sí mismo. El túnel se volvió a dividir, pero apenas se detuvo antes de tomar la bifurcación de la izquierda. El apremio de sus compañeros de clan lo impulsaba hacia delante. Su creciente confianza sólo era superada por la sensación de alivio que tenía por no haber fallado a aquellos que dependían de él. Todavía.

Seguía habiendo aromas rivales, olores que le distraían y amenazaban con ocultar el verdadero camino, pero Pug estaba dispuesto a continuar con el reto. Tenía el rastro. Percibía el olor del Vástago al que perseguían y sentía que no iba a volver a perderlo. Aquel olor volvía a ser normal, natural. No como antes, en la rejilla por la que entraba el agua. Allí había algo... que no iba bien. A pesar de los olores que transportaba el viento desde la superficie, no era normal que le hubiera resultado tan difícil percibirlo. Nunca habría tenido que estar tan cerca de perder el rastro y no

encontrarlo. No tendría que haber necesitado oler de nuevo la fotografía. Quizá, el Tremere al que estaban siguiendo se había detenido para intentar ocultar sus huellas... y había estado a punto de conseguirlo.

Lo único que importaba era que había vuelto a encontrarlo. Ahora, cuando todo había pasado, Pug se sentía disgustado consigo mismo por haberse puesto tan nervioso. Si hubiera fracasado no le hubieran arrojado a las perreras... por lo menos, suponía que no lo hubieran hecho. Pero todavía no había terminado. Ellos seguían allí, avanzando tras él. El silencioso, Calebros y todos los demás. Aún dependían de él...

Concéntrate, se recordó, pues no deseaba quedar atrapado, sin necesidad alguna, en la sobrecogedora presión de esos otros pensamientos, de ese terreno resbaladizo.

Los condujo hacia las profundidades de las alcantarillas, lejos del mundo de la superficie. Ahora seguía el rastro con suma facilidad, como si su presa hubiera desenredado un ovillo de hilo a medida que avanzaba para que le siguieran. El Vástago no había recurrido a ninguno de los trucos habituales para ocultar su paso: no había vadeado las partes más profundas de la alcantarilla cuando había una ruta seca alternativa; no había intentado camuflar su olor con basura ni con los restos que había en ella. Era como si pensara que, como ya había conseguido llegar hasta aquí, podría regresar a casa salvo y salvo. Como si creyera que con la trampa de la rejilla bastaría. Pero no había contado con la presencia de Pug.

Concéntrate, volvió a repetirse. Fuera cual fuera el truco que había utilizado el Vástago en la rejilla, había estado a punto de funcionar y podía intentarlo de nuevo. Tenía que tratarse de magia. Aquella trampa le había dado demasiados problemas, así que estaba seguro de que había recurrido a la magia. *Concéntrate*.

Escasos minutos más tarde, Pug, con la nariz prácticamente pegada al suelo, estaba tan sumamente concentrado que no advirtió los pies que se aproximaban a él desde la oscuridad. Sólo en el último segundo se dio cuenta de que una tubería de plomo se abalanzaba sobre su cráneo. De pronto, todo estaba confuso.

Levantó la mirada en el mismo instante en que la tubería caía sobre él, golpeándole en el ojo derecho y a lo largo de esa mejilla. La oscuridad del túnel pronto fue reemplazada por brillantes destellos de luz. Entonces, Pug se desmayó.

Gritos. Había gritos en la distancia, amortiguados, incoherentes. Estaba saboreando sangre... su propia sangre o lo que parecía su propia sangre. Sin embargo, aquel sabor pronto quedó diluido por otro más rancio. Abrió los ojos... intentó abrirlos, pero no estaba seguro de haberlo conseguido. La oscuridad se precipitaba sobre él.

Unas manos lo agarraron. Pug intentó apartarse, protegerse de nuevos golpes, pero sus movimientos eran torpes. Las manos lo apresaron, oprimieron con fuerza su débil estómago y tiraron de él con brusquedad. Era incapaz de oponer resistencia. Agua. Le estaban sacando del agua.

Lentamente consiguió orientarse. Había caído al canal de la alcantarilla. *Eso sí*

que es una caída tonta, pensó distraído. No, no había sido una caída tonta, recordó. La tubería.

La batalla continuaba un poco más lejos, en el pasadizo hacia el que le estaban remolcando sus tres compañeros de clan. Pug vio, durante unos instantes, que el ancho rostro de Calebros arrancaba con sus enormes colmillos un trozo del hombro de su agresor. El silencioso era una confusión de movimientos violentos; sus garras desgarraban y rasgaban. El resto de los Nosferatu atacaban con ferocidad, sin clemencia. Había varios cadáveres en el túnel.

Pug y sus rescatadores se agacharon cuando un proyectil pasó sobre ellos. Era un brazo, cuya mano aún sujetaba una tubería de plomo. El brazo aterrizó en la suciedad del agua y el peso de la tubería hizo que la extremidad se sumergiera.

A medida de que sus sentidos se iban despejando, Pug se dio cuenta de que los enemigos no estaban teniendo demasiada suerte. Aunque estaban inmersos en la batalla, sus agresores se movían de forma letárgica y sus tuberías y trozos de madera raramente acertaban en sus objetivos, porque los Nosferatu se movían como una exhalación, asestando un golpe tras otro. Pug nunca había visto a Calebros moviéndose con tanta rapidez, y también le sorprendió la fuerza de sus ataques. Cada golpe que asestaba el antiguo era una hoz de destrucción. Los cadáveres se iban amontonando.

Y de pronto, todo acabó con la misma rapidez con la que había empezado, incluso antes de que Mike y Paulie acabaran de sacar al aturdido Pug del agua y lo dejaran en el pasadizo. Algunos de sus compañeros de clan estaban saqueando los bolsillos de los escasos cuerpos que quedaban relativamente intactos.

—¿Qué estaban haciendo aquí? —preguntó Pug a nadie en concreto, mientras retorció su ropa para eliminar parte del agua.

—Estaban muertos. Ya estaban muertos —dijo la voz calmada de Calebros. Oisqueó una de sus garras, sacó su gris y granosa lengua y probó un poco de la carne que había a sus pies. A continuación asintió, confirmando sus palabras.

Pug observó los cadáveres que se extendían a su alrededor... y que en su mayoría estaban rotos en pedazos. Resultaría difícil reconstruirlos para saber, con exactitud, cuántos agresores había. Como mínimo siete u ocho, ¿o quizá una docena? Sin embargo, a pesar del grado de desmembramiento, había poca sangre.

—¿Vástagos? —preguntó.

—No —respondió Calebros—. Poco más que cadáveres.

Los Nosferatu habían acabado de saquear los cuerpos y habían cogido todo aquello que consideraban de valor: zapatos, ropa, monedas, empastes. Un gorjeo siniestro y gutural indicó que el silencioso se sentía impaciente por continuar. La deforme cabeza de la criatura, con su barbilla dilatada que recordaba la de un ave, evocó en la mente de Pug la imagen de un buitres. Sin embargo, al mirar sus gélidos y pálidos ojos, Pug supo que el justicar no sólo se contentaba con encontrar carroña. Deseaba crearla.

—Será mejor que nos dirijas —dijo Calebros.

Pug asintió. Se sentía aliviado de poder concentrarse en algo que no fuera aquel tipo silencioso.

CAPÍTULO 59

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 4:46 AM

El Eje

Ciudad de Nueva York

Ahora entendía la razón de que se llamara así: «El Eje». Era un túnel aproximadamente tan ancho como dos coches en el punto en el que comenzaba, justo debajo del nivel de la calle en Brooklyn. La pendiente era pronunciada desde el principio, pero unos metros más adelante descendía de forma abrupta y, a partir de ese momento, seguía bajando casi en vertical. Había escaleras, salientes, peldaños tallados y asideros a lo largo de todo el camino... y más túneles, cientos de ellos, que se extendían por todas las direcciones desde el eje central. Hilda se había enamorado de aquel lugar en el mismo momento en que lo vio. Pug la había traído hasta allí hacía dos noches, mientras buscaban a Jeremiah. Habían regresado la noche anterior, pero aún quedaban cientos de sirios en los que buscar. Un Vástago podía pasar vidas enteras aquí abajo y ser incapaz de explorar todos los túneles. Si Jeremiah se había perdido cerca del Eje, había muchas posibilidades de que nunca lo encontrarán.

Eso era lo que Pug le había dicho la noche anterior y Hilda sabía que tenía razón. Sin embargo, esa noche habían ordenado a su compañero que se uniera a la cacería y ella había decidido regresar. No le importaban en absoluto la cacería ni el Sabbath. Petrodon había sido un hijo de puta y los miembros del Sabbath no la habían tratado mucho mejor que los tipos de la Camarilla. Así que allí estaba.

Pero nunca había imaginado que tropezaría con alguien más.

Ya llevaba unas horas en el eje cuando lo oyó, a lo lejos, aproximándose desde la misma dirección por la que ella había llegado. ¿Sería una coincidencia? ¿En un lugar en el que cientos de túneles y pasadizos giraban sobre sí mismos y se bifurcaban? Era poco probable.

Durante unos instantes pensó en esconderse, pero prefirió coger una enorme roca de entre los escombros del túnel. Aunque sabía que podía tratarse de un amigo, consideraba que no debería haberla seguido, así que le asestó un golpe en la cabeza en el mismo instante en que dobló la esquina. Era un tipo bastante grande y debía ser cierto lo que decían de los tipos grandes, porque cayó al suelo con bastante fuerza.

El hombre permaneció un rato en el suelo, aturdido. A pesar del viejo traje que llevaba, Hilda pudo ver su sarnoso pelaje gris y marrón. Estaba completamente inmóvil, excepto por sus enormes ojos negros, en los que no había ninguna zona blanca, que parpadeaban con rapidez. En vez de nariz tenía una cavidad nasal y el más largo de sus dientes dentados sobresalía por encima del labio. Tras gruñir durante unos minutos, el tipo consiguió incorporarse lo suficiente como para quedar sentado.

—Tú debes de ser Hilda, ¿verdad? —dijo algo mareado.

—Culpable de lo que se me acusa, chico guapo.

El hombre se frotó la cabeza mientras le lanzaba una mirada lujuriosa.

—Me gustaría que una chica me ayudara a cascármela.

—Lo que te voy a cascar es la cabeza. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dando una vuelta por el vecindario?

—Soy Marston Colchester. Gracias por preguntar.

—Sé quién eres. Estás con los de Baltimore. Te he visto por la madriguera.

—¿Y a pesar de saberlo me has atacado?

—He dicho que te he visto por la madriguera, no que me caigas bien.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó Colchester. Ella le ofreció la mano y le ayudó a levantarse. Advirtió que sus fríos dedos se demoraban entre los de ella—. Por cierto, no te estaba siguiendo. Jeremiah y yo estábamos de regreso. Pug nos dijo que estaría por aquí. He visto que había alguien y me he acercado a echar un vistazo.

Agarró a Hilda por el trasero y sonrió, esperando su reacción...

Y pareció sorprendido cuando Hilda le cogió de la entrepierna.

—Hum —dijo Hilda—. Debe de ser la hora de la siesta al sur de la frontera.

Colchester se apartó de un salto.

—Bueno... ejem... Sobre Jeremiah...

Hilda se acercó más a él.

—¿Qué pasa, bomboncito? ¿No irás a echarte atrás ahora, verdad?

Pero aquel hombre ya había cambiado de opinión.

—Como te he dicho, Jeremiah y yo estábamos regresando.

—Una vez tuve un Rambler. Los asientos eran totalmente reclinables.

—Hum... Pug dijo que quizá...

Hilda volvió a golpearle la cabeza con la piedra. En cuanto Colchester cayó al suelo como si fuera una carga de ladrillos, la mujer se abalanzó sobre él y empezó a arrancarle el traje. Sin parar de restregarse contra su abdomen se desabotonó la blusa, que era tan pequeña que a duras penas conseguía mantenerse cerrada. Su abundante carne cayó rodando sobre el rostro de Colchester.

—Dios mío, he muerto y he ido al cielo —murmuró éste, debajo de ella.

Hilda acercó una mano a su entrepierna y sujetó con fuerza un apéndice sorprendentemente túrgido.

—Supongo que la siesta ha terminado, ¿eh chico listo? —Pero entonces descubrió que aquel apéndice no era de su amigo, sino que se trataba de un zarcillo carnoso que se había enrollado por su pierna hasta llegar a la cintura—. ¿Qué diablos...?

De pronto, los zarcillos estaban por todas partes, azotándolos como si fueran terribles mangueras de goma. Hilda se puso en pie de un salto, pero sus piernas estaban atrapadas, al igual que sus brazos y su cuello. Los zarcillos la derribaron y la arrastraron por el suelo del túnel hacia el abismo central. Colchester forcejeaba, pero Hilda era incapaz de verlo, porque se había convertido en una momia envuelta en

carne, no en tela.

Hilda empujó y pegó patadas, pero no consiguió liberarse. Al final, lo único que pudo hacer fue gritar. Y sus gritos, al igual que Hilda, se fueron desvaneciendo a medida que caía por el Eje.

CAPÍTULO 60

Sábado, 13 de noviembre de 1999, 5:50 AM

Debajo de Manhattan

Ciudad de Nueva York

Aunque Pug continuaba dirigiendo a sus compañeros, éstos ahora lo seguían muy de cerca y acercaban con frecuencia la cabeza al suelo, como si pudieran distinguir el rastro. Mike Tundlight, Pauline y los demás parecían haber olvidado el miedo que sentían hacia Cock Robin. Todos se mantenían juntos. Cada vez que Pug aceleraba el paso, los nueve Vástagos corrían un poco para no quedarse rezagados. Les apremiaba su sed de venganza.

A Calebros le enorgullecía que confiaran tanto en él... ¿o confiaban en las palabras del Profeta? *El mago no arde, pero busca la paz entre los muertos.* Ése era uno de los muchos mensajes que había dejado Anatole... mejor dicho, una de sus profecías, puesto que las había dado a conocer mucho antes de que sucedieran los acontecimientos. Había preparado a los mensajeros y, a continuación, los había enviado hacia Calebros. ¿Podía tratarse de una simple cuestión de suerte que el jefe de la madriguera hubiera descifrado los mensajes hoy, sabiendo que si hubiera tardado una noche más ya habría sido demasiado tarde? Calebros nunca había creído en las coincidencias pero, después de haber quedado atrapado en el despertar del Profeta, estaba convencido de que nunca quedaba nada al azar. Estaba seguro de que existía una razón por la que había desentrañado los mensajes ocultos justo después de haber recibido la nota de Sturbridge. En ella, la regente le informaba de que Nickolai había sido destruido en un gran incendio, pero no le había aportado ninguna prueba. Y entonces recordó la profecía: *El mago no arde...* A Calebros le resultaba más sencillo aceptar los desvaríos crípticos de un demente que las insulsas afirmaciones de un Tremere.

De todas formas, seguía sin estar seguro. No lo estaba cuando avisó al justicar y reunió a todos los Nosferatu que no habían sido enviados a Throgs Neck. Tampoco lo estaba cuando Pug encontró el rastro del olor bajo el hotel en llamas. Había demasiadas posibilidades de que se estuviera equivocando, demasiadas probabilidades de fracasar.

Sin embargo, en cuanto los cadáveres les atacaron no le quedó ninguna duda. No eran Vástagos, sino cadáveres andantes. Taumaturgia. Magia de sangre.

Al parecer, sus compañeros también se habían dado cuenta de que sus dudas habían desaparecido. Cock Robin había presionado a Pug de forma más implacable y el muchacho, dicho sea en su honor, había hecho progresos. Todos habían seguido sus indicaciones con la máxima rapidez, y ahora estaban llegando a un lugar conocido, a

un lugar que no le sorprendió demasiado.

Pug hizo un alto en el camino y el grupo de caza al completo también se detuvo. El túnel acababa delante de ellos en una recia puerta de madera. Delante de la puerta se alzaba un Nosferatu al que Calebros conocía. El jefe de la madriguera se giró y le hizo una señal a Mike que, al instante, cogió a dos de sus hombres, Thurston y Diesel, y retrocedieron por el camino por el que habían llegado.

Abe Morgenstern, que arañaba la porquería del suelo con los dedos de los pies, se inclinó en silencio.

—Buenos días a todos —dijo nervioso—. Sed bienvenidos a mi morada.

Tenía la cabeza pequeña, demasiado, como si los jíbaros le hubiesen capturado pero no hubieran podido terminar el trabajo. Aunque Morgenstern era un *antitribu*, entre los habitantes de las alcantarillas eso no significaba que tuviera que morir. Se podían aprender muchas cosas hablando con un enemigo y, en ocasiones, incluso se podía intercambiar información con él.

Pero aquella noche, Calebros y sus cazadores no estaban de humor para hacer transacciones.

—Sabes que lo detendremos —dijo Calebros, evitando las falsas apariencias y la buena educación.

Toda la cabeza de Abe, que era poco más que un cráneo recubierto de piel muy tirante, se puso colorada.

—No está... Estoy seguro de que no sé qué...

Cock Robin se puso delante de Calebros y, de un simple arañazo con sus afiladas garras, abrió en canal a Abe. Cuando el justicar lo apartó hacia un lado, el rostro enrojado de Morgenstern reflejaba una expresión de sorpresa, más que de dolor. Entonces, el antiguo advirtió un extraño sonido, como si un coro de uñas estuviera arañando la piedra. El sonido era débil, pero no distante.

No había tiempo que perder. Mientras Morgenstern caía sobre sus rodillas e intentaba meter de nuevo sus marchitos intestinos en la barriga, oyeron gritos y ruidos de pelea al otro lado de la puerta. De un puñetazo, Cock Robin la dejó reducida a astillas y los Nosferatu corrieron hacia el interior.

Tras echar un rápido vistazo a la primera habitación, que era un ensanchamiento del túnel repleto de cajas y basura, corrieron hacia la siguiente. Thurston estaba en el suelo, retorciéndose y sacudiéndose de forma espasmódica. Le salía sangre de las orejas y la nariz... sangre hirviendo. Mike y Diesel estaban forcejeando con otro Vástago, un hombre de mediana edad que no tenía un aspecto físico tan imponente como el de sus contrincantes. Pero la hirviente sangre de Thurston confirmaba que había magia en el aire.

Nickolai, pensó Calebros. *El asesino que llevo tanto tiempo buscando.*

—¡Ríndete, Tremere! —gritó Calebros. Tenía que hacerle tantas preguntas, tenía que sacarle a la fuerza tantos secretos... Mike y los demás habían formado un círculo a su alrededor para impedir que escapara, pero aún no habían conseguido reducirlo.

El Vástago respondió a Calebros con una sonrisa de desdén y acercó una mano al pecho de Diesel. Al instante, éste echó la cabeza hacia atrás mientras abría la boca para gritar de dolor, pero apenas logró emitir un débil gorjeo. Entonces, por su boca empezó a salir sangre burbujeante que se deslizó por todo su cuerpo. Mientras caía al suelo, Mike siguió forcejeando con Nickolai, pero éste le agarró del brazo y proyectó sobre él una etérea luz de color esmeralda. En cuestión de segundos, el brazo se arrugó hasta marchitarse. Mike gritaba sin parar.

Con una rapidez que incluso a él le sorprendió, Calebros trepó por las cajas y cajones que había por toda la habitación para impedir que el Tremere escapara. Mike se alejó tambaleándose de Nickolai, apoyando su brazo lisiado contra su cuerpo. Cock Robin y los cuatro Nosferatu que tenía detrás se aproximaron de forma amenazadora.

—¡Ríndete! —ordenó Calebros de nuevo. Hablaba con rapidez, antes de que atacara de nuevo—. Ya has conseguido lo que querías: tus compañeros de clan creen que has sido destruido.

El mago no arde, pero busca la paz entre los muertos.

—No van a venir a buscarte —continuó—. Sé que escapaste del hotel; escapaste de ellos.

Hacía largo tiempo que Calebros quería vengarse de él, pero ahora que había llegado el momento, se había dado cuenta de que deseaba con más fuerza conocer las respuestas. ¿Cómo actuaba el asesino? ¿Cómo había logrado arrastrar a Leopold y Benito?

—¿Que me rinda? ¿Para que pueda responder a tus insignificantes preguntas, bestia miserable? —se burló Nickolai—. No pienso hacerlo. El mundo está mejor sin el patético Petrodon... y estará mucho mejor sin ti.

Extendió una mano hacia Calebros, pero el Nosferatu fue más rápido y logró apartarse de su camino.

Pero al moverse, la salida quedó libre y Nickolai corrió hacia ella. Calebros no podía mantenerse alejado del alcance mortal del brujo y evitar que escapara, así que se abalanzó sobre el Tremere, y Pug y Paulie lo imitaron. Nickolai rugió con furia y abofeteó el rostro de Calebros. Los dedos del brujo encontraron apoyo en la profunda cuenca del ojo y en su fosa nasal...

Pero no sucedió nada. Calebros suponía que su rostro se marchitaría o que su sangre empezaría a hervir, pero no sucedió nada. Nickolai chilló de rabia y apretó con fuerza, como si quisiera reventarle el cráneo con sus manos, pero ninguna fuente de energía mística destruyó a Calebros.

Al haber agotado sus fuerzas, el brujo cayó sobre sus rodillas mientras Pug y Paulie seguían atacándolo.

—Me rindo —dijo derrotado, intentando en vano defenderse de los golpes que estaba recibiendo.

—Ya basta —dijo Calebros, para que Pug y Paulie se detuvieran.

Entonces, el Nosferatu oyó de nuevo aquel extraño sonido... unas uñas que arañaban la piedra, las uñas de cientos y miles de dedos. Mientras se apartaba del arrodillado Tremere y Pug y Paulie retrocedían, el sonido fue intensificándose hasta que se hizo ensordecedor. A Nickolai parecía desconcertarle aquel ruido, al igual que a los demás Nosferatu, que miraban a su alrededor intentando descubrir de dónde procedía.

Todos estaban desconcertados, excepto Cock Robin. Éste se encontraba en el umbral que separaba las dos habitaciones de la lastimosa morada de Abe Morgenstern. Los puños del justicar se apoyaban con firmeza en sus estrechas y retorcidas caderas; su mirada, que contenía un odio inconmensurable, no se apartaba de Nickolai.

No le importan en absoluto las respuestas que podríamos conocer, descubrió Calebros en el mismo instante en que miró al justicar. *No le importa lo que podríamos aprender de los Tremere y su magia*. Cock Robin no quería beneficiarse de los conocimientos de Nickolai; sólo deseaba destruirlo.

En la pequeña habitación aparecieron cientos de cucarachas que, al instante, se convirtieron en miles. Cubrieron el suelo, empezaron a amontonarse unas sobre otras y, en cuanto la capa del suelo fue demasiado profunda, se apresuraron hacia las paredes. Incluso los Nosferatu se acobardaron ante su presencia. Se quedaron paralizados y sólo eran capaces de mirarse entre sí mientras la marea de insectos les cubría los tobillos y, después, las rodillas. Si alguno de ellos hubiera hablado, su voz habría quedado amortiguada por sonido de millones de bichos.

Sólo Cock Robin permanecía impasible. Sólo él observaba, impávido, cómo las cucarachas desgarraban la carne no muerta de Nickolai, cuyos gritos quedaban silenciados bajo el atronador zumbido de los animales carroñeros. Instantes después, su cuerpo desapareció bajo aquella marea y, en algún momento, sus gritos se detuvieron.

CAPÍTULO 61

Viernes, 19 de noviembre de 1999, 11:00 PM

Despacho 7210-A, Edificio Empire State

Ciudad de Nueva York

En el portal, el ghoul Ventrue de Lucinde llamó al ascensor y, en cuanto las puertas se abrieron, le indicó a Calebros que entrara. *Como si no supiera cómo funciona este dichoso aparato*, pensó el Nosferatu. Aquel simple gesto le hubiera molestado si no estuviese ya enfurecido. La verdad es que no tenía ninguna prisa en ir a presentarle sus respetos a la Príncipe Victoria Ash de la Ciudad de Nueva York.

Estaba sentada en una mesa delante de él. Era todo esplendor, maquillaje y perlas. El nombramiento aún no era oficial. Todavía no era príncipe. Pero Calebros había oído los rumores, había sido informado de sus maniobras y maquinaciones, de sus repugnantes pactos. Este Consejo de Doce, tal y como lo denominaba con fastuosidad Lucinde, no era más que un espectáculo rutinario dirigido a las masas. Estaba amañado. Si no fuera así, Pascek se hubiera quedado en la ciudad.

Alrededor de la mesa estaban representados los seis clanes. Así era como llamaban a la Camarilla, *los seis clanes*. Al parecer, a nadie le importaba saber si Xaviar había seguido adelante con sus amenazas o si el clan Gangrel ya no formaba parte de la secta. Aunque seguro que había extranjeros que seguían siendo leales, Lucinde y sus semejantes tenían motivos suficientes para excluir a los Gangrel de la toma de decisiones. Eso significaba que los Ventrue y los Brujah tenían un comodín menos con el que negociar.

Calebros hubiera pasado por alto aquella farsa si Cock Robin no hubiera insistido tanto en que debían asistir. La mayoría de las personas que se habían reunido en la habitación ignoraban que el justicar Nosferatu estaba en la ciudad, y al ver su reacción, Calebros consideró que el viaje había merecido la pena. La reunión había sido convocada por Lucinde y Pascek, pero sólo ella se había quedado para presidirla. Lucinde y Jan Pieterzoon, que había servido tan bien durante los últimos meses, representaban al clan Ventrue. Debido a la ausencia de Pascek, Theo Bell, totalmente recuperado de sus lesiones, y Lladislas, que parecía contrariado, hablarían en nombre del clan Brujah. Victoria estaba sentada junto a Gainesmil, en representación de los Toreador. La regente Tremere Sturbridge había llegado acompañada por uno de sus subordinados. Y por último, el clan Malkavian estaba representado por los hermanos Eric y Jonathan Chen.

—Bienvenidos. —Saludó Lucinde en cuanto llegaron todos los integrantes de la reunión. Parecía engañosamente joven y vulnerable entre los canosos Vástagos que la rodeaban—: la ciudad es nuestra. El destino nos ha sonreído.

Calebros tuvo la impresión de que Victoria se sobresaltaba al oír esas palabras. Sin duda alguna, también ella consideraba que se estaban precipitando al asumir que habían vencido. Sin embargo, era cierto que la resistencia organizada del Sabbat había sido destruida en lo que ahora empezaba a conocerse como la Batalla de Throgs Neck, y que el Cardenal Polonia se había visto obligado a retirarse de la ciudad, cruzando el Hudson para dirigirse a Nueva Jersey. Para el recién ascendido Cardenal había sido una derrota humillante, pero eso sólo lo convertía en una persona mucho más peligrosa. En la ciudad quedaban diversas bandas del Sabbat y muchas de ellas intentaban regresar a casa cada noche, puesto que la guerra del sur había terminado y había dejado de existir la gran alianza forjada por el difunto Cardenal Monçada.

Ahora que la mayor parte de los seguidores del Sabbat habían sido expulsados de la ciudad, la organización de la Camarilla también se había venido abajo. Polonia podía haber perdido la batalla, pero había derrotado a la Príncipe Michaela y a su último chiquillo conocido. Sin embargo, la ausencia de lamentos por parte de los supervivientes resultaba inquietante. En cuanto los justicar y generales se marcharan, uno de sus delegados asumiría el cargo de príncipe y la batalla por el alma de Nueva York empezaría de verdad. Cada noche sería una guerra y Calebros no estaba seguro de que Victoria fuera capaz de manejar ese asunto. Ella asistiría a las celebraciones, a los bailes, a las galas y a las exposiciones, del mismo modo que Michaela había frecuentado Wall Street y Broadway; sin embargo, en Nueva York la calle representaba un papel tan importante como las salas de juntas y los teatros, aunque eran muy pocos los que se habían dado cuenta de eso. Bell lo sabía perfectamente... y después de todo lo que había vivido durante las últimas semanas, puede que Pieterzoon también lo hubiera descubierto.

—Esta noche rendiremos homenaje —estaba diciendo Lucinde— a nuestros héroes, tanto los que están en pie como los que han caído. Al Arconte diPadua, la Mano Derecha de la Camarilla y el Héroe de Throgs Neck.

Inclinó la cabeza, de forma ceremoniosa, ante los representantes del clan Nosferatu.

Oh, por favor. Calebros intentó reprimir sus náuseas. Era cierto que a Federico habían estado a punto de cortarle la cabeza y que había entrado en letargo durante sólo Dios sabía cuánto tiempo, pero ninguno de los que estaban en esa habitación podía creerse que Lucinde se sintiera mal por eso.

—Al Arconte Bell, el Azote de Harlem; a Jan Pieterzoon, nuestro diestro comandante de campo...

Calebros tuvo la impresión de que aquella concesión de honores y apodos duraba horas. Se movía sobre su asiento constantemente y, cada vez que lo hacía, sus vértebras estallaban con fuerza; los que le rodeaban intentaban ignorar aquel sonido.

—Pero también tenemos que mirar hacia el futuro —dijo por fin Lucinde—. Las rutinas de la noche han sido perturbadas y sigue habiendo contiendas entre los nuestros.

Calebros se preguntó cuándo *no* había habido alguna contienda entre ellos.

—Los terrenos de caza deberán establecerse en los territorios que hemos ganado, o restablecerse allí donde hayan caído los Vástagos. En la ciudad están entrando nuevos Vástagos en números muy grandes, algunos para luchar en nuestros flancos y otros para buscar sus destinos. Deberá administrarse justicia. Las fronteras tendrán que protegerse...

—Lo que estás diciendo —dijo Theo Bell interrumpiéndola—, es que la ciudad necesita un príncipe, ¿verdad?

—Sí —respondió Lucinde, algo desconcertada—. Pero...

—Pascek dejó una carta para el consejo hablando sobre ese tema. —Bell extrajo un papel doblado de su nueva cazadora de cuero, lo dejó a la vista el tiempo suficiente para que todos pudieran ver el sello de cera personal de Pascek y, a continuación abrió la carta—. El justicar me ordenó que la leyera entera...

Deslizó los ojos por el papel antes de añadir:

—Pero al parecer, Lucinde ya ha tratado la mayoría de los puntos. De todas formas, lo más importante aparece al final de la carta. —La deslizó sobre la mesa para pasársela a la justicar Ventrue.

Lucinde la cogió y leyó las palabras de Pascek con más detenimiento que Theo. Cuando llegó al final de la carta, la dobló y volvió a dejarla sobre la mesa.

—El Justicar Pascek ha designado a Victoria Ash como Príncipe de Nueva York.

Los asentimientos y murmullos que siguieron a sus palabras revelaron que aquel nombramiento no había cogido a nadie por sorpresa. Calebros guardó silencio, al igual que Cock Robin. Fuera quien fuera su príncipe, la ciudad no podría funcionar sin la ayuda de los Nosferatu. Calebros la asesoría con la misma lealtad con la que había asesorado al anterior. *¿Pero que pensarían los demás si supieran que Victoria era la sire de aquella criatura que causó tanta destrucción? ¿Seguirían teniendo tanta prisa por convertirla en príncipe? ¿Qué diría Bell? Dios mío... ¿qué haría Xaviar si lo descubriera? Calebros miró de reojo la silla que tenía junto a él. ¿Qué haría Cock Robin?*

—Y yo —añadió Lucinde— tengo el honor de secundar la designación del justicar. Dejemos que hablen los clanes.

Uno tras otro, todos le dieron sus bendiciones: primero Sturbridge, seguida de Eric, el antiguo de los Chen. Cuando Theo murmuró su aprobación, Lladislas, antaño príncipe de Buffalo, blasfemó y golpeó la mesa con su pluma. Acto seguido, se levantó y abandonó la sala furioso.

—También está de acuerdo —dijo Theo.

Al ser el miembro más joven de su delegación, Calebros no podía votar... aunque sabía que podría detener el proceso si revelaba el secreto de Victoria, puesto que aquellos que ya habían hablado reconsiderarían su decisión. Resultaba tan tentador... *¿Pero acaso serviría de algo? Victoria sería mortificada... algo que en sí mismo sería un gran logro y, además, le encantaría. Pero la ciudad quedaría sumida en el caos y*

sería mucho más probable que el Sabbat pudiera dar la vuelta a la tortilla. Calebros estaba seguro de que esa revelación no haría más que avivar la sed de sangre de Cock Robin y, entonces, Victoria no sólo sería descartada como príncipe, sino que lo más probable sería que también sufriera un terrible «accidente». Y si eso sucedía, Calebros nunca conocería las respuestas a las preguntas que aún tenía sobre Nickolai, sobre Benito... unas respuestas que creía que Victoria podía conocer. Pero a Cock Robin sólo le importaba la sangre.

Así que Calebros prefirió guardar silencio. *Está en deuda conmigo y ni siquiera lo sabe, pensó. Todavía no.*

En cuanto Cock Robin movió la cabeza para indicar su aprobación, la decisión fue firme. Victoria había sido la candidata perfecta. Ni Lucinde ni Pascek hubieran permitido que un miembro de otro clan ocupara el cargo, sobre todo después del desorden que había provocado Michaela. Ni los Ventrue ni los Brujah hubieran aceptado a un Tremere, por lo menos después de que los brujos hubieran protegido sus preciadas ciudadelas en vez de haber apoyado a la cadena de príncipes que habían ido cayendo desde Atlanta hasta Washington. Todos consideraban que los Nosferatu no eran más que los siervos de otros clanes «más dignos», los Gangrel habían desaparecido y nadie iba a considerar la candidatura de un Malkavian, a no ser que fuera como último recurso.

Pero alguien tenía que gobernar; si no, los antiguos y los neonatos que había en la ciudad se destruirían entre sí luchando por conseguir más territorio y poder. *De todas formas, también pueden hacerlo, pensó Calebros.*

Lucinde, el justicar del clan Ventrue, se volvió hacia Victoria Ash para comunicarle la decisión del Consejo de los Doce.

—Te ha sido concedido el cargo, Victoria. ¿Lo aceptas?

Desde el principio de la reunión, Victoria había mantenido la mirada agachada, había guardado silencio mientras Lucinde y Theo hablaban, no parecía haberse dado cuenta de que Lladislav abandonaba la sala ni de que se estaban realizando las votaciones... pero ahora, miró a las personas que había a su alrededor, de una en una. Apartó las manos de su regazo y las puso sobre la mesa.

Quería Atlanta y va a quedarse con Nueva York, pensó Calebros. No es un mal cambio.

—Te ha sido concedido el cargo, Victoria. ¿Lo aceptas?

* * *

Aunque sabía que ese momento llegaría, sentía que su sangre palpitaba en lo más profundo de su garganta. Temía ponerse a vomitar encima de la mesa. Tenía al alcance de su mano la mayor de sus ambiciones, estaba a punto de conseguirla... pero no sabía si podía aceptar.

Por supuesto que deseaba ser príncipe. Atlanta hubiera sido suficiente, pero

esto... ¡Esto!

Sin embargo, no lo sabía. Podía sentir el picor de la marca que tenía en la mandíbula. Los dioses del Destino eran crueles y caprichosos, pero les había hecho una promesa. Les había jurado que no volvería a desafiarlos. Una vez se había revelado contra ellos y había seguido la carretera de Chicago. Como castigo, había tenido que presenciar la destrucción de su recién encontrado chiquillo mientras ella le tendía la mano... Si ahora los ignoraba, ¿cómo se vengarían de ella? ¿Qué plaga dejarían caer sobre ella?

El Destino exigía ser consultado y, aunque su corazón palpitara con fuerza por el deseo, Victoria debía acatar sus órdenes. Como Pascek había propuesto su nombre, sus palabras le ayudarían a decirlo. Pero no había tiempo suficiente; además, había demasiadas personas observándola como para ponerse a contar todas las palabras... Entonces contaría los párrafos. Si el número era impar, como los cinco distritos de la ciudad, asumiría su cargo legítimo. Si no... no, no debía pensar en eso. El Destino no podía seguir maltratándola de esa forma.

* * *

—¿Puedo ver la carta? —preguntó Victoria, con un ligero temblor en la voz. Lucinde la miró fijamente, desconcertada.

—¿Disculpa?

—La carta del Justicar Pascek. ¿Podría leerla?

Sumamente confusa, Lucinde observó la carta como si en ella hubiera veneno letal antes de volver a mirar a Victoria.

—Te aseguro que el sello es auténtico y que el Arconte Bell está...

—No dudo de ti, ni del Arconte Bell ni de la carta —dijo Victoria fríamente—. Pero me gustaría verla.

Cuando Lucinde se la entregó, la abrió con sumo cuidado, como si fuera a pulverizarse entre sus dedos. Se tomó su tiempo para leerla. Observando sus ojos, Calebros se dio cuenta de que se disponía a leerla por segunda vez. El silencio que había alrededor de la mesa era insoportable. Por fin, Victoria dobló la carta, se la devolvió a Lucinde y puso las manos sobre la mesa.

—No —dijo en voz baja, con los dientes apretados. Sus ojos lanzaban puñales a sus propias manos. Calebros podía ver su tensión, la piel tirante sobre sus delgados huesos, la blancura de sus nudillos contra su tez pálida. Entonces añadió con voz enérgica—: No. No acepto el cargo.

—Oh... Victoria —dijo Gainesmil, que ocupaba el asiento contiguo—. Si necesitas tiempo para...

Pero ella ya se había levantado de la silla. Sin dar más explicaciones, abandonó apresuradamente la habitación, del mismo modo que había hecho Lladislas hacía escasos minutos. Diez criaturas de la noche desconcertadas se quedaron mirando

cómo se cerraba la puerta tras ella.

Lucinde fue la primera en romper el silencio.

—No suele ocurrir con frecuencia... La verdad es que nunca había... —cogió la carta de Pascek y volvió a leerla en silencio, como si las respuestas que buscaba se encontraran en sus palabras. Como no encontró nada, volvió a dejarla caer sobre la mesa—. Debemos posponer esta reunión... esta decisión hasta...

Todos se sorprendieron al oír unos golpes en la mesa. Todos excepto a Cock Robin, que había golpeado la mesa con su puño dos veces. Y cuando consiguió captar su atención, cogió la pluma de Lladislas y, al dorso de la carta de Pascek, garabateó unas enormes e infantiles letras mayúsculas.

CAPÍTULO 62

Martes, 10 de noviembre de 1999, 1:25 AM

El Eje

Ciudad de Nueva York

Todo resultaba demasiado extraño. Escondarse de la oscuridad en la oscuridad. Jeremiah no conseguía decidir si eso tenía sentido o no. De todas formas, no podía utilizar ningún tipo de iluminación. Había roto su linterna (había pisado la bombilla y había tirado las pilas), porque tenía miedo de encenderla en un momento de debilidad. Así que le gustara o no, fuera sensato o no, tendría que esperar a oscuras. Había decidido que ni siquiera volvería a pensar en la luz...

Lo peor era que sabía que la luz no hubiera supuesto ninguna diferencia. No para las cosas que había allí fuera.

—*Nictuku* —dijo en voz baja, sintiendo las diversas formas en que su lengua presionaba el paladar—. *Nic-tu-ku. Nic-tu-ku. Nic-tu-ku. Nictuk-u.*

Ellos tampoco necesitaban la luz. Podían olerlo. Olerían la sangre.

Por supuesto, eso allí era peor.

Pobre Colchester. Marston podría haberlo comprendido. *Puedo rescatarlo*, pensó Jeremiah. Pero eso significaba ir... allí abajo. No estaba seguro de lo que había allí abajo, no lo sabía con certeza. Anatole no se lo diría. *¡Maldito Profeta!* Jeremiah se tiró al suelo, cogió dos rocas y las golpeó con fuerza, provocando una explosión de metralla y polvo.

—*Maldito Profeta* —dijo derrotado, desesperado.

—No tiene demasiado sentido esconderse si después te dedicas a reventar rocas —dijo una voz.

Jeremiah se giró para ver al intruso. En la oscuridad, pudo distinguir la forma confusa de su contorno, pero no los detalles. La forma le resultaba familiar.

—¿Calebros?

—No —dijo la figura—. No soy Calebros. Dime, Jeremiah, ¿por qué te escondes?

—¿Por qué? —respondió él, riendo con sarcasmo—. Porque los antiguos de nuestro clan están barriendo la noche, cazando. Aunque tú dices que eso no son más que habladurías.

—Calebros dice eso —dijo la voz—. Yo lo sé mejor. ¿Pero cuál es el otro motivo de que te estés escondiendo?

Jeremiah entrecerró los ojos. Se acercó un poco más a la forma, giró la cabeza para observar el eje y entonces susurró:

—Aquí abajo... en los lugares más oscuros. Está aquí.

La forma también se aproximó más a él y le habló en voz baja.

—¿Cómo lo sabes?

Jeremiah frotó el pulgar contra el resto de sus dedos.

—¿No lo percibes... en el aire? Prácticamente puedo olerlo. Es oscuro y frío, y está enfadado.

—Todo el mundo tendría que percibirlo, Jeremiah. Excepto el ganado. Y la mayoría de los Vástagos lo ignoran. Pero tú... tú lo sabes.

—Nunca antes me habías creído —dijo Jeremiah, complacido por el giro que habían dado los acontecimientos.

—Ya te lo he dicho, no soy Calebros. Pero él es de mi sangre. Aún no me has dicho cómo lo has sabido, cómo descubriste el olor. Has hablado con el Profeta, ¿verdad?

—Sí —dijo Jeremiah. Pensó por un instante que estaba enfadado con Anatole, pero no estaba seguro de la razón.

—Ven conmigo, amigo —dijo la forma—. Debes hablarme del tiempo que pasaste con el Profeta.

Jeremiah se alegraba de volver a tener un amigo. Había estado sólo en la oscuridad, temeroso de la oscuridad, durante demasiado tiempo. Guardó sus escasas pertenencias en su saco de lona y abandonó aquel lugar.

CAPÍTULO 63

Martes, 30 de noviembre de 1999, 11:07 PM

El lago subterráneo

Ciudad de Nueva York

Calebros no se metió del todo en el agua, sino que se sentó desnudo sobre sus caderas en el anaquel de roca que había cerca de la orilla. El agua le llegaba a la cintura. Si antes le había preocupado la falta de tiempo, ahora era peor, mil veces peor. Y la susurrante tierra no le diría nada de lo que necesitaba saber. No le diría qué héroes mediocres de la guerra del Sabbat merecían ser recompensados con terrenos de caza, ni qué túneles y territorios merecían ser reivindicados. No le diría a favor de quién debía zanjar las disputas, ni cómo ser un buen príncipe en una ciudad tan descontrolada y caótica.

Observó la orilla, hacia el punto en el que se encontraba la corona que Emmett le había hecho, adornando un tapacubos destartalado con colillas de cigarro y algún fruto inidentificable y podrido. Durante los primeros minutos embriagadores que habían pasado en la madriguera después de su regreso, y antes de que la realidad se impusiera, Emmett le había nombrado «Rey de las Alcantarillas». El tapacubos no era demasiado pesado, pero cuando Calebros se había puesto la corona delante de su divertido compañero, había tenido la impresión de que se hundía bajo su peso.

Cock Robin se había ido. Después de haber aplacado su sed de venganza, el menos diplomático de los justicar había conseguido que su protegido fuera nombrado gobernador de la ciudad. Cuando Victoria abandonó la sala, Calebros se quedó tan sorprendido como el resto del consejo al ver su propio nombre escrito por el puño de Cock Robin. Al parecer, Theo Bell se sentía muy satisfecho de que la propuesta de su justicar no hubiera prosperado, puesto que fue el primero en apoyar al Nosferatu. Sturbridge reflexionó largo y tendido antes de acceder y, entonces, el clan Malkavian le brindó su apoyo. Lucinde y Gainesmil también dieron su consentimiento... pero sólo por el bien de la ciudad, para que nadie dudara de la legitimidad del nuevo príncipe. Por lo tanto, la decisión había sido unánime.

Desde entonces, había estado trabajando sin parar y no parecía que eso fuera a cambiar en el futuro. Sin embargo, el terror que sentía no tenía nada que ver con las peleas territoriales ni con los ataques del Sabbat. Calebros tenía la impresión de que algo mucho más siniestro se estaba cerniendo sobre él y sobre la ciudad... su ciudad.

Lanzó un guijarro hacia el centro del lago y observó cómo se extendían las ondas por el agua. A continuación tiró un puñado de piedras e intentó contar los puntos de intersección entre los círculos concéntricos, pero fue imposible, porque había muchos. Demasiados. Bajó la mirada hacia el agua salobre y vio su propio reflejo,

distorsionado y tembloroso. Se miró a los ojos.

Un ojo había sido el desencadenante de gran parte de los acontecimientos que habían tenido lugar. Ahora, Heshá se había ido con ese Ojo. Era extraño cómo las circunstancias les habían unido. *Circunstancias. Coincidencia.* Calebros pensó en el Profeta y supo que esas palabras no encerraban ningún significado, ninguna verdad. Todo aquello había sucedido por alguna razón. ¿Pero cuál era? ¿De quién era?

Su mente daba vueltas y vueltas sin parar. Los pensamientos mundanos y abstractos convergían, chocaban, quedaban atrapados en una red. Calebros salió del agua. Recogió su ropa de la orilla y trepó por el túnel para regresar a su despacho. Sólo su Smith Corona podría ayudarle a desentrañar sus confusos pensamientos.

PERSONAL

30 de noviembre de 1999

Me encuentro demasiado involucrado en los acontecimientos como para poder analizarlos de forma objetiva. Demasiadas preguntas... al parecer inconexas. Pero la tarea no consiste en descubrir si las piezas encajan en el *puzzle*, sino en saber dónde encajan. Cuando sólo vemos la punta del legendario iceberg sobre el agua, somos capaces de pensar en los peligros subyacentes. ¿Quién (o qué) ha perdido y ganado con los resultados de los extraordinarios acontecimientos que se han desarrollado durante este año? La Camarilla ha perdido mucho en lo que respecta al territorio, pero el Sabbat ha perdido (prácticamente). Nueva York y se encuentra tan dividido como siempre, o incluso más. Nosotros, los Nosferatu, hemos conseguido vengar el asesinato de Petrodon, pero yo sigo preguntándome qué fue lo que lo impulsó a cometer un acto tan repugnante. Puede que Nickolai se haya llevado las respuestas a la tumba. ¿O acaso Victoria las conoce? ¿Y qué locura le impulsó a rechazar su logro más importante? Leopold se ha ido y el Ojo se ha cerrado... siempre y cuando Heshá lo utilice sabiamente. Pero aún quedan estas preguntas: ¿Cuál es el hilo que une todas estas preguntas? ¿Cuál es la razón de que todas estas intrigas (el Ojo, Petrodon, Nickolai y la guerra) se hayan resuelto en el mismo momento y en el mismo escenario? Puedo sentirlo, pero no percibirlo. Puede que la respuesta se encuentre en los confusos mensajes del Profeta. Por ejemplo: «Un ángel entrará en el infierno del estómago de un dragón antes de que pase esta edad para que no acontezcan todas las edades». Si es así, me temo que carezco de la intuición necesaria para descifrarlos. Dejé sus palabras codificadas y sus garabatos sangrientos en la Caverna de las Lamentaciones. Intentaré descubrir qué fue lo que encontré, e imploro que no se me acabe el tiempo.

Príncipe Calebros

CAPÍTULO 64

Martes, 30 de noviembre de 1999, 11:31 PM

El lago subterráneo

Ciudad de Nueva York

En cuanto todas las ondas hubieron seguido su curso y la superficie del lago fue tan suave y lisa como el cristal, un zarcillo carnosos apareció en la superficie. Al alcanzar la orilla, se enrolló alrededor de un tapacubos abandonado y lo arrastró hasta las profundidades.